

HECHOS DE PAZ

El Presidente habla de Paz

TOMO II

1999 - 2000

ANDRÉS PASTRANA ARANGO

Presidencia de la República de Colombia
Oficina del Alto Comisionado para la Paz

ANDRÉS PASTRANA ARANGO
Presidente de la República
NOHRA PUYANA DE PASTRANA
Primera Dama de la Nación
GUSTAVO BELL LEMUS
Vicepresidente de la República

CAMILO GÓMEZ ALZATE
Alto Comisionado para la Paz
LUIS FERNANDO CRIALES
Comisionado Adjunto para la Paz

MARÍA INÉS RESTREPO CAÑÓN
Directora Fondo de Programas Especiales
para la Paz (E)

Supervisión General
MARÍA ALEJANDRA VILLAMIZAR MALDONADO
Asesora de Comunicaciones
Oficina del Alto Comisionado para la Paz

Compilación y edición
JUAN CARLOS GONZÁLEZ JIMÉNEZ
Coordinador de Publicaciones
Oficina del Alto Comisionado para la Paz

Colaboraron en este número
JUAN CARLOS TORRES
Asesor Secretaría Privada
Presidencia de la República

LUCÍA SANTOFIMIO DE FANDIÑO
Directora Oficina de Publicaciones
Presidencia de la República

Diseño y diagramación
Oficina de Publicaciones Presidencia de la República
LILIANA BARRERA RICO
GABRIEL J. SÁNCHEZ J.

Diseño de portada
GABRIEL J. SÁNCHEZ J.

EL PRESIDENTE HABLA DE PAZ
TOMO II • 1999-2000

Corrección de textos e impresión
IMPRENTA NACIONAL DE COLOMBIA

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	11
CAPÍTULO I	
PROCESO DE PAZ	13
<ul style="list-style-type: none">• EN BOYACÁ SE REAFIRMA EL COMPROMISO SOBERANO DE COLOMBIA CON LA CONVIVENCIA PACÍFICA Y LA DEMOCRACIA Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de los 180 años de la Batalla de Boyacá y del Ejército Nacional. Puente de Boyacá, 7 de agosto de 1999.	15
<ul style="list-style-type: none">• CONSTRUYENDO LAS BASES DE LA COLOMBIA DEL SIGLO XXI Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de cumplirse el primer aniversario de su gobierno. Santa Fe de Bogotá, D. C., 9 de agosto de 1999.	27
<ul style="list-style-type: none">• CONTAMOS CON FUERZAS ARMADAS FORTALECIDAS, PROFESIONALES, TECNIFICADAS Y MODERNAS Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la clausura de los cursos de Altos Estudios Militares, Estado Mayor e Integral de Defensa Nacional de la Escuela Superior de Guerra. Santa Fe de Bogotá, D. C., 26 de noviembre de 1999.	37
<ul style="list-style-type: none">• NO MÁS MENORES DE EDAD EN LAS FUERZAS ARMADAS Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el Acto de Desvinculación de Menores del Ejército Nacional. Santa Fe de Bogotá, D. C., 20 de diciembre de 1999.	43
<ul style="list-style-type: none">• ¡QUÉ GRANDES SON LAS POSIBILIDADES DE UNA COLOMBIA EN PAZ! Mensaje de fin de año, del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, a los colombianos. Cartagena de Indias, Bolívar, 30 de diciembre de 1999.	49
<ul style="list-style-type: none">• EL POLICÍA COMUNITARIO, EL NUEVO POLICÍA DE COLOMBIA; AGENTE DE AUTORIDAD Y AGENTE DE PAZ Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la inauguración de la seccional de Carabineros de la Provincia de Vélez. Vélez, Santander, 18 de febrero de 2000.	57

- **HOY TENEMOS QUE COMPROMETERNOS TODOS LOS COLOMBIANOS EN LA GRAN EMPRESA DE RECONCILIACIÓN Y FUTURO**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la conmemoración de los diez años de la firma de los Acuerdos de Paz con movimientos armados. Santa Fe de Bogotá, D. C., 24 de abril de 2000. 63
 - **FUERZAS MILITARES CONSCIENTES DE SU PAPEL EN EL LOGRO DE LA PAZ**
 Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo del cuadragésimo noveno aniversario del Comando General de las Fuerzas Militares. Santa Fe de Bogotá, D. C., 25 de abril de 2000. 71
 - **LA PROFESIÓN POLICIAL CADA DÍA TOMA MAYOR IDENTIDAD Y SE HACE MÁS INTEGRAL**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión del sexagésimo aniversario de la Escuela Nacional de Policía "General Santander" y la ceremonia de graduación del Curso 75 de Oficiales. Santa Fe de Bogotá, D. C., 16 de mayo de 2000. 77
 - **TENEMOS LA OBLIGACIÓN DE CONVERTIR EN UN VERDADERO PROPÓSITO NACIONAL LA URGENCIA DE CONSTRUIR UNA NUEVA COLOMBIA**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la instalación de las sesiones del Congreso de la República. Santa Fe de Bogotá, D. C., 20 de julio de 2000. 87
 - **¡COLOMBIA! COMPROMISO CLARO Y CONTUNDENTE DEL EJÉRCITO NACIONAL**
 Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la celebración del Día del Ejército Nacional. Santa Fe de Bogotá, D. C., 4 de agosto de 2000. 107
 - **EL TRABAJO POR LA PAZ DEBE SER SÍMBOLO DE LA UNIDAD NACIONAL**
 Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la instalación de la sexta sesión de trabajo del Consejo Nacional de Paz en la Casa de Nariño. Bogotá, D. C., 23 de agosto de 2000. 113
- CAPÍTULO II**
DIPLOMACIA POR LA PAZ 121
- **REPÚBLICA DOMINICANA Y COLOMBIA: PAÍSES HERMANOS EN EL PASADO Y EN EL PORVENIR**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la cena ofrecida en honor del presidente de República Dominicana, Leonel Fernández Reyna. Santa Fe de Bogotá, D. C., 30 de agosto de 1999. 123

- **PLAN COLOMBIA: ESTRATEGIAS Y PROPUESTAS PARA EL EQUILIBRIO Y LA ALIANZA ENTRE LOS PAÍSES AFECTADOS POR EL NARCOTRÁFICO**
 Alocución radiotelevisada del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo de la presentación ante la comunidad internacional, del Plan Colombia.
 Santa Fe de Bogotá, D. C., 17 de septiembre de 1999. 131
- **REVITALIZAR LA COOPERACIÓN NO ES UNA OPCIÓN, ES UN DEBER**
 Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la sesión plenaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Nueva York, Estados Unidos, 20 de septiembre de 1999. 137
- **ARGENTINA Y COLOMBIA REAFIRMAN VOCACIÓN DE UNIÓN Y AMISTAD**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de los honores militares de bienvenida al presidente de la República Argentina, Carlos Saúl Menem. Santa Fe de Bogotá, D. C., 29 de septiembre de 1999. 147
- **CONSTRUYENDO UN PAÍS PARA LOS PRÓXIMOS 100 AÑOS**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el Greater Houston Partnership. Houston, Texas, 20 de octubre de 1999. 151
- **LA PRENSA LIBRE ES Y DEBE SER UN REQUISITO PARA LA VIDA EN DEMOCRACIA**
 Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, pronunciado con ocasión de la asamblea anual de la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP. Houston, Texas, 20 de octubre de 1999. 161
- **CONTINUAREMOS TRABAJANDO INCESANTEMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAÍS POR EL TRIUNFO DE LA PAZ**
 Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, pronunciado durante la ceremonia de entrega del Premio de la Paz, James A. Baker, en la Universidad de Rice. Houston, Texas, 20 de octubre de 1999. 169
- **APOSTAR POR LA PAZ DE COLOMBIA ES INVERTIR EN HUMANIDAD, EN PERSPECTIVAS DE DESARROLLO Y EN BIENESTAR**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, pronunciadas durante su intervención ante el Parlamento Europeo. Estrasburgo, Francia, 26 de octubre de 1999. 177
- **SOLUCIÓN A LOS PROBLEMAS POR MEDIO DEL DIÁLOGO Y EL CONSENSO**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el acto de celebración del LIV aniversario de las Naciones Unidas y en la presentación del Informe de Desarrollo Humano para Colombia. Santa Fe de Bogotá, D. C., 2 de noviembre de 1999. 187

- **COSTA RICA Y COLOMBIA, DOS PUEBLOS QUE SE IDENTIFICAN TANTO EN LOS INTERESES COMO EN LOS PRINCIPIOS QUE RIGEN SUS MÁS ALTOS DESIGNIOS**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la cena ofrecida en honor del presidente de la República de Costa Rica, Miguel Ángel Rodríguez Echeverría. Santa Fe de Bogotá, D. C., 14 de diciembre de 1999. 193
- **FIRME COMPROMISO DE COLOMBIA EN LA PRESERVACIÓN Y FORTALECIMIENTO DE LAS RELACIONES MULTILATERALES**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante el saludo al Cuerpo Diplomático acreditado en el país. Santa Fe de Bogotá, D. C., 16 de febrero de 2000. 199
- **IMPERATIVO DE LOS NO ALINEADOS: IMPULSAR UN ORDEN INTERNACIONAL INSPIRADO EN EL RESPETO DE LOS DERECHOS HUMANOS**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la ceremonia de apertura de la Decimotercera Conferencia Ministerial del Movimiento de Países no Alineados. Cartagena de Indias, Bolívar, 8 de abril de 2000. 205
- **A PESAR DE LOS DUROS DESAFÍOS LOS COLOMBIANOS SEGUIMOS TRABAJANDO POR UN FUTURO MEJOR**
 Conferencia "Colombia, un país con futuro", del presidente de Colombia, Andrés Pastrana Arango, en Lancaster House, organizada por Canning House y el Departamento de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña. Londres, Gran Bretaña, 13 de abril de 2000. 215
- **UNIDOS POR UNA MISMA VOLUNTAD DE COOPERACIÓN POLÍTICA**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión del almuerzo ofrecido a los cancilleres del Grupo de Río. Santa Fe de Bogotá, D. C., 5 de mayo de 2000. 225
- **PRESERVAR LA PAZ, FORTALECER LA DEMOCRACIA E IMPULSAR EL DESARROLLO DE NUESTROS PAÍSES, ESENCIA DEL GRUPO DE RÍO**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo de la inauguración de la XIV Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno del Grupo de Río. Cartagena de Indias, Bolívar, 15 de junio de 2000. 233
- **EL PROGRESO Y BIENESTAR DE COLOMBIA Y ECUADOR SON INTERDEPENDIENTES**
 Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la cena de honor ofrecida a su homólogo de Ecuador, Gustavo Noboa Bejarano. Bogotá, D. C., 23 de agosto de 2000. 241

CAPÍTULO III	
FUERZAS ARMADAS PARA LA PAZ	249
<ul style="list-style-type: none"> <p>• EL EJÉRCITO NACIONAL ES HOY UNA FUERZA MODERNA, TÉCNICA, VALIENTE Y EFECTIVA Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la ceremonia de ascenso de oficiales generales del Ejército Nacional. Santa Fe de Bogotá, D. C., 3 de enero de 1999. 251</p> <p>• TESTIMONIO DE PROFESIONALISMO, MÍSTICA Y COMPROMISO CON EL RESPETO A LA DIGNIDAD HUMANA Saludo del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo del ascenso del general Alfonso Ordóñez Quintana en la Escuela Militar de Cadetes "General José María Córdoba". Santa Fe de Bogotá, D. C., 15 de marzo de 2000. 257</p> <p>• LAS FUERZAS MILITARES SON LA FUERZA, EL VALOR Y LA SEGURIDAD DE NUESTRA SOCIEDAD Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la instalación de la conferencia internacional sobre "El papel de las fuerzas militares en una democracia en desarrollo". Santa Fe de Bogotá, D. C., 6 de abril de 2000. 259</p> 	
CAPÍTULO IV	
IDEARIO PARA LA PAZ	267
<ul style="list-style-type: none"> <p>• LA ANDI, LÍDER EJEMPLAR; MODELO DE CREATIVIDAD, TESÓN Y COMPROMISO CON EL FUTURO DE COLOMBIA Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la clausura de la 55 Asamblea anual de la ANDI. Medellín, Antioquia, 20 de agosto de 1999. 269</p> <p>• SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS: DADNOS EL CORAJE Y LA CLARIDAD SUFICIENTES PARA CONSTRUIR LA PAZ Texto de la plegaria del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la inauguración de una monumental estatua del Sagrado Corazón de Jesús, junto al Estrecho del Magdalena, en las estribaciones del Macizo Colombiano. San Agustín, Huila, 10 de septiembre de 1999. 281</p> <p>• LOS VIOLENTOS JAMÁS TRIUNFARÁN Mensaje del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la entrega del Premio Nacional de Paz. Santa Fe de Bogotá, D. C., 28 de octubre de 1999. 283</p> <p>• EL BANCO MUNDIAL, PIEZA CLAVE EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA COLOMBIA MÁS PRÓSPERA Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo del lanzamiento del libro <i>Ensayos sobre paz y desarrollo</i> publicado por el Banco Mundial. Santa Fe de Bogotá, D. C., 2 de diciembre de 1999. 287</p> 	

- **LÍDERES DEL PERIODISMO AMERICANO: VISITEN COLOMBIA. USTEDES NECESITAN TENER ACCESO DE PRIMERA MANO A LA INFORMACIÓN**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, ante la Sociedad Americana de Directores de Periódicos en Washington. Washington, Estados Unidos, 12 de abril de 2000. 291
- **LA PAZ NO ES TAN SOLO UN PROGRAMA DE GOBIERNO, SINO EL PROPÓSITO DE TODOS LOS COLOMBIANOS**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la celebración del día del Sagrado Corazón de Jesús. Santa Fe de Bogotá, D. C., 30 de junio de 2000. 305
- **LA PAZ, DON DE DIOS, ES TAMBIÉN TAREA DEL HOMBRE**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la visita a la ciudad de Angostura, Antioquia, como homenaje al padre Mariano Eusse, quien fue beatificado el 9 de abril por el papa Juan Pablo II. Angostura, Antioquia, 8 de julio de 2000. 309

PRESENTACIÓN

PALABRAS DE PAZ

Durante el segundo año de Gobierno del presidente Pastrana los esfuerzos de paz se multiplicaron.

El 24 de octubre de 1999 se abrió paso a una nueva fase del proceso con las Farc-Ep a través de la instalación de la nueva Mesa de Diálogos y Negociación y el Comité Temático.

Desde entonces más de 1.100 compatriotas presentaron ponencias y más de 24.000 se hicieron presentes en las Audiencias Públicas, cuyos resultados sobre el primer tema escogido, que fue el de la generación de empleo y el crecimiento económico, fueron procesados y entregados por el Comité Temático a la Mesa de Negociación.

Además, se buscó una participación principal de la comunidad internacional, que se interesa claramente por la suerte del proceso y de Colombia. Gracias a ella se logró una gira de voceros del Gobierno Nacional y de las Farc-Ep por 6 países de Europa, para estudiar modelos de desarrollo exitosos en el mundo. Además, se realizó en junio de 2000 la primera Audiencia Pública Internacional sobre Sustitución de Cultivos y Medio Ambiente con la participación de representantes de 21 Estados del mundo.

Fue un año dinámico en el que, además, se produjo un relevo en el cargo del Alto Comisionado para la Paz y se continuó avanzando hacia

la posibilidad de iniciar un proceso con el Eln después de la liberación de los rehenes tomados en los secuestros masivos.

Durante este segundo año del Gobierno Pastrana se ambientó la paz en el contexto social colombiano y en el ámbito internacional.

CAPÍTULO I

PROCESO DE PAZ

EN BOYACÁ SE REAFIRMA EL COMPROMISO SOBERANO DE COLOMBIA CON LA CONVIVENCIA PACÍFICA Y LA DEMOCRACIA

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de los 180 años de la Batalla de Boyacá y del Ejército Nacional.*

Puente de Boyacá, 7 de agosto de 1999.

Me dirijo al país en el aniversario de la libertad de Colombia investido con la autoridad presidencial que he recibido del pueblo colombiano, en cuyo nombre y atendiendo su mandato he asumido la búsqueda de una paz duradera entre compatriotas y hermanos.

Enfrente de estos grandiosos monumentos y de este pequeño puente que simbolizan uno de los momentos más trascendentales de la gesta libertadora, con la emoción palpable de pisar el mismo suelo que hollaron con sus pies maltrechos y mal calzados los soldados del coraje, quiero reafirmar el compromiso soberano de Colombia con la convivencia pacífica y la democracia.

Sobre esta tierra amada de Boyacá, cuna de la independencia americana, viene hoy el Presidente de los colombianos a rendir el más sentido tributo a los héroes que nos legaron con su sangre y su valor el privilegio inmenso de la libertad.

Un día como hoy, hace exactamente 180 años, a las dos de la tarde, en este escenario glorioso que recoge nuestro homenaje, se inició el enfrentamiento entre cerca de 2.700 soldados patriotas, armados de decisión y valentía, y otro número similar de miembros del ejército realista, que defendían la causa de su monarca.

Al mando de los patriotas, sobre su brioso corcel, como un centauro poderoso y vigilante, Bolívar dirigió desde la altura, con maestría y determinación, las acciones de sus tropas.

Podemos verlo todavía, con su mente rápida, su don de mando y su mirada de águila; todavía oímos su voz impartiendo las órdenes magistrales que habrían de desconcertar al enemigo y culminarían en la tremenda victoria cuyas consecuencias todavía celebramos y vivimos. Su estatura moral se imponía sobre sus hombres, enfundado en un uniforme roto y manchado que dejaba ver las fatigas de las batallas y los extenuantes recorridos que lo habían llevado –a él y a sus hombres– en solo 72 días, desde Matecal hasta ese momento culminante de su vida y de su tarea libertadora.

Después del heroico recorrido desde el Casanare, nuestras tropas libertadoras llegaron a la fecha gloriosa del 7 de agosto de 1819, que hoy conmemoramos con agradecimiento, respeto y veneración.

En tan solo dos horas de intenso combate, el destino de Colombia y de América quedó sellado con la victoria contundente de las tropas libertadoras.

Hoy presentamos homenaje de gratitud a los héroes de Boyacá, que comandados por Bolívar hicieron posible el sueño de la libertad. Se nos llena de orgullo el corazón cuando mencionamos los nombres de los valientes de Boyacá, como lo fueron el general Francisco de Paula Santander, el general José Antonio Anzoátegui, el general Carlos Soublette, el coronel Joaquín París, el coronel Juan José Rondón, el coronel Ambrosio Plaza, el teniente coronel José María Córdoba y tantos otros oficiales, suboficiales y soldados que honraron con dignidad y valor la causa sagrada de la libertad.

Hace 180 años, en estos campos de gloria, el ejército patriota libró la batalla decisiva de la independencia. Por eso hoy también, con el mismo orgullo de sus antecesores, celebramos los 180 años del Ejército Nacional.

Son hombres y mujeres de honor, que hoy continúan la tarea de ese primer ejército libertador que pagó con su sangre y sus sacrificios el

alto precio de nuestra libertad. Son los herederos de esa tropa heterogénea, conformada por criollos, mestizos, indios y negros –la esencia misma de la nacionalidad–, que ganó el privilegio de la independencia.

Un ejército que mantiene sobre las bases de su tradición histórica, el compromiso indeclinable de respetar y defender la democracia, respetar los derechos humanos, luchar por la paz y preservar la libertad que con tanto esfuerzo se ganó en estas tierras.

A ustedes: oficiales, suboficiales y soldados de mi patria, quiero en esta fecha solemne rendir el más sincero tributo de homenaje y agradecimiento.

Como Presidente de todos los colombianos y en nombre de ellos quiero reconocer la dignidad, la valentía y el decoro con que nuestras Fuerzas Armadas, y en especial el Ejército de Colombia, cumple cada día con su difícil tarea de portar las armas en defensa de sus compatriotas, exponiendo y sacrificando su salud y sus vidas para preservar la vigencia de los principios que nos legaron los libertadores.

¡Cómo no estar en deuda con esos héroes de nuestro Ejército que han ofrendado sus vidas en el altar de la patria! A sus familias, a sus compañeros de armas, a todos los colombianos solidarios con el dolor de esas promesas truncadas en la flor de la juventud, les garantizo que su sacrificio no será en vano. Ellos han muerto por una causa noble, han dado sus vidas por las de todos nosotros, y algún día, cuando la aurora de la paz despunte en el horizonte de Colombia, inscribiremos sus nombres con letras de oro en las páginas de nuestra historia, y su memoria jamás será olvidada, como no olvidamos hoy la sangre derramada por los patriotas de la libertad.

Hoy quisiera hacer especial referencia al recuerdo de un soldado sencillo que hoy propongo a la memoria colectiva como el ejemplo para todos los colombianos.

Me refiero al soldado boyacense Pedro Pascasio Martínez, quien era ordenanza del general Bolívar y encargado de sus caballos de batalla.

Pues bien: este colombiano humilde, de origen campesino, tuvo la suerte de encontrar al derrotado general Barreiro, oculto en unos barrancos cerca del río, cuando ya anochece después de la batalla del 7 de agosto.

Inmediatamente, el soldado Martínez hizo prisionero al orgulloso general español, quien, viéndose perdido, le ofreció una faja de monedas de oro que tenía en el cinto, a cambio de que lo dejara escapar. "Yo soy el general Barreiro. Toma y suéltame", le dijo el abatido militar, a lo que el indignado Martínez le respondió en su léxico campesino: "Siga adelante. ¡Si no, lo arreamos!", y lo condujo a presencia de los líderes patriotas.

En estos momentos, cuando sentimos en carne propia los nefastos efectos de la corrupción y del narcotráfico, que generó la cultura del "dinero fácil", ¡cuántos Pedros Pascasio Martínez necesitamos!: Hombres puros, de principios morales, conscientes de su papel en la preservación de la sociedad y el desarrollo de su país. Hombres de honor, que no manchan su moral por unas onzas de oro. Hombres de cristal, transparentes, que puedan ver con ojos claros y sin vergüenza a sus hijos.

Yo creo en la honradez y siento la solidaridad de la inmensa mayoría de los colombianos, herederos morales del soldado Pedro Pascasio Martínez. A ellos acudo para que continuemos y avancemos aún más en los propósitos de transparencia y en la lucha contra la corrupción en los que está empeñado mi gobierno.

Hace un año, cuando asumí ante Dios y el pueblo colombiano la enorme responsabilidad de dirigir su destino, me comprometí con la recuperación de los valores de la sociedad y con la persecución de los corruptos y el rescate de la honradez pública.

Pero todos los esfuerzos serán vanos, si no van acompañados de una voluntad de colaboración y denuncia por parte de los colombianos, porque los corruptos se alimentan del silencio y las sombras, pero nunca podrán triunfar bajo la luz del sol.

Por eso este día, a pocos pasos del lugar donde el soldado Pedro Pascasio Martínez hace 180 años rechazó el soborno ofrecido por el general

Barreiro, quiero invitar a todos mis compatriotas a convertir su figura en un ejemplo de lo que debe ser la conducta intachable del colombiano. Al término del primer año de mi mandato, desde este campo de Boyacá, en el que Pedro Pascasio Martínez ocupó un sitio ejemplar al lado de nuestros libertadores, vengo a hablarle a los colombianos del proceso de paz, de su desarrollo, de sus perspectivas y de sus obstáculos, convencido de que la paz para Colombia significa justicia social, economía próspera, esperanza y futuro.

Si algo puede definir los últimos doce meses de gobierno es la generosidad manifiesta, contra viento y marea, en el proceso de búsqueda de la paz. La palabra empeñada y la buena fe son –sigo convencido de ellas– las exigencias mínimas de un pueblo a su gobernante, porque el compromiso con el futuro se construye sobre la base de la confianza y con el cimiento único y duradero de la verdad. El pacto para un mañana debe hacerse sobre la base de un denominador común de concordia, tolerancia, respeto y justicia social.

La verdad del mundo de hoy no es otra que la verdad de los derechos humanos. La coincidencia universal sobre los entonces llamados Derechos del Hombre que engendraron la Revolución Francesa en torno de la libertad, igualdad y fraternidad encendieron la llama de la independencia en Colombia en la imprenta de don Antonio Nariño. El propio Precursor habría de sufrir en carne propia la violación de los mismos derechos que propugnaba en nombre de los pueblos que luchaban por librarse del yugo de la tiranía.

La coincidencia sobre los Derechos Humanos constituye –sin duda alguna– la conquista más grande de la humanidad y la más sublime expresión del ser humano que aspira a una sociedad más justa tanto en lo material cuanto en lo espiritual. Hoy, a las puertas del tercer milenio, tenemos la obligación de defender como sociedad ese pacto universal de respeto por el derecho ajeno, de la búsqueda común de un acuerdo sobre el desacuerdo, de la garantía de unas normas mínimas de justicia y convivencia.

Hoy hablo de Derechos Humanos porque hoy es el Día de la Libertad que ellos inspiraron en los criollos. Porque la vigencia de los derechos

Humanos, 180 años después de la Batalla de Boyacá, no puede ser una simple cuestión de retórica. Se trata de una realidad atada a nombres, a hechos y a consecuencias palpables. Los Derechos Humanos son hoy, en Colombia, el nuevo nombre de la paz.

El camino de la paz en Colombia es un camino sembrado de espinas. Pero, aun a pesar de ello, es un camino también lleno de esperanza.

El 2 de mayo, junto con Manuel Marulanda, abrimos una trocha hacia la paz en el monte. En una mesa rústica, en un paraje aislado de nuestra geografía, se sentaron el Presidente de Colombia y el jefe guerrillero. Por primera vez, en una historia que comienza a perderse en el tiempo, se le puso la firma a un acuerdo que garantiza abrirle la puerta de la paz de Colombia. Por primera vez –cara a cara– dos partes del conflicto comprometieron su palabra ante su país y la comunidad universal de naciones.

Lo hicimos con la plena conciencia de que la paz se proyecta, en últimas, hacia un plebiscito nacional para refrendar un futuro con garantías y en concordia para Colombia. Cuando se escogieron las palabras y se fijó la mirada en el horizonte no había más perspectiva que la de un país convencido de que la paz sin garantías no es paz y que la negociación sin ellas es apenas ejercicio estéril e irresponsable.

Por mi parte, como Presidente de la República, en nombre de los colombianos, puse mi firma sobre el papel escrito a mano con el convencimiento de que allí se expresaba en términos tajantes, tras largos años de desangre, que la paz es posible.

El buscar la paz en medio de la guerra ha sido el compromiso más duro para los colombianos que anhelan la concordia. Es así como el proceso ha navegado a lo largo de este último año, flanqueado por halcones y palomas, con el norte indiscutible de la reconciliación. Sin embargo, a pesar del costo de dolor y sangre, se ha avanzado. Son, precisamente, estos avances los que quiero compartir con mis compatriotas, cuando vemos a millones de ellos inundando las calles del país en pacíficas pero airadas protestas en nombre de la paz, por los derechos de la población civil, hoy involucrada en el conflicto.

Sin embargo, debo reconocer que atravesamos un momento difícil, en particular en relación con la forma en que debemos verificar que los objetivos que le señalamos a la llamada zona de distensión se cumplan de una manera transparente para garantizar confianza entre las partes. Quiero precisar que la zona de distensión debe constituir un escenario de convivencia pacífica en donde la vida cotidiana transcurra de manera normal. Así mismo, debe ser un mecanismo idóneo donde se puedan desarrollar las negociaciones con garantías tanto para el Gobierno como para la insurgencia.

Los habitantes de los municipios que se encuentran en la zona de distensión deben tener la absoluta garantía para el ejercicio de los derechos y libertades fundamentales, los cuales no pueden verse limitados por las negociaciones de paz. Fue por esa razón que en mi encuentro con Manuel Marulanda propuse y acordamos una comisión que permitiera superar los inconvenientes que se pudiesen presentar en la zona de distensión. Sin embargo, su implementación ha encontrado algunos obstáculos.

La verificación, dentro de este contexto, es una calle de doble vía diseñada por consenso, en la que no caben las nociones de ventajas a favor de una ni desequilibrios en contra de otra de las partes. Solo así podremos construir la confianza necesaria para la verdadera reconciliación de los colombianos.

Tengo la certeza de que la oportunidad que hemos construido merece el apoyo de todos mis compatriotas pero con unas reglas que nos den la seguridad de que el proceso avanza con paso firme. Por ello deseo, al reiterar la voluntad de paz de mi gobierno, señalar que estamos dispuestos a encontrar fórmulas que nos permitan superar la coyuntura actual. La puerta sigue abierta.

En este sentido, he dado instrucciones para que dentro del espíritu del Derecho Internacional Humanitario, en especial de las normas previstas en el Protocolo II adicional a los Convenios de Ginebra, que no es otra cosa que la definición de normas mínimas para la humanización del conflicto interno, encontremos mecanismos que faciliten el cumplimiento de lo acordado para la zona de distensión.

Debo recordar que históricamente fueron los grupos insurgentes quienes más insistieron en la aceptación de estos protocolos. Eso sí: no puede existir ninguna duda, ni en Colombia ni en la comunidad internacional, que el decreto que, dentro del marco de la Constitución y de la ley, establece la zona de distensión, es un acto de reafirmación de la soberanía de Colombia en todo su territorio.

También les quiero recordar a los colombianos que cuando el Presidente de Colombia habla de verificación lo hace sin rodeos ni ambigüedades. Y lo hace convencido de la necesidad de sustraer del conflicto a la gran masa de colombianas y colombianos cobijada bajo el concepto de población civil, que no es más que otra expresión para referirse al común de nuestras gentes, a nuestros vecinos y amigos, a nuestros padres y hermanos.

Interpreto el sentimiento de todos ellos. No queremos más violencia. No queremos más secuestros ni extorsiones. No queremos más atentados contra la vida ni actos terroristas. Colombia necesita expresiones que demuestren una auténtica voluntad de paz.

Al cumplirse el primer año de mi gobierno, quiero pedirles a los colombianos perseverar en la dura pero esperanzada búsqueda de la paz, de la misma manera que me dirijo a la insurgencia guerrillera para recordarle sus compromisos.

Involucrar a la población civil en el conflicto es robarle al país la ilusión; es combatir contra el empleo; la reactivación económica y el desarrollo social; es sabotear la reconstrucción de un país cansado de corrupción y de saqueo; es desafiar a los millones de colombianos que armados solamente con sus pañuelos blancos salen a las calles a decir "no más". La población civil no puede seguir siendo carne de cañón.

Como Presidente he asumido personalmente la labor de buscar la paz en nombre del mandato con que me han investido los colombianos, y este 7 de agosto debo pedir el concurso de mis compatriotas para defender los avances logrados hasta ahora.

El compromiso de este gobierno con el respeto de los derechos humanos es indeclinable y en esto nadie puede equivocarse. A los violadores

de los derechos humanos –al igual que a los corruptos– se les perseguirá y castigará, sean quienes sean, vengan de donde vengan.

En este Día de la Libertad, mi corazón y el de mi patria se encuentra de manera especial con todos los colombianos y colombianas secuestrados. Hoy abogo por ellos con la esperanza de que el retorno a sus hogares constituya un primer gran paso –en libertad– hacia la paz.

A los boyacenses, guardianes y cultivadores de esta tierra patrimonio de libertad, les traigo buenas noticias, que redundarán en beneficio de su economía y de su empleo:

Vamos a iniciar el proceso para la realización de la doble calzada entre Briceño y Sogamoso, que incluye la construcción de 163 kilómetros de nueva carretera; la rehabilitación de 182 kilómetros de calzada existente y otras obras complementarias, dentro de un megaproyecto que esperamos empezar a construir en el segundo semestre del próximo año.

Entre otras, también vamos a adelantar la concesión de la carretera Zipaquirá-Chiquinquirá-Barbosa-Santa Marta, que permitirá una salida fácil hacia la Costa Atlántica. Además, mejoraremos las cuatro alternativas viales que integran a Boyacá con Casanare, Arauca y el vecino país de Venezuela, y recuperaremos la línea férrea entre la capital del país y Sogamoso. Daremos especial importancia al mejoramiento de la transversal de Puerto Boyacá-Otanche-Chiquinquirá-Tunja con una inversión de \$ 4.000 millones en este año y a la vía entre Duitama y Charalá.

Así le cumplimos a Boyacá: con vías, progreso y empleo.

Por otra parte, quiero anunciarles la decisión del Gobierno en el caso de Acerías Paz del Río, de importancia neurálgica para la región. No queremos el cierre definitivo de la Acería. Buscaremos la reactivación de la producción siderúrgica, la preservación de la mayor cantidad de empleos posible y la garantía de los derechos pensionales de los jubilados. Para ello, presentaremos a los accionistas una propuesta que nos permita arrendar la planta a un operador que la maneje, generándose así

los ingresos para el cumplimiento de las obligaciones del fideicomiso que reemplazará a la actual empresa.

El Instituto de Fomento Industrial financiará con \$ 15.000 millones el inicio de operaciones del nuevo esquema productivo. Así rescataremos de su postración actual esta siderúrgica que ha sido por tantos años símbolo de la pujanza boyacense, y buscaremos que la nueva operación productiva contrate la mayoría de los actuales empleados.

La Batalla de Boyacá terminó hace 180 años a las 4 de la tarde, y con ella comenzó una era de libertad para Colombia y los territorios vecinos. Pero las batallas por el bien común no han terminado. Hoy los enemigos no son tropas extranjeras, sino otros tal vez más funestos y peligrosos. La guerra hoy es contra la corrupción, contra el desempleo, contra la pobreza y contra el secuestro y la violencia, en todos sus aspectos.

Es una lucha de múltiples batallas en las que está empeñado mi gobierno y en la que espero contar con el apoyo y la acción decidida de todos los colombianos.

Hemos avanzado ya un camino importante, con grandes logros y también grandes dificultades. Pero queda un buen trecho por recorrer. Como los tenaces patriotas, estamos descendiendo ya las duras estribaciones del Páramo de Pisba; pero tengo la seguridad de que con la colaboración y el sacrificio de todos hemos de llegar pronto al cumplimiento de nuestros sueños.

Cuando Bolívar vio perdida la batalla del Pantano de Vargas, se acercó a él el intrépido coronel Rondón y le dijo: "¿Cómo se ha de perder, si ni yo ni mis jinetes hemos peleado?". Y gracias a su carga de valor, la batalla se convirtió en un rotundo éxito.

A todos los colombianos que desesperan y se dejan llevar por el pesimismo contagioso de la crisis, les repito hoy estas mismas palabras: "¿Cómo la vamos a perder, si no hemos peleado?".

Vamos todos juntos. Avancemos de frente hacia el progreso y la paz. Hemos dado pasos trascendentales durante este año, y ya se avizoran épocas mejores. Así que: ¡Adelante!

Colombianos:

Para terminar, quiero evocar al vencedor de la Batalla que se realizó en estas montañas de Boyacá, el general Simón Bolívar, quien en carta dirigida al general Santander decía: "yo voy a servir bien a mi patria: voy a servirla con libertad, sin hipocresía y de un modo digno de gratitud porque voy a sacrificar hasta mi popularidad".

CONSTRUYENDO LAS BASES DE LA COLOMBIA DEL SIGLO XXI

*Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de cumplirse el primer aniversario de su gobierno.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 9 de agosto de 1999.

Colombianos:

Al cumplirse el primer año de mi gobierno, puedo decirles que avanzamos en un plan cuidadoso para sacar al país de la bancarrota. Me siento tranquilo ante la dimensión de las decisiones que hemos tomado. Estamos cumpliendo nuestras promesas y compromisos.

Propusimos al país una estrategia para la recuperación que le devuelva a Colombia la prosperidad y a los colombianos, el empleo. Hemos puesto en práctica una estrategia de justicia social para ofrecer esperanza y alivio a los que más lo necesitan. Estas estrategias son cumplimiento cabal del programa de cambio para el que fui elegido.

Sacamos al país de la ruta de la bancarrota. Los conocedores del tema económico, sin importar de qué escuela sean, coincidieron en el diagnóstico que propusimos: era imposible que el país siguiera viviendo una economía artificial que gastaba más de los ingresos que era capaz de generar. Tocaba cambiar de rumbo.

De ese derroche, del despilfarro y de la improvisación, nos despertó la recesión y, ahora, padecemos los dolorosos efectos de tanta irresponsa-

bilidad. Salir de ese estado de cosas fue el cambio al que nos comprometimos.

Aun antes de empezar este gobierno, asumí el reto de estabilizar la economía para construir la reactivación sobre bases de verdad. Debemos entender que no había otra salida que ajustar las finanzas públicas a la realidad. Así de simple pero así de difícil.

Recortando gastos de celulares, combustibles, viajes, contratos innecesarios y otras cosas más, disminuimos los gastos funcionamiento del gobierno en más de \$ 700 mil millones; hace un año la tasa de interés a la que los bancos prestan estaba casi en el 60 por ciento, hoy está por debajo del 28 por ciento. Los entendidos insistieron durante décadas en que el alto costo de la vida, el impuesto más injusto con los pobres, era uno de nuestros principales problemas. Y ahora, está en sus niveles más bajos en mucho tiempo: hace un año la inflación llegaba a más del 20 por ciento en el año; hoy está en 8.8 por ciento en el mismo periodo.

Frenamos la revaluación del peso, y la tasa de cambio ha mejorado 15 puntos, beneficiando nuestras exportaciones. Tal como lo propuse en mi campaña, hoy rebajamos hasta en un 15 por ciento el impuesto de renta a las empresas que generen nuevos empleos; estamos combatiendo como nunca el contrabando y creamos las condiciones para que volvamos a ser un país petrolero. En mi campaña dije que bajaríamos el IVA y a partir de noviembre bajará al 15 por ciento. Evitamos graves problemas en el sector financiero, presentamos un presupuesto realista que hemos llamado El presupuesto de la Verdad.

Como consecuencia de todas estas medidas, hemos frenado el crecimiento del desempleo, el cual, en el cuatrienio anterior, pasó del 8 al 16 por ciento. Estos logros nos permiten ser optimistas. Pero quiero ver muchos más resultados que beneficien a los pobres y a todos los colombianos.

Resultados como el señalado son cambios de verdad, profundos y fundamentales para un país acostumbrado a la falta de acción radical para resolver los problemas. Son la consecuencia de una obra de gobierno que cumple lo prometido.

Hubiera sido más fácil seguir con las mentiras del presupuesto, los maquillajes en la contabilidad de los bancos y la interesada generosidad de ciertas concesiones; pero preferí encarar los cambios a sabiendas de que podían significar una baja en las encuestas.

La verdadera dimensión de un líder se mide cuando concluya su misión y se puedan juzgar de verdad las bondades de los cambios que propuso y los males que evitó. Sobre esto, quiero hacer mías las palabras de Simón Bolívar en una carta a Santander: Yo voy a servir bien a mi patria: voy a servirla con libertad, sin hipocresía y de un modo digno de gratitud, porque voy a sacrificar hasta mi popularidad.

Veó que muchos de estos cambios todavía no llegan a sus hogares a la hora de comer. Siento la angustia de los colombianos que todavía no entienden cómo y de qué manera van a recuperar sus empleos, sus ingresos y su bienestar. Oigo las voces abrumadas de padres, madres y jóvenes que se preguntan cuándo llegará el momento de la prosperidad, la seguridad y la paz.

Para responder estos interrogantes, les insisto, hicimos aterrizar la economía y el país a su verdad, creamos las bases para comenzar a crecer de manera sensata, sana y de acuerdo con nuestras posibilidades. Pusimos los fundamentos para no volver a equivocarnos con falsas riquezas que nada bueno nos traen. Construimos, con mucho trabajo, los cimientos para la superación de las dificultades de todos. Estamos trabajando en los problemas de cada uno de ustedes y por el futuro de ustedes, los colombianos.

Y es que el camino es uno solo: trabajar. Trabajar de manera honesta y laboriosa. Sobrios y austeros, como fueron nuestros mayores. Estos son los valores sobre los que podemos edificar una sociedad más justa, más próspera y en paz.

La presencia escandalosa de riquezas mal habidas y peor utilizadas, de múltiples casos de corrupción con el dinero de ustedes los colombianos, y la utilización de los recursos de todos en provecho de unos pocos han generado la idea de que no existen reglas de juego para ser respetadas. Nos estábamos acostumbrando a confundir nuestra viveza con la posibilidad de violar las normas sin sanción alguna.

Este gobierno, al que no lo agobia ninguna sombra que empañe su autoridad moral, se ha empeñado en combatir a los corruptos estén donde estén. Y lo hace de forma resuelta. Está en marcha el programa presidencial de lucha contra la corrupción liderado por el propio Vicepresidente y ya son más de 200 los corruptos que están en la cárcel. En la nueva ley del sector financiero creamos una Comisión de la Verdad para que establezcamos con claridad los hechos de corrupción en el sector financiero. Nada más el viernes pasado fueron capturados una ex directiva del Banco del Estado, un ex miembro de la junta directiva de la Fiduciaria del Estado y un usuario del mismo banco sindicados de corrupción a muy alto nivel. Desde 1994 estaban saqueando los dineros del Banco.

La lucha contra los corruptos debe ser una misión de todos. Pero el resultado final dependerá, en buena medida, de que todos juntos reconstruyamos los valores que nos dejen actuar con honestidad y rectitud.

Son estos valores los que nos permitieron salir con la frente en alto, dignos y altivos, a recuperar nuestra posición internacional. La bienvenida calurosa de los países amigos se reflejó no solo en la desaparición de nuestros aspectos negativos sino en la ayuda real, en dinero contante y sonante para la recuperación económica. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que hemos obtenido ayuda externa por valor de 5 mil millones de dólares.

La solidaridad con nuestras necesidades y nuestras propuestas la expresaron Su Santidad Juan Pablo II, el presidente Clinton, Fidel Castro, el Rey de España, el presidente Aznar, el Primer Ministro del Japón, el Presidente de la China, el líder africano Nelson Mandela, el Movimiento de los no Alineados, los mandatarios de Iberoamérica y la Unión Europea. Así recuperamos la averiada imagen de nuestra patria. Hoy ya no somos parias en el mundo; viajar con el pasaporte colombiano ya no es el problema de otras épocas. Hoy nos sentimos orgullosos de ser colombianos.

He reconocido que Colombia atraviesa un valle de dificultades. Pero considero que hemos dado muestras suficientes para derrotar el pesi-

mismo. Ya empezamos a ver cómo los extranjeros confían en Colombia invirtiendo cada vez más. Es hora de que los colombianos también vuelvan a tener fe en su patria.

Tenemos una estrategia de apoyo a los más necesitados. Cuantiosos recursos públicos y alivios financieros han sido dirigidos a sectores que demandan mucha mano de obra.

Nuestra acción para generar empleo, la prioridad del Gobierno, se ha concentrado en cinco grandes áreas. En la construcción, nos hemos propuesto rescatar la credibilidad del público en la compra de vivienda y en ejecutar una política basada en subsidios a la demanda. Durante este año se van a entregar cerca de \$100 mil millones en subsidios para más de 20.000 familias.

El ajuste del sistema UPAC significó que más de 400 mil familias hayan rescatado sus viviendas. Soy consciente de que, aunque puedan faltar algunas familias, más de 2 millones de compatriotas descansan más tranquilos en sus hogares, gracias a los alivios por valor cercano a los 350 mil millones de pesos.

Ya están en marcha ambiciosos planes de construcción de vías con inversiones por más de dos mil millones de dólares, esto es más de 3 millones 600 mil millones de pesos. El túnel de La Línea, la red vial del Pacífico, la doble calzada entre Sopó y Sogamoso, la malla vial del Caribe y la malla vial del Valle son algunos de los proyectos más importantes. Dentro de estos hemos creado el programa denominado Manos a la Obra, liderado por el sector privado. Con él, utilizaremos más trabajadores y se generarán 150 empleos directos por cada kilómetro de vía que se construya con las mismas especificaciones técnicas, tiempos y costos comparables al de una operación mecánica.

Igualmente, para recuperar caminos veredales, firmamos convenios con 44 alcaldes de municipios que generarán 178.000 mil jornales de trabajo. Antes de terminar el año se firmarán 135 convenios adicionales con más creación de empleo.

De la misma manera, hemos liderado la reconstrucción de la zona destruida por el terremoto de enero, para rehacer las viviendas y toda la

infraestructura física y humana perdida en el desastre. Destinamos más de un billón 500 mil millones de pesos a esta tarea que ya comenzó a realizar el Fondo de Reconstrucción del Eje Cafetero.

El Gobierno aprobó nuevos mecanismos para construir acueductos y alcantarillados, orientados desde su concepción a la generación de nuevas fuentes de trabajo. En cuanto al suministro de agua potable, vamos a movilizar \$3,9 millones de millones. Y es que el agua es el eje fundamental de un proceso de preservación y mantenimiento del medio ambiente de nuestro bello país.

En el sector agrícola se ha puesto en marcha un plan de reactivación en cultivos con alta utilización de mano de obra, lo que significa más generación de empleo. Creamos el Fondo Nacional de Reactivación Agropecuaria, el cual podrá refinanciar las deudas vencidas de los campesinos y agricultores hasta por 400 mil millones de pesos con una tasa de interés igual a la inflación y a diez años. Así mismo, ampliamos las posibilidades para que más productores agrícolas tengan acceso a créditos respaldados por el Fondo Agropecuario de Garantías, y creamos el Banco Agrario para que el crédito llegue verdaderamente al campo. En total se destinaron recursos financieros para el agro que superan el millón de millones de pesos.

Colombianos:

He manifestado, repetidamente, mi voluntad porque la obra de este gobierno demuestre con hechos la clara intención de favorecer a los más pobres. Creo que la mejor política de protección en épocas de desempleo y bajo crecimiento es, sin lugar a dudas, una estrategia social activa. Así lo hemos propuesto en el Plan de Desarrollo Cambio para Construir la Paz orientado a aumentar la cobertura de la educación, la salud y la nutrición de los más pobres.

La necesidad de realizar el ajuste fiscal ha implicado recortes presupuestales que, como le he dicho, no podíamos eludir. Sin embargo, ordené que el gasto social se mantuviera. Así se ha hecho de manera evidente.

La aprobación del Plan Nacional de Desarrollo ha permitido adelantar y definir la ejecución de una ambiciosa política que tendrá decisivos efectos para todos ustedes en la cobertura y calidad de la salud y la educación.

Entre ellos, la creación de un millón quinientos mil cupos escolares mediante un uso más eficaz de los recursos del sistema educativo, llevando a los maestros donde los niños más los necesitan. Se ha puesto en marcha un movimiento por la calidad de la educación haciéndola más eficiente.

También podemos decir con orgullo que hoy ya son varios los municipios en donde todos los niños tienen su cupo escolar, es decir, la cobertura es del ciento por ciento en educación básica.

En el sector de la salud, este gobierno ha reestructurado 25 hospitales públicos inyectándoles recursos por 146.000 millones de pesos con el compromiso por parte de sus administradores de mejorar su desempeño. Igualmente, se puso en marcha el Plan de Atención Básica garantizándoles a los colombianos las vacunas básicas y las herramientas para la prevención en la salud.

Para darles salud a los más necesitados hemos afiliado a 615.000 personas al régimen subsidiado. Estas afiliaciones han sido destinadas a los hogares comunitarios, la población indígena, las mujeres cabeza de familia, la población en tercera edad, los indigentes, y hacia los habitantes en zonas con situación económica deteriorada. Fortalecimos el Sisbén para darles este beneficio a los más pobres de Colombia. Fue así como depuramos en un 35 por ciento los afiliados que estaban en el sistema por razones políticas y por corrupción.

Así mismo, gracias a una ley impulsada por este gobierno, este año se logró la afiliación a la seguridad social de más de 80.000 madres comunitarias que educan a cerca de un millón quinientos mil niñas y niños de familias de escasos recursos. Así cumplimos nuestros compromisos.

Uno de los temas que más interesa a ustedes es el de la seguridad en las calles de nuestras ciudades y en las veredas de nuestros campos. He

liderado personalmente el diseño de una estrategia que combata la inseguridad, el delito y la violencia. Los resultados ya los vemos. Tan solo una medida, el control al porte de armas, permitió que el índice de criminalidad bajara en 11 ciudades un promedio de 32 por ciento. Las cifras que posee la Policía Nacional así lo señalan.

Tal como me comprometí con los jóvenes y las familias, desde la Presidencia de la República está en marcha el plan Rumbos, con el cual adelantaremos la más amplia campaña para la prevención del consumo de las drogas, y junto con Nohra estamos avanzado en el plan de lucha contra la violencia intrafamiliar.

Por último, quiero mencionar el proceso de concertación que hemos iniciado. Hace algunos días el Gobierno invitó a los sindicatos, empresarios, académicos, partidos y al congreso para buscar, entre todos, nuevas fórmulas para enfrentar el desempleo, acelerar la reactivación y sanear las finanzas públicas. Hoy ya avanzamos en estas conversaciones y se han discutido algunas propuestas del Gobierno; pero estamos a la espera de las ideas que los participantes en esta mesa presenten con ánimo constructivo.

Quiero agradecer a todos los ciudadanos que de manera desinteresada nos han enviado propuestas para generar empleo atendiendo el llamado de días pasados. Todas ellas serán valoradas dentro de este proceso de concertación.

Debo reiterar lo que dije el sábado pasado: si algo puede definir los últimos doce meses de gobierno es la generosidad manifiesta en el proceso de búsqueda de la paz. El camino de la paz en Colombia es un camino sembrado de espinas. Pero, aun a pesar de ello, es un camino también lleno de esperanza pues estoy convencido de que la paz es posible.

Tengo la certeza de que la oportunidad que hemos construido merece el apoyo de todos mis compatriotas, con unas reglas que nos den la seguridad de que el proceso avanza con paso firme. Por ello deseo, al reiterar la voluntad de paz de mi gobierno, señalar que estamos dispuestos a encontrar fórmulas que nos permitan superar la coyuntura actual. Lo repito una vez más, la puerta sigue abierta.

Al cumplirse el primer año de este gobierno, quiero pedirles a los colombianos perseverar en la dura pero esperanzada búsqueda de la paz, de la misma manera que me dirijo a la insurgencia guerrillera para recordarle sus compromisos.

En este aniversario, mi corazón y el de mis compatriotas están de manera especial con todos los colombianos y colombianas secuestrados. Hoy nuevamente abogo por ellos con la esperanza de que el retorno a sus hogares constituya un primer gran paso en libertad hacia la paz.

Compatriotas:

Este es un período de muchos desafíos, de crisis y de oportunidades. Mi obligación es hablarles con franqueza. Al hacerle frente a nuestra condición, no desespero sobre el futuro, pues estoy convencido de que vamos a salir adelante.

Seguiremos luchando por el bienestar económico; seguiremos luchando por el empleo; seguiremos luchando para que el patrimonio público se invierta en los colombianos que más lo necesitan; seguiremos luchando con confianza y convicción por la paz. Como he dicho, hacemos una travesía difícil. Pueden ocurrir contratiempos antes de que la marea cambie. Pero si seguimos como vamos, si seguimos luchando, cambiaremos nuestra historia hacia un milenio de prosperidad renovada y de convivencia pacífica.

Cuando en la noche cierro los ojos, frente a mi conciencia, siento la tranquilidad de saber que estoy cumpliendo mi deber, que estoy cumpliendo los compromisos que adquirí con ustedes. Todos juntos estamos construyendo las bases de la Colombia del siglo XXI. Colombianos, el cambio está hoy en marcha.

Que el paciente Dios de los colombianos nos acompañe a todos.

CONTAMOS CON FUERZAS ARMADAS FORTALECIDAS, PROFESIONALES, TECNIFICADAS Y MODERNAS

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la clausura de los cursos de Altos Estudios Militares, Estado Mayor
e Integral de Defensa Nacional de la Escuela Superior de Guerra.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 26 de noviembre de 1999.

¡Nuevamente el máximo centro de formación de las Fuerzas Militares en Colombia nos entrega una promisoriosa cosecha de líderes para el país! Con gran satisfacción vengo a celebrar con ustedes la culminación de los cursos de Altos Estudios Militares, de Estado Mayor e Integral de Defensa Nacional. En estos cursos se ha capacitado con esmero un grupo selecto de compatriotas –oficiales y civiles– que tienen como principal objetivo servir a su nación y que sueñan y ayudan a construir cada día un país con paz, con progreso y con justicia social.

A los alumnos que hoy se gradúan; a sus profesores; al personal de planta de la Escuela Superior de Guerra y a sus directivos, encabezado por el general Fernando Soler Torres, va mi cálida felicitación, porque todos han trabajado este año en el valioso proceso de formación de los conductores que reclama nuestra nación.

Hace seis meses tuve oportunidad de conmemorar con ustedes los 90 años de fundación de la Escuela Superior de Guerra, y reconocí entonces la excelencia de esta institución, de donde han salido generales y almirantes que dan brillo y realce a la historia de nuestra patria.

Con mi propia experiencia he constatado el alto nivel profesional y personal de los militares colombianos. Por eso hoy puedo decir con orgullo que cuento, como Presidente y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas de Colombia, con el más selecto y comprometido cuerpo de

oficiales y de altos mandos militares, quienes desde la cúpula irradian su ejemplo de cumplimiento del deber a todos los demás miembros de las Fuerzas Militares.

Se trata de unas Fuerzas Armadas inteligentes y valientes que entienden y defienden los valores incuestionables de la democracia, que están conscientes del imperativo moral que significa el respeto de los derechos humanos, que colaboran con la comunidad y que son la presencia protectora y amiga del Estado para todos los colombianos.

Por ello quiero hacer hoy, en este evento solemne, un especial reconocimiento a todos los soldados de Colombia, que con abnegación y vocación trabajan sin descanso para que sus compatriotas vivan en un país en paz.

Porque las Fuerzas Armadas –estoy seguro de ello–, como los mejores colombianos, son las primeras deseosas de alcanzar la paz, pues entienden que sin ella se hacen inútiles todos los esfuerzos.

Como dijera Cicerón: "Si ha de hacerse la guerra, debe hacerse con la única mira de obtener la paz".

He dicho ya en otras oportunidades que así como tenemos unas fuerzas armadas para la paz, ellas también están preparadas para el combate. Y lo están porque su primera obligación es defender nuestra soberanía, nuestra democracia y la vida y los derechos fundamentales de los colombianos.

El fortalecimiento de las acciones de inteligencia como un elemento fundamental en el desarrollo de las tareas encomendadas, así como la decidida acción conjunta de las diferentes fuerzas y la estrecha colaboración y coordinación con la Policía Nacional, han demostrado importantes avances y triunfos en combate.

Esta nueva estrategia ha enseñado reiteradamente sus bondades, y los hechos son contundentes al presentar el trabajo conjunto y coordinado como el camino por seguir en la lucha contra todo tipo de violencia.

Por eso quiero destacar hoy la exitosa respuesta de nuestros militares en la acción combinada que efectuaron la semana pasada en Puerto Inírida para repeler el alevé ataque de los subversivos contra la población.

Se ha comprobado nuevamente el profesionalismo, la superioridad y la contundencia de las fuerzas legítimas del Estado, más aun cuando obran en forma coordinada, en desarrollo de la estrategia de "comando" que conjuga la inteligencia y la operación del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, en estrecha colaboración con la Policía Nacional.

Hoy contamos con unas Fuerzas Armadas fortalecidas, profesionales, tecnificadas y modernas. Tenemos una inteligencia especializada que se concentra únicamente en estas labores, permitiendo que las tropas operativas cuenten con la información más precisa y oportuna. Y hemos ganado también en movilidad, gracias a la Estrategia de Despliegue Rápido –que unifica el accionar de las Brigadas Móviles Antiguerrilla– a la nueva Brigada Fluvial de Infantería de Marina y al apoyo de las aeronaves y helicópteros de la Fuerza Aérea.

Todos estos elementos posibilitaron la victoria en Puerto Inírida, donde las tres Fuerzas y la Policía Nacional obraron en completa coordinación.

Muy especial mención quiero hacer del crucial trabajo realizado por la recientemente creada Brigada Fluvial de Infantería de Marina, que controla 8.000 kilómetros de ríos colombianos. En agosto pasado, en Puerto Leguízamo, tuve oportunidad de dar a la actividad este importante cuerpo, compuesto por 5 batallones, y en su breve tiempo de operación ha demostrado su importancia y efectividad, no sólo en el combate contra la subversión, sino también en la lucha contra el narcotráfico. ¡Bien por estos infatigables guardianes de nuestros ríos!

Hace cuatro días estuve en Puerto Inírida, y allí pude constatar personalmente el agradecimiento que sienten sus habitantes hacia los valientes soldados y policías que arriesgaron sus vidas para protegerlos.

Me pareció particularmente impactante encontrar a dos muchachos que habían sido reclutados por la guerrilla, de menos de 16 años de edad. En

sus palabras solo había miedo y desolación, porque ni siquiera entendían por qué estaban peleando. Es insólito que las fuerzas al margen de la ley persistan en utilizar niños como carne de batalla, cuando deberían estar jugando o aprendiendo en las escuelas y no sometidos a la ignominia de la guerra.

¡Con los niños no se hace la guerra!

También estuve el pasado fin de semana en las poblaciones tolimenses de Prado y Villarrica, donde la subversión atacó sin piedad a los civiles y a los policías que defendían su puesto, ejecutando tremendos actos de barbarie.

Es completamente absurdo y demencial que así se ataque al pueblo por el que supuestamente se lucha.

Ante estas dantescas escenas de dolor, Colombia al unísono exige: ¡No más! ¡No más sangre hermana inútilmente derramada!

Los violentos no entienden o no quieren entender que con sus acciones solo están ayudando a perpetuar e incrementar la pobreza y el desempleo.

Cada ataque a las poblaciones indefensas ¡cuánta miseria genera! Cada secuestro, cada boleteo, cada extorsión ¡cuántas industrias paralizan! ¡Cuántas parcelas sin cultivar generan! ¡Cuánto desempleo causan!

Mientras la inmensa mayoría de los colombianos trabajamos por la recuperación económica del país y por generar empleos que posibiliten una vida digna, las acciones de los violentos solo siembran miseria y desempleo.

¡Que paradójico resulta que quienes dicen luchar por el pueblo sean quienes dejen al pueblo sin empleo!

En medio de estos difíciles momentos, siempre hallamos la valentía y el coraje de nuestros soldados y policías, que responden con heroísmo a su vocación de servicio a sus compatriotas. A todos ellos, y a los heridos y caídos en el combate, quiero rendir hoy mi más emocionado homenaje de agradecimiento.

Desde la acción combinada que tuvo lugar en Mitú hace ya cerca de un año, las fuerzas militares han demostrado con hechos que cada día están más capacitadas para defender de los violentos a la población colombiana y a las instituciones democráticas.

Así ha quedado ratificado en el curso del presente año en múltiples operaciones exitosas, como lo fueron la Operación Eclipse Negro en Arauca, la Operación Leopardo en la zona de Urabá, las Operaciones Némesis y Llanura en el Vichada y Arauca, la Operación Lusitania en Antioquia, la Operación Espada en el Huila, la Operación Independencia en el Meta y Caquetá, las operaciones de los primeros días de septiembre en Hato Corozal y en el Páramo de Sumapaz, la Operación Cacería en el Valle, y ahora esta valiente y oportuna acción en Puerto Inírida.

Pero aparte de la superioridad militar que se refleja en las operaciones mencionadas, las Fuerzas Militares de Colombia actúan con la superioridad moral de saberse representantes de la legitimidad del Estado y con el orgullo de contar con el apoyo de todos sus compatriotas.

Donde se violen los derechos de los colombianos, donde se pongan en vilo sus vidas y su integridad física, donde se restrinja su libertad, allí estarán las Fuerzas Armadas de Colombia para defenderlos, con todo el respaldo de su Presidente.

¡Porque nuestro deber indeclinable es mantener la integridad del territorio nacional y preservar la vida, honra y bienes de todos los colombianos!

Quiero dejar en claro que si la subversión insiste en dialogar en medio del conflicto, lo haremos. Pero sabemos que la paz, por razones obvias, se consigue más fácilmente en un entorno de paz. Por eso reafirmo con énfasis: ¡El Gobierno y el pueblo colombiano prefieren un proceso en paz y no en medio del conflicto!

Hemos adelantado este proceso de paz siempre con la mayor fe y con nuestra mejor disposición para alcanzar la paz y así lo seguiremos haciendo. Pero ante todo, el proceso se ha adelantado con pleno apego a la Constitución y a las leyes que nos rigen.

Los acercamientos iniciales, el inicio de los diálogos y las negociaciones y la creación de los mecanismos que nos permitan adelantar las conversaciones, como es el caso de la zona de distensión, siempre se han ceñido a normas vigentes de tiempo atrás. Para Colombia entera solo es concebible un proceso de paz que se desarrolle dentro del marco de nuestra Constitución; y yo como Presidente, siempre y en todos los casos, sólo actuaré dentro del marco de la ley y de nuestra Carta Magna.

Colombia, nuestros niños, nuestros ancianos, nuestras mujeres, merecen hacer el tránsito al año 2000 en un entorno de convivencia y no de violencia. Ya recibimos el siglo XX, hace 100 años, en medio de una guerra fratricida. ¡No volvamos a cometer esta equivocación histórica!

Señores oficiales y civiles que hoy culminan su preparación en la Escuela Superior de Guerra:

En los tiempos difíciles que vivimos es cuando más se requiere el concurso de colombianos valientes y conocedores de su patria.

La capacitación integral que han adquirido los prepara para afrontar los retos del porvenir con inteligencia y decisión.

¡Que el Dios de Colombia ilumine su camino e ilumine el camino de esta patria que queremos ver en paz y prosperidad!

NO MÁS MENORES DE EDAD EN LAS FUERZAS ARMADAS

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en el Acto de Desvinculación de Menores del Ejército Nacional.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 20 de diciembre de 1999.

¡En este día enviamos un mensaje de esperanza al mundo y a todos nuestros compatriotas! Hoy nos reunimos en esta plaza mayor de nuestra nacionalidad para afirmar, con orgullo y soberanía, que a partir de esta fecha no habrá un solo menor de edad, bajo ninguna circunstancia, en las filas del Ejército Nacional.

Con esta decisión, liderada con entusiasmo por el general Jorge Enrique Mora Rangel y enmarcada dentro de la política de derechos humanos y de aplicación del derecho internacional humanitario que viene promoviendo mi gobierno, estamos yendo mucho más allá que las convenciones internacionales y anticipándonos a la nueva normatividad sobre el tema.

En efecto, ya en el Protocolo I, adicional a los Convenios de Ginebra de 1949, se determinó la necesidad de que las partes en un conflicto tomaran todas las medidas posibles para que los niños menores de quince años no participen directamente en las hostilidades, especialmente absteniéndose de reclutarlos para sus fuerzas armadas.

Esta norma fue recogida luego por el artículo 38 de la Convención sobre los Derechos del Niño adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1989, a la cual se encuentra vinculada Colombia, junto con otros 190 Estados del mundo. Según este tratado, los Estados (...) se abstendrán de reclutar en las fuerzas armadas a las personas que no hayan cumplido 15 años de edad.

Pero en Colombia entendemos que los 15 años no pueden ser un límite mínimo adecuado para el reclutamiento militar. No es posible, ni tiene ninguna lógica, que a los jóvenes a quienes la ley no les concede el derecho de votar para elegir a sus gobernantes o de ejecutar autónomamente algunos actos civiles o que no pueden ingresar a ver una película censurada, sí se les permita estar en una fuerza armada y afrontar los riesgos que esto implica.

Por ello, desde la vigencia de la Ley 418 de 1997, conocida como de Orden Público, se determinó que los menores de 18 años no serían incorporados a filas para la prestación del servicio militar. Pero se dejó abierta la posibilidad para la incorporación de los menores bachilleres que, voluntariamente y con la autorización de sus padres, optaran por cumplir con este deber patriótico.

Con lo dispuesto en el proyecto de ley que prorroga la Ley de Orden Público, recientemente aprobado por el Congreso de la República, se terminará esta excepción, y, en adelante, ningún menor de 18 años podrá ser incorporado a filas, así cuente con su propia voluntad y la de sus padres.

Pero el Ejército Nacional, bajo la iniciativa –como ya dije– de su comandante, el general Mora, ha querido anticiparse a la vigencia de la nueva ley y, sin estar aún obligado a ello, ha decidido desvincular el día de hoy a todos los soldados menores de edad que están voluntariamente en sus filas: cerca de mil en todo el territorio nacional.

¡Este es un gesto discrecional de altísimo valor moral, que reafirma el compromiso del Ejército Nacional de Colombia con el respeto de los derechos humanos y, muy especialmente, con los derechos del niño!

Todos estos jóvenes bachilleres valientes y patriotas, que voluntariamente se unieron al Ejército para cumplir con su deber constitucional, regresan hoy a sus hogares para pasar en ellos la época de Navidad y el Año Nuevo, con la satisfacción del deber cumplido y la excelente formación integral que les deja su paso por el Ejército Nacional.

Estoy seguro de que serán magníficos profesionales que forjarán el camino de la Colombia del mañana y, por qué no, excelentes oficiales, en los casos en que quieran luego unirse a las Fuerzas Armadas para continuar sirviendo al país.

¡El año 2000 amanecerá en Colombia sin un solo menor de edad en las filas del Ejército Nacional!

En adelante, los menores bachilleres de Colombia se dedicarán, como debe ser, únicamente al estudio de sus carreras y a la sana recreación.

Creemos, tal como proclama la Declaración sobre el Fomento entre la Juventud de los Ideales de Paz, Respeto Mutuo y Comprensión entre los Pueblos de las Naciones Unidas, que la juventud debe ser educada en el espíritu de la paz, la justicia, la libertad, el respeto y la comprensión mutuos, a fin de promover la igualdad de derechos de todos los seres humanos y de todas las naciones, el progreso económico y social, el desarme y el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

¡El Estado y el Ejército colombianos cumplen con sus jóvenes! ¡Qué doloroso que las fuerzas al margen de la ley, que pregonan luchar por un nuevo país, no hagan lo mismo y, en cambio, sigan utilizando a los niños de Colombia como carne de cañón!

Tristemente, entre un 15 y un 20 por ciento de los miembros de las guerrillas y de los grupos de autodefensa son niños.

Una investigación adelantada por la Defensoría del Pueblo muestra que el 18 por ciento de estos niños ha matado por lo menos una vez; el 60 por ciento ha visto matar; el 78 por ciento ha visto cadáveres mutilados; el 25 por ciento ha visto secuestrar; el 13 por ciento ha secuestrado; el 18 por ciento ha visto torturar; el 40 por ciento ha disparado contra alguien, y el 28 por ciento ha sido herido.

Parafraseando un informe de la Unicef, es necesario que estas cifras alarmantes produzcan un sentimiento colectivo de vergüenza que ponga fin al horror de la infancia que es victimizada por la guerra.

Señores líderes de las fuerzas al margen de la ley: ¿Hasta cuándo? Los invito vehementemente a que piensen en los niños y en el futuro de Colombia, a que piensen en el pueblo por el que dicen luchar, y se acojan definitivamente, como lo hace el Estado colombiano, a las normas del Derecho Internacional Humanitario.

Colombia entera espera una respuesta positiva que saque a nuestros niños de la guerra, que saque a la población civil del conflicto, que acabe con los actos de barbarie y que genere una tregua de paz en este fin de año y ojalá para siempre.

Hoy quiero resaltar, por ello, con entusiasmo, la noticia de que las Farc-Ep han aceptado mi propuesta de tregua para la época navideña y han declarado un cese de hostilidades, desde la medianoche de hoy y por lo menos hasta el próximo 10 de enero. Es un gesto que habíamos pedido con insistencia y que valoramos en toda su importancia. Ojalá que sea el inicio de un cambio de actitud, que humanice la confrontación y facilite el camino del diálogo.

Igualmente, exhortamos a los demás grupos guerrilleros y, en general, a todos los factores generadores de violencia, para que adopten una posición similar, permitiendo a los colombianos hacer el tránsito al nuevo milenio en un entorno de tranquilidad, que debe ser el escenario en el que construyamos la Colombia del nuevo siglo.

También invito a las Farc-Ep para que piensen en los cientos de compatriotas que están privados de la libertad y que están abocados a ver la luz del año nuevo bajo el inhumano flagelo del secuestro, que produce dolor y angustia en todos sus familiares y seres queridos.

Este siglo que culmina no puede terminar signado por las cadenas, sino bajo el designio de la libertad. ¡No existe justificación alguna para privar de este derecho sagrado a ningún ser humano!

Colombia espera, Colombia clama, Colombia sueña un nuevo siglo de armonía, de paz y de progreso. ¡Empecemos a soñarlo y a construirlo juntos!

Señores soldados bachilleres que hoy se desvinculan:

El país entero les agradece su gesto de valor y de hombría, y confía en contar siempre con ciudadanos como ustedes, que coloquen la patria por encima de sus propios intereses.

¡Que tengan todos ustedes y sus familias, y que tengamos todos los colombianos una Navidad en paz y un Año Nuevo que traiga al fin la reconciliación que tanto anhelamos!

¡QUÉ GRANDES SON LAS POSIBILIDADES DE UNA COLOMBIA EN PAZ!

*Mensaje de fin de año, del presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, a los colombianos.*

Cartagena de Indias, Bolívar, 30 de diciembre de 1999.

Colombianos:

Iniciamos un nuevo siglo, un nuevo milenio en los que Colombia será, por voluntad de los mismos colombianos, el país que soñamos: un país reconciliado, con una economía sólida y con justicia social. ¡El país que queremos legar a nuestros niños, a nuestros jóvenes y a todas las generaciones de colombianos del siglo XXI!

El año que dejamos atrás ha sido un año fundamental en el cambio en el que el gobierno y los colombianos nos encontramos empeñados. Sin duda, ha sido un año difícil que nos ha puesto a prueba a todos, pero ha sido igualmente un período durante el cual la voluntad y el tesón propios de nuestros compatriotas permitieron la realización del ajuste necesario para enfrentar, no sólo los próximos años sino el nuevo siglo, con optimismo y esperanza en el futuro.

La paz sigue siendo el anhelo de todos los colombianos. Tal como me comprometí, he liderado personalmente el proceso para su construcción. Un proceso que requiere paciencia pero también firmeza.

Cuando pensamos en el camino de la paz, con frecuencia pensamos únicamente en lo que la paz nos representa; pero olvidamos que recorrer ese camino implica la superación de muchos obstáculos, la cons-

trucción de confianza y la concertación de reglas claras. Después de casi medio siglo de conflicto, los colombianos tenemos que construir una cultura de paz. Este cambio de milenio es la oportunidad para generar un cambio que nazca desde nuestros hogares, desde las escuelas y las calles en donde el grito de no más violencia resuena en el alma de la patria. Entre todos estamos consolidando una nueva cultura: ¡la cultura de la paz!

Iniciamos un nuevo milenio con una tregua en el conflicto armado. Que este tiempo sea un símbolo y una oportunidad de reflexión que abra la posibilidad de negociar ya no en medio de la guerra sino en medio de la paz. Todos sabemos que la paz se construye más fácilmente en un escenario sin muertes ni secuestros.

Yo confío en que durante el próximo año continuemos avanzando en ese camino hacia la reconciliación. Seguiremos buscando la paz, no a cualquier precio, pero siempre haciendo los esfuerzos, y todos los esfuerzos, que sean necesarios para alcanzar la solución del conflicto por la vía del diálogo.

¡Qué grandes son las posibilidades de una Colombia en paz!

Así como la paz es una preocupación diaria de todos los colombianos, lo es también la recuperación de nuestra economía, la cual mi gobierno encontró sumida en la más profunda crisis de este siglo. Esta sí que es una gran tarea que ha asumido mi gobierno. Sé que frente a las dificultades económicas es difícil pedirles a los colombianos paciencia. Pero miremos la experiencia de otros países cercanos a nosotros como México, Venezuela o Brasil: nos ha demostrado que las grandes crisis económicas no se resuelven de un día para otro sino que se requiere primero poner la casa en orden.

Y en este primer año hemos dedicado nuestros esfuerzos precisamente a eso: a poner la casa en orden. Hoy tenemos tasas de interés en el nivel mínimo histórico: 50 por ciento menores que las de hace un año; y hemos logrado mantener una tasa de cambio competitiva para fortalecer nuestras exportaciones y para defender lo que producimos los colombianos de la invasión de productos importados; y además, tenemos

una tasa de inflación de solo el 9 y medio por ciento, lo que quiere decir que estamos derrotando el impuesto inflacionario, que es el que más golpea a los pobres de Colombia.

La economía que estamos construyendo será una economía sólida, capaz de ofrecer empleo a una población creciente de jóvenes que están llegando hoy a su mayoría de edad. Y eso sólo es posible con cambios profundos. Primero, debemos derrotar la cultura de ilegalidad que nos ha arrinconado. Y en esto quiero ser enfático. La lucha contra el contrabando la hemos emprendido con toda la energía porque sabemos que luchar contra el contrabando es luchar por el empleo de los colombianos. ¡No desmayaremos hasta vencerlo!

Pero somos todos, ustedes y el Gobierno, cambiando de actitud y negándonos a comprar contrabando, quienes podemos ayudar a que más colombianos consigan empleo, como ya está sucediendo en los sectores textil y de confecciones.

En este mismo sentido, debemos rescatar la importancia de jugarle limpio a Colombia, derrotando la evasión de impuestos. Ya hemos reducido el IVA, como lo propuse en mi campaña, del 16 al 15 por ciento y todavía podríamos reducirlo aun más, en la medida en que aseguremos que no haya contrabando ni evasión. Así como los colombianos tienen el derecho de exigirle al Gobierno, también debe ser claro que todos tenemos deberes para con la sociedad. Es con los impuestos como podemos pagar la educación y la salud de los más necesitados y fortalecer la seguridad y la justicia. A veces quienes más critican son también quienes más evaden impuestos. Rescatar la legalidad, derrotar la cultura de la ilegalidad, debe ser un compromiso de todos en este nuevo milenio que comienza.

En segundo lugar, estamos volcando el país hacia las exportaciones. Necesitamos mejores empleos, empleos mejor pagados, y ellos se consiguen en un país que sabe exportar. La meta de mi gobierno de duplicar las exportaciones sí es posible, como lo demuestra el entusiasmo exportador que ha surgido en el país. Un país que exporta produce con calidad y, por lo tanto, es competitivo. Colombia, con su enorme po-

tencial humano, está llamada a conquistar los mercados mundiales si nos comprometemos a hacerlo.

También estamos empeñados en rescatar nuestra agricultura. Colombia, más que cualquier otro país latinoamericano, tiene una historia ligada al campo e inmensas posibilidades económicas en su desarrollo. Resulta absurdo que para 1998 hayamos llegado a importar cinco millones de toneladas de productos agrícolas, la mayoría de los cuales producíamos y que podemos volver a producir en Colombia. Ya hemos garantizado el precio con que el próximo año se volverá a sembrar algodón y se recuperarán otros cultivos que, como el maíz, la soya y el sorgo, se estaban dejando de sembrar. Además, fortalecimos los fondos de estabilización y apoyamos las cadenas productivas para convertir al país en exportador de productos agropecuarios.

Para que muchas empresas en dificultades puedan recuperarse y vuelvan a generar empleo, ya tenemos aprobada la Ley de Intervención Económica, que facilita la realización de acuerdos entre deudores y acreedores. Así generamos un entorno de confianza y salvamos a las empresas que son viables.

Para lograr la reactivación económica, rebajamos los impuestos a las empresas que generen nuevos puestos de trabajo; luchamos contra el contrabando; promovimos el crédito agropecuario; impulsamos la ley de vivienda; apoyamos a los empresarios; generamos programas para la microempresa y rebajamos el IVA.

Ningún otro gobierno en la historia nacional le ha metido tanto el hombro a dar un apoyo efectivo a los deudores de vivienda, con medidas excepcionales orientadas a aliviar su situación. Con la Ley de Vivienda dimos vida a un nuevo sistema de financiación en el cual las cuotas mensuales estarán atadas únicamente a la inflación; por lo tanto, no subirán en ningún caso más que los salarios.

Hoy más de un millón de deudores del sistema UPAC tienen alivios por más de dos y medio millones de millones de pesos, para asegurar el pago de su cuota y sobre todo la defensa de su vivienda.

En el campo de la salud, hemos aumentado la cobertura del régimen subsidiado en medio millón de nuevos beneficiarios. Asimismo, depuramos el Sisbén. No permitiremos más que personas con recursos engañen al Estado, beneficiándose de los subsidios e incentivos destinados a las personas que realmente los necesitan.

Desde el inicio de mi gobierno hemos avanzado aceleradamente en dos propósitos que considero fundamentales: La protección de nuestra infancia y la garantía de educación para todos los colombianos. Ellos son la base esencial de una sociedad justa y próspera. Solo una población bien educada podrá enfrentar los retos del nuevo milenio.

Con Nohra, estamos convencidos de que la paz comienza por casa. Y para hacerlo realidad ha sido aprobada la ley que nos permite combatir la violencia en el seno de las familias. Pero el problema no es sólo de leyes. Les hemos dado prioridad a las madres cabeza de familia en todas las políticas sociales, incluido el acceso a la vivienda, en el cual tienen ya un doble subsidio. Hemos fortalecido la red de apoyo a las madres y a los niños y también el programa de madres comunitarias garantizándoles a todas ellas acceso a la seguridad social.

De otra parte, con el programa de desayunos escolares que ya iniciamos, hemos asegurado que el próximo año más de dos millones de niños de escasos recursos tengan desayunos nutritivos y balanceados. Para lograr que todos los niños puedan estudiar, también hemos tomado medidas difíciles. Todos ustedes saben que hemos enfrentado varios paros de educadores. Pero lo hemos hecho para reorganizar la educación y mejorar su calidad.

Lo que buscamos son cosas tan sencillas como que los profesores puedan ser evaluados para garantizar una óptima calidad y que los maestros no se concentren en las grandes ciudades. Es decir, repartir mejor y de manera más eficiente los recursos públicos para que los niños colombianos tengan el derecho a educarse aun en los lugares más remotos de nuestra geografía. Por fortuna, la gran mayoría de los educadores han entendido que ese y no otro es el verdadero objetivo de mi gobierno.

Una infancia protegida y una juventud educada son propósitos que no dan más espera y que debemos asegurar en la primera década del siglo que se inicia.

Para hacer eficaz la acción social del Estado, es indispensable que mantengamos un frente común contra los corruptos. ¡Solo manos limpias deben tocar los dineros públicos, los dineros de ustedes los colombianos! Precisamente a través del Programa Presidencial de Lucha contra la Corrupción hemos logrado coordinar con los diversos entes de control del Estado, una acción coherente y oportuna que ha producido resultados contundentes.

En 16 audiencias públicas realizadas por el Grupo Elite en igual número de municipios, se recibieron 1.944 quejas, gracias a las cuales se abrieron 518 investigaciones, se formularon cargos en 260 casos, se suspendieron 18 funcionarios y se destituyeron 9. Desde el inicio de mi gobierno, el DAS ha puesto a disposición de la Fiscalía a 465 personas por delitos contra 26 entidades públicas, abriendo investigaciones por una cuantía superior a los 46.400 millones de pesos. ¡Me comprometí en mi campaña a meter a los corruptos a la cárcel y lo estamos haciendo!

El año 99 nos sorprendió muy temprano con la tragedia del terremoto del Eje Cafetero. Justamente, en este proceso de reconstrucción se ha logrado una acción que está produciendo hechos concretos. En el Eje Cafetero, hemos invertido cerca de 750 mil millones de pesos, ya hemos entregado 50.390 subsidios de vivienda; ya hemos reconstruido 715 escuelas; estamos construyendo 25 nuevas ciudadelas educativas y estamos reconstruyendo las vías en la zona. La solidaridad que demostraron los colombianos en medio de esta tragedia es, sin duda, un gran aliciente para iniciar el nuevo siglo con renovada esperanza.

Compatriotas:

A muy pocas horas de culminar este año de exigentes pruebas y de arduo trabajo, en el que todos los colombianos hemos tenido que aportar lo mejor de nosotros, nuestra paciencia y nuestro empeño, quiero que reiteremos juntos nuestro compromiso de asegurar para Colombia un porvenir de progreso y de paz.

Dentro de las expectativas de todos aquellos que nacimos en este siglo estaba la posibilidad de presenciar el avance de la humanidad al siguiente milenio. Nosotros somos los elegidos: los testigos de un evento creado por nuestro deseo inmemorial de contabilizar el tiempo. El arribo de esta fecha simbólica dividirá inevitablemente nuestras vidas en dos, y con el transcurrir de los años las nuevas juventudes curiosas querrán saber qué estábamos haciendo, dónde nos encontrábamos cuando sucedió el evento, y qué futuro estábamos soñando y construyendo. ¡Digámosles con la frente en alto que estábamos trabajando por la nueva Colombia que ellos estarán disfrutando!

Para quienes en este momento tengan un familiar privado de la libertad, nuestra solidaridad para con sus familias. Combatir el secuestro seguirá siendo una de las prioridades de mi gobierno.

Quiera el Dios de los colombianos que el siglo que inauguramos sea el comienzo de ese horizonte de prosperidad y justicia social para nuestra patria. ¡Ese es el horizonte que merece Colombia y por el que estamos trabajando!

¡Tengan todos ustedes un feliz año! ¡Y que Dios los bendiga y que Dios me bendiga!

**EL POLICÍA COMUNITARIO,
EL NUEVO POLICÍA DE COLOMBIA;
AGENTE DE AUTORIDAD Y AGENTE DE PAZ**

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante
la inauguración de la seccional de Carabineros
de la Provincia de Vélez.*

Vélez, Santander, 18 de febrero de 2000.

El lunes de esta misma semana tuve la grata oportunidad de rendir un justo homenaje al general Rosso José Serrano en la Cumbre de Comandantes de la Policía Nacional, con ocasión de sus 40 años de servicio en esta querida institución de los colombianos. En ese evento recordé cómo en 1960 el joven Rosso José salió de Vélez montado sobre el platón de la camioneta Ford 48 de su tío, con rumbo a la Escuela General Santander, donde inició una carrera que lo condujo a la más alta dignidad de la institución y a un puesto de privilegio en el corazón de sus compatriotas.

Pues bien: ¿Quién se iba a imaginar entonces que 40 años después, ese joven veleño, ese campesino colombiano, como a él mismo le gusta llamarse, iba a regresar a su tierra, ya no en la vieja Ford, sino en helicóptero, trayendo consigo al Presidente de la República?

Por eso es que el general Serrano, el hijo mayor de doña Lolita y de don Julio –ella siempre al frente de su almacén de ropa y él un trabajador del campo, como tantos colombianos honestos de la provincia–, es hoy un ejemplo para las nuevas generaciones sobre las metas que se pueden

alcanzar cuando se adelanta una carrera con una firme vocación, con trabajo duro y desinteresado y con verdadero amor a la patria.

Cuánta satisfacción debe sentir hoy usted, general Serrano, al volver a su querida Vélez, ante las miradas orgullosas de sus padres, de sus hermanas y hermanos, de sus familiares y de tantos amigos y coterráneos, para inaugurar como lo estamos haciendo hoy, un nuevo centro de formación de la Policía Nacional, una institución que usted ha depurado y modernizado en beneficio de la seguridad de sus compatriotas.

La Seccional de Carabineros de la Provincia de Vélez se suma a otras seccionales distribuidas a lo largo y ancho del país, donde los mejores jóvenes de Colombia se preparan para asumir el desafío de ser policías en una sociedad que hoy más que nunca los necesita y los valora.

Aquí en Vélez se están formando y se formarán los patrulleros venidos de la región, que luego prestarán sus servicios en este mismo departamento de Santander, en Norte de Santander y en el sur de Bolívar, en municipios que demandan la presencia protectora y amiga de sus policías.

La primera promoción de noventa estudiantes que iniciaron su curso en marzo del año pasado está próxima a egresar para ponerse al servicio de la patria. ¡Cuánto coraje, cuánta voluntad y cuánto sentido del deber y del honor se requieren para tomar la decisión de afrontar el peligro y convertirse en bastiones de seguridad para los colombianos de bien!

La seccional que hoy inauguramos tiene actualmente capacidad para albergar hasta 200 estudiantes y está previsto que en un futuro llegue a recibir 600. Así se cumple con el importante objetivo de descentralizar la formación de los policías, de forma que estén cada vez más cercanos a sus propias regiones y sean partícipes de las soluciones de sus problemas, generando además un polo de progreso, desarrollo y empleo en la provincia colombiana.

Estos jóvenes saldrán a prestar su servicio en zonas rurales del nororiente colombiano, donde el conflicto armado es una amenaza vigente, y esto representa de por sí un reto para la Policía Nacional. Quiero aprovechar

esta oportunidad y la dinámica de transformación y creatividad en que se encuentra esta institución, para que se piense en el papel de la misma en la atención del tema de la seguridad en los campos colombianos. Y esto debemos hacerlo con una visión tanto de corto como de largo plazo.

En el corto plazo, persistiendo en el combate contra todas las fuerzas que atentan contra la tranquilidad y seguridad de los colombianos, llámense narcotráfico, delincuencia común, grupos de justicia privada o insurgencia.

En el largo plazo, consolidando y defendiendo el entorno de paz y progreso en los campos del país por el que estamos trabajando y que esperamos alcanzar en un futuro no lejano.

El patrullero de la Policía Nacional es el miembro de la policía que está más cercano a la población, que comparte su día a día, sus aflicciones y sus alegrías, y que está dispuesto a protegerla por sobre todos los riesgos. Pero es más: a menudo los patrulleros de la policía son el contacto más palpable y más próximo y a veces el único que tienen los habitantes de los pueblos de Colombia con el Estado. Son su medio de relacionarse con las instituciones y con el sistema legal, y la garantía de su protección como ciudadanos.

Ésta es una realidad que confiere a la tarea de los policías una gran importancia, pero al tiempo una enorme responsabilidad: la responsabilidad de ser el símbolo del Estado colombiano en todos los rincones de la geografía nacional. Por eso, con más razón, su labor debe ser pulcra, honesta, dedicada y firme, para que algún día lleguen a ser ejemplo para sus paisanos, como lo es hoy el general Serrano.

En los patrulleros de la Policía Nacional es donde se encarna con mayor propiedad la filosofía de la Policía Comunitaria que estamos implementando en toda la fuerza policial. Aquí, en la Seccional de Vélez, vamos a poner en práctica el cambio estructural que queremos realizar en todas las Escuelas de Formación Policial, de manera que a la formación tradicional se adicione un contenido sustancial sobre la forma en que el policía debe relacionarse con la comunidad.

Los egresados de este centro saldrán con la convicción de que su trabajo es para la gente y con la gente. Sabrán que la única manera de proteger eficazmente a la comunidad es acercándose a ella, conociéndola y trabajando de su mano. De esta forma se generará un ambiente de confianza y comunicación que permita un apoyo mutuo entre policía y comunidad y, por lo tanto, un control más efectivo del delito.

El policía comunitario de Colombia es el nuevo policía. Es al tiempo un agente de autoridad y un agente de paz. Es un policía que debe conocer por su nombre a los vecinos del barrio, del pueblo o de la vereda, que debe ser un líder comunitario que dé asesoría a su comunidad y la ponga en contacto con las entidades estatales, y que debe estar asociado e integrado con las organizaciones o juntas comunales de su zona, a fin de que conozca directamente los problemas de la ciudadanía. De esta forma, su misión de brindar seguridad, ya sea en los centros urbanos o en las zonas rurales, se verá fortalecida.

Ese es el policía que yo concibo para mi país. Esos son los policías que vamos a formar aquí en Vélez y en todos los centros de formación de la policía. Para construir patria, para construir confianza, ¡para construir futuro!

Pero sabemos que este trabajo, más que ninguno, implica asumir los más difíciles riesgos. ¡Cuánto dolor sentimos cada vez que los violentos atacan a nuestros pueblos, empezando por el puesto de policía, sembrando solo muerte, desolación, miseria y desempleo! ¡Cuánta valentía demuestran los miembros de la fuerza policial que, tantas veces superados en número y armamento por los atacantes, defienden como leones las vidas, la integridad y el patrimonio de sus compatriotas! ¡Qué difícil ver caer ante las balas y los cilindros de gas de los intolerantes a estos mártires del Estado de derecho!

No más el lunes pasado, la guerrilla arrasó prácticamente la población de El Castillo, en el Meta, a pesar de la heroica defensa de los policías y de la rápida reacción de la Fuerza Aérea y del Ejército. Sin embargo, los violentos alcanzaron a destruir el hospital, la escuela, la iglesia, la alcaldía, la casa de la cultura, el banco, la registraduría y varias viviendas.

Yo me pregunto: ¿Qué lucha popular es esa? ¿Es acabando con las ya de por sí precarias herramientas de salud, de educación, de cultura de los colombianos como vamos a alcanzar la justicia social? La guerrilla está en mora de mostrar coherencia entre su discurso popular y su accionar autoritario. Porque nadie entiende que sea destruyendo y saqueando los pueblos de Colombia como se pretenda luchar por los colombianos.

Los actos de terrorismo y barbarie contra las poblaciones del país son actos condenables y repudiables, que solo generan dolor y pobreza, y que no pueden justificarse bajo ningún ideal político.

Sin embargo, en medio de estos alevos ataques a la población civil, quiero resaltar la reciente declaración del vocero de las Farc-Ep en el sentido de que sería ideal "que pudiéramos dialogar en medio del silencio de las armas". Éste ha sido un llamado en el que mi gobierno ha insistido persistentemente y que ahora encuentra al fin eco en la insurgencia. ¡Qué bueno que en Colombia dejemos de matarnos, en tanto acordamos entre todos el país que queremos construir para nuestros hijos!

Amigos de Vélez:

En esta bella tierra de campos fértiles, que ha endulzado por tanto tiempo el paladar de colombianos y aun de venezolanos con sus inigualables bocadillos, se está gestando una nueva generación de compatriotas que seguirán el curso marcado por los comuneros santandereanos, luchando con coraje por las causas más justas y nobles. ¡Qué bueno saber que de su región saldrán los nuevos defensores de la paz y del progreso!

Amigos policías:

En esta seccional, que hoy dirige con visión de futuro el coronel Wilson Prada Blanco, se sigue imprimiendo juventud y fortaleza a una institución que es emblema de lucha, persistencia y logros. No bajemos nunca la guardia, porque infortunadamente los delincuentes no la bajan, y la labor de proteger a los indefensos es la más noble que pueda realizar el ser humano.

Don Julio Serrano, doña Lolita de Serrano, hermanos, familiares, amigos y paisanos del general Rosso José Serrano:

Veo en sus caras el orgullo de contar entre los suyos a un hombre de bien, cuya trayectoria y servicio hoy reconocen el país y el mundo entero. Sepan que ese orgullo está más que justificado y que yo también, como Presidente de Colombia, me siento muy feliz de haberlo acompañado hoy a su tierra para compartir con él, con ustedes y con los policías de mi país la buena noticia de que desde Vélez saldrán más hombres de honor para defender la paz y la tranquilidad de Colombia.

HOY TENEMOS QUE COMPROMETERNOS TODOS LOS COLOMBIANOS EN LA GRAN EMPRESA DE RECONCILIACIÓN Y FUTURO

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la conmemoración de los diez años de la firma
de los Acuerdos de Paz con movimientos armados.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 24 de abril de 2000.

Hoy estamos realizando un acto de fe en Colombia: un acto que confirma, en el momento más oportuno, las inmensas posibilidades de la paz. Hoy conmemoramos un hecho histórico que nos brinda la más ejemplar lección de convivencia, de tolerancia y de inteligencia.

Y digo inteligencia, porque ésta es la cualidad máxima de la razón y lo que ocurrió, para bien de Colombia, hace 10 años, fue un rotundo triunfo de la razón sobre la fuerza. Fue un manifiesto de esperanza en el futuro del país, que desde 1990 estamos construyendo juntos, dentro de los cauces del entendimiento y la democracia, los entonces alzados en armas y toda la sociedad.

Hace 10 años, en Santo Domingo, Cauca, Carlos Pizarro Leongómez y los demás integrantes del M-19 renunciaron, en un gesto de coraje y de amor a su país, al uso de la violencia como medio para lograr sus objetivos políticos y decidieron enfrentar el destino de la nación desde un escenario de convivencia política y apertura democrática.

Se requiere mucho más valor para buscar el apoyo de la opinión pública a través de la fuerza de las ideas, que bajo el amparo y la coacción de las armas. Y ese valor produjo los frutos que hoy están a la vista.

Culminaba así un proceso de diálogo y negociaciones que se había iniciado a principios de la década de los ochenta, cuando Jaime Bateman

proclamó que lo más revolucionario no era hacer la guerra, sino hacer la paz. No fue un proceso fácil y sufrió grandes tropiezos, pero pudo más la voluntad de paz y el espíritu patriótico que el círculo vicioso de la violencia.

Colombia entera ha presenciado esperanzada durante los últimos 10 años la integración a la vida civil de los miembros del EPL, del PRT, del Quintín Lame, del Frente Francisco Garnica, de los Comandos Ernesto Rojas, de las Milicias Populares de Medellín, de la Corriente de Renovación Socialista y del MIR-COAR. Y en cada gesto de paz sentimos que florecía un pedazo de patria, sentimos que germinaba la esperanza de tener al fin una Colombia libre de violencia, donde todos los colombianos construyéramos hombro a hombro un país más próspero y más justo.

Hoy también avanzamos en otra etapa más de la reconciliación entre los colombianos. Con las Farc-Ep y con el Eln estamos construyendo los caminos que nos permitan alcanzar la anhelada paz en nuestra patria.

Después de conversaciones con el Eln, se ha llegado a un marco general de entendimiento, el cual –para su perfeccionamiento– será indispensable desarrollar por medio de acuerdos específicos sobre diferentes materias, precisar algunos aspectos y adelantar algunas consultas.

De todas maneras, existiría para la celebración de la "Convención Nacional" y así como para adelantar negociaciones con el Gobierno- una "Zona de Encuentro", que contaría, entre otras, con una Comisión de Verificación Nacional y otra Comisión de Verificación Internacional. En ella, de manera alguna se afectarían las obligaciones y derechos establecidos para todos sus habitantes, de conformidad con la Constitución Nacional y el ordenamiento legal vigente. Así mismo, continuarían, sin alteración ninguna, en ejercicio de sus funciones todas las autoridades civiles establecidas en el área.

Del desarrollo y resultado de las conversaciones que se adelanten con miras a buscar un acuerdo para dar inicio a todo el proceso, informaré oportunamente al país.

Ha pasado el tiempo desde el momento en que muchos dieron el paso para ingresar a la vida democrática y con cuánta alegría vemos hoy a

esos miles de colombianos que cambiaron las vías armadas por las vías de la paz, aportando su trabajo y su talento y comprometidos con tareas políticas, sociales y comunitarias en beneficio de sus compatriotas.

Ellos se han convertido en verdaderos multiplicadores de paz, y su conducta de reconciliación les ha dado credibilidad ante un país cansado de guerra y de dolor. Allí los tuvimos hace 9 años en la Asamblea Nacional Constituyente, con Antonio Navarro Wolff en la copresidencia de la misma, debatiendo con los demás representantes de la sociedad civil sobre las bases políticas y jurídicas de nuestra nación. En esa misma época, junto con la Nueva Fuerza Democrática, iniciamos la participación en el Senado, en la Cámara, en las Asambleas Departamentales, en los Concejos Municipales y en las Alcaldías, ganándose en las urnas y con su trabajo esmerado el respeto de sus conciudadanos. Allí están también en la academia, en las empresas comunitarias, en las organizaciones no gubernamentales, en el campo y en la empresa privada, demostrando con hechos que la paz sí vale la pena y que el coraje de cambiar el discutible poder de las armas por la fuerza de las ideas y la convivencia sí es recompensado.

Los miembros de los grupos firmantes de acuerdos de paz asumieron el riesgo de tomar el camino no siempre fácil de la paz en medio de un conflicto que todavía nos afecta. Algunos murieron a manos de quienes no entienden el mensaje de la tolerancia y de la libertad. Pero la gran mayoría son hoy hombres y mujeres de bien, que hacen su trabajo por Colombia y para Colombia.

¡Qué gran error cometen los intolerantes que, cegados por el odio, acaban con las vidas de quienes le apuestan a la paz!

Los que se comprometieron con el diálogo y la convivencia han sufrido importantes pérdidas, empezando por el mismo Carlos Pizarro; pero no por ello han retomado el camino de las armas o han desistido de su voluntad de construir un país mejor. Porque todos sabemos que no es con violencia como se acaba la violencia y que el odio sólo incuba nuevos odios.

Los viles asesinatos de Carlos Pizarro, de José Antequera, de Luis Carlos Galán, de Álvaro Gómez, de Jaime Garzón, de Chucho Bejarano,

entre tantos otros mártires de nuestra democracia, no pueden ser el motivo para detenernos o para retroceder, sino, todo lo contrario, nuestra inspiración para continuar.

¡Cuánto daño, cuánta vergüenza, cuántos años adicionales de dolor, causaron al país los que asesinaron la alternativa política de la Unión Patriótica! La sangre derramada de Bernardo Jaramillo, de Jaime Pardo Leal y de centenares de colombianos que se unieron a su proyecto político es una espina clavada en el corazón de Colombia. Pero no puede ser el pretexto para no volver a intentar soluciones de paz.

¡No podemos dejar que ganen los intolerantes! No podemos aplicar la Ley del talión del «ojo por ojo», porque, como decía Gandhi, esto sólo nos llevaría a una humanidad de ciegos. Hoy tenemos que comprometernos todos en esta empresa de reconciliación y futuro. ¡Tenemos que romper el círculo de la violencia!

Incorporarse a la democracia es romper ese círculo. Esta es la lección que los movimientos insurgentes que firmaron acuerdos de paz en la última década del siglo XX nos están dando en especial a quienes persisten en destruir en lugar de construir y a aquellos colombianos que creen todavía en las soluciones de fuerza.

El proceso de incorporación en la vida civil ha tenido dificultades, como todo proceso humano; pero tenemos que seguir siendo unos obstinados de la paz. Para contribuir a este propósito, el gobierno nacional, a través de la Dirección General para la Reinserción, está procurando ayudar en la mejor forma posible a las personas desmovilizadas, en correspondencia a su voluntad de paz y de trabajo. Hoy el Programa atiende a más de 7.300 personas, cuyo núcleo familiar y ámbito de influencia alcanza a más de 40.000, con un presupuesto de 20.000 millones de pesos, garantizando la seguridad social a aquellos de menores recursos, facilitando su capacitación y educación, y promoviendo con créditos blandos el montaje de proyectos productivos y asociativos.

¡Qué bueno constatar que el programa "Bachilleres para la Paz", que atiende a desmovilizados y a sus familiares, ha logrado que en los últimos 6 años 35.000 personas terminen su educación secundaria! ¡Qué

bueno saber de tantos proyectos productivos exitosos, con buenas expectativas de ingresos para sus participantes y un positivo impacto social y en la generación de empleo!

Hoy Colombia ve con entusiasmo cómo en el Cauca indígenas que alguna vez formaron parte del grupo Quintín Lame producen los mejores espárragos del país, exportándolos con éxito a los Estados Unidos y próximamente a Alemania y Japón. Y con el mismo buen resultado trabajan en la zona de Urabá varias empresas asociativas formadas por desmovilizados, que hoy exportan banano a la Unión Europea.

Qué reconfortante es ver a una ONG formada por varios desmovilizados del M-19 coordinando la reconstrucción de viviendas en Calarcá, después del terremoto del Eje Cafetero, con altísimos niveles de eficiencia, mostrando solidaridad con el pueblo colombiano en los momentos más difíciles.

Y así como éstos, son muchísimos los casos en los que los desmovilizados de los últimos 10 años nos demuestran que la verdadera lucha por el pueblo se hace trabajando por él y con él, arremangándose la camisa y poniendo manos a la obra, pero dentro de los cauces de la civilidad: con azadones, con libros, con ladrillos, con computadoras, es decir, con las armas de la paz: ¡las únicas que debemos esgrimir por Colombia!

Para apoyar el montaje de importantes proyectos productivos y asociativos, la Dirección General para la Reinserción destinará este año la suma de 10.000 millones de pesos, que es la mitad de su presupuesto para el año 2000.

Ustedes, los que firmaron y cumplieron los acuerdos de paz de la última década, han tenido oportunidad de conocer el país, con sus urgentes necesidades, desde dos ópticas: primero en la lucha armada y luego desde el trabajo comunitario, bajo la sombra propicia de la paz. Ustedes saben que la Colombia pobre, marginada y olvidada no puede seguir esperando y que se hacen necesarias soluciones prontas y efectivas, porque solo así podemos consolidar, más que la paz, la justicia social.

Para eso hemos diseñado el Plan Colombia, el Plan para los más pobres de Colombia. Esta estrategia integral que incluye el proceso de paz, la lucha contra el narcotráfico, la reactivación económica y el fortalecimiento de las instituciones incluye especialmente un Plan Social para la Colombia del Siglo XXI. Dentro de él hay más de 3.000 millones de dólares que serán destinados a programas de alto contenido social.

Mediante el Fondo de Emergencia Social invertiremos 900 millones de dólares en el desarrollo de programas sociales sin antecedentes: "Manos a la Obra", con el que generaremos 250.000 empleos directos, mediante la construcción de proyectos de infraestructura social en todo el territorio nacional; "Subsidios a las Familias Pobres», a través del cual entregaremos subsidios directos a las mujeres cabeza de los hogares más pobres, solo a cambio de que sus hijos asistan a la escuela y que tengan un adecuado control de salud, y el tercer programa es el de "Capacitación de Jóvenes Desempleados", con el que se mejorarán las oportunidades de trabajo a 90.000 jóvenes colombianos de los estratos 1 y 2; y por último también les daremos a los niños de las escuelas públicas el "Desayuno Escolar", con el cual mejoraremos sustancialmente las condiciones de nutrición de los niños más pobres.

Además, también dentro del Plan Colombia, invertiremos más de 2.000 millones de dólares en programas de Desarrollo Alternativo Integral y de Atención Humanitaria y Derechos Humanos.

Y así como avanzamos con decisión en lo social, tenemos que hacerlo también en lo político. Hace 10 años con el M-19 y desde entonces con todos los otros grupos con los que se han firmado acuerdos de paz, lo que se negoció no fue una simple dejación de armas. Entonces se realizaron importantes reformas a las costumbres políticas y a las instituciones del Estado con la participación de 19 miembros desmovilizados del M-19, además de representantes del EPL, el PRT y el Quintín Lame, mediante la Asamblea Nacional Constituyente.

Y si en las justas democráticas para la elección de los miembros de la Constituyente el M-19 obtuvo casi un millón de votos es porque el pueblo colombiano responde así a la voluntad de paz y de cambio, cuando ésta es sincera y se demuestra con actos de valor civil.

Entonces se lograron importantes avances en la modernización de las instituciones y la búsqueda de una democracia más participativa. Pero hoy sabemos que queda todavía camino por recorrer y que son necesarias reformas más drásticas para purificar la política, combatir a los corruptos y hacer más democrático el acceso a los cargos de representación popular.

Por eso, he propuesto dar un paso más, convocando a un referendo que le dé más dientes a la lucha contra la corrupción y que permita el cambio en la forma de hacer política en Colombia.

Y debo decir que para mí ha sido muy significativo ver a los muchos de los constituyentes de 1991 sumarse entusiastas a esta propuesta y asumirla como suya, tal como lo ha hecho ya la inmensa mayoría de los colombianos.

A todos ellos les digo hoy que su apoyo al sí es bienvenido, porque corresponde al sentir profundo de nuestra gente. Ya somos muchos los que estamos llevando con alegría y decisión la bandera del sí: ¡Sí a mayor transparencia en la política! ¡Sí a mayores instrumentos contra la corrupción! ¡Sí a menos y mejores congresistas! ¡Sí a mayores sanciones a todos los servidores públicos que traicionen la fe de su pueblo!

Hace nueve años, cuando se integró el nuevo Congreso después de la Constituyente y nació también la Nueva Fuerza Democrática con 8 senadores, la Alianza Democrática M-19 obtuvo 9 senadores y 14 representantes, con una muy buena votación. Sin embargo, la participación de estos movimientos en el Congreso fue inferior a la proporción que les hubiera correspondido de acuerdo con su número de electores, todo como resultado de la llamada "Operación Avispa", promovida para evitar el acceso al poder de los nuevos movimientos y seguir eligiendo a los mismos de siempre.

Con el sistema de lista única por cada partido o movimiento político que estamos proponiendo en el referendo, cada partido o movimiento tendrá la representación que en justicia le corresponda, sin someterse al engaño numérico del "residuo". Retomando el ejemplo de la Nueva Fuerza Democrática y de Alianza Democrática M-19 en 1991, con el sistema

que proponemos, estos grupos habrían obtenido una representación por lo menos el 50 por ciento mayor que la que lograron, más coherente con su verdadera fuerza electoral.

Con este cambio, en adelante todos los colombianos independientes tendrán mucho más oportunidades de obtener representación, incluidos los grupos guerrilleros que en el futuro firmen acuerdos de paz, como esperamos todos los colombianos.

¡Este es un referendo para la paz y para la participación democrática!

Apreciados amigos:

Ustedes han demostrado que lograr la paz y trabajar juntos y en armonía por Colombia sí vale la pena.

Yo quiero recordar hoy la última orden que dio Carlos Pizarro Leongómez el 8 de marzo de 1990 en las montañas del Cauca, porque su voz es hoy la mejor invitación para todos aquellos que aún persisten en los caminos de la violencia. Hoy tomo prestadas sus palabras y les digo a los compatriotas que todavía no están aquí, construyendo con nosotros: *"Por Colombia, por la paz, ¡dejad las armas!"*.

FUERZAS MILITARES CONSCIENTES DE SU PAPEL EN EL LOGRO DE LA PAZ

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con motivo del cuadragésimo noveno aniversario
del Comando General de las Fuerzas Militares.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 25 de abril de 2000.

Es un motivo de gran orgullo para mí celebrar hoy los cuarenta y nueve años de funciones del Comando General de las Fuerzas Militares. Cuando asumí la Presidencia de la República y como comandante supremo de las Fuerzas Armadas, me comprometí a lograr un avance significativo en el papel estratégico que cumplen las Fuerzas Militares en la salvaguardia del orden de un país que enfrenta múltiples factores de violencia.

Desde cuando propuse la reforma de las Fuerzas Militares, no solamente hemos logrado un mejor Ejército, una mejor Armada y una mejor Fuerza Aérea, sino que hemos alcanzado un mejor nivel de coordinación y una mayor capacidad de respuesta de estas tres fuerzas. No me cabe duda de que la labor del Comando General ha sido fundamental para el proceso de reestructuración que hemos emprendido. Avanzamos en un análisis interno en cada una de las Fuerzas, arrojando importantes resultados en cuanto a su modernización y mejoramiento de su capacidad operacional.

Hoy son una realidad nuevos batallones antinarcóticos, así como la Fuerza de Despliegue Rápido y la Brigada Fluvial, cuyos resultados son evidentes.

Se trata de un grupo de patriotas que, siguiendo los ideales de Bolívar, están preparados para actuar en las selvas o los llanos, en el páramo o

en el desierto, en cualquier condición y en cualquier momento. Son soldados que no trabajan solos, sino que están respaldados por una nueva estrategia militar operativa que conjuga de la mejor forma posible la acción de las tres fuerzas que componen las Fuerzas Militares.

La labor del Comando General de las Fuerzas Militares ha producido hechos contundentes, resultado del trabajo conjunto y coordinado. Ese es el camino por seguir en la lucha contra todo tipo de violencia. En este sentido las metas no son pocas. Hay que buscar la excelencia en la coordinación y continuar trabajando en las reformas que nos hemos propuesto.

Todo este proceso del que hoy somos testigos no hubiera sido posible en su diseño ni factible en su ejecución sin el importante liderazgo y entrega del general Fernando Tapias. En él se plasman todas las características que debe tener un comandante: serenidad, experiencia, coordinación estratégica y valor para enfrentar los duros momentos que vivimos en este camino hacia la paz. Su acertada labor ha permitido intercambiar esfuerzos, coordinar recursos y maximizar la utilización de los medios disponibles en la tarea que el Estado adelanta para el mantenimiento del orden público y la lucha contra la guerrilla, el narcotráfico y los grupos de justicia privada.

Hoy me siento satisfecho de recordarle al país el gran comandante que es el general Tapias. Siento un gran orgullo de contar con su amistad y su oportuno consejo en tan difíciles momentos que hemos tenido que afrontar. Que todos los oficiales del Ejército, de la Armada y de la Fuerza Aérea tengan en el general Tapias la figura y el ejemplo de lo que puede llegar a ser un militar en Colombia.

Estamos encaminando a nuestras Fuerzas Militares a un mundo más integrado, no solo en tecnología sino en la lucha contra los flagelos que nos aquejan. En cuanto al problema mundial de las drogas, Colombia ratifica una vez más su compromiso en la lucha contra este delito. Porque nuestro compromiso es fruto de la decisión soberana de un pueblo que ve en el narcotráfico un transgresor de nuestra Constitución, nuestras leyes y nuestros valores éticos más preciados. Tal como lo dije en mi discurso de posesión: al narcotráfico hay que pasarle la

cuenta de cobro por todos los daños que nos ha causado. Y en eso estamos.

En esta tarea no trabajamos solos: La lucha es conjunta y por eso hoy la libramos hombro a hombro con un grupo importante de países que han entendido que solo unidos podemos vencer a este enemigo común. Un fiel y eficaz representante de esta visión de trabajo en cooperación ha sido el general Charles Wilhem, comandante del Comando Sur del Ejército de los Estados Unidos. Por eso, hoy tengo la gran satisfacción de imponerle la Orden de Boyacá, como reconocimiento a la importante labor y apoyo que ha prestado a nuestro país y a las Fuerzas Militares. La Cruz de Boyacá representa la batalla principal de nuestra historia republicana, gracias a la cual ganamos la independencia que nos ha permitido ser la nación que hoy somos. Con este símbolo de patria hoy queremos rendirle un homenaje, general Charles Wilhem.

También quiero felicitar a las ilustres personalidades que reciben hoy la orden al mérito militar Antonio Nariño por la invaluable contribución que han brindado a nuestras Fuerzas Militares. Ellos son la mejor prueba de que la sociedad no debe dejar solas a sus Fuerzas Militares, sino acompañarlas con convicción y decisión.

Quiero hacer una especial mención al reconocimiento que hoy se hace a oficiales, suboficiales, soldados y miembros de la sociedad civil nacional e internacional al otorgarles la Medalla de Derechos Humanos, y felicitarlos por su justa exaltación.

Este año lo he declarado como el año del afianzamiento y fortalecimiento de los derechos humanos en las Fuerzas Militares, dentro de la política de mi gobierno para la defensa, promoción y respeto por los derechos humanos y el acatamiento al derecho internacional humanitario. El respeto absoluto a los derechos humanos por parte de las Fuerzas Militares se está cumpliendo y hemos logrado progresos significativos. Es por esto que hoy asistimos a la entrega de este nuevo reconocimiento y al lanzamiento del Sistema de Seguimiento en Derechos Humanos y Derecho Internacional para las Fuerzas Militares.

Los dos acontecimientos merecen una especial atención por parte de todos los colombianos y de la comunidad internacional, ya que for-

man parte del compromiso adquirido por nuestras fuerzas armadas de acatar, respetar y preservar los derechos fundamentales de nuestro pueblo.

Quiero extender mi homenaje a los oficiales, suboficiales y soldados que hoy reciben la medalla por servicios distinguidos en orden público y la medalla al valor. Ustedes son el mejor ejemplo de lo que puede hacer un colombiano cuando ama a su patria desde el fondo de su corazón.

Las Fuerzas Armadas de nuestra nación son unas fuerzas conscientes de su papel para el logro de una Colombia en paz. Este es un propósito nacional que no es sólo del Gobierno o del Presidente, sino que responde al clamor de la nación entera.

Ayer tuve oportunidad de comunicarle al país que se ha llegado con el Eln a un marco general de entendimiento, el cual, para su funcionamiento, será indispensable desarrollar por medio de agendas específicas sobre distintas materias, precisar algunos aspectos y adelantar algunas consultas.

Hoy quiero aprovechar esta importante reunión, donde se encuentran presentes los altos mandos de las Fuerzas Armadas de Colombia, para comentar algunos aspectos de lo que ha sido dicho marco general de entendimiento.

En primer lugar, el Gobierno, obrando dentro de la Constitución y la ley, tomaría las decisiones que permitan tener una zona de encuentro que dé las garantías de seguridad para la realización de la Convención Nacional y el desarrollo de una mesa de negociación entre el Gobierno y el Eln, para alcanzar acuerdos en materia de derechos humanos y derecho internacional humanitario, entre otros temas. Dicha zona tendría un término de nueve meses e incluiría las cabeceras municipales de Yondó, Cantagallo y San Pablo. No estará incluida en esta Zona de Encuentro el río Magdalena, el cual se mantendrá bajo el control de la fuerza pública.

Se tendrá la presencia de una Comisión de Verificación Nacional, la cual en principio estará integrada por dos representantes del Gobierno, dos

del Eln y uno escogido de común acuerdo. Así mismo, existirá una Comisión de Verificación Internacional, que se dará a conocer una vez se hagan las consultas que en materia internacional debemos realizar. Hemos sido claros en precisar que en esta zona estarán vigentes la Constitución de Colombia y las leyes de la República en su integridad; y, por tanto, el respeto a las autoridades civiles será una regla de oro, como el respeto a los derechos de los habitantes de la región, su libre locomoción y sus actividades comerciales, culturales y religiosas.

El Alto Comisionado para la Paz será el encargado, como ha sido por disposición permanente, de coordinar todas las acciones que tienen que ver con la política de Paz que estamos llevando a cabo. Así mismo, siguiendo mis instrucciones, el Ministro del Interior continuará escuchando las opiniones tanto regionales como locales, con el propósito de perfeccionar el principio de acuerdo.

Todos sin excepción debemos entender que llegó el momento de poner todas nuestras capacidades y esfuerzos para acabar con tantos años de violencia y conflicto.

Señores miembros de las Fuerzas Militares:

Hoy quiero reiterarles mi apoyo y felicitación. Que el reconocimiento a su buena labor sea un nuevo impulso para seguir adelante. Ustedes cumplen con sus objetivos. Ustedes alcanzan las metas que se proponen. Ustedes responden al importante reto que les ha otorgado la sociedad colombiana.

Hoy, como gobernante, puedo hacer más las palabras de agradecimiento que pronunciara en 1837 el general Francisco de Paula Santander: Las Fuerzas Militares han sido el apoyo del orden y del sistema constitucional. Profunda es mi gratitud a la fuerza armada por el apoyo que ha prestado a mi administración con su disciplina, vigilancia, lealtad y patriotismo.

LA PROFESIÓN POLICIAL CADA DÍA TOMA MAYOR IDENTIDAD Y SE HACE MÁS INTEGRAL

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión del sexagésimo aniversario de la Escuela Nacional de Policía
"General Santander" y la ceremonia de graduación
del Curso 75 de Oficiales.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 16 de mayo de 2000.

El 16 de mayo de 1940, hace exactamente seis décadas, 58 muchachos entusiastas se trasladaron desde el cuartel general de la Policía en el centro de Bogotá hasta la recién construida Escuela de Policía "General Santander", edificada en un lote de la finca que se denominaba "Muzú" en el sur de esta misma capital. Habían dejado temporalmente a sus familias y a sus novias para entregarse de lleno al estudio y la capacitación para cumplir con un objetivo noble y valiente: Ser policías de Colombia.

Esa fue la primera promoción, la "Simón Bolívar", que marcó el inicio de una nueva era de profesionalización en la Policía Nacional, que ha determinado su afortunado progreso desde ese año hasta hoy, cuando presenciamos, con inmensa satisfacción, la graduación del Curso 75 de Oficiales "Teniente Coronel Javier Valencia Ortiz".

Desde 1940 hasta nuestros días muchas cosas han pasado: los retos se han transformado, la tecnología es mayor, incluso hemos cambiado de siglo, pero hay algo que permanece intacto en las miradas de estos jóvenes alféreces que hoy ascienden a oficiales: la vocación de servir a su patria y a su comunidad, actuando con justicia y valor para preservar la seguridad y la tranquilidad de todos los habitantes del país.

Esta Escuela, que con orgullo lleva el nombre del más grande prócer colombiano –el mismo que nos enseñó que a la libertad solo se llega

por el camino del respeto a la ley-, es hoy un dinámico y moderno centro de formación integral que se ha consolidado como una institución de educación superior de la más alta calidad académica.

En este proceso de incesante progreso en el cumplimiento de su misión educativa y formativa han sido de especial importancia la labor de su director, el general Jorge Enrique Linares, y el apoyo y estímulo constante del "mejor policía del mundo", nuestro querido general Rosso José Serrano, director general de la Policía Nacional.

La profesión policial cada día toma mayor identidad y se hace más integral. Por eso aquí, en la Escuela, se conjuga la preparación en cuestiones técnicas, operativas y de inteligencia, utilizando los más sofisticados avances tecnológicos, con la indispensable preparación para el trabajo directo con la comunidad. Estamos formando cada vez más y mejores policías comunitarios, que son los policías del nuevo milenio, comprometidos con su entorno y con su sociedad, amigos y solidarios con los vecinos, pero firmes y contundentes frente al delito.

Al fin y al cabo, la Policía Nacional es la institución que tiene mayor contacto con la comunidad, representando la protección del Estado en los más remotos municipios del país. Por eso es tan importante el desarrollo integral de sus miembros, como buenos policías, excelentes colombianos y aun mejores seres humanos.

¡Y es que humanidad, sobre todo humanidad es lo que necesita este país agobiado por los actos demenciales de los violentos!

Al dolor diario de saber que muchos compatriotas son privados arbitrariamente de la libertad y de la vida, se sumó ayer un hecho atroz como pocos, cuando a una mujer humilde de Chiquinquirá, la tierra de la Virgen María, le colocaron una carga de dinamita atada en el cuello, con el único despreciable propósito de extorsionarla. Sabemos ya el cruel resultado de esta acción: Elvia Cortés Gil falleció al estallar la carga explosiva. Con ella murió también otro héroe de nuestra policía, el subintendente Jairo López, y cuatro policías más sufrieron graves heridas y mutilaciones.

¡No hay palabras para repudiar esta acción de la que hasta las bestias se avergonzarían! Los violentos han colocado un collar de dinamita, no solo sobre doña Elvia, cuya muerte hoy nos conmueve en el corazón, sino sobre la esperanza de todos los colombianos. Estamos horrorizados, estamos indignados, pero, sobre todo, estamos decididos a terminar con esta barbarie. Todos los colombianos estamos unidos contra los violentos. La comunidad internacional está solidarizada con Colombia frente a estos hechos dolorosos. ¡No van a doblegarnos!

No es posible que mientras el Gobierno demuestra permanentemente su voluntad de paz, las Farc-Ep cometan hechos tan atroces como el del día de ayer, o como la amenaza general de secuestro y extorsión, o como el ataque de la semana pasada a un microbús en el que se transportaban ciudadanos del común en Gigante, Huila, y en el cual murieron víctimas inocentes. ¡Así no se construye la paz! ¡Así no se ayuda al pueblo!

He dado claras instrucciones al Alto Comisionado para la Paz para que se traslade a la zona de los diálogos con las Farc-Ep para que se suspenda la audiencia pública internacional que estaba prevista realizarse a finales de mes sobre los temas de medio ambiente y cultivos ilícitos. Los pueblos del mundo no entenderían, a la luz de los últimos hechos, que se les invite a participar en el Proceso de Paz y que esa participación no incluya un apoyo para que se acaben los efectos perversos del conflicto sobre la sociedad civil y para que se dé el respeto pleno al Derecho Internacional Humanitario.

La actitud de las Farc-Ep debe cambiar. Los 40 millones de colombianos que queremos la paz exigimos ese cambio. Demando de ese movimiento un cambio de actitud y hechos claros que demuestren ante los colombianos y ante la comunidad internacional su voluntad de paz.

Los culpables de este hecho deberán ser juzgados por la justicia colombiana y castigados con la mayor de las penas. He dado instrucciones especiales a todos los organismos de seguridad para que con rapidez capturen a los culpables y así sobre ellos caiga todo el peso de la justicia.

¡Cuánto sadismo innecesario! ¿Hasta dónde va a llegar la insensibilidad de quienes cometen estos hechos? No podemos dejarnos amedrentar por su maldad.

La sociedad entera, que tantas veces se ha levantado indignada para gritar no más, tiene que volver a hacerlo una y otra vez y utilizar todos los mecanismos a su alcance para acabar con esta práctica inhumana. ¡Colombia no puede seguir ostentando el récord infame de la mayor tasa de secuestros en el mundo! ¡No más!

Hoy quiero convocar a todos los colombianos, y muy especialmente a las autoridades judiciales en cabeza de las Altas Cortes, a la Fiscalía General de la Nación, a la Procuraduría General de la Nación, a la Defensoría del Pueblo y a las ONG relacionadas con el tema, para que realicemos un Gran Acuerdo Nacional contra el Secuestro y la Extorsión.

Tenemos que rescatar la protección de los derechos de las víctimas como la más urgente obligación de las autoridades. Si hasta los criminales tienen derechos, ¡con cuánta mayor razón los tienen aquellos ciudadanos inermes que son sometidos por la fuerza de la violencia!

Las condenas contra los secuestradores deben ser condenas reales y efectivas. No queremos saber de más casos de secuestradores que, independientemente de la pena impuesta, acaban regresando a las calles a los 6 o 7 años de haber sido capturados. ¡No! El Acuerdo que propongo debe establecer penas mínimas efectivas para el secuestro no inferiores a los 25 años de prisión. Y si se agrega infamia a la crueldad, y se trata del secuestro de niños, que la pena no sea inferior a los 50 años de prisión. ¡Pero de verdad! Penas que se cumplan en la realidad, año tras año. ¡Que el que decida destruir las vidas ajenas mediante el secuestro tenga muy claro que, como castigo a sus actos de barbarie, estará expuesto a pasar gran parte del resto de su vida detrás de las rejas!

Este Acuerdo Nacional contra el Secuestro establecerá también un Plan de Prevención sin antecedentes en el país. El objetivo es que el Estado, con todas sus instituciones, se atraviese en la mitad del camino entre los secuestradores y sus posibles víctimas. Para eso necesitamos que los ciudadanos denuncien el secuestro y la extorsión, que no paguen. ¡Que lo hagan en memoria de Elvia Cortés, mártir de Colombia!

El Acuerdo también incluye la dotación a las autoridades de la más moderna tecnología para adelantar labores de inteligencia que permitan evitar la comisión del delito y reprimirlo si éste ocurre.

Infames secuestradores, sépanlo de una vez: Colombia está en pie. Cuarenta millones de colombianos estamos en pie, desde el Presidente hasta el más humilde de nuestros compatriotas, con un solo propósito: ¡Vamos a luchar con todo contra ustedes!

He ordenado una partida inicial de 20.000 millones de pesos destinada exclusivamente a la prevención y la lucha contra el secuestro y la extorsión. Esto incluirá el pago de recompensas y todo tipo de facilidades para que la población denuncie esta actividad criminal, que tiene que terminar.

Además, destinaremos la nueva y moderna cárcel de Valledupar, para que, junto con los presos de esta ciudad, reciba a los secuestradores que hemos capturado y que seguiremos capturando. Y en los próximos meses inauguraremos otra cárcel en Acacías, Meta, con los más sofisticados dispositivos de seguridad, únicamente para secuestradores.

Yo denuncio ante el mundo, ante la comunidad internacional que mira estupefacta la comisión de estos hechos atroces, la utilización indiscriminada del secuestro y la extorsión por parte de las organizaciones subversivas. ¡Esto tiene que parar! La aplicación del Derecho Internacional Humanitario no es una concesión: ¡Es un deber!

Las absurdas pretensiones de la guerrilla de cobrar extorsiones, bajo amenaza de secuestro, y de montar justicias paralelas, son desafíos insensatos que la sociedad rechaza y que sólo siembran temor y acentúan la incertidumbre, que se traduce luego en recesión económica y desempleo. ¡El conflicto armado y la violencia son los peores enemigos del empleo!

La guerrilla debe dejar de ser contradictoria: por una parte, llamar al país a que opine sobre el tema del empleo con el propósito de construir una nueva Colombia y, al mismo tiempo, por la puerta de atrás, generar desempleo como consecuencia directa del secuestro y la extorsión. No hay duda de que secuestrar y extorsionar son sinónimo de generar pobreza. ¡No hay duda de que, al secuestrar y extorsionar, la guerrilla a quienes más daño hace es a los colombianos más pobres!

La verdad de Colombia será el consenso de los colombianos, pero no la imposición arbitraria de unos pocos dogmáticos. La guerrilla tiene que

entender que la búsqueda de la paz implica también un compromiso serio de su parte. ¡No es posible hacer un aporte real al pueblo y a la historia de Colombia si no dejan de pensar que son los únicos poseedores de la verdad!

No es sembrando miedo como se construye una nación. No es secuestrando ni asesinando como se ayuda al pueblo. No es acabando con los pueblos, los caminos, las obras de infraestructura como se da la mano a los necesitados. No es extorsionando como se estimula la economía nacional y se genera el empleo. ¡No, señores! ¡La paz se logra con hechos de paz! ¡La nación se construye con herramientas y trabajo, pero no con armas, no con sangre, no con muerte!

Colombia no merece más años de muerte y agresión de unos pocos violentos en contra de sus hijos. Por eso mi gobierno sigue firme en su voluntad de paz, pues queremos, como todos los colombianos, una solución negociada y pacífica que nos permita al fin un futuro de convivencia. ¡Pero no la paz a cualquier precio!

El Proceso de Paz con las Farc-Ep ha entrado en una etapa decisiva. Pero más allá de este proceso necesario y conveniente, el país sigue reclamando hechos de paz que consoliden y concreten lo que se habla en el Caguán.

Mi decisión es que el Gobierno plantee con firmeza en la Mesa de Negociación el tema imperativo del cese de hostilidades y del fuego, una demanda que hoy, más que nunca, es clamor de todos los colombianos. Y para avanzar en esta materia, se debe iniciar, tal como la sociedad espera, con el tema de la terminación definitiva del secuestro y la extorsión.

Necesitamos que el Proceso de Paz, que llevamos con paciencia y optimismo, empiece a producir efectos tangibles en la vida diaria de los colombianos.

Que podamos transitar por los caminos de nuestra tierra con tranquilidad, sin estar sometidos a asaltos o secuestros. Que podamos dormir en paz en nuestros pueblos sin que nos sorprendan la muerte y el dolor

en alevés ataques contra los puestos de policía, robos bancarios y destrucción generalizada. Que podamos prosperar con honradez sin que estemos sometidos a la arbitrariedad de la extorsión y el boleteo. En fin: Que podamos convivir, trabajar y progresar en paz. ¿Será tan difícil entender que éste es el único discurso político y la única revolución que necesitan los colombianos?

Amigos policías de Colombia:

Hoy quiero compartir con ustedes, con los policías de Santa Fe de Bogotá y con la ciudadanía de esta ciudad capital, la buena noticia de que la semana pasada el Gobierno Nacional determinó aprobar una partida de 2.500 millones de pesos para la adquisición de 100 cámaras de video que serán instaladas en la ciudad, en adición a las 33 que ya existen, cumpliendo una trascendental labor preventiva y disuasiva del delito, y sirviendo también de apoyo técnico para las decisiones judiciales. Estas cámaras trabajarán 365 días al año y 24 horas cada día para hacer realidad un entorno más seguro para los bogotanos.

En países desarrollados, como el Reino Unido, donde existen cerca de un millón de cámaras instaladas, este mecanismo ha demostrado ser de altísima efectividad en la lucha contra el delito y muy particularmente en su prevención.

Este programa de cámaras en Bogotá, el cual estamos también implementando en Bucaramanga, y esperamos promover en el largo plazo en todos los centros urbanos del país, está enmarcado dentro de la Estrategia Nacional para la Convivencia y Seguridad Ciudadana que lanzamos en julio del año pasado, la cual se basa en la promoción de la adecuada coordinación entre las autoridades locales y policiales y en la dotación de herramientas tecnológicas, como las que hoy estamos anunciando, que hacen más eficaz la importante labor de la Policía Nacional en los centros urbanos.

Como siempre, estoy honrado de compartir con ustedes estos momentos de justa celebración. Hoy exaltamos la labor patriótica de los generales Jorge Enrique Linares Méndez, Héctor Darío Castro Cabrera, Gustavo Socha Salamanca, Luis Alfredo Rodríguez Pérez, Heliodoro Anto-

nio Alfonso Roa y Víctor Manuel Páez Guerra, con la imposición de la Orden de Boyacá, con la que se premia a los mejores servidores de Colombia. ¡Bienvenidos a la cumbre gloriosa de los patriotas que ostentan orgullosos el mayor galardón de la patria!

En mi gobierno hemos estimulado la cooperación fraternal entre las diversas fuerzas militares y la Policía Nacional, la cual se ha traducido en resultados exitosos. Por eso celebro el otorgamiento de la Estrella de la Policía al general Jorge Enrique Mora Rangel y al almirante Sergio Gilberto García Torres, que se suma a las más preciadas distinciones de su vida de servicio a Colombia.

A los nuevos subtenientes les extiendo mi más calurosa felicitación por haber decidido trabajar desde la Policía Nacional en la construcción de una nueva Colombia, y les auguro una carrera de éxitos y de honor.

Hoy su promoción tiene el nombre del coronel Javier Valencia Ortiz, quien fue un policía ejemplar y falleció en funciones de su deber. Lleven con orgullo su recuerdo, que hoy nos emociona. A su señora esposa, Isabel Cristina Ferro, y a sus hijos quiero decirles que cuentan con el sentimiento de apoyo y solidaridad de toda la fuerza policial y de todos los que reconocemos en su esposo un ejemplo de buen colombiano.

También quiero brindar mi calurosa felicitación al subteniente Carlos Antonio Ardila Rocha, que obtuvo la primera antigüedad de esta promoción 75. Su pecho hoy se engalana con la Medalla General Santander y con condecoraciones impuestas por las naciones hermanas de Chile, Ecuador, Perú y Venezuela. Colombia espera de usted y de sus compañeros la más alta y valerosa conducta ciudadana, que es lo que siempre se espera de un policía de la patria.

Y quiero resaltar, por último, la trascendental celebración del Primer Congreso Iberoamericano de Escuelas de Formación Policial. Con eventos como éste se avanza en el camino de la excelencia en la tarea de garantizar la tranquilidad para todos.

Hace 160 años, en mayo de 1840, falleció el general Francisco de Paula Santander. Hace 60 años, para la celebración del centenario de su muer-

te, se constituyó esta Escuela, que es semillero de los mejores colombianos.

Por eso hoy, ante los policías de Colombia, que son baluarte de orden y de legalidad, quiero recordar sus palabras sabias, que siempre iluminan nuestro pensamiento:

"No queda sino un solo medio de merecer la estimación pública y el título de buen ciudadano: el sometimiento absoluto y sincero a las leyes.

"Sometámonos, pues, todos a ellas (...) y tendremos entonces patria, gozaremos de la libertad y disfrutaremos de los bienes de la paz".

**TENEMOS LA OBLIGACIÓN DE CONVERTIR
EN UN VERDADERO PROPÓSITO NACIONAL
LA URGENCIA DE CONSTRUIR
UNA NUEVA COLOMBIA**

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la instalación de las sesiones del Congreso de la República.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 20 de julio de 2000.

Nuestra historia, desde aquel lejano día de nuestra independencia que hoy celebramos, está marcada por las coincidencias y las diferencias por las que hemos transitado. Sin duda, en los momentos en que las distancias entre los colombianos superaron los acuerdos, en aquellas épocas en las que decidimos que eran más las cosas que nos separaban que las que nos unían, el país se polarizó, llevándonos en más de una ocasión a intentar resolver nuestras diferencias por la vía de la imposición y la fuerza.

En esos momentos, de la mano de lo malo se nos quebró la fe; el pesimismo derrotó al optimismo; el sentido de lo individual y el egoísmo superaron la importancia de lo colectivo, del bien común, cerrándoles espacios a la concertación y a la discusión sensata que debe anteceder la toma de las grandes decisiones nacionales.

Por la naturaleza de los problemas que hoy afrontamos, es preciso recuperar el sentido de que somos ante todo un proyecto de vida colectivo, que requiere, al lado de las divergencias, esas convergencias indispensables para proseguir el arduo camino hacia el progreso y el desarrollo.

Hoy, aquí, frente a ustedes y frente a los 40 millones de colombianos que están esperando que su Presidente trace el camino que tenemos que seguir para la recuperación total del país, quiero proponerle a cada uno

de los colombianos que, con generosidad y grandeza, poniendo como testigo a la patria por encima de todo y de todos, y no con simples palabras y discursos, nos levantemos en un frente común y nos unamos en una sola voz, para sellar un compromiso inquebrantable alrededor de una meta, que no es otra que la realización del sueño colectivo de que a Colombia le vaya bien.

Más que un deber, tenemos la obligación de convertir en un verdadero propósito nacional la urgencia de construir un nuevo país, una nueva Colombia. Ustedes los congresistas; los jueces; la Iglesia; el alto gobierno; nuestras fuerzas armadas; los grandes, medianos y pequeños empresarios; los trabajadores; los estudiantes; las amas de casa; los campesinos; todos los colombianos.

¡Todos! Incluidos los grupos al margen de la ley.

Todos contamos y sumamos en el logro de esta meta que les propongo y que tengo la certeza de que será acogida por los colombianos.

Llegó el momento de pasar de los sueños a las realizaciones, de las promesas a los hechos; llegó el momento de dar unidos el primero de muchos pasos que tendremos que dar por el pleno desarrollo con justicia social de ésta, nuestra Empresa Colombia, que no es otra que la empresa de la vida de todos.

Señores Congresistas: sabemos que el Presidente necesita del Congreso para gobernar. Por ello, quiero hacerles un llamado especial para que, sin pedir a cambio nada más que mi compromiso de sacar adelante el país, crean en nuestras propuestas, acojan y enriquezcan nuestros proyectos, nos acompañen en este empeño y nos ayuden a trabajar, con la certeza de hacerlo tras el logro de esta meta, que sin duda, con su apoyo y el de todos los colombianos, podemos alcanzar.

Trabajar unidos será la mejor manera de recuperar el prestigio de la política y de los partidos.

Tenemos que devolverle al ciudadano común, el verdadero dueño de esta Empresa Colombia, la esperanza y la fe de que somos capaces de

superar nuestras diferencias, y demostrarle con hechos que aprendimos la lección de tantos años: que es un error ponerle condiciones y encarecer con promesas burocráticas el buen desarrollo y la aprobación de las leyes y proyectos que se requieren para sacar el país adelante.

Es claro que como resultado de nuestro trabajo tenemos hoy, sin duda, un nuevo y mejor escenario, un mejor país que el que encontramos hace dos años. Un país que, sin embargo, tiene inmensas dificultades y problemas que tenemos que enfrentar y que requieren una pronta y radical solución.

La paz: un mandato nacional

En el tema de la paz se han hecho inmensos avances. Por primera vez estamos sentados en la mesa de negociación con las Farc-Ep, discutiendo una agenda específica de doce puntos y con la participación cada vez más amplia de la sociedad civil.

Trabajamos igualmente con el Eln, creando las condiciones para avanzar en el diálogo que conduzca a la negociación.

Pero ésta no ha sido una meta a cualquier costo, como algunos la han querido mostrar. El país sabe bien que yo no acepto la paz a cualquier precio y que el Proceso de Paz tiene como marco supremo la Constitución. Hemos abierto una puerta amplia, pero necesaria, para avanzar en el objetivo de la paz. Sé que es difícil, lento y a veces frustrante. Pero si conseguir la paz fuese fácil, créanme que ya la habríamos logrado hace muchos años.

El conflicto con la insurgencia está en el centro de la agenda nacional y día a día crece la participación de la sociedad civil, exigiendo, como tiene que ser, que se haga la paz. Pero también la paz de Colombia es hoy un tema de importancia mundial y la comunidad de naciones está atenta a su desarrollo y esperando su feliz culminación.

La fórmula para consolidar la paz en que los colombianos estamos empeñados es el diálogo y la negociación. Espero dejar cimentada la

paz antes de finalizar mi gobierno, por el bien de todos los colombianos.

Como comandante supremo de nuestras Fuerzas Armadas, quiero hacer un reconocimiento especial a nuestros soldados y policías, a esos héroes que día y noche, en las selvas, en las montañas de Colombia, en los pueblos y regiones más alejadas, y también en las ciudades, vigilan y protegen nuestra patria. Muchos de ellos pagan con su vida o deben alejarse de sus familias, de sus ciudades y pueblos natales para proteger nuestras vidas, aunque muchos colombianos no sean conscientes de ello.

Mientras los supuestos triunfos de la insurgencia y las autodefensas –esos terribles golpes a gente inocente– se pasean por los titulares y primeras páginas de los medios de comunicación, y merecen largas entrevistas y programas enteros en radio y televisión, la lucha de nuestro ejército y policía apenas pasa inadvertida o como una noticia que se confunde entre otras tantas.

Y los logros de nuestras Fuerzas Armadas sumados, uno a uno, son y han sido inmensos en los últimos dos años.

A pesar de que estamos sentados en la Mesa de negociación, la insurgencia se empeña en seguir secuestrando, privando de la libertad a muchos colombianos, muchos de ellos niños, y poniéndoles precio a sus vidas, sembrando a su paso destrucción de familias, atacando pequeñas poblaciones indefensas, en una clara y flagrante demostración de violación del Derecho Internacional Humanitario.

También lo hacen, con total desprecio a la vida, los grupos de autodefensa.

Pero los estamos combatiendo a todos, les estamos ganando esta guerra que le declararon a Colombia, y el mundo entero los está observando y juzgando.

Nuestras Fuerzas Armadas están cada vez más preparadas. Tenemos 10 mil nuevos soldados profesionales por año para reemplazar a todos

los menores de edad y a muchos jóvenes colombianos que ya no tendrán que ir a las filas.

Pero, sin duda, un ejército más profesional también requiere mejores equipos y tecnología para combatir a todos aquellos que se encuentran al margen de la ley, por aire, tierra y agua. Pero, sobre todo y como nunca antes en la historia, para pasar a la ofensiva.

Los combates y enfrentamientos han dejado un ejército y una policía victoriosos. Pero mejor que celebrar y felicitarnos por ello, en medio de este conflicto absurdo que deberíamos acabar, invito hoy de nuevo a todos los protagonistas a un cese al fuego y de hostilidades. Reitero que el Presidente y Colombia entera prefieren hacer la paz en paz que la paz en medio del conflicto.

A los insurgentes les ratifico mi disposición y mano tendida para que en las Mesas de negociación discutamos y sembremos las semillas de la paz y firmemos los acuerdos que nos permitan alcanzarla. Fuera de la Mesa de negociación, enfrentaremos su persistencia en mantener el conflicto.

Aseguro a los colombianos que habrá mano dura para todos los que sigan empeñados en continuar destruyendo el país.

La Diplomacia por la Paz ha sido efectiva

En el campo internacional, hemos conseguido importantes frutos, como resultado concreto de mis políticas y mi gestión en estos dos primeros años de gobierno. Colombia cuenta con el apoyo económico por más de 1.600 millones de dólares en aportes para el Plan Colombia que no tendremos que pagar y de 6.900 millones de dólares en créditos altamente favorables, cifras nunca antes vistas en la historia del país.

El Plan Colombia, además de una lucha frontal contra el narcotráfico, es una estrategia integral para la paz. Y es también el más ambicioso y coordinado programa de acción social que jamás se haya realizado en el país, con el propósito de integrar la acción internacional y nuestro esfuerzo, llevando a la práctica el principio de la responsabilidad compartida.

Estados Unidos y Europa entendieron que la solución al problema mundial de las drogas es de responsabilidad común y que, por tanto, deben aportar para que encontremos una salida justa para Colombia, basada en el apoyo a nuestros campesinos y a nuestras comunidades víctimas de una violencia propagada por el narcotráfico.

Vamos a pedirle al mundo que nos siga ayudando, que nos dé, además del apoyo económico que ya nos confirmó, más y mejores garantías para que nuestros productos, que son muchos y de excelente calidad, se vendan en el mundo sin tantas condiciones ni tropiezos, y que compren nuestros nuevos cultivos y sus cosechas. Que nos asesoren en tecnología, nos apoyen en educación, en nuestras necesidades sociales y humanitarias. En fin, que nos den su mano en estos temas que son tan importantes, o más, que el aporte económico.

De otra parte, lideramos el Grupo de Río, celebramos en Cartagena la Cumbre de Cancilleres del Movimiento de Países no Alineados, reactivamos el Grupo de los Tres con México y Venezuela, hemos fortalecido nuestras relaciones bilaterales y fuimos recientemente admitidos en el Grupo de los Quince, que es un importante canal de diálogo político y económico con los países industrializados.

Lideramos también las negociaciones que condujeron a la aprobación del Protocolo sobre Seguridad en Biotecnología; presidimos la Comisión de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas, y contamos con el aval de todos los países de América Latina y el Caribe para ser elegidos en la próxima Asamblea General como miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Sin duda alguna, Colombia vive hoy su mejor momento en la historia en las relaciones internacionales.

Como resultado de la política exterior y de las importantes visitas de Estado que he realizado, Colombia es hoy un país digno, con liderazgo y personalidad propia ante el mundo. Mi compromiso será continuar afianzando esta acertada política internacional.

La reactivación de la economía es un hecho cierto

La recuperación del crecimiento en el primer y segundo trimestre de este año nos permite dejar atrás los temores de la recesión económica.

En el primer trimestre la economía creció un 2,3 por ciento y en el segundo creceremos por encima del 3 por ciento, lo cual devuelve la confianza a las empresas y la tranquilidad a los trabajadores.

Éste fue un trabajo difícil.

Para reactivar la economía, bajamos los intereses en más de treinta puntos. Porque no hay deuda que se pueda pagar con tasas como las que teníamos por encima del 50 por ciento. Debemos asegurar que los intereses no vuelvan a subir.

Al mismo tiempo, salvamos la vivienda a más de 800 mil compatriotas que estaban a punto de perderla. La Ley de Vivienda hizo posible que estos 800 mil deudores recuperaran más de 2 billones de pesos, permitiéndoles gastar menos en sus deudas y más en su familia.

También frenamos la inflación. Y éste es un logro inmenso. La inflación es el peor de los impuestos para los más pobres. Y por segundo año consecutivo va a estar por debajo del 10 por ciento, en defensa del bolsillo de los colombianos.

Y en cumplimiento de lo que propuse en mi campaña, comenzamos a reducir el IVA, bajándolo a 15 por ciento, y hemos otorgado 25 mil millones en incentivos tributarios a empresas que generaron nuevos empleos.

Otro de los problemas de nuestra crisis económica era un dólar demasiado barato que hacía que nuestros supermercados y tiendas estuviesen llenos de productos extranjeros. Hoy tenemos una tasa de cambio con la cual lo que producimos los colombianos, lo que genera empleo nacional, se vende aquí y también en el exterior.

La meta que nos propusimos fue doblar nuestras exportaciones. ¡Y vamos bastante bien! Las exportaciones totales crecieron más del 23 por ciento en los primeros cinco meses de este año y las no tradicionales se incrementaron en 13 por ciento.

Para apoyar este empeño común, creamos cuatro zonas económicas especiales de exportación en Cúcuta, Ipiales, Valledupar y Buenaventura, que atraerán nueva inversión. Yo le pido al Congreso que apruebe el

proyecto de ley que complementa estas medidas con estímulos adicionales, para que convirtamos esas ciudades en verdaderos polos de desarrollo.

Hemos emprendido la batalla final contra el contrabando y la estamos ganando. Continuaré liderando esta lucha personalmente, porque sé que cuento con el apoyo de los colombianos que han entendido que cada vez que compran contrabando están dejando sin empleo a más y más compatriotas. ¡Vamos unidos a declarar a Colombia territorio libre de contrabando!

Con todos estos remedios que le aplicamos a la economía, la industria volvió a crecer. Comparada con el año pasado, la producción industrial total creció en mayo un 15 por ciento y un 9 por ciento en todo el semestre. Crecieron también el comercio; los servicios públicos; el transporte; las telecomunicaciones; el sector agropecuario, de minas y de servicios sociales. Y la demanda de energía, que predice muy bien la recuperación económica, está creciendo a una tasa superior a 3 por ciento.

Para terminar de afianzar esta reactivación, también estamos salvando en este momento a 144 empresas viables, entre otras a las principales textileras del país y a Acerías Paz del Río. Gracias a la ley de intervención económica que propuso mi gobierno y que en buena hora fue acogida por el Congreso de la República, en esta primera etapa de la ley hemos asegurado más de 25 mil puestos de trabajo que sin esta ayuda se hubieran perdido.

Recuperamos también la fortaleza de nuestros bancos. Hoy las entidades financieras se han capitalizado y la cartera vencida que estaba en niveles de 16 por ciento ha bajado al 11 por ciento. Esto significa que los bancos han recobrado la capacidad de otorgar créditos, lo cual es fundamental para la marcha de la economía y el bienestar de las familias.

El sector petrolero es otro frente en el cual nuestras políticas están dando claros resultados. Con las reformas que introdujimos, las más im-

portantes de los últimos 25 años, los inversionistas extranjeros han regresado a nuestro país. Los nuevos descubrimientos petroleros nos permitirán asegurar que no tendremos que importar gasolina y además contar con recursos valiosos para nuestra inversión social.

Todo este esfuerzo de dos años se ha convertido hoy en la reactivación económica que estamos presenciando con gran optimismo. Y la recuperación de la economía está favoreciendo, aunque sus efectos se demoren un poco en sentirse, a los sectores más pobres de la población, cuya angustia sentimos y es el motivo principal de nuestros esfuerzos por sacar adelante la economía del país.

En el campo está la semilla de la paz

Uno de los logros de mi gobierno que más me satisfacen es la recuperación del campo colombiano, porque sé que en el campo está la semilla de la paz. El campo colombiano, que se encontraba en el completo olvido y abandono, comienza de nuevo a florecer y a recoger abundantes cosechas y lo va a seguir haciendo de la mano de mi gobierno y de los nuevos programas especiales de sustitución de cultivos, créditos y subsidios especiales que tenemos en marcha.

Nos hemos dedicado a reemplazar los más de cinco millones de toneladas de importaciones de productos del campo por productos cosechados en nuestras tierras.

Con una tasa de cambio adecuada, con el programa de fomento de las cadenas productivas y los nuevos recursos del Plan Colombia, estamos recuperando productos como el café, el maíz o el algodón y sembrando nuevos productos como la yuca, el cacao, la palma africana y las maderas. Gracias a este programa, estamos sembrando 200 mil hectáreas que estaban sin cultivar y esperamos completar 600 mil nuevas hectáreas cultivadas al finalizar mi gobierno.

El nuevo Banco Agrario ha vuelto a ser el banco de los campesinos y empresarios del sector agrícola. También les dimos la mano a los campesinos que estaban altamente endeudados, a punto de perder sus tierras y sin un solo peso de crédito para sembrar. Con el Programa Na-

cional de Reactivación Agropecuaria, hemos reestructurado y aliviado las deudas de 40 mil campesinos que han vuelto a sembrar sus tierras.

Vamos en los próximos años a consolidar la recuperación del campo colombiano. El año pasado logramos que el sector agropecuario creciera un 3,5 por ciento y hoy importamos un 20 por ciento menos de alimentos, es decir, cerca de un millón de toneladas menos de productos del campo. En un solo año hemos avanzado rápidamente en recuperar diez años de abandono del campo. Pero aún nos queda mucho camino por recorrer y no vamos a desfallecer hasta lograrlo.

El progreso social es la clave del desarrollo

La educación y la salud son las claves del desarrollo y por eso mi gobierno, aun en medio de la crisis fiscal, ha destinado los presupuestos más grandes a estos dos sectores. Y hemos iniciado unas reformas necesarias para mejorar la calidad de la educación.

Cada día que pasa, más y más comunidades y alcaldes aceptan el reto que les ha propuesto mi gobierno de que ningún niño se quede sin estudiar. Ya completamos 28 municipios y para finales de este año tendremos 50. En los dos próximos años esperamos completar 100 municipios en donde no haya niños y jóvenes sin estudiar. Quiero hacer un llamado a quienes están aspirando a ser elegidos alcaldes para que continuemos con este esfuerzo conjunto para que en pocos años no haya un solo niño en Colombia que no pueda estudiar. Esa es la verdadera revolución de las oportunidades que necesita Colombia.

Hago una nueva convocatoria a los maestros para que continúen aceptando el reto de la calidad. Dejemos atrás los paros y unámonos en beneficio de los niños, para que el aprendizaje sea una experiencia formadora y enriquecedora para Colombia.

La educación rural no solo es justicia social sino que es también uno de los más importantes retos de la paz. Por ello, en 70 municipios en 10 departamentos estamos educando 85 mil adultos y 330 mil niños, incluyendo nuevas materias como el inglés, el manejo de computadores y el uso de la internet, vitales todas en el nuevo siglo.

En el programa de cuidado por el aprendizaje y la salud de nuestros niños, estamos entregando un millón setecientos mil desayunos y 700 mil almuerzos nutritivos y cuidadosamente balanceados, y aspiramos, antes de terminar el año, llevar esta cifra hasta los 2 millones de pequeños colombianos que disfrutan de una ración diaria de alimento y cariño.

En salud estamos ayudando a los departamentos y municipios a superar la crisis. Hemos aumentado en 800 mil el número de nuevos afiliados al régimen subsidiado de salud, alcanzando de esta manera una cobertura y protección para 9 millones 300 mil colombianos. Además, hemos destinado 150 mil millones de pesos para evitar la crisis de los hospitales departamentales de segundo y tercer nivel en todo el país, en un enorme esfuerzo del Gobierno por sostener la infraestructura hospitalaria.

El problema de la salud es uno de eficiencia y de buen uso de los inmensos recursos que tienen en sus manos los hospitales y el Seguro Social. En Colombia existe una crisis hospitalaria y no una crisis de la salud. Los gobernadores tienen una gran responsabilidad que deben asumir, al igual que los administradores y los trabajadores, en cada uno de los hospitales del país. Mi gobierno continuará liderando la ampliación de la cobertura, pero será exigente con quienes son los responsables del servicio para que los recursos de la salud no se sigan perdiendo en burocracia e ineficiencia.

Con la ayuda y el liderazgo de Nohra pusimos en marcha una política de prevención y atención de la violencia que en el interior de los hogares se da contra las mujeres, contra los ancianos y especialmente contra quienes jamás deberían ser sujeto de agresión alguna: los niños. Haz Paz impulsó la reglamentación de la nueva Ley 575 de este año, que eleva la violencia intrafamiliar a la categoría de violación de derechos humanos. Habrá así una mayor protección a las víctimas y un castigo más severo a los agresores. Haz Paz también está promoviendo la capacitación de jueces de familia y está construyendo centros de atención que integran servicios jurídicos, de policía y de apoyo psicológico en cada una de las regiones del país.

Para vivienda de interés social, mi gobierno ha garantizado la entrega de más de 150 mil millones de pesos por año, con justicia, equidad,

transparencia y de manera muy eficiente. Este programa ha beneficiado en los últimos doce meses a más de 37.000 familias de bajos recursos en todo el país.

Además, los recursos que hemos conseguido en el exterior nos permitirán realizar a partir de este año los más ambiciosos proyectos sociales para beneficio de los colombianos más pobres. Con el programa de "Manos a la Obra" estaremos llevando a las comunidades obras que les permitan generar empleo rápidamente. El programa de apoyo a los hogares menos favorecidos les garantizará un subsidio para la nutrición y educación de los niños en edad escolar. Y daremos capacitación para que los jóvenes desempleados tengan mayores oportunidades de encontrar trabajo.

Estos programas nos ayudarán a dar un alivio a quienes han perdido el empleo. Porque no podemos negar que, aunque la reactivación económica avanza, tenemos lunares y problemas grandes como el del desempleo. El desempleo no es otra cosa que la consecuencia y el resultado de la suma de todos los males que, como la crisis económica y la violencia, nos tocó cargar.

Hemos trabajado duro por encontrar nuevos caminos y salidas. Haber recuperado el crecimiento de la economía es sin duda un gran paso en ese propósito. Infortunadamente, éste es un proceso de recuperación y un camino más largo que el que todos, y yo más que nadie, quisiéramos recorrer, que se hace más difícil en la medida en que la violencia dificulta la llegada de nuevos inversionistas.

Detrás de la nueva Colombia que va a crecer y desarrollarse, va a haber nuevas oportunidades de empleo para los desempleados y para los jóvenes colombianos que todos los días se están incorporando y llegando al país productivo. Como bien lo dice la campaña que hoy lidero conjuntamente con algunas empresas del sector privado en la búsqueda y aporte de soluciones: "si el problema del empleo es de todos, la solución también". ¡El país, Colombia, necesita que entre todos le demos la mano hoy!

Recuperaremos la seguridad de los ciudadanos

El secuestro y la extorsión también me quitan la tranquilidad y el sueño, al igual que a miles de colombianos directamente afectados o ame-

nazados. Hace apenas unos días lanzamos una gran ofensiva contra el secuestro. Con la nueva capacidad operativa, cinco veces mayor, que les entregamos a los Gaula, estamos persiguiendo a los secuestradores sin descanso, sin pausa; les impondremos nuevas y más severas leyes y castigos, y los llevaremos a nuevas cárceles de alta seguridad, dando recompensas a quienes los delaten o entreguen a la justicia.

Los invito a todos de nuevo a no pagar, como un gran paso para la solución definitiva de estos males. Denuncien, apóyense en las instituciones, crean, confíen, déjense rodear, déjense proteger y tomemos entre todos la decisión de acabar definitivamente con los extorsionistas y secuestradores.

En la lucha contra el secuestro contamos todos. Les reitero mi convencimiento sobre la necesidad de reabrir la discusión para volver a posibilitar el congelamiento de los bienes de las familias de las personas secuestradas para cortar de un tajo el negocio del secuestro.

También hemos lanzado una nueva ofensiva contra la delincuencia en las ciudades. He dado instrucciones muy precisas al general Gilibert para que la Policía Nacional fortalezca sus planes de prevención y reacción inmediata a delitos como los asaltos bancarios, el hurto a residencias y vehículos, el atraco y la piratería terrestre. Los Frentes de Seguridad y la Policía Comunitaria son hoy una realidad y, por tanto, deben servir de instrumento para este propósito.

Al finalizar este año, ciudades como Bogotá y Bucaramanga contarán con circuitos cerrados de televisión que garantizarán una vigilancia más eficaz contra el delito. Igualmente, en muy pocos meses contaremos con un Sistema Nacional de Información que asegure una implementación de políticas y estrategias de seguridad ciudadana más rápida y certera.

Les propongo a todos los alcaldes de los grandes centros urbanos que acojan la medida de restricción al porte de armas. Los resultados han sido contundentes: en los 16 municipios que tomaron la medida de manera permanente, la tasa promedio de homicidios ha sido un 40 por ciento menor que en los que no lo hicieron.

Y al narcotráfico lo estamos enfrentando sin tregua. Los decomisos se han multiplicado como nunca antes, y el combate frontal contra los laboratorios y los cultivos de amapola y coca han finalmente encontrado un gobierno que está dispuesto a enfrentarlos. Sus denuncias en este aspecto son un apoyo y una voz de aliento indispensable para seguir luchando hasta su definitiva erradicación.

También puedo mostrarles con orgullo que la lucha anticorrupción en la que estamos empeñados con la Fiscalía, la Procuraduría y la Contraloría, y de la cual he encargado al señor Vicepresidente de la República, ha dado sus mejores frutos y tiene hoy privados de la libertad a muchos ladrones del Estado, ladrones del dinero de los impuestos de la gente, personas sin escrúpulos que abusaban y se movían en medio de la impunidad y que hoy están presos, investigados, acosados y perseguidos.

Les informo, les ratifico a los corruptos que esta guerra es implacable y seguirá y los perseguiremos sin descanso, sean quienes fueren y estén donde estuvieren. Y hoy les pido, les insisto a todos los colombianos que alimenten con sus denuncias la línea anticorrupción y que tengan la absoluta certeza de que los capturaremos y los castigaremos.

Los retos del Congreso

Tengo que destacar las leyes trascendentales para el desarrollo y la economía que, gracias al trabajo conjunto del Congreso y el Gobierno, sacamos adelante. Leyes que han permitido salir de la recesión económica, ponerse al día en el pago de las pensiones atrasadas, fomentar las microempresas, aliviar la situación financiera de departamentos y municipios, y reconstruir el Eje Cafetero.

Señores congresistas: Este Congreso que hoy se inicia tiene la inmensa responsabilidad de garantizar que la reactivación económica perdure y se fortalezca.

Ninguna familia, ninguna empresa y ningún país pueden estar bien si gastan más de lo que reciben. Un gobierno irresponsable es como un mal jefe de hogar que se endeuda más allá de lo que puede pagar con sus ingresos. Tarde o temprano se revienta, destruyendo el futuro de su familia y de sus hijos.

No podemos dejar que eso le pase a Colombia. Tenemos que continuar en el empeño de mi gobierno de poner en cintura el gasto público. Debemos entender que éste no es ni puede ser un debate partidista.

Señores congresistas: este ajuste tiene como horizonte el beneficio del país y el de los futuros gobiernos y no el de mi propia administración.

Se encuentra ya a su consideración el proyecto de modernización del sistema tributario que extiende en el tiempo el impuesto a las transacciones financieras, rebaja el impuesto de renta, y crea importantes y adicionales estímulos a las empresas que generen nuevos empleos, y otro proyecto de ley que regula los juegos de suerte y azar y que garantizará no sólo una mejoría en las finanzas públicas regionales sino también nuevos y mayores recursos para la salud de todos los colombianos. Y presentaremos, además, un nuevo Proyecto de Ley de Responsabilidad Fiscal, con el objetivo de disminuir la deuda pública de todos los niveles de gobierno y recuperar la salud fiscal de largo plazo.

Tanto en las mesas de trabajo que hemos instalado con el apoyo de diferentes sectores de la academia y políticos del país como en todos los demás escenarios institucionales hemos buscado y seguiremos en la búsqueda de una concertación sobre las reformas necesarias para equilibrar las finanzas nacionales. Invito a los partidos políticos, a los sindicatos y a las fuerzas sociales para que analicemos a fondo la importancia de estos proyectos y los miremos abierta y democráticamente.

Será el Congreso, este Congreso, quien finalmente tenga la responsabilidad sobre temas de tanta trascendencia para el ajuste fiscal y el afianzamiento de la reactivación económica como la reforma del sistema pensional, la reforma del régimen de transferencias territoriales y el tema de generación de empleo.

El país y el mundo financiero nos miran con atención y estarán pendientes de la suerte que corran los proyectos de ajuste fiscal en este Congreso. No nos equivoquemos. De estas reformas dependen la consolidación de la recuperación económica, el desarrollo sostenible con justicia social y por tanto el empleo de miles de colombianos.

Estoy seguro también de que a todos nos asiste el convencimiento de la necesidad de recuperar la transparencia en el ejercicio de la política.

Aprobar la reforma política a través de un referendo votado por los colombianos es indispensable para fortalecer la función pública y el Congreso, y ello exige todo nuestro empeño como prioridad legislativa.

Colombia espera todo de nosotros

Colombianos: La Colombia de hoy es una mejor Colombia, una Colombia más preparada y con un escenario distinto. Después de dos años de mi gobierno, dos años costosos en imagen y muchas veces incomprendidos, estamos consiguiendo poner en orden la casa, no solo por dentro sino también de cara al mundo. Ello me permite invitarlos, con la frente en alto y con la convicción de haber trabajado responsable y honestamente, a que doblemos esta página de la historia del país y a dar juntos el primer gran paso hacia la recuperación definitiva de nuestra Empresa Colombia.

Yo, más que nadie, y Dios es mi mejor testigo, quiero y estoy trabajando incansablemente, sin pausa, para que nos vaya bien. Pero para lograrlo tenemos que cambiar la actitud, tenemos que romper el pesimismo y entender que todos estamos comprometidos con el éxito del país.

Todos contamos, ¡todos! Sin excepción, sin distinguos de partido o región, con generosidad y grandeza, deberíamos entender, ayudar y desejar, que a Colombia le vaya bien.

Quiero invitarlos a que nos contagiemos de pasión por el éxito del país, con la misma pasión que seguimos y celebramos los triunfos de nuestros deportistas, con la pasión y compromiso que necesitamos y tenemos que poner para sacar adelante a Colombia.

Estoy listo y comprometido a dirigir esta Empresa, nuestra Empresa Colombia; estoy listo y preparado a liderarla, a animarlos, a darles los instrumentos y las herramientas para el progreso y el nuevo desarrollo sostenido.

Fui elegido por ustedes como el líder visible, pero ustedes, cada uno de los colombianos, cada uno, es el motor, la fuerza del país, que, unido

en una sola voz, una sola meta y un frente común de lucha, se va finalmente a levantar y a mostrar su grandeza.

Invito al Congreso a que me acompañe en este empeño y a que reciba sin prevención las propuestas que tenemos para presentarle, que son hechas, sin excepción, con ánimo constructivo y el mejor deseo de acertar en la reconstrucción de este país con el que sueño y sueñan todos los colombianos.

Hoy quiero tender mi mano, dirigir mi voz y extender una vez más esta invitación a mis críticos y a mis contradictores políticos. Los invito a que entiendan y fundamenten sus propuestas y diferencias con ideas constructivas en lugar de críticas destructivas, a que celebren mis aciertos con la misma fuerza con la que tachan mis equivocaciones, que las ha habido y seguramente las volverá a haber. Para que esto se pueda dar, oiremos sus soluciones, sus aportes constructivos, exploremos sus salidas.

Tengo la certeza de que esa sola actitud enviaría un mensaje diferente al país y al mundo, abriría nuevas puertas, crearía nuevos espacios; en fin, nos convocaría a todos a construir y Colombia sería una Nación diferente de la que tenemos hoy.

Prefiero pecar por acción que por omisión; prefiero equivocarme y reconocerlo y corregir, siempre pensando en el bien de la patria. No entiendo a aquellos que critican sin conocimiento de la realidad. Si todos entendemos que es mejor que nos unamos para construir una Colombia pujante, en pleno desarrollo y crecimiento económico, sin que ello signifique que no tengamos diferencias políticas, temáticas o puntos de vista encontrados o, como es apenas lógico, diferentes maneras de hacer las cosas, tengo la certeza de que al finalizar mi mandato entregaré una Empresa Colombia en pleno desarrollo.

Podremos así construir un país con cimientos sólidos de paz. Una Colombia más segura, sin secuestros, que permita que todos vivamos tranquilos y podamos movernos por las ciudades y las carreteras sin temores, sin miedo.

Un país internacionalmente fortalecido y más atractivo para este nuevo mundo global que tiene en una Colombia en paz el mejor escenario

para invertir, crecer y multiplicarse y traer desarrollo sostenido, empleo, educación y justicia social para todos los colombianos.

Hago un nuevo y especial llamado a los medios de comunicación para que, sin ignorar la realidad ni los problemas del país, abran sus mejores espacios para las buenas noticias con la misma fuerza e importancia que lo hacen para las malas.

Colegas periodistas: como nunca antes y para que logremos este propósito, Colombia necesita de su crítica libre y constructiva pero también necesita su apoyo. Necesita de su solidaridad y de su fuerza.

Con el acompañamiento y compromiso vital de los medios de comunicación, apoyando positiva y constructivamente este nuevo país que les propongo, esta nueva Empresa Colombia transitará por un camino que no deja de ser empinado y difícil, pero sin duda lo hará sin tanto peso sobre sus espaldas.

Colombianos:

Vengan de donde vinieren, son, además de necesarias, bienvenidas todas las sugerencias, todas las soluciones, todas las cosas que se imaginen y crean que se pueden realizar para lograr hacer de este país, el país que nos merecemos y que entre todos vamos a conseguir.

Ésta es una nueva era para Colombia. Todos en el Gobierno tenemos los oídos abiertos y estamos comprometidos en este empeño.

Tengo la firme convicción de que mis palabras no caerán ni en la indiferencia, ni en los oídos sordos, ni en los ojos cerrados que se niegan a ver las oportunidades que se abren para el país ante este cambio que propongo.

Compatriotas:

No podemos derrotarnos a nosotros mismos con críticas destructivas permanentes ni dejarnos vencer por la pérdida de la esperanza. De la mano de la esperanza podremos mirar más allá, podremos recorrer los

más duros caminos y enfrentar los momentos más difíciles. Saquemos la esperanza del escondite en que la metimos.

Volvamos a creer, a luchar, a seguir adelante, a no mirar más hacia atrás. Solo es cuestión de confianza, no son milagros, se trata de tener fe y de trabajar duro para conseguir lo que queremos.

Reitero mi invitación, a cada uno de los 40 millones de colombianos a que confíen en su gobierno, a que me acompañen en el alcance de esta meta y propósito de entregarle a mi sucesor un nuevo país, una Empresa Colombia en pleno desarrollo, a toda máquina y lista para enfrentar con éxito y justicia social los desafíos y retos del siglo XXI.

Señores congresistas, colombianos: ¡no hay tiempo que perder!

Que Dios los bendiga. Y que Dios nos bendiga y nos acompañe en esta nueva era que hoy se abre a Colombia.

¡COLOMBIA! COMPROMISO CLARO Y CONTUNDENTE DEL EJÉRCITO NACIONAL

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
durante la celebración del día del Ejército Nacional.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 4 de agosto de 2000.

Hace un año, en los verdes campos de Boyacá, donde se ganó la independencia de Colombia, ante el pequeño puente que simboliza el momento más grande de la patria, celebré con mi Ejército, con el Ejército de mi país, los 180 años transcurridos desde aquel glorioso 7 de agosto de 1819.

Fue un momento emocionante, en el que parecía que podíamos visualizar, en la espiral mágica del tiempo, la batalla que ocurrió en aquel mismo lugar, cuando las maltrechas pero aguerridas tropas de Bolívar, que venían de realizar una increíble hazaña en el Pantano de Vargas, vencieron con heroísmo y valor a la fuerza enemiga.

Allí, en Boyacá, un ejército al que el mismo general Santander calificó como "moribundo" después del duro tránsito del Páramo de Pisba, y del que el orgulloso general Barreiro decía, despectivo, que era "un ejército de pordioseros", demostró hasta qué altas cumbres pueden llegar el coraje, el amor a la patria y la fuerza de los colombianos.

Allí, el joven y humilde soldado Pedro Pascasio Martínez dio una lección de honestidad y de moral al general español que pretendió sobornarlo con monedas de oro.

¡Esa es Colombia! Esa es la Colombia que sale triunfante de las más duras dificultades, que nunca se rinde y que mira con confianza el porve-

nir, porque cree en sus propias capacidades. Esa es la Colombia de 40 millones de gente buena y trabajadora que es la razón de ser y el estímulo del Ejército Nacional, un ejército que hoy proclama, como lo hicieron los patriotas hace 181 años, que su compromiso es claro y contundente, ¡que su compromiso es Colombia!

Este Ejército, que tiene su cuna en Boyacá, es hoy una fuerza profesional, moderna y defensora de la Constitución y de los derechos humanos. Es una fuerza de hombres y mujeres que han puesto a la patria por encima de todo y que merecen el respeto y la gratitud de los colombianos.

Como Presidente, me siento muy orgulloso de contar con el apoyo de una Institución seria y eficiente como el Ejército Nacional, más aún en estos tiempos de conflicto, en el que, mientras algunos pocos violentos pierden el sentido de la humanidad y cometen actos de salvajismo contra sus hermanos, nuestros soldados siguen, con sacrificio y abnegación, protegiendo a sus compatriotas y manteniendo en alto la dignidad del ser humano.

Hoy nuestro Ejército cumple una importante labor de transformación organizacional y cultural, que lo coloca a tono con el mundo moderno y globalizado del tercer milenio, gracias a la dedicación y el esfuerzo del ministro de Defensa y de los comandantes de las Fuerzas Militares y del Ejército. Es bueno resaltar que el proceso se cumple con éxito, a pesar de tener que realizarlo, como no lo ha hecho ningún otro ejército en el mundo, en medio de un conflicto interno de varias décadas, en el que debe librar batallas diarias para preservar nuestra democracia y nuestro Estado de derecho.

El Ejército de Colombia se ve fortalecido en este último año con la creación de tres batallones antinarcóticos y la puesta en marcha de la Fuerza de Despliegue Rápido, y esto se refleja en el primer semestre de este año en un incremento de su capacidad operacional en la lucha contrainsurgente del 40 por ciento y en la disminución en las bajas oficiales en un 43 por ciento.

Nuestro ejército, como el de Bolívar, es un ejército con vocación de victoria, cada vez más preparado y más profesional. Y qué bueno saber que cada año tenemos 10 mil nuevos soldados profesionales que

reemplazan en forma gradual a los soldados bachilleres. Es así como el número de soldados profesionales se ha duplicado entre 1998 y este año, pasando de 21.000 a más de 42.000 y al final de mi gobierno tendremos más de 50.000.

Y también es una buena noticia que el Ejército Nacional, aun antes de la vigencia de la ley que así lo ordenó, haya licenciado en diciembre del año pasado a todos los soldados menores de edad, yendo más allá de lo que mandan las convenciones internacionales sobre los derechos del niño. ¡El Ejército de Colombia ha dado ejemplo al mundo, evitando que los menores estén enfrentados a los riesgos propios de la milicia!

Valga hoy la oportunidad para resaltar el compromiso cada vez mayor del Ejército con la protección y defensa de los derechos humanos y la aplicación del derecho internacional humanitario. Así se han ganado con creces el afecto y el respeto de todos los ciudadanos y, por ello, no resulta gratuito que en las diferentes encuestas de opinión el Ejército cuente con el más alto nivel de aceptación, únicamente superado por la Iglesia.

En este año 2000, al cual he declarado como el año del afianzamiento y fortalecimiento de los derechos humanos en las Fuerzas Militares, es muy satisfactorio constatar los inmensos avances que se producen en este aspecto. Ya son más de 90.000 los miembros de la Fuerza Pública que han recibido capacitación especializada en derechos humanos, en tanto las quejas por posibles violaciones a estos derechos solo involucran en un 1,7 por ciento a los integrantes de las fuerzas legítimas del Estado, mientras la subversión y los grupos de autodefensa son causantes de más del 98 por ciento de estos atropellos contra la vida humana.

Los derechos humanos y la búsqueda de la paz son conceptos que hoy nuestros soldados tienen arraigados en el alma. Y nadie más que ellos, que han vivido y sufrido en carne propia los horrores de la guerra. Sin embargo, tampoco perdemos de vista que un ejército debe estar siempre preparado, con la mejor formación, los mejores equipos y la mayor tecnología, para defender a sus compatriotas de los ataques de los criminales.

El proverbio popular que dice "si quieres la paz, prepárate para la guerra" debemos entenderlo con claridad en el sentido de que si queremos

un ejército con fortaleza técnica, física y moral, no es porque deseemos la guerra, sino, por el contrario, para evitarla, ya que estoy convencido de que el papel primordial de las fuerzas armadas en una democracia es disuasivo, más que represivo. Y así lo han entendido los militares de Colombia.

Es paradójico, sin embargo, que, en tanto el ejército y toda la fuerza pública dan cada día más pruebas de su compromiso con Colombia, con los derechos humanos y con la democracia, los grupos armados al margen de la ley insistan en regar de sangre hermana el país, masacrando sin contemplación y acabando con las casas, los hospitales y las escuelas de los colombianos más humildes.

A los insurgentes les reitero, tal como lo hice el pasado 20 de julio ante el Congreso y ante el país, mi disposición para que en las mesas de negociación discutamos y sembremos las semillas de la paz. Pero debo insistir en que, fuera de la mesa de negociación, enfrentaremos con mano dura su persistencia en mantener el conflicto y en causar daño y dolor a la población más vulnerable.

Atacar indiscriminadamente los caseríos y municipios apartados del país, apenas defendidos por un puñado de buenos policías y soldados, no es de ninguna manera una muestra de superioridad militar, sino, todo lo contrario, una demostración de gran debilidad y cobardía.

Pero mientras persistan en atacar a los civiles, en matar niños, mujeres y policías indefensos, en secuestrar y en extorsionar, ahí estará el Ejército de Colombia, cada vez más capacitado y más fuerte, listo para pasar a la ofensiva. ¡A la ofensiva contra cualquiera que levante su brazo para asesinar a un solo humilde de Colombia!

Queridos amigos del Ejército Nacional:

Nunca me cansaré de decir que uno de mis mayores orgullos como Presidente es ostentar el título de comandante general de las Fuerzas Armadas del país, porque me siento orgulloso de ustedes, que enaltecen con su valentía y su honor el nombre de la patria.

El pueblo soberano de Colombia agradece y reconoce los servicios de quienes mejor le sirven. Por eso quiero felicitar y extender mi abrazo de colombiano a los oficiales, suboficiales, soldados y civiles distinguidos a quienes he condecorado hoy con la Orden del Mérito Militar Antonio Nariño y con la Orden del Mérito Militar José María Córdova. A partir de este momento ustedes llevarán junto a su corazón, como un símbolo de amor a su país, el nombre y el espíritu de los grandes próceres de nuestra independencia.

Y quiero rendir también un especial homenaje, uno que nace desde lo más hondo del alma y al cual yo sé que se unen todos los colombianos, a nuestros nuevos héroes, a esos que cayeron en defensa de sus compatriotas, luchando por nuestros valores y por preservar nuestras vidas y nuestra tranquilidad.

Ellos sí que han entregado todo por Colombia y por eso elevamos a Dios las oraciones para que premie su valor y su amor a los semejantes. Y contemplamos conmovidos el dolor y la angustia de sus familias, quienes hoy sufren su ausencia, pero tienen el consuelo de saber que su padre, o su esposo, o su hijo, o su hermano cayó luchando por la libertad y la paz de los que quedamos. ¡A ellos, a nuestros héroes, gloria eterna!

Soldados de Colombia:

Ningún título más honroso que éste de ser soldado de Colombia. Sigán luchando con convicción y valor. Sigán progresando y capacitándose para bien del país. Sigán siendo victoriosos en las batallas, pero sobre todo sigán siendo constructores de paz y de progreso.

Su coraje es el coraje de nuestra tierra y su valor no es el poder cobarde de los que atacan a los débiles, sino el digno temple de quienes defienden a sus semejantes. Y no olviden que, como dijo el maestro Jorge Luis Borges, "entre las cosas hay una de la que no se arrepiente nadie en la Tierra. Esa cosa es haber sido valiente".

EL TRABAJO POR LA PAZ DEBE SER SÍMBOLO DE LA UNIDAD NACIONAL

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la instalación de la sexta sesión de trabajo del Consejo Nacional de Paz
en la Casa de Nariño.*

Bogotá, D. C., 23 de agosto de 2000.

Al iniciar esta sesión del Consejo Nacional de Paz, quiero expresarles mi más alto reconocimiento y el de mi gobierno, por su notorio compromiso y esfuerzo permanente por la reconciliación nacional.

Nuestro país quiere y reclama la paz. Una paz definitiva, construida en medio de un clima de paz y no de violencia. Una paz que permita mejorar la calidad y las expectativas de vida, desarrollo y progreso de los colombianos. Una paz construida entre todos, sin intimidaciones y pensando en los más altos intereses de la Nación.

Esa es una verdad frente a la cual nadie debe equivocarse. Los colombianos quieren una paz real, de hechos ciertos y de cambios concretos.

No queremos una paz de papel, una paz de formalismos. Queremos una paz de realidades en materia de convivencia y transformaciones políticas, sociales y económicas, construida con la participación de todos.

Esa paz de realidades es la que nos hemos propuesto edificar en mi gobierno, tiene como bases para su desarrollo unos principios claros que quiero reiterar en el día de hoy.

He dicho que la política de paz es una política de Estado e incorpora la acción y el compromiso de todos en la consecución de sus fines primor-

diales. La búsqueda de la paz debe estar más allá de un solo gobierno y por encima de cualquier diferencia política. Asimismo, todas las instancias del Estado, los partidos y movimientos políticos o sociales y en general toda la sociedad deben estar comprometidos en esta labor, cada uno de acuerdo con su responsabilidad como funcionario o ciudadano, bajo el liderazgo y la coordinación del Presidente de la República.

El trabajo por la paz debe ser el símbolo de la unidad nacional, frente al cual debe existir comunidad de esfuerzos, unidad de propósitos y optimización de recursos.

La búsqueda de la paz sólo la concibo dentro del marco de la Constitución Política de Colombia y sólo con apego a estos lineamientos constitucionales y sus desarrollos legales.

Las leyes y las instituciones de la República que juré defender el día de mi posesión han sido el soporte de nuestro tránsito hacia la reconciliación nacional. Y así seguirá siendo, porque estoy seguro de que en el imperio de la Ley reposa la legitimidad necesaria para adoptar las grandes decisiones que se requieren para lograr una paz edificada sobre la plena vigencia de los derechos humanos.

Concebimos una política de paz basada en la solución del conflicto armado a partir de la vía del diálogo y la negociación política. Creo en la solución política del conflicto armado como el mejor camino para llegar a la paz definitiva. No estamos buscando una paz de vencidos y vencedores. Buscamos una paz en la que toda Colombia gane.

A través del diálogo y la negociación podemos llegar a los acuerdos que permitan ponerle fin al conflicto y sentar las bases de una sociedad mejor.

Con el diálogo, buscamos una paz de acuerdos y no de capitulaciones.

Siempre he liderado personalmente este Proceso, pues me asiste un deber y una facultad constitucional como Jefe de Estado y tengo también la obligación moral con los colombianos de conducirlos por el camino de la paz.

Considero que recuperar el monopolio de la fuerza en manos del Estado es un elemento central de la paz que a su vez será el soporte material de la consolidación de la convivencia pacífica. Sólo en una sociedad en la que impere el orden, y el poder de la fuerza repose en las manos legítimas del Estado, se puede edificar una nueva generación de ciudadanos que privilegien el respeto por los demás y la primacía del interés general sobre el particular.

Quiero reiterarlo una vez más: ¡la paz es más que el silencio de los fusiles, es justicia social! Unos acuerdos de paz eficaces nos deberán conducir hacia la solución definitiva de la confrontación armada, y al mismo tiempo hacia el mejoramiento de las condiciones de vida y desarrollo de los ciudadanos.

Para que logremos esto, el sector privado debe estar desde el principio en la construcción de la paz, pues su activa participación en las distintas etapas del Proceso garantizará en una gran parte el éxito en la futura implementación de los acuerdos de paz.

El capital privado es el motor del progreso y del empleo y lo deberá seguir siendo para que las reformas sociales y económicas se puedan concretar en el marco de la globalización de las economías.

Pero muchos de nuestros esfuerzos pueden verse truncados sin la erradicación del flagelo del narcotráfico.

Llegar a la paz también implica superar los efectos perversos del narcotráfico sobre nuestra sociedad. Son muchos los daños que el narcotráfico le ha causado a nuestra sociedad y son muchos los recursos del narcotráfico que han financiado el escalamiento del conflicto armado y por ende, las consecuencias atroces de la violencia sobre los ciudadanos y sus bienes.

Está demostrado que la participación internacional es fundamental para lograr la paz que queremos. Ella implica cambios en lo social, en lo político y en lo económico con sus costos y financiación. Implica liderazgo y credibilidad internacional. Significa apertura de mercados y llegada de nuevas tecnologías.

Para todo esto, es fundamental el apoyo y la cooperación de los países amigos.

Claro está que la participación de la comunidad internacional debe estar delimitada dentro del marco de la cooperación. Nunca aceptaré ni como Presidente ni como colombiano ninguna forma de intervención, y sé que ningún compatriota lo haría.

Por último, siempre ha sido claro que la paz se construye con la participación de todos. Es un esfuerzo de construcción conjunta para delinear la convivencia pacífica y el progreso democrático de nuestro pueblo. Sólo con la participación de los ciudadanos lograremos la consolidación de esta paz que queremos.

He dicho que al Proceso de Paz le debemos meter pueblo, pero que al mismo tiempo hay que sacar al pueblo de la confrontación armada. No podemos construir un Proceso con la participación de todos, en medio de la intimidación y el miedo que produce la violencia.

Y por fortuna hemos contado con la participación de muchos. El sector privado, muchos sectores sociales y el común de los colombianos empiezan a participar.

En el día de hoy debo hacer un especial reconocimiento a Justapaz, a los miembros del Consejo y a las organizaciones sociales que durante este período se reunieron todos los lunes, en un trabajo coordinado con el Alto Comisionado para la Paz y la Secretaría Técnica del Consejo Nacional de Paz, para ponerse de acuerdo en unos lineamientos de acción que orienten la definición de una estructura y una metodología de funcionamiento para este órgano asesor y consultor del Gobierno en materia de paz.

Igualmente, desde aquí quiero expresar el reconocimiento del Gobierno por el trabajo que adelantan los integrantes de la Comisión Facilitadora de Paz en el Proceso de Paz con el ELN. Su labor ha sido altamente positiva y enriquecedora a la hora de construir alternativas y puntos de encuentro.

Toda la labor realizada en materia de paz en estos dos primeros años de gobierno nos ha permitido, etapa por etapa, paso a paso, avanzar en la construcción del Proceso de Paz. El Alto Comisionado para la Paz ha preparado un detallado informe sobre los avances obtenidos hasta hoy en el Proceso y sus perspectivas, el cual les presentará más adelante.

Buscar la paz en medio del conflicto no es fácil, pero hemos avanzado. Sin embargo, no será de un día para otro como resolveremos este conflicto armado que lleva casi cuarenta años de existencia.

Sé que la situación actual es compleja. La violencia aún no ha dado su brazo a torcer, pero no podemos desfallecer y permitir que el terror y el dolor se apoderen de nuestros sueños y destruyan la esperanza.

No quiero ver una sociedad polarizada en torno a la violencia, sino un pueblo en marcha unido hacia la reconciliación nacional.

Flaco servicio le prestan a la patria quienes creen que acudiendo a mecanismos por fuera de la ley se alcanzará la convivencia pacífica. Es una contradicción decir que se quiere la paz mientras se apoya la violencia.

Los colombianos deben creer en nuestras verdaderas posibilidades de paz y solo deben apoyar decididamente a las instituciones legítimas del Estado, antes de caer en la nefasta tentación de querer tomar la justicia por cuenta propia. Es a través de las fuerzas del orden como se controlarán las reprochables acciones de los violentos, mientras éstas persistan y lleguemos a la paz.

Como Presidente de los colombianos, no acepto ni aceptaré ninguna excusa ni justificación, repito, para apoyar a los grupos de justicia privada y sus crímenes. No podemos perder la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal.

El Gobierno ha combatido y seguirá combatiendo, sin tregua ni desmayo, a todos los grupos armados que persisten perversamente en atacar a la fuerza pública y a la población civil. En esto tampoco deben existir equívocos. Y los estamos combatiendo a todos por igual, con la

misma energía y similar contundencia. El Gobierno no tolera ni tolerará ningún tipo de connivencia con grupos al margen de la ley.

Somos una sociedad civilizada y democrática, y por eso, trabajamos en una salida política negociada para el conflicto armado interno. En esta labor, ustedes, queridos amigos del Consejo Nacional de Paz, tienen mucho por hacer.

Quiero un Consejo Nacional de Paz activo, actuante, movilizándose en torno al gran reto de la paz. Promoviendo, de la mano del Gobierno, mecanismos de participación ciudadana en los procesos, fomentando la convivencia ciudadana en todos los rincones del país, aportando ideas y propuestas que enriquezcan la negociación política y movilizándose en torno al cese de la violencia y el avance de los acuerdos de paz.

Quiero un Consejo Nacional de Paz cerca al Presidente y al Gobierno, trabajando en la misma dirección de la paz, uniendo esfuerzos y optimizando recursos, y un Comité Nacional de Paz ejerciendo sus funciones de asesor del Alto Comisionado para la Paz. En resumen, quiero un Consejo Nacional de Paz organizado y funcionando.

Los invito a que trabajemos en la construcción de esta paz del ciudadano común.

La paz de la mayoría de los colombianos, cuyos intereses representa el Gobierno, y su voz, ustedes.

En esto estamos en el Gobierno Nacional: fortaleciendo el proceso de paz, trabajando por la materialización de acuerdos concretos, impulsando la firma de un cese de fuegos y de hostilidades, y promoviendo el definitivo compromiso de todos con el camino de reconciliación nacional que hemos edificado.

Queremos cerrar la puerta del no retorno en este Proceso de Paz de la mano de la sociedad colombiana. No podemos esperar más. Esa es mi invitación, a que unamos nuestros esfuerzos para alcanzar el punto de no retorno en la búsqueda de la paz.

Los invito a que desde hoy mismo se comience a trabajar en estos objetivos.

Para esto, les propongo encargar al Comité Nacional de Paz para que con el Alto Comisionado para la Paz, en un término de un mes, adopten el reglamento interno y definan los lineamientos de organización y funcionamiento del Consejo.

Adelantada esta labor, convoco desde hoy a la próxima sesión del Consejo para el martes 3 de octubre, para que en ésta se estudie y apruebe la propuesta de organización y funcionamiento que nos presentará el Comité, y se designe nuevamente el Comité Nacional de Paz.

Nuestro propósito deberá ser el de construir un destino común que tenga el rostro y la dimensión de nuestros anhelos, de nuestros sacrificios y de nuestra generosidad, para así edificar un país próspero, sin violencia y con justicia social.

Con compromiso, decisión e insistencia, la paz sí es posible. Manos a la obra.

CAPÍTULO II

DIPLOMACIA POR LA PAZ

REPÚBLICA DOMINICANA Y COLOMBIA: PAÍSES HERMANOS EN EL PASADO Y EN EL PORVENIR

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la cena ofrecida en honor del presidente
de República Dominicana, Leonel Fernández Reyna.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 30 de agosto de 1999.

Hoy Colombia se honra con la visita del más alto representante de un pueblo amigo y cercano a nuestro corazón, como lo es y ha sido siempre el pueblo dominicano.

Con verdadera alegría y un sincero sentimiento de amistad le doy la bienvenida, señor presidente Fernández, aliado en el propósito común del desarrollo de nuestras naciones, dentro de un contexto de democracia, progreso y justicia social.

Pocos países, como la República Dominicana, han sufrido en carne propia y por tan largo tiempo los estragos de las dictaduras y la ocupación por potencias extranjeras, a pesar de los cuales el pueblo dominicano ha sabido preservar y sacar adelante con convicción indeclinable su orgullo de nación libre y soberana.

Gracias a líderes que por siempre vivirán en la memoria histórica de América, la República Dominicana es hoy un país democrático y progresista, ufano de sus raíces Taínas y de esa mezcla cultural entre aborígenes, africanos y españoles, que habría de derivar en la raza pujante de su pueblo.

Recuerdo, con emoción de americano, los nombres gloriosos de José Núñez de Cáceres y de Juan Pablo Duarte, quienes lucharon por la independencia y soberanía de los dominicanos. Junto a ellos brillan con

luz propia las figuras de Sánchez y de Mella y el valor militar del general Gregorio Luperón, todos artífices de la causa de la libertad.

Pero no hay que remontarse tan lejos para encontrar ejemplos de hombres valiosos en la República Dominicana. Basta evocar hoy, cuando la ancianidad dignifica sus vidas, los nombres de dos dominicanos que en las últimas tres décadas han significado –uno desde el gobierno y el otro desde la oposición– el retorno pacífico de la República Dominicana a los cauces generosos de la democracia.

Me refiero, por supuesto, al doctor Joaquín Balaguer y al profesor Juan Bosch, cuyas actividades e ideas tanto han influido en el devenir del continente durante la segunda mitad del siglo que ya termina.

Hoy ellos han pasado la antorcha de la democracia, del progreso y de la justicia social a una nueva generación de luchadores, que usted representa fielmente, señor presidente Fernández, y en la cual nos identificamos.

Una generación de dirigentes que solo aspira a repetir con gallardía, al finalizar nuestros mandatos populares, las palabras valientes del profesor Juan Bosch –de quien usted se reconoce orgulloso como discípulo–:

Hemos permitido toda clase de libertades y hemos tolerado toda clase de insultos, porque la democracia debe ser tolerante; pero no hemos tolerado persecuciones, ni crímenes, ni torturas, ni huelgas ilegales, ni robos, porque la democracia respeta al ser humano y exige que se respete el orden público y demanda honestidad.

Felizmente, para la República Dominicana y para toda América, la democracia se ha consolidado aún más durante su mandato y es el sistema político vigente en la inmensa mayoría de las naciones del continente.

Sin embargo, hago mías sus palabras, señor presidente Fernández, cuando usted identificó con claridad, en su discurso de posesión, las nuevas amenazas contra la democracia. Entonces usted dijo:

La amenaza a los sistemas democráticos está dada hoy por la incapacidad de poder satisfacer las demandas económicas y sociales de las grandes mayorías nacionales.

No hay democracia donde hay estómagos vacíos. No hay democracia donde no hay derecho a la educación y a la salud. No hay democracia donde no se reconoce el derecho que tiene todo ser humano a desarrollar sus potencialidades creadoras.

Ahí están planteados los retos que hoy enfrentan naciones como la República Dominicana y Colombia, cercanas no solo en sus afectos sino también en sus circunstancias.

Usted y yo, señor presidente Fernández, tenemos el enorme compromiso de liderar nuestros pueblos hacia un nuevo milenio que empiece con esperanza, paz, progreso y justicia social. Es ese el mandato que nos han conferido nuestros ciudadanos y no podemos ser inferiores a él.

Colombia, señor presidente Fernández, está empeñada en la búsqueda de una paz negociada que permita el retorno de la convivencia a cada parcela de nuestra tierra. En ese camino largo y difícil, en el cual no existen mapas ni atajos conocidos, nos hemos visto acompañados por la solidaridad de los hermanos latinoamericanos, que entienden la importancia y bondad de este proceso.

Se trata, claro está y en esto soy enfático, de un problema colombiano que debe tener una solución colombiana. Pero qué bueno es contar con la disponibilidad y el apoyo de países que, como el suyo, entienden cabalmente la necesidad de un entorno pacífico para consolidar un progreso con justicia social y la correlativa necesidad de un desarrollo con equidad para lograr la paz.

Es con la cooperación respetuosa entre los Estados y no con intromisiones indebidas como se preserva la amistad entre las naciones. La República Dominicana, más que ninguna otra, es consciente de la verdad de este axioma que debe regir las relaciones internacionales entre vecinos y amigos.

Su gobierno y el mío, señor presidente Fernández, hemos entendido la necesidad de desarrollar nuestras economías dentro de un contexto de justicia social. El empleo, la educación, la salud y la vivienda son imperativos categóricos que deben constituir el norte de nuestro obrar como gobernantes.

Su país y el mío han sufrido recientemente los devastadores efectos de los desastres naturales. Ustedes, removidos por la furia gigantesca de los huracanes; nosotros, golpeados por el rudo estremecimiento de los terremotos. Pero hemos sacado valor de las desgracias y dedicado nuestras fuerzas a la reconstrucción. El ejemplo de resurgimiento de su nación, después de los estragos del huracán Georges, es realmente formidable. En su coraje ante las dificultades, recuerdo la frase altiva del Libertador Simón Bolívar: Si se opone la naturaleza a nuestros desig-nios, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca.

Pero si en algo se han identificado nuestras acciones como gobernantes ha sido en la decidida importancia que hemos asignado al contexto internacional, para reinsertar nuestras naciones en un panorama de cooperación e integración con los demás países del continente y del mundo.

En el ámbito multilateral nos unen instancias y procesos de signifi-cación como la OEA, la Asociación de Estados del Caribe, la Cumbre Ibe-roamericana y la Cumbre Hemisférica. Este hecho potencia de manera privilegiada nuestras posibilidades de cooperación. Así mismo, puede usted contar con el apoyo de Colombia a la incorporación de la Repú-blica Dominicana en el Grupo de Río, lo que aspiramos ocurra próxi-mamente.

La integración hemisférica representa una oportunidad fundamental para nuestros países. Es necesario perseverar y contribuir al exitoso desarrollo de las negociaciones, garantizando que las asimetrías entre los socios no tiendan a pronunciarse, sino al contrario: el proceso debe representar la posibilidad de superarlas gradualmente.

Hacia el futuro nos esperan valiosas oportunidades de colaboración política y económica, que podremos seguir fortaleciendo en la Novena

Cumbre Iberoamericana de La Habana, que se celebrará en noviembre de este año. La República Dominicana y Colombia nos estamos preparando para tener una participación activa en la Ronda del Milenio de la Organización Mundial de Comercio que iniciará también en noviembre en Seattle, y para la liberalización de los mercados en el continente, que aspiramos lograr mediante el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas. En estos escenarios trascendentales, estoy seguro, encontraremos muchos puntos de coincidencia y trabajo en común.

En lo bilateral, nos es grato constatar que hemos venido incorporando temas fundamentales a la agenda. Queremos destacar nuestra voluntad de ampliar y profundizar las corrientes comerciales, concretando aspectos como los acuerdos parciales de la Aladi o aproximaciones negociadas a la Comunidad Andina de Naciones. El turismo constituye sin duda un campo muy fructífero de cooperación bilateral, así como en la Asociación de Estados del Caribe, donde hemos dado los primeros pasos para crear la Zona de Turismo Sustentable del Caribe. Igualmente, debemos impulsar el desarrollo de los entendimientos que ya hemos concretado en el campo energético.

Queremos implementar la cooperación en las áreas de la economía, la educación y la cultura, como lo establecen instrumentos que hemos suscrito desde hace ya algún tiempo, pues estamos convencidos de que en el marco de la globalización es justamente donde cobran mayor sentido y necesidad las actividades de cooperación, las cuales deben extenderse igualmente al ámbito político, aunque preservando siempre los principios fundamentales de la no intervención y la libre determinación.

El Caribe fue el lugar de encuentro entre dos mundos hace ya más de cinco siglos y hoy está llamado a ser un nuevo punto de encuentro para América. Colombia está determinada a avanzar en la consolidación de la integración de la Cuenca del Gran Caribe, muy especialmente dentro del nuevo marco que nos proporciona la Asociación de Estados del Caribe. Tenemos grandes temas por desarrollar en este ámbito, como lo son el turismo sustentable, el comercio, el transporte y una estrategia común frente a los desastres naturales, y en usted, presidente Fernández, encontramos un interlocutor ideal, por su visión y liderazgo en la zona, para avanzar en estos temas.

De esta manera Colombia se acerca cada día más al Caribe, al cual pertenece histórica y geográficamente.

Señor Presidente:

No somos solo naciones cercanas, sino también vecinas. Compartimos una importante frontera marítima, en paz y cooperación, claramente delimitada por el tratado Liévano-Jiménez de 1978. Este convenio establece una zona de investigación científica y explotación pesquera común en el área fronteriza y la necesidad de cooperar en el control de la contaminación de la zona de mar que nos vincula, objetivos que debemos seguir desarrollando hacia el futuro.

Pero nuestro vínculo va mucho más allá. El pueblo dominicano y el pueblo colombiano tienen fuertes y perdurables nexos afectivos, porque vibramos con un solo corazón de Caribe.

Quiero contarle, señor Presidente, que aquí en Colombia celebramos con tanta emoción los jonrones de Sammy Sosa y los lances de otros peloteros de San Pedro de Macorís como los hits de nuestro Édgar Rentería y los demás beisbolistas salidos del barrio Montecristo de Barranquilla y de La Matuna en Cartagena. En nuestras fiestas se bailan y corean con la misma alegría los merengues de Wilfrido o Sergio Vargas que los vallenatos de Vives o las baladas rockeras de Shakira. La belleza colonial e importancia histórica de Santo Domingo, la ciudad primada de América, es solo comparable al encanto amurallado de nuestra querida Cartagena de Indias. Las blancas playas dominicanas de Punta Cana, Bávaro o La Romana –donde tantos colombianos tomamos contacto con la hospitalidad de su pueblo–, son hermanas gemelas de las playas doradas de Santa Marta, Cartagena o San Andrés.

A la Virgen de la Altagracia, protectora y reina del corazón de los dominicanos, y a la Virgen de Chiquinquirá, reina de la paz de Colombia, hemos encomendado todos nuestros mejores propósitos, y estamos seguros de su amparo venturoso.

Señor presidente Fernández, a nuestras dos naciones nos unen mucho más que tratados y convenios. Nos unen el alma popular y la sangre

caribeña de nuestra gente. Nos unen la cultura del ser latinoamericano y la alegría de sabernos hermanos en el pasado y el porvenir.

Por esa unión y esa solidaridad; por la fraternidad de nuestros pueblos; por el buen éxito de nuestros propósitos comunes; por usted, señor Presidente, y por todos los dominicanos, levanto mi copa en esta noche de amistad y brindo a su salud y felicidad.

PLAN COLOMBIA: ESTRATEGIAS Y PROPUESTAS PARA EL EQUILIBRIO Y LA ALIANZA ENTRE LOS PAÍSES AFECTADOS POR EL NARCOTRÁFICO

*Alocución radiotelevisada del presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, con motivo de la presentación
ante la comunidad internacional, del Plan Colombia.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 17 de septiembre de 1999.

Compatriotas:

Hoy quiero contarles que la próxima semana voy a estar en las ciudades de Washington y de Nueva York.

Allí tendré el grato privilegio de representar a nuestra patria, como gobernante y vocero de todos los colombianos, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde le contaré al mundo la dimensión del esfuerzo que estamos realizando todos: el pueblo colombiano, el Gobierno y las instituciones, para lograr la recuperación de nuestra economía, la solución del conflicto armado, el fortalecimiento de nuestra democracia, la lucha contra el problema mundial de las drogas y el bienestar de todos ustedes.

Como una consecuencia favorable de la visita de Estado que realizamos el año pasado, en la que nuestra presencia hizo cambiar una imagen desfigurada por años de tensiones, en este viaje me reuniré nuevamente con el presidente Bill Clinton.

Hoy Colombia es un tema de gran interés para los analistas y los medios de comunicación norteamericanos, aunque a menudo la información que la opinión internacional ve y oye es equivocada.

Esa es una situación que ha superado ciertos límites. De ahí la importancia de que el gobierno de Colombia ponga en claro ante el mundo cuál es nuestra verdadera realidad.

Desde el inicio de mi mandato, el Gobierno ha sido enfático en que las relaciones internacionales, con Estados Unidos y con el resto del mundo, deben encontrar muchos más puntos de interés común que la sola lucha contra el tráfico de drogas ilícitas.

Por eso, hemos avanzado con el gobierno del presidente Clinton en temas complementarios, como en los programas de Desarrollo Alternativo, que buscan ofrecer a los campesinos opciones legales y rentables para que abandonen los cultivos ilícitos. Hemos encontrado una colaboración eficaz para acudir a instancias financieras internacionales, como el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial.

Durante el último año hemos logrado que los Estados Unidos y la comunidad internacional entiendan que la lucha contra el problema mundial de las drogas debe ser más equilibrada y compartida. Que no se trata únicamente de la persecución de los delincuentes, la fumigación de cultivos y la destrucción de laboratorios, sino que abarca muchas más áreas.

El narcotráfico ha afectado negativamente la economía, la agricultura, las zonas rurales y el medio ambiente, y ha generado una violencia que ha puesto en jaque a nuestras instituciones de justicia. Pero, quizás lo que más ha deteriorado a nuestra sociedad ha sido la manera solapada en que la corrupción ha minado el fondo mismo de nuestros valores.

Desde hace un año impulsamos las estrategias que presentaremos a toda la comunidad mundial, las cuales recogen, desde nuestro punto de vista, el equilibrio y la alianza igualitaria que debe existir entre los diversos países afectados por el narcotráfico. Este conjunto de propuestas lo llamaremos Plan Colombia para la Paz, la Prosperidad y el Fortalecimiento del Estado.

Se trata de un plan que enfrenta el desafío de la arremetida del narcotráfico y sus perversos efectos, y que debe tener como resultado el fortaleci-

miento de nuestro Estado, como un requisito primordial para el logro de la paz y el progreso. Y es que, además, para recibir la cooperación eso es lo primero que debemos hacer: darle fuerza a nuestra democracia.

Es un plan compuesto por cinco estrategias que toca temas fundamentales del país como el proceso de paz, la reactivación de nuestra economía y la generación de empleo, la reestructuración de las fuerzas armadas, la lucha contra la delincuencia y contra la corrupción, el mejoramiento de la justicia, el aumento de la participación social y la protección de los derechos humanos.

En todos estos puntos –y no sólo en el combate contra el narcotráfico– resulta fundamental la cooperación de las naciones amigas, dentro de un marco de respeto y equidad. Y esa solidaridad se hace posible gracias al cuidadoso programa de relaciones exteriores que diseñamos al iniciar mi gobierno.

Como primera estrategia, Colombia va a recalcar ante la comunidad internacional que requiere apoyo para fortalecer su economía y generar empleo, y para mejorar el acceso a los mercados de sus productos. Porque sólo incentivando la economía lícita es como podemos derrotar la economía ilícita. Es con generación de empleo y justicia social como se hace verdaderamente efectiva la cooperación internacional.

La estabilización de la economía colombiana se ha ido gestando poco a poco. Hemos avanzado con seriedad y responsabilidad en el programa de ajuste fiscal. Los bancos internacionales así lo han reconocido. Nuestro prestigio, largamente labrado, ha sido, de igual forma, soporte decisivo para esta tarea. Por eso podemos salir al exterior con la frente en alto a demandar comprensión para nuestros planes de reactivación económica.

Nadie puede olvidar la Agenda de Justicia Social que les propusimos a los colombianos. Sé que corren tiempos difíciles para mis compatriotas. Siento sus preocupaciones. He visto la zozobra que produce el desempleo y la inseguridad sobre el futuro. Oigo sus voces angustiadas.

La generación de empleo y la atención a la población más vulnerable ofreciéndole salud, educación, nutrición y protección hacen parte de la

estrategia económica del Plan Colombia. Así lo he ordenado de manera definitiva. Esperamos contar con 700 millones de dólares más para fortalecer lo que ya estamos haciendo con la Agenda de Justicia Social.

La segunda es la estrategia de paz. Tengo claro que la paz es una solicitud permanente de los colombianos. También que el proceso de paz se adelanta dentro de las dificultades que veíamos y que ustedes ya conocen.

Sé que el proceso de paz requiere tiempo, paciencia y mucha fe. Necesita también de la comprensión de la comunidad internacional. Tenemos que lograr que los países amigos aporten sus luces y sus propuestas a nuestra estrategia. Pero debo ser claro que esas expresiones de solidaridad se deben hacer dentro de las normas que la diplomacia ha diseñado para esos fines. El diálogo constructivo y el respeto mutuo son características insalvables de nuestra propuesta.

He dicho que el narcotráfico es el principal enemigo de la paz y debemos combatirlo con todo nuestro empeño. Esta es la tercera estrategia. No se trata de la guerra contra un cartel específico, que Colombia dio muchas veces sola, asumiendo los inmensos costos que ello representó. Se trata de una acción solidaria, profunda y definida en contra de los tentáculos financieros que se aprovechan de la eficacia tecnológica de bancos y corporaciones para sus oscuros intereses. Es una batalla decisiva en contra de la distribución aberrante de precursores químicos que sirven para producir drogas, contra el tráfico de armas que entran ilegalmente a nuestro suelo patrio y contra el contrabando que arruina nuestra economía y sus hogares. Se trata, en fin, de derrotar la pernicioso financiación de los grupos armados y de ejércitos privados que se lucran de los odiosos beneficios del narcotráfico.

Para ello debemos modernizar nuestras fuerzas militares. La responsabilidad constitucional de gobierno es tener un ejército moderno, complementado por una fuerza aérea y naval eficiente y ofensiva, condición indispensable para combatir el delito, preservar nuestra soberanía y nuestros recursos naturales y afianzar la democracia. La Policía Nacional es decisiva en esa estrategia. Su aporte ha sido definitivo en el pasado y lo seguirá siendo en los años venideros.

Con la cuarta estrategia se busca fortalecer la justicia. El ejercicio de la fuerza debe complementarse con una justicia eficaz y rápida. Debemos construir más cárceles para castigar a los delincuentes de forma que sientan que el crimen no paga. Fortalecer a los jueces de la república ofreciendo más acceso a la justicia a los que más la necesitan es un desafío que todos los colombianos debemos encarar.

Ampliar la participación ciudadana es la quinta estrategia. Paralelo al profundo fortalecimiento judicial que nos proponemos, debemos alcanzar niveles más altos de democracia local y comunitaria. Hay que ofrecerles alternativas a nuestras regiones campesinas dándoles tecnología y capital para que tengan nuevas posibilidades de producción y de mercado. Esas comunidades, como toda Colombia, han expresado su rechazo radical a la violencia. Ya ha quedado claro que los colombianos no quieren formar parte del conflicto.

El Plan Colombia costará más de 7.500 millones de dólares, de los cuales Colombia aportará 4.000 millones y espera conseguir, en los próximos meses, con la solidaridad internacional, los restantes 3.500 millones.

Colombia ha pagado un precio realmente desproporcionado e injusto, en vidas y recursos, por liderar la lucha contra la producción y el tráfico de drogas, cuando se trata de un problema mundial que requiere el concurso efectivo de la comunidad internacional. Por eso, podemos exigir con la frente en alto que el resto del mundo reconozca nuestros esfuerzos y se coloque a la altura de nuestro compromiso.

Estamos seguros de que, en la medida en que en el exterior se conozcan con mayor profundidad nuestros problemas y nuestras estrategias, obtendremos la cooperación efectiva de las naciones amigas y afianzaremos nuestra posición frente al mundo. Esa es la intención principal de mi visita a los Estados Unidos.

También quiero referirme con tristeza e indignación de colombiano al reciente hecho violento que ha segado la vida de un compatriota bueno, valiente y valioso, como lo era el doctor Jesús Antonio Bejarano.

Su muerte es un llamado más contra la indiferencia y la insensibilidad frente a la violencia. Él, y tantos colombianos como él, académicos, estudiantes, políticos, campesinos, han sido víctimas del terrible cáncer de la intolerancia, que debemos extirpar de nuestros corazones.

¡Qué fácil es esconder un arma y disparar contra los hombres de paz!
¡Qué fácil y qué cobarde!

Colombianos:

No pararemos un segundo en nuestro empeño de labrar un mejor futuro para Colombia. Hoy, cuando los síntomas de recuperación económica comienzan a aflorar y está en marcha un proceso de paz, tenemos que alzarnos sobre las dificultades y alcanzar juntos la realización del sueño que queremos heredar a nuestros hijos.

REVITALIZAR LA COOPERACIÓN NO ES UNA OPCIÓN, ES UN DEBER

*Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la sesión plenaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas.*

Nueva York, Estados Unidos, 20 de septiembre de 1999.

Señor Presidente:

Permítame expresarle, en nombre de mi país, nuestra congratulación por su elección como presidente de este período de sesiones de la Asamblea General. Estoy seguro de que con una persona de sus cualidades y experiencia, la Asamblea tendrá los resultados esperados. A su predecesor, el canciller Didier Opertti, del Uruguay, quisiera expresar mi felicitación y agradecimiento por el eficaz trabajo realizado.

Deseo, igualmente, manifestar mi reconocimiento al secretario general de las Naciones Unidas, S.E. Kofi Annan, por su dedicación y contribución a la renovación de la Organización, y reiterarle nuestra confianza en su labor y liderazgo.

Señor Presidente:

Esta asamblea general inicia su última sesión del siglo XX. 100 años que, después del desastre de dos conflagraciones mundiales, permitieron a las naciones del mundo reconocer de manera colectiva que todas las guerras eran civiles –la muerte es fratricida– y que cualquier enfrentamiento menor podía, merced a una escalada nuclear, hacer estallar la última guerra.

Fue claro entonces que para sobrevivir y prosperar los países debían unirse en torno a un acuerdo fundamental, previniendo la guerra, protegiendo los derechos humanos y dándole prioridad definitiva a la preservación de la raza humana.

Hoy, en vísperas del milenio y después de medio siglo de existencia, moldeada por no pocas dificultades pero también por notorios éxitos, las Naciones Unidas debe renovar su mandato como fuente de inspiración del desarrollo económico y social y como fuerza para la preservación de la paz.

Para seguir adelante, resulta quizá más provechoso con el momento actual eludir ciertas declaraciones rituales y presentar algunas consideraciones concretas y explícitas, en el convencimiento de que la organización debe ser el gran catalizador de una respuesta equitativa, y realista, para encarar los desafíos de nuestro destino común.

Nadie discute hoy los grandes principios que inspiran la Carta de las Naciones Unidas: su universalización incontestada es una de las marcas de la segunda mitad del siglo XX. Estamos de acuerdo en que la vigencia de la Carta debe significar ante todo la aplicación efectiva de esos principios, sin que se busquen interpretaciones que desfiguren sus propósitos.

La experiencia colectiva, acumulada por más de medio siglo, muestra que la cabal aplicación de la Carta de las Naciones Unidas es la mejor y más segura forma de obtener y de consolidar los beneficios de la paz mundial.

Una de esas bases sagradas es la obligación asumida por los Estados de no intervenir directa o indirectamente en los asuntos de otros Estados. La igualdad soberana excluye la injerencia en la jurisdicción interna de los países. Supone el cumplimiento, de buena fe, de los compromisos pactados. Su observancia, a la par con el respeto a las libertades y los derechos humanos, es un parámetro fundamental para la vida internacional.

No se equivocaron los fundadores de la ONU cuando concibieron que la paz internacional se sustenta en la soberanía de los países miembros.

Ni cuando, al excluir el recurso unilateral a la amenaza y al uso de la fuerza contra la integridad y la independencia de los Estados, previeron la incorporación de medidas colectivas eficaces.

Señor Presidente:

Durante este año, hemos realizado esfuerzos extraordinarios para poner fin a un conflicto que se ha prolongado por más de cuarenta años. Hemos logrado un acuerdo en la agenda para la negociación entre el Gobierno y las Farc-Ep, el más antiguo y fuerte grupo guerrillero de mi país. Pero, como el mundo lo sabe, negociamos en medio del conflicto, sin un cese del fuego. Por lo tanto, las muertes y los secuestros y los ataques por parte de las guerrillas y las autodefensas significan aún altos costos humanos, sociales y económicos.

La búsqueda de la paz va a requerir tiempo, paciencia y fe para sortear con éxito las presiones y las dudas connaturales a estos procesos.

Hace un año, desde este mismo estrado, tracé un nuevo rumbo para mi país. Mi objetivo era ponerle fin al largo período de contagio de violencia en Colombia. Debo decirles que el año ha sido difícil y los desafíos que hemos afrontado, complejos. La más importante lección que hemos aprendido es que la paz es un objetivo vital para Colombia. No la paz a cualquier precio, sino una paz genuina que fortalezca nuestra democracia, preserve la unidad territorial y le ofrezca a cada colombiano un lugar justo en nuestro destino.

La búsqueda de la paz no se limita al diálogo y la negociación o a terminar la confrontación armada. La conquista de la paz nos exige mucho más que sentar a los adversarios alrededor de una mesa y acordar compromisos. Se requiere un proceso de construcción social y estatal que termine por erradicar los factores objetivos del conflicto que permita fortalecer el Estado para sentar así los cimientos de una paz firme y duradera. Los colombianos hemos asumido con seriedad nuestra responsabilidad en la consecución de la paz.

Como lo demuestra la historia reciente, nuestro país necesita la comprensión internacional para enfrentar sus dificultades. Necesita recur-

sos de los organismos multilaterales, de las naciones amigas y de las organizaciones no gubernamentales, que complementen el esfuerzo de mi administración. Estos recursos son definitivos para Colombia.

Para tal propósito hemos diseñado un conjunto de estrategias para la paz, la prosperidad económica y el fortalecimiento del Estado, denominado Plan Colombia. El Plan es la síntesis de nuestra concepción económica, política y social para defender a Colombia de la amenazadora arremetida del narcotráfico; fortalecer la institucionalidad democrática en todo el territorio nacional; garantizar la seguridad de los ciudadanos y el libre ejercicio de sus derechos y libertades. Para ello confiamos en la solidaridad y los aportes de la comunidad internacional.

En este ámbito de la cooperación para el propósito de la paz, es evidente que, dada la complejidad del proceso, esta debe darse dentro de la mayor prudencia. Cualquier actuación sin ponderación puede frustrar los esfuerzos por la paz.

Es por ello que observamos con preocupación la creciente ola de rumores infundados sobre intervenciones militares que se realizarían en Colombia, con el supuesto propósito de ayudar a mi país en la lucha en que está empeñado.

Señor Presidente, señores delegados:

Desde este recinto de la Asamblea, debo declarar solemnemente que Colombia, fiel a los principios que han inspirado su vida republicana, rechaza cualquier injerencia o intervención extranjera en sus asuntos internos. Los colombianos vamos a salir adelante ante nuestros propios retos. ¡Ya no son épocas de intervención! ¡Son tiempos de cooperación!

Mi gobierno igualmente piensa que el proceso de paz es indispensable para ganar la lucha mundial contra el problema de las drogas.

El tráfico inmoral que destruye vidas, alimenta la violencia, promueve la corrupción y destruye nuestro ecosistema debe ser combatido por las naciones con todos los medios a nuestra disposición. Para ello debe-

mos coordinar nuestros esfuerzos, respecto de la producción y el consumo y de los muchos vínculos siniestros que existen entre el uno y el otro.

Durante las últimas dos décadas Colombia ha encabezado la batalla contra las drogas, enfrentando a los carteles y sus campañas de intimidación y terror pero perdiendo a muchos de nuestros mejores ciudadanos. Con ellos tenemos una deuda de gratitud incalculable.

Pero con el aniquilamiento de los grandes carteles colombianos, el narcotráfico, como una renaciente hidra, se ha convertido en una red atomizada, más fracturada, más internacionalizada, menos pública y, por tanto, más difícil de combatir. Para derrotarla se requiere una verdadera alianza entre los países consumidores y productores de drogas ilegales bajo los principios de la corresponsabilidad, la reciprocidad y la equidad.

Asimismo, se deben hacer mayores esfuerzos para quitarles a los narcotraficantes el dinero y las propiedades obtenidos del tráfico ilegal –especialmente debemos combatir el contrabando de productos industriales hacia Colombia que sirve para lavar dinero del narcotráfico y asfixia la industria colombiana–. Y también debemos frenar el flujo de precursores químicos indispensables para el procesamiento de narcóticos. Las corporaciones multinacionales que se lucran de uno y otro negocio deberían ser responsabilizadas por no tomar las precauciones necesarias para evitar que, con su negligencia, se ayude al narcotráfico.

No habrá paz en Colombia mientras los codiciosos negocios del narcotráfico y del mercado negro de armas sigan abasteciendo a los grupos irregulares en mi país. Observamos con angustia que grandes cantidades de armamento de diferentes tipos y especificaciones entran ilegalmente al territorio colombiano. El control y la cooperación de cada uno de los gobiernos para impedir que se siga dando este aberrante tráfico de muerte y destrucción constituyen una necesidad urgente e ineludible.

Desde hace dos años, cuando se produjo la primera ola de choques en la llamada crisis asiática, la economía ha venido sufriendo el rigor de la

inestabilidad y el desaceleramiento. Esta crisis ha mostrado que ningún Estado, por poderoso que sea, puede resultar inmune y ha mostrado también que los países pobres son los que más han sufrido las consecuencias.

La hipótesis de que los flujos de capital iban a impulsar un crecimiento económico acelerado y sostenido quedó desdibujada ante la realidad de los hechos. Lo que hemos visto es el crecimiento de gigantescas sumas de dinero virtual, cuyos movimientos incontrolados han traído consigo turbulencias económicas, desempleo, más pobreza y, en algunos casos, inestabilidad política.

América Latina se ha convertido en la víctima más reciente de la crisis. Debemos, por tanto, otorgar la más seria consideración y prioridad a la configuración de una nueva arquitectura financiera.

Esta solo será viable y efectiva si incluye un aumento en los recursos de las instituciones financieras multilaterales. Debe incorporar, por último, mecanismos de apoyo para aliviar el impacto social de los programas de ajuste estructural, especialmente en el caso de los más vulnerables. El propio secretario general, Kofi Annan, ha hablado de la necesidad de sentar valores esenciales para darle un rostro humano al mercado global.

Señor Presidente:

El final del siglo XX coincide con la transición hacia una era de poderosas transformaciones, acompañada de tensiones preocupantes. La globalización se profundiza, pero coexiste con factores de fragmentación. Junto a los progresos en los procesos de paz en muchas regiones, se observan nuevas explosiones de violencia en otras. La riqueza se expande a niveles sin precedentes, si bien persiste la marginalidad y la pobreza.

Los mismos medios tecnológicos que impulsan la interdependencia y el desarrollo sirven de soporte a las redes mundiales de delincuencia organizada, tráfico de drogas, lavado de dinero, terrorismo y contrabando de armas. Han surgido luchas y conflictos antes inexistentes o con ins-

trumentos para los que la comunidad internacional no parecería preparada.

La confrontación global ha quedado atrás, así como los viejos esquemas de la contención y las esferas de influencia. Son tiempos para pensar en términos de una auténtica comunidad de naciones, como socios que compiten, pero también y sustancialmente, como socios que comparten un destino común.

Existe, sin embargo, la percepción de que no todo marcha bien. El mundo está aún insatisfecho consigo mismo. Existen fuerzas de desestabilización y desequilibrio que ponen en riesgo los logros registrados hasta el momento. Hay todavía muchos millones sufriendo de desnutrición, analfabetismo, enfermedades y exclusiones.

Debemos, entonces, revitalizar la cooperación internacional para aprovechar mejor la globalización, para que sus frutos se distribuyan de manera más equitativa, para que el desarrollo y la paz puedan complementarse de manera eficaz y productiva. Revitalizar la cooperación no es una opción, es un deber.

Señor Presidente:

Después de más de cinco décadas de existencia de las Naciones Unidas, hemos logrado parcialmente los frutos prometidos. La ONU ha sido capaz de evitar los horrores de un nuevo holocausto mundial. Pero el orden anunciado, en el que las Naciones Unidas garantizarían la paz, la seguridad y el desarrollo para todos los pueblos, está aún por construirse.

Luego de los avances generados con las propuestas de reforma presentadas por el Secretario General, vemos, con preocupación, que el ritmo de los cambios se ha desacelerado. La reforma debe ser un proceso continuo. Las Naciones Unidas deben seguir adaptándose cada vez con mayor eficacia a las nuevas condiciones y realidades.

Pero ello no puede plasmarse en un producto derivado de la posguerra fría. Necesitamos una voluntad concertada. Desde diversos ángulos se

demanda una mayor efectividad en el Consejo de Seguridad, que consulte el espíritu de la Carta y logre balancear los factores reales de poder mundial con las aspiraciones justas de los pueblos menos fuertes.

El sistema de seguridad colectiva es una de las piedras angulares del multilateralismo. Es la respuesta racional a los intervencionismos y a los aislacionismos, la garantía máxima de los principios a los que todos hemos adherido.

Colombia reitera su confianza en esos principios de la seguridad colectiva y su compromiso de trabajar, decididamente, con los distintos sectores de la comunidad internacional, con miras a vigorizar la capacidad de respuesta del Consejo de Seguridad frente a los problemas y crisis de todas las regiones. Es dentro de ese propósito que mi país ha presentado su candidatura para una silla en el Consejo durante el período 2001-2002.

Señor Presidente:

El tiempo para las simples intenciones reformistas ya pasó. Ha llegado el momento histórico, con el advenimiento del nuevo milenio, para un relanzamiento de verdaderas negociaciones en las distintas instituciones.

Nos urge encontrar paradigmas auténticamente universales, para que el multilateralismo se encamine hacia la globalización de la solidaridad. Hay que salir de las generalidades o de los criterios sectorizados para encontrar una visión comprensiva del sistema de las Naciones Unidas.

Se requiere un gran esfuerzo de coordinación entre estas instituciones con los nuevos actores internacionales, entre ellos las organizaciones no gubernamentales. Y promover una verdadera asociación, dentro de un sistema globalizado, pero más equitativo. El siglo XX ha probado que al lado de horrores y crueldades ha terminado prevaleciendo lo que se consideraba una utopía: las Naciones Unidas.

Señor Presidente:

Nuestro compromiso supremo debe ser con la condición humana, la ética y la cultura de los pueblos, la solidaridad y el respeto a los demás,

sin consideraciones étnicas, ideológicas, religiosas o de cualquier tipo. No debemos desmayar hasta el día en que el pleno disfrute de la libertad y la democracia que proclaman nuestros documentos sea una realidad universal. Cuando hayamos liberado al espíritu humano para que desarrolle plenamente su inmenso potencial, se habrán sentado las bases de un mundo en verdadera paz.

Colombia, en medio de sus dificultades y problemas, no quiere ser, ni será, simplemente testigo de los cambios de esta época. Colombia no es una potencia militar ni económica. Sin embargo, es respetada por la Comunidad de Naciones por el apoyo irrestricto y sin condiciones que profesamos a las normas y principios del Derecho Internacional. Ofrecemos nuestra contribución, modesta pero comprometida, con el esfuerzo mancomunado, hacia un porvenir mejor para la humanidad.

ARGENTINA Y COLOMBIA REAFIRMAN VOCACIÓN DE UNIÓN Y AMISTAD

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de los honores militares de bienvenida
al presidente de la República Argentina, Carlos Saúl Menem.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 29 de septiembre de 1999.

Señor Presidente:

Con un enorme placer y desde el fondo de mi ser latinoamericano, quiero dar a usted y a su distinguida comitiva el más caluroso saludo de bienvenida a esta tierra colombiana, que recibe su visita con la alegría con que se recibe la llegada de un hermano y un amigo.

No es la primera vez que usted, presidente Menem, pisa nuestro suelo en calidad de mandatario de los argentinos, aunque sí es la primera vez que tengo el honor y el gusto de recibirlo, con la esperanza de que este nuevo encuentro sea fructífero y de que afirme aún más los fuertes lazos de unión que desde siempre han existido entre nuestras naciones.

Argentina y Colombia han caminado juntas desde los tiempos de la independencia, cuando Bolívar y San Martín decidieron en Guayaquil el camino que tomarían nuestros pueblos. Desde entonces, el nuestro ha sido el trasegar de dos naciones, en medio de las naturales dificultades de los tiempos, hacia la consolidación de una democracia que hoy podemos exhibir orgullosos ante nuestros similares del mundo.

Nos hemos enfrentado unidos a los peligros de la violencia y la pobreza. Hemos avanzado en medio de las recesiones y el frágil contexto mundial que afecta de forma ineludible el devenir de nuestras economías. Hemos desarrollado un proceso creciente con miras a la protec-

ción y garantía de los derechos humanos en nuestras naciones. Y en la respuesta a todos estos desafíos nos sentimos siempre próximos y solidarios.

Usted, presidente Ménem, que completa ya diez años frente al gobierno de su nación, es testigo de excepción del provechoso transcurrir de nuestras relaciones durante la última década, y ha querido venir hoy, con su mensaje de amistad, a ratificar esa voluntad –que es recíproca– de profundizar los acuerdos y consensos que nos vinculan.

Nuestros dos países comparten un mismo escenario político, que centra su actividad en organismos internacionales como la OEA y las Naciones Unidas, y en mecanismos de coordinación como el Grupo de Río y las Cumbres Iberoamericanas. Nuestro comercio bilateral, que el año pasado superó los 200 millones de dólares, necesita incrementarse y facilitarse, y por ello es fundamental que continuemos el proceso de acercamiento con miras a lograr un acuerdo de libre comercio entre la Comunidad Andina de Naciones y la Argentina.

Su visita hoy, señor presidente Ménem –no por breve, menos intensa–, es la reafirmación de la vocación de unión y amistad de nuestras naciones, enmarcada –más que por lo político o lo diplomático– por el afecto mutuo que enlaza a nuestros pueblos.

Cuánta alegría sentimos hoy cuando recibimos en la tierra que amó Gardel al representante de la cuna del tango: de nuestro querido "Zorzal Criollo" y de Piazzola.

Cuánta emoción nos sobrecoge, señor Presidente, cuando vienen a nuestra memoria los nombres admirados de Cortázar, de Borges, de Bioy Casares, de Sábato y de tantos otros compatriotas suyos que han poblado con sus letras la imaginación del mundo.

Cómo sentimos nuestras las canciones y las voces de artistas argentinos como Atahualpa Yupanqui, Alberto Cortez, Mercedes Sosa, Facundo Cabral, Charly García, Fito Páez y León Gieco, que han llenado de música nuestros corazones.

Cómo no recordar los goles y las jugadas de Pedernera, Kempes, Maradona, Ortega, Palermo y Batistuta, que han puesto a vibrar las tribunas de nuestro deporte favorito. Ese mismo que hoy se enriquece en su tierra con la presencia de deportistas colombianos, orgullo de nuestro pueblo, como Córdoba, Bermúdez, Serna, Ángel y Yepes, quienes han revivido con su talento el eterno duelo de calidad entre el River Plate y el Boca Juniors.

Señor presidente Ménem: Argentina y Colombia laten con un solo corazón, donde el azul celeste de su bandera ilumina el tricolor de nuestro horizonte.

Un hombre con el talento y la intuición de Jorge Luis Borges –cuyo centenario conmemoramos el mes pasado– pudo definir con tres palabras el inmenso significado de nuestra nacionalidad, cuando en un cuento suyo puso en boca del protagonista esta frase definitiva: Ser colombiano "es un acto de fe". Y eso somos los colombianos, señor Presidente: Un tremendo y poderoso "acto de fe" en la vida, en la democracia, en la civilidad y en la cooperación respetuosa entre los pueblos.

Treinta y ocho millones de corazones valientes y amistosos que hoy, por mi intermedio, saludan en usted a la querida Argentina con un afecto solidario y perdurable.

¡Sea bienvenido a su casa y la de todos los argentinos!

CONSTRUYENDO UN PAÍS PARA LOS PRÓXIMOS 100 AÑOS

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en el Greater Houston Partnership.*

Houston, Texas, 20 de octubre de 1999.

Quisiera comenzar por agradecer al Greater Houston Partnership el reconocimiento a Colombia en el Foro Consular de este año. El sobresaliente cuerpo diplomático de Houston y el distinguido liderazgo ejercido por la Cámara de Comercio Junior han sido cruciales para destacar tanto la cultura de mi país, como sus oportunidades de negocios. También debo agradecer al ex presidente, George Bush, uno de los estadistas más importantes de este siglo, por honrarnos hoy con su presencia. Difícilmente se encuentra un mejor escenario que la capital energética del mundo, con los principales actores de sus sectores empresarial y energético, para hablar abierta y honestamente sobre Colombia.

Lo cierto es que cuando veo las noticias del mundo, o leo la prensa internacional, me pregunto si el país que allí aparece es el mismo en el que he vivido toda mi vida y el que me eligió para gobernarlo. Las noticias abarcan tan solo una parte muy pequeña de la historia. Existe otro país, uno del que no se escucha hablar con tanta frecuencia. Un país que tiene debates sobre todos los temas, desde la forma política hasta la regulación del sector eléctrico. Un país que responde a la dinámica de las tasas internas de retorno, los costos de capital y el valor presente neto esperado de un proyecto. Un país que rara vez aparece en el noticiero de la noche.

Hoy estoy con ustedes para contarles la verdad sobre Colombia. Sin rodeos, sin negar la gravedad de nuestro conflicto armado. Sin menti-

ras sobre nuestra situación económica. Sin falsas promesas sobre el éxito de nuestro proceso de paz. No obstante, espero poder poner nuestros problemas en su debido contexto histórico y presentarles al país, que no aparece con mucha frecuencia en CNN.

No el de los elevados índices de homicidios sino el de la sociedad que animadamente debate su futuro, construye oleoductos, reforma su sistema educativo, realiza nuevos negocios y, ante todo, lucha cada día por sortear con éxito sus dificultades.

Debemos recordar que no podemos analizar un país como si se tratara de una imagen estática. La historia tiene el encanto de encuadrar los procesos dentro de su debido contexto, enseñándonos de dónde provienen los problemas y, lo más importante: ¿cómo se pueden resolver? Personas como ustedes, habituadas a pensar en el impacto de sus decisiones sobre las empresas que manejan en términos de los próximos 20, 30 o 50 años, comprenderán cómo muchas de mis políticas no tienen la intención de aparecer en primera plana, sino de reconstruir la sociedad colombiana para los próximos 100 años. Salir en el noticiero es fácil. Construir una nueva sociedad no lo es.

Permítanme, por tanto, hacer un breve recuento de dónde estamos, hacia dónde nos dirigimos y cómo pensamos llegar allá.

Los grupos guerrilleros en Colombia tienen orígenes diversos. Tienen muchas similitudes con los grupos subversivos de izquierda que surgieron en los 50, 60 y 70, a lo largo y ancho de América Latina. Sin embargo, también existen entre ellos profundas diferencias.

Los dos grupos guerrilleros que quedan en Colombia, conocidos como las Farc-Ep y el Eln tienen su origen en el conflicto rural y agrario y en la confrontación entre comunismo y capitalismo, respectivamente. Hoy en día, ambos grupos sobreviven económicamente con el producto de la extorsión y el secuestro y, más recientemente, mediante el cobro de una tarifa de intermediación sobre la producción de coca en zonas de cultivo.

Las enormes sumas de dinero procedentes del narcotráfico constituyen un factor clave en la permanencia de la guerrilla colombiana. El dinero de los consumidores de drogas en todo el mundo explica la duración de nuestra guerrilla, cuando la mayoría de los movimientos de esta naturaleza han desaparecido en el mundo.

Mi país es más la víctima que el villano cuando de drogas se trata.

Colombia ha sufrido extraordinarias pérdidas en la llamada guerra contra la droga. La pérdida de vidas humanas y el deterioro de nuestra economía, el sistema judicial, y la sociedad en general, no tienen paralelo. La guerrilla más antigua en el continente americano no debe atribuirse exclusivamente a nosotros. La comunidad global comienza a entender que el ayudar a Colombia a liberarse de la guerrilla en nuestras montañas, los ayudará a ellos a acabar con los adictos y traficantes de sus calles.

Cuando miramos hacia nuestros países vecinos, encontramos que ellos ya han superado sus problemas con la subversión. Colombia se merece la misma suerte. Es por eso que mi Administración fue elegida sobre una plataforma de paz y cambio. La sociedad colombiana, por primera vez en 40 años, se ha unido para decir no más a la violencia. Desde octubre de 1997, cuando a través de una votación histórica, los colombianos depositaron masivamente un voto por la paz, se han presentado marchas apoyando la paz a lo largo y ancho del territorio nacional.

Colombia no afronta una guerra civil. Las guerras civiles implican el enfrentamiento de dos sectores distintos de la sociedad. Son cuando representantes de los intereses de diferentes grupos luchan entre sí. La nuestra es una confrontación de menos de 20 mil hombres armados contra toda nuestra sociedad. Este es un conflicto de desestabilización. Las encuestas son claras: menos del 4 por ciento de los colombianos apoyan a la guerrilla. Mi pueblo está hastiado de los secuestros, de los ataques a la infraestructura y a la población civil. Estamos decididos a acabar con más de 40 años de desestabilización por parte de la guerrilla. Este es un conflicto único que requiere una solución única y estamos comprometidos a encontrarla y a hacerla posible.

Sin embargo, se trata de un proceso. Los procesos implican pasos en una dirección. Uno a la vez. Los procesos toman tiempo. Miren a El Salvador. Miren a Guatemala. Consideren el ejemplo del Ejército Revolucionario Irlandés y miren los resultados en España. Ninguno se logró de la noche a la mañana, pero al final, con paciencia, perseverancia y tiempo, los beneficios se hacen evidentes en las sociedades que han tenido la fortaleza y la voluntad de persistir.

Tenemos que construir una nueva sociedad. Tenemos que reintegrar a esos 20 mil hombres que, a lo largo de cuatro décadas, han desestabilizado nuestra sociedad. Juntos tenemos que construir un país en el que tengan cabida tanto política como económicamente. Es la única forma en la que abandonarán sus armas y sus medios ilícitos de sustento. La experiencia demuestra que para obtener una paz duradera, a los grupos armados se les debe otorgar espacio político y viabilidad económica. Estamos decididos a encontrar una forma para que aquellos que aparecen en sus titulares por la voladura de una torre de transmisión o un oleoducto puedan expresarse y ganarse la vida, sin recurrir a la violencia.

Nuestra meta consiste en hacer posible la movilidad social y permitirles una verdadera participación política a todos los colombianos. No hay paz posible si el pueblo no tiene la esperanza de tener acceso a oportunidades. Esas oportunidades que les han sido negadas sistemáticamente a lo largo de nuestra historia. No hay paz posible con un sistema político que perpetúe a los suyos en el poder y no permita el acceso equitativo para todos.

Esto no es fácil. Si alguien aquí tiene una receta de cuatro renglones, o puede dar una fórmula mágica, la recibiré gustosamente. Si alguien puede dar una solución tan buena que produzca resultados en tan solo 12 meses, personalmente lo nominaré para el Premio Nobel de la Paz. Llevo el periodismo en la sangre como profesión y como pasión. Pero si alguien puede enseñarme cómo lograr que la prensa publique una noticia con los complejos detalles de un proceso de paz, lo contrato de inmediato.

Los procesos no dan para titulares. Una buena foto, sí. La mayor parte del verdadero trabajo hacia la paz se realiza en silencio y en medio de

profundos debates conceptuales. Y es que así debe ser. Estamos construyendo un país para los próximos 100 años, no para el próximo noticiero de 20 minutos.

Entonces, sí, mi Administración le apostó a la creación de un espacio para negociar la paz que reclaman los colombianos. Y, sí, hemos establecido una zona de distensión neutra. Y, sí, tomamos la decisión de retirar la fuerza pública de cinco municipios del territorio nacional. Esta es una parte importante de nuestro compromiso por la paz.

Pero veamos los hechos, analicemos las estadísticas y veamos la verdadera magnitud de lo que se hizo:

- El ejército de las Farc-Ep está conformado por menos de 18 mil hombres.
- Solo el 0,25 por ciento de la población colombiana vive en la zona de distensión.
- La mayoría de los 42 mil kilómetros del área es terreno montañoso, selvático e infértil.
- Menos del 0,003 por ciento del PIB de Colombia proviene de esta zona.

La zona de distensión es una gran concesión temporal creada por ley. No interfiere con los funcionarios elegidos democráticamente en la zona. Cuenta con una fuerza de policía cívica encargada de proteger a la población civil. Sin embargo, y eso es lo fundamental, se trata tan solo de una pequeña parte del territorio nacional. El resto del territorio, donde habita el otro 99 por ciento de los colombianos, el Gobierno y los militares imponen la ley y el orden y protegen la vida, la libertad y la propiedad de todos los colombianos.

El Estado colombiano no ha renunciado, ni renunciará jamás a su obligación de hacer cumplir la ley en el territorio nacional. No ha evitado ni evitará jamás procesar a las personas al margen de la ley. Aclaremoslo de una vez por todas: no hemos renunciado ni renunciaremos jamás a la integridad de nuestro territorio. No hemos creado ni crearemos ja-

más un refugio para algo distinto a poder adelantar negociaciones con la guerrilla, de conformidad con el legítimo clamor de paz de mis compatriotas.

Lo que les pido hoy es que visualicen el conflicto colombiano en su contexto histórico. Que miren más allá del secuestro del avión o de la zona de distensión y que recuerden de dónde venimos en América Latina. No hace mucho existían el Sendero Luminoso en el Perú, los montoneros en Argentina, o los rebeldes de Centroamérica. Nuestros vecinos superaron sus conflictos y así lo haremos nosotros. Sabemos hacia dónde vamos. No podríamos tener más clara nuestra dirección. Vamos a construir una paz duradera. Ya hemos avanzado ostensiblemente en ese sentido. Nuestro plan para la paz, la democracia, y el fortalecimiento del Estado se ha debatido ampliamente en el interior del país y está logrando cada vez más apoyo tanto de los Estados Unidos como de toda la comunidad internacional.

Pero el hecho es que estamos viviendo un conflicto armado. Entonces, ¿por qué deben invertir en Colombia en medio de un proceso de paz?

No estamos en búsqueda de compasión ni caridad. Colombia está lejos de necesitar caridad cuando de negocios se trata. Para nadie es un secreto que es posible obtener utilidades en medio de situaciones complejas. O si no, pregúntele a Occidental, que se hizo a un nombre dentro de la industria petrolera al apostarle al futuro de Libia; o a aquellos que invirtieron en la Alemania de la posguerra, en condiciones de hiperinflación y crecimiento negativo.

Colombia tiene importantes activos que no desaparecen ni siquiera en medio de la recesión y los disturbios sociales. Somos el cuarto mercado de América Latina con una tasa de crecimiento históricamente estable. Nuestra posición geográfica como puerta de entrada al Pacto Andino nos convierte en el corredor hacia la segunda zona económica de América Latina a y a toda Centroamérica.

Los malos indicadores de nuestra economía no son producto del conflicto armado. Se originan en un manejo de la economía lamentable por parte de anteriores gobiernos.

Un exceso de liquidez fue seguida de sucesiones expansiones fiscales y luego una fuerte contracción monetaria con el fin, aun incomprensible para mí, de mantener artificialmente una tasa de cambio sobrevaluada. Esto condujo a un notorio aumento en las tasas de interés, lo que a su vez se tradujo en la más severa recesión de la economía colombiana durante los últimos 70 años.

La solución a nuestras dificultades económicas es tan evidente como su diagnóstico. Necesitamos de una estricta ortodoxia económica y la hemos estado ejerciendo desde el primer día de mi mandato. Los resultados comienzan a verse. Las tasas de interés se han reducido a la mitad en los últimos 12 meses. Hemos anclado nuestra tasa de inflación en su nivel más bajo de las últimas tres décadas. Estamos cerca de eliminar el déficit de la balanza comercial. Todo esto ha sido reconocido por el Fondo Monetario Internacional al aprobar un importante crédito que servirá para dar una mayor estabilidad a nuestra balanza de pagos.

Sin embargo, la mejor prueba de que los fundamentales de la economía están bien encaminados es la reciente eliminación de la banda cambiaria. La fluctuación del peso colombiano no ha generado mayores sobresaltos, ni una devaluación exagerada. De hecho, ha pasado prácticamente inadvertida. Difícilmente se puede encontrar mejor indicador de la solidez de nuestros fundamentos macroeconómicos.

Vamos a resolver nuestras dificultades económicas en el corto plazo. Podremos ofrecer no solamente las condiciones contractuales de Latinoamérica, sino también una economía robustecida. La estabilidad ha sido la característica más sobresaliente de nuestro mercado. Se reafirmará nuestra historia de crecimiento y de condiciones económicas estables. Colombia se ha caracterizado por cumplir cada una de sus obligaciones contractuales y financieras: hasta la última cláusula del último contrato ha sido honrado por Colombia. Esto no se aplica en los titulares. Lo sé muy bien. Pero es cierto. Colombia siempre ha sido, y continuará siendo, un destino atractivo para la inversión extranjera.

Aun bajo las condiciones más adversas, Colombia nunca ha cedido ante la tentación del populismo: los sindicatos actualmente le piden al Gobierno que declare la moratoria en el pago de la deuda externa.

Mi popularidad llegaría a niveles exorbitantes si duplicara el gasto y no cancelara nuestras obligaciones financieras internacionales. Afortunadamente, no estoy cerca de sacrificar 50 años de historia por 5 minutos de gloria.

Invertir en Colombia es una decisión sólida y rentable. Es absolutamente cristalino el compromiso de este gobierno para lograr un mejor clima para la inversión extranjera. El sector petrolero es nuestro mejor ejemplo. En los primeros doce meses de mi Administración, los problemas económicos y ambientales que habían sido expresados por los inversionistas como obstáculos para emprender actividades de exploración, se han resuelto. Hemos modificado el régimen de regalías; hemos aumentado la participación privada en los contratos de asociación, y hemos reducido a la mitad los términos para los trámites ambientales. Sería muy difícil encontrar una mejor prueba de nuestra determinación.

Pero no solamente nos estamos recuperando en el sector petrolero.

Pueden preguntarles a sus colegas aquí presentes qué piensan sobre invertir en Colombia. Muchos de ellos no solo están en Colombia, sino que no quieren irse y están activamente explorando nuevos negocios.

Exxon, que lleva más de 80 años en Colombia, acaba de firmar una ampliación por 25 años más para continuar operando la mina de Cerrejón. Pueden preguntarles a ellos si se pueden hacer negocios en Colombia.

Enron, que lleva 5 años en Colombia, está aceleradamente ampliando su participación en Colombia en varios frentes.

Construirán un nuevo gasoducto para la exportación de nuestro gas hacia Centroamérica. Están explorando la posibilidad de instalar una planta de tratamiento de gas en el piedemonte colombiano y están considerando la opción de entrar al negocio de generación eléctrica.

Pregúntenles a ellos por Colombia como lugar para invertir y crecer.

Reliant-Houston Industries realizó su primera inversión en Colombia

en 1997, cuando compraron activos de distribución y generación para zonas rurales. Un año después, compraron el control de todas las compañías distribuidoras de la Costa Atlántica colombiana. ¿Habrían invertido cerca de 1,2 billones de dólares si no pensarán que Colombia representa un mercado promisorio y rentable?

Solamente el año pasado, Drummond duplicó su inversión en Colombia con la meta de alcanzar una producción de 13,5 millones de toneladas anuales en el año 2002. La ubicación de Colombia es perfecta para aumentar la participación en el mercado de los Estados Unidos. Hoy nos cuentan la buena noticia de que llegarán a su meta en el próximo año. Drummond puede contarles sobre su competitividad al exportar desde Colombia en un negocio donde se cuentan los centavos.

Occidental, tristemente una de las compañías más afectadas por la guerrilla colombiana, no solamente ha permanecido en Colombia, sino que empezará a explorar uno de los prospectos más promisorios de Latinoamérica a finales de este año. Ellos pueden decirles de primera mano que, a pesar de las dificultades, el gobierno colombiano es un socio firme y confiable. Ellos han estado en el país durante 25 años y planean quedarse varios más.

Podría seguir así interminablemente. Pero en lugar de tratar de venderles los proyectos que estamos ofreciendo ahora, los invito a hablar con la gente que ya está en Colombia. Hablen con los que sí conocen el país donde yo vivo.

Aquellos que saben de la calidad humana de los colombianos, de su habilidad y creatividad para los negocios, los que hacen imposible pensar en el futuro sin optimismo. Aquellos que entienden que lo que tenemos por delante son muchas más oportunidades que problemas. Aquellos que serán nuestros aliados para escribir los siguientes años de una historia mutuamente beneficiosa.

Un sentido histórico nos permite dar un paso atrás y observar la dinámica de un proceso en movimiento. Podrán juzgar si nuestra garantía de estabilidad económica es algo más que una promesa sin fundamento. Un sentido histórico les permitirá mirar hacia el futuro, como lo

hago yo, con profundo optimismo.

¿Por qué estamos luchando por ofrecerle mejores condiciones al inversionista privado? Hoy hemos estado hablando con la verdad y con ella voy a terminar. No es por ustedes. No nos interesa que tengan un mejor retorno sobre su inversión en Colombia. Mi preocupación es por el futuro de los 40 millones de colombianos, que se merecen el mejor futuro posible gracias a su inversión.

LA PRENSA LIBRE ES Y DEBE SER UN REQUISITO PARA LA VIDA EN DEMOCRACIA

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
pronunciado con ocasión de la asamblea anual
de la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP.*

Houston, Texas, 20 de octubre de 1999.

Asisto a esta asamblea anual de la Sociedad Interamericana de Prensa con la más sentida emoción de colega y de colombiano respetuoso y defensor de las libertades democráticas y en especial de la libertad de prensa. Como buscador de la verdad y por fidelidad a ella he sido periodista, lo soy y respondo a una vocación familiar y personal que, muchas veces, alcanzó a cuestionar el destino final de mi carrera entregada a las causas de mis compatriotas.

Hoy Colombia es un país que lucha por salir adelante. Es un país que ha sufrido como pocos la violencia causada por diferentes factores, pero a la vez es un país con un pueblo orgulloso de sí mismo, que no desmaya en su lucha por alcanzar la paz mediante el diálogo político y por lograr la recuperación económica que permita darles empleo a los colombianos.

Hoy, más que nunca, en nuestra patria, los medios de comunicación, con la función social deben cumplir, así como los periodistas que los integran, desempeñan un papel fundamental.

No necesito poner de presente ante ustedes que quizás ninguna democracia de nuestro continente, creo que ni siquiera del mundo, ha aguantado tanto, sola y estoica, la arremetida del crimen y la barbarie. En ninguna otra parte ha padecido el periodista con tanta severidad los

embates de la corrupción, la intolerancia, el conflicto interno y la violencia. Yo mismo sufrí en carne propia esa violencia, cuando en 1988 los carteles de la droga me secuestraron por varios días.

La libertad de prensa, consagrada en nuestras normas y arraigada en lo más profundo de nuestras convicciones y de nuestra cultura, ha sido atacada, con sevicia y precisión, en todos sus rangos. Y esto porque el periodismo colombiano honesto y valiente sabe que no basta decir la verdad sino que es preciso poner en evidencia las causas de la falsedad.

Desde la desaparición del inolado Guillermo Cano, Director de El Espectador, cuyo sacrificio honra la vocación, el profesionalismo y la responsabilidad del periodismo, pasando por el reciente doloroso asesinato de mi amigo y crítico, el satirista Jaime Garzón hasta el crimen de Guzmán Quintero Torres, reportero de provincia, los colombianos han visto sucumbir y, al mismo tiempo, renacer la libertad de prensa. Ellos profesaron como nosotros la certeza de que la democracia no sobrevive si no está fundada en la Verdad y por ella se les arrebató la vida.

Cada crimen, por espantoso que sea, ha significado un paso decisivo de los periodistas colombianos en busca de ayudar a construir una sociedad más justa, más libre, lejana de la corrupción, vinculada al respeto por la persona humana, unida a una paz cierta. Porque, es claro, que si siguen atentando contra el periodista, su libertad personal y su vida es porque sin perder un instante ante el miedo y el chantaje, la prensa continúa cumpliendo su papel de cara al horror y la podredumbre en lo que Gabriel García Márquez llama una arrasadora utopía de la vida.

A quienes atentan contra nuestros colegas y contra la libertad de prensa les debe quedar claro que Colombia entera, mi gobierno y yo personalmente, no dejaremos de realizar los esfuerzos que sean necesarios para que los crímenes en contra de nuestros periodistas sean castigados con todo el rigor de la ley. Y ya hemos avanzado.

En el caso de la periodista Amparo Jiménez, asesinada en 1998, el DAS capturó hace 6 meses a un sindicato por el crimen y en el caso del periodista Guzmán Quintero, asesinado hace dos semanas, fueron capturados por parte de la policía, dos presuntos sindicados de este vil asesinato.

No se puede evadir sin embargo, la responsabilidad que le cabe a un estado limitado y pobre que fuera de serlo ha tenido que enfrentar los avatares de la guerra contra el crimen organizado. Nuestras debilidades vienen de tiempos remotos y se han visto exacerbadas por la capacidad de corrupción y chantaje del narcotráfico y la multitud de delitos que lo acompañan. Solo una puesta a punto, formidable y fundamental, de nuestro sistema de justicia podrá garantizar de forma segura e imperturbable el ejercicio de todas nuestras libertades civiles. Es hora de que la justicia se quite la venda de los ojos y sea clarividente para que pueda guiar hacia el camino recto a una sociedad a la que le extraviaron su Norte.

Para ello le he propuesto a la comunidad internacional que la solidaridad y la cooperación con nuestra lucha contra el problema mundial de las drogas se expresen de manera efectiva y palpable.

Esa expresión de ayuda para una guerra, que muchas veces hemos dado solos, se encuentra incluida dentro de un conjunto de estrategias que hemos denominado Plan Colombia.

He defendido las necesidades de la Patria en mi pasada visita a Norteamérica, en la cual me dirigí a la Asamblea de las Naciones Unidas, al Presidente Clinton, a su administración y a las bancadas republicanas y demócratas del congreso. De la misma forma lo haré en la visita al Parlamento Europeo que realizaré en los días que vienen.

No podemos seguir enfrentando con nuestros debilitados recursos, la complejidad internacional de un delito que ha superado las fronteras de la mera producción y comercio de drogas ilícitas para encubrir poderosos sistemas que financian la muerte y la destrucción. He dicho siempre que si no peleamos juntos seremos colgados por separado. Es la hora de unirnos para seguir triunfando sobre la muerte. El futuro de todos depende de la calidad de esta cooperación.

La concepción del Plan Colombia, busca, desde sus raíces, el fortalecimiento de nuestra justicia y la modernización de nuestras instituciones de seguridad como requisito para salir adelante. Con ellos, estoy convencido, contribuiremos con definitiva eficacia a la contención del en-

sañamiento de la violencia contra mis colegas periodistas. Con ella les pondremos un obstáculo definitivo a los mensajeros y portadores de la muerte.

Apreciados directores de los diarios de América, amigos:

Colombia vive un conflicto armado que data de mediados del presente siglo. La etapa de negociación próxima a comenzar significa un paso adelante en nuestra intención de alcanzar la convivencia pacífica y la concordia entre los colombianos. Procesos como los que presagiamos van a requerir mucha paciencia y tenacidad para destrabar diferencias, y enderezar cargas.

Quiero creer que los delicados momentos que viviremos deben ser entendidos por todos y en especial por los medios de comunicación como lo exige la inteligencia de los procesos sociales dentro de una óptica de mucha objetividad, discreción, un mínimo de confidencialidad y un absoluto respeto por las instancias designadas por los negociadores. No podemos caer en la alegre divulgación de fechas que no existen, la incomprensión tendenciosa de las propuestas o la filtración de temas que, por su naturaleza, se circunscriben a la negociación. Jugar con la paz de un pueblo martirizado es prolongar su martirio y entregarles a los violentos la ventaja comparativa del desconcierto.

No podemos repetir la experiencia de la Zona de Distensión que, según el parecer de algunos, ya abarca más de la mitad del territorio nacional cuando escasamente delimita algo más del 3 por ciento del mismo, en un área en donde la mayoría es selva y en la que escasamente viven poco menos de 0,25 por ciento de los colombianos. No hay caminos para la paz; ella es el camino. Esta certeza ilumina los propósitos de mi gobierno.

Atravesamos un camino con dificultades. Hemos dictado las disposiciones necesarias y ordenado las acciones pertinentes para enfrentar la crisis económica más severa de nuestra historia reciente. Aunque ya se ven en el final de esta travesía muchas luces de esperanza producto de las firmes decisiones tomadas, todavía nos falta camino por recorrer y vamos a recorrerlo. Estoy convencido de que no hay desarrollo económico si no hay desarrollo social.

He encontrado la solidaridad y la crítica de mis compatriotas en las tareas de mi gobierno. He entendido, dentro un sano espíritu democrático, las preocupaciones planteadas por aquellos que, desde la prensa o desde la tribuna, no comparten nuestros puntos de vista. He respetado sus voces y sus ideas. Ellas son dignas de todo crédito cuando tienen su origen en la honestidad y la franqueza alejadas del fragor partidista o de la interesada defensa del beneficio propio.

La recuperación de una economía moderna, cada vez más basada en la confianza de los actores en el sistema, requiere la activa participación de los medios de comunicación. No se trata ni mucho menos de propender a la creación de un coro de alabanzas ni de esconder las contradicciones.

Sin embargo, considero útil proponer una reflexión sobre la elección sesgada de indicadores económicos para titular siguiendo un juicio dictado de antemano. O sobre la súbita irrupción de extras radiales, anunciados con temas musicales sacados de películas de terror, para anunciar crisis, emergencias o medidas de última hora que resultan ser desmentidas por la realidad.

Basta recordar que la criminal aparición de un falso rumor en la internet estuvo a punto de liquidar una sólida entidad financiera de nuestro país, poniendo en peligro la estabilidad misma de todo el sistema bancario. Debo destacar aquí la responsabilidad asumida por el periodismo ante semejante barbaridad que evitó una crisis de imponderables dimensiones. Es preciso tener siempre presente en el alma que no hay mayor delito social que el de robarle la esperanza a un pueblo.

Pero cabe preguntarse si el criterio periodístico sano y objetivo ha ocupado la mente de algunos colegas en situaciones similares.

He escuchado las voces divergentes. Comprendo sus interrogantes, no excluidos de la impronta que les otorga el devenir político, aunque debo confesar que entiendo poco la falta de propuestas y el cierto facilismo que nace de la crítica prevenida y algo irresponsable. Los procesos de paz y de reconstrucción económica son labores de largo aliento, recorridos por múltiples dificultades y tachonados de momentos

contradictorios tal como lo demuestran las experiencias de otros países. La posibilidad de ejercer la oposición en libertad no se conjuga con un ejercicio mordaz y excluyente de la misma. Hay quienes miran con delicada indulgencia a los que han destruido pero niegan la mínima comprensión a quien procura la reconstrucción del tejido social destrozado. Hay que defender hoy y siempre las libertades individuales y colectivas frente a las arbitrariedades del Estado porque esa defensa constituye el sólido fundamento de la estructura de una democracia, el triunfo de las garantías civiles sobre el poder despótico.

Debemos reconocer, sin embargo, que la libertad como la capacidad de obrar sin restricciones externas está cargada de obligaciones con los demás que deben ser cumplidas escrupulosamente y deben abrir campo a esa otra dimensión de la libertad basada en la posibilidad de construir proyectos comunitarios y solidarios.

La prensa libre es y debe ser un requisito para la vida en democracia. Pero la libertad de prensa no debe ser entendida solo desde aquella perspectiva que rechaza las limitaciones arbitrarias, sino también desde la perspectiva que concibe la libertad como la capacidad de respetar la dignidad humana, de fortalecer el tejido social, la cultura democrática, la participación ciudadana, la tolerancia, a partir de principios fundamentales compartidos y la posibilidad de transformar la realidad.

La democracia exige garantizar en todo momento y circunstancia el respeto por los derechos ciudadanos demandando de todos los ciudadanos el cumplimiento de los deberes que igualmente les corresponden. No hay derecho sin deber. Este axioma define la responsabilidad ciudadana.

No podemos negar que existe una sana preocupación por el trabajo de los medios de comunicación en la actual situación del país. Es un debate que hay que fomentar y continuar. Veo con satisfacción las propuestas e iniciativas que provienen de las universidades, de los ciudadanos y los profesionales de la comunicación, y de los mismos medios en torno al manejo informativo sobre hechos violentos.

El afán por aumentar los niveles de audiencia o de circulación no puede convertirse en el principal criterio para tomar la decisión de salir al aire

o imprimir. No podemos permitir que se confundan los límites entre la concepción de libertad democrática y la posibilidad de ser utilizados como portadores apoloéticos del mensaje del terror.

Quiero recordar el contenido de los llamados Acuerdos Generales de Estocolmo, surgidos del secuestro del avión de la TWA a mediados de los ochenta y muy seguramente conocidos y ratificados por muchos de ustedes. El principio que regía los mencionados protocolos decía que quien sea entrevistado por un medio debe estar en plena libertad, real o emocional, para responder las preguntas de los periodistas. El mismo acuerdo limita las entrevistas en directo a secuestrados y a secuestradores o delincuentes encapuchados, a los testigos de los secuestros o actos violentos y a sus víctimas directas o indirectas.

Aunque es frecuente escuchar que vivimos en un mundo virtual en el que la forma prima sobre el contenido, el debate acerca de la función de los medios de comunicación debe orientarse primero al contenido de la información y no limitarse a la forma en que ella se transmite. Reconozco un esfuerzo en ese sentido en el acuerdo que sobre tratamiento formal de las imágenes producto de la violencia han fomentado los directores de los noticieros de televisión de mi país. La decisión de transmitir las escenas correspondientes a las manifestaciones violentas del conflicto en blanco y negro es un primer paso en la dirección correcta.

Los medios tienen hoy una evidente capacidad para configurar y transformar la realidad, para convertirse en actores, y ser al mismo tiempo sujetos activos del cambio. La razón de ser de los medios, en un sentido político, está en la necesidad de los ciudadanos y de la comunidad democrática de tener acceso a la más completa información para poder tomar decisiones.

El periodista se debe a la comunidad y a la verdad; es por ello que el obrar con intereses particulares o de grupo, la búsqueda de un impacto efectista con fines arbitrarios, la primacía de la imagen y el sensacionalismo para aumentar la audiencia o la circulación, la negligencia en la búsqueda de pruebas y testimonios que hagan integral el relato constituyen el abandono de la ética y de las obligaciones que ella genera y de la responsabilidad que la democracia demanda del periodista.

Nuestra Constitución prevé la responsabilidad social de la prensa. Aceptamos y compartimos la existencia de principios fundamentales que deben regir el ejercicio de las tareas que se ejercen a nombre del periodismo a través de los medios. Sin embargo, es preciso aceptar que tanto en los derechos como en los valores existen prioridades; es preciso aceptar que hay una escala de valores y formas de interpretación de estos principios que se puede aplicar, sin sufrir menoscabo de sus intenciones de paz, desarrollo y bienestar.

Cuando en lo más duro del narcoterrorismo, ese período de violencia irracional desatada por la mafia del tráfico de drogas contra la población inerme de Colombia, los periodistas acordamos ejercer nuestra responsabilidad social y nuestra militancia contra el chantaje y la corrupción de los valores, firmando nuestras crónicas a nombre de todos. Así el mundo entero conoció muchos de los crímenes del narcotráfico.

Ese modelo de solidaridad y de responsabilidad social, herramienta invaluable en la lucha contra los carteles de la droga, merece ser tenido en cuenta para un análisis más cercano pero no menos objetivo de nuestra contradictoria realidad.

Yo quiero, como colega y presidente de un país libre que cree profundamente en la libertad de prensa, rendir homenaje a todos ustedes; honrar a los caídos por causa de la verdad; animar a la juventud a asumir el oficio, pero sobre todo recordar hoy aquella verdad que ha definido siempre lo especial del periodista que se enfrenta a la gestión de lo real: Bienaventurados aquellos que saben para dónde van; pero más bienaventurados los que saben por qué van.

CONTINUAREMOS TRABAJANDO INCESANTEMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAÍS POR EL TRIUNFO DE LA PAZ

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
pronunciado durante la ceremonia de entrega del Premio de la Paz,
James A. Baker, en la Universidad de Rice.*

Houston, Texas, 20 de octubre de 1999.

Es para mí un gran honor estar hoy con ustedes recibiendo este premio, que lleva el nombre de uno de los hijos más distinguidos del estado de Texas, James Addison Baker III. Pocas personas han desempeñado una labor tan importante en la historia contemporánea como el señor Baker primero como jefe de personal del presidente Reagan; luego como Secretario del Tesoro; más adelante, y aun más importante, como secretario de Estado de su buen amigo y coterráneo, el presidente George Bush. El señor Baker estuvo en el centro de la transformación de una guerra fría a un mundo de múltiples polos. Presenciaron el cambio diametral que sufrió el mundo, al que respondieron con empecinado optimismo, lo cual seguramente les hará merecedores de la más alta calificación histórica.

Desde la perspectiva del hemisferio occidental, el señor Baker también desempeñó una tarea primordial, pasando de la tradicional posición de Estados Unidos, considerado el Coloso del Norte, a la de socio comercial y promotor de paz. En ninguna otra parte es esto más evidente que en el Proceso de Paz de América Central, donde, tras años de batallas motivadas por diferencias divisionistas e ideológicas dentro del gobierno de los Estados Unidos, la Administración Bush logró hacer un trabajo vital y marcar una diferencia perdurable en las vidas de millones de personas. Surge, desde luego, NAFTA, acuerdo nacido del espíritu de Houston, un avance verdaderamente revolucionario en la forma de

negociar de las Américas, como abanderado de futuros acuerdos comerciales con los Estados Unidos.

Estoy aquí para recibir este galardón, no a título personal, sino como representante del pueblo colombiano, un pueblo que con justicia siente orgullo de la comprobada democracia de su patria, de sus reconocidos logros culturales y económicos, y convencido, además, de que el conflicto armado que nos ha acosado durante los últimos cuarenta años debe tocar a su fin. Mi campaña se basó en una plataforma de paz y recibí más votos que cualquier candidato durante nuestra historia democrática de ciento setenta y cinco años, lo cual le confirió a mi gobierno un mandato firme y sólido. Si los ejemplos contemporáneos de Irlanda del Norte, América Central y el Medio Oriente pueden servirnos de guía, el logro de la paz, evidentemente, es un proceso y no solamente un acto de voluntad. Para culminar con éxito este proceso, se necesita el apoyo de una Nación un Estado capaz de convertirse en el único garante de la libertad de su gente, en protector de su propiedad y en motor de su prosperidad. Sin el debido marco institucional, aun el acuerdo mejor intencionado fracasará. En segundo lugar, se requiere la dimensión internacional. Con respecto a Colombia, dicha participación es necesaria, no solo en aras de la paz, o como medio de aumentar la inversión y el comercio, sino también para poder desarrollar una campaña internacional contra una terrible amenaza: el tráfico ilícito de drogas, que envenena la vida, corrompe los valores y las instituciones, atenta contra el medio ambiente y está al acecho para abatir a nuestros hijos inocentes.

Muchos de ustedes conocen la gravedad de los problemas que afectan a nuestra nación. Sin exagerarles, este ha sido un año extremadamente difícil. Al asumir mi mandato, comprendí que estábamos en medio de una tormenta, cuya verdadera naturaleza nadie había predicho. El desempleo se había duplicado, el déficit fiscal se había cuadruplicado; todo en tan solo cuatro años. El principal revés, sin embargo, fue el de un gobierno que dejó el marco del Estado más debilitado que en cualquier otro momento de la historia en los últimos tiempos.

Sin embargo, mi Administración ha rehusado dejarse vencer por los acontecimientos, o cederle terreno al pesimismo. Por el contrario, esta-

mos enfrentando estos retos de frente, guiados por los objetivos claros y las expectativas realistas que nos fijamos desde el primer día. Nuestra respuesta no fue diseñada para ganar concursos de popularidad, sino para reactivar y reconstruir nuestro país. Al término de mi mandato en el año 2002, las instituciones colombianas serán más sólidas y su sistema de gobierno más capaz y justo; no con carácter momentáneo, sino para perdurar en la vida de nuestra nación.

Sí, nuestros problemas son graves pero gran parte de lo que ustedes escuchan en los medios noticiosos va más allá del predecible estereotipo desorientador o las declaraciones demasiado simplistas. Con franqueza, estoy muy alarmado ante las evidentes, y con frecuencia injustificadas, imprecisiones con respecto a Colombia. Se habla de una nación al borde del colapso, o a punto de convertirse en un Estado narcoguerrillero y yo estoy aquí para afirmar de manera categórica e inequívoca que este no es nuestro caso. Hace una década se escucharon afirmaciones parecidas, cuando Colombia enfrentó una amenaza mucho mayor contra la estabilidad nacional las campañas terroristas de los carteles de la droga de Medellín. Sobrevivimos en ese entonces y hoy nos mantenemos igualmente firmes.

Mientras estoy hablando, las Fuerzas Armadas de Colombia están librando una eficaz campaña contra la insurgencia. Los reveses militares de años pasados se han convertido en los éxitos militares de los últimos meses. Es el Estado, y no la insurgencia, el que está ganando terreno y, a la vez que nuestros soldados continúan arriesgando sus vidas en el frente, se están haciendo acreedores al respeto incondicional de cuarenta millones de colombianos. Hemos instaurado amplias reformas militares incluyendo la capacitación obligatoria en derechos humanos, con estándares aun más estrictos que los empleados por los militares estadounidenses.

Estamos eliminado el servicio militar obligatorio a fin de darle paso a la formación de una fuerza más profesional. Hemos ampliado la inteligencia compartida y la cooperación entre el Ejército, la Armada y la fuerza Aérea. Estos cambios son indispensables; independientemente de nuestra situación interna debemos alcanzar la paz por la vía política.

Recuerden que lo que hoy día enfrenta Colombia, bajo ninguna circunstancia, es una guerra civil. Menos de veinte mil alzados en armas, prácticamente una vigésima parte del uno por ciento de nuestra población, están al borde de no poder hacer nada más, excepto promover y prolongar la violencia que cunde en nuestros campos y que contribuye al caos ocasionado por el narcotráfico.

Hace apenas un mes, estaba yo en los Estados Unidos, donde me presenté ante la Asamblea General de las Naciones Unidas y me encontré con el presidente Clinton y algunos líderes del Congreso. Parte de mi objetivo consistía en desmentir estos falsos rumores. Sin embargo, el fin primordial era develar un nuevo y completo Plan Colombia: una estrategia de cuatro etapas encaminada a reactivar nuestra economía, forjar una paz duradera, intensificar nuestra lucha contra el narcotráfico y, como elemento fundamental de la estrategia, como su piedra angular, fortalecer nuestro gobierno, tanto local como nacionalmente.

En el frente económico, el récord de Colombia no tiene paralelo con otros países latinoamericanos: un crecimiento ininterrumpido de casi setenta años; una buena calificación para la inversión; una inflación relativamente baja; una trayectoria comprobada de cumplir todas sus obligaciones económicas; un Banco Central sólido e independiente; una moneda estable; un espíritu empresarial a toda prueba y una economía que ha atraído más de trece mil millones de dólares en inversión extranjera durante los últimos cinco años. Cifra impactante, sin lugar a dudas, especialmente a la luz de los desafíos planteados por el narcoterrorismo, la insurgencia armada y la crisis económica, tanto regional como mundial, fuera de nuestro control. Agreguemos a esto nuestros enormes recursos naturales representados en petróleo (el 90 por ciento de nuestras reservas aún continúan sin desarrollar), carbón y mineral de hierro, níquel y gas natural, metales preciosos y semipreciosos, madera y productos agrícolas; además, es evidente que contamos con las herramientas y los recursos y que estos se emplearán no solo para amainar las tormentas, sino para prosperar y continuar creciendo.

Nuestras actuales circunstancias son causa de preocupación, mas no de alarma. De hecho, el mayor reto que enfrenta Colombia tiene mucho

menos que ver con la insurgencia que con el desempleo. La inseguridad, la ansiedad, el temor y el hambre: estas son las mayores amenazas para nuestra sociedad civil y para la solvencia de nuestra nación. Las medidas que tomamos con anticipación están comenzando a dar frutos, aunque los remedios que hemos debido aplicar son drásticos y la cura no se puede dar de la noche a la mañana. No obstante, es indudable que estamos en vías de una verdadera recuperación.

Aun así, Colombia solo puede hacer una parte, puesto que dentro de la economía globalizada de hoy, las naciones deben trabajar conjuntamente para estimular y expandir el crecimiento, sostener mercados libres y equitativos y crear mecanismos que eviten la recurrencia de crisis como las que nos golpearon el año pasado. Dichos mecanismos revisten especial importancia para países como Colombia, cuyas actuales circunstancias se han visto exacerbadas por la depresión internacional, a causa de la cual descendieron los precios de nuestros dos productos más importantes, el petróleo y el café, y toda nuestra región entró en recesión. Es por ello que mi gobierno está adelantando negociaciones con el gobierno de los Estados Unidos, a fin de garantizar un Tratado de Inversión Bilateral que se ha debido suscribir hace tiempo. Pero ante todo, buscamos de forma activa y abierta el equivalente a la paridad de la ICB, lo que significa un acuerdo similar a la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, una ley de preferencias comerciales que beneficia las relaciones comerciales de muchos de nuestros vecinos caribeños con los Estados Unidos.

Lo que Colombia busca es comercio, no ayuda.

Es responsabilidad de mi gobierno, y mi Administración tiene la voluntad necesaria, el emprender la expansión a gran escala y la reforma de nuestras instituciones, lo cual como consecuencia ya ha comenzado a traducirse en mecanismos de gobierno más saludables y confiables. Esto significa una participación ciudadana más activa y sostenida, tanto local, como nacionalmente. Significa dotar a nuestras instituciones de los recursos necesarios para cumplir su labor fundamental que es, naturalmente, la de servir a la gente. Significa mejorar la infraestructura en aquellas zonas rurales ignoradas por el desarrollo y donde se anida la insurgencia. Significa una fuerza mejor equipada dentro de la

Policía Nacional para combatir la violencia y la delincuencia común, y para descubrir y dismantelar las operaciones de narcotráfico. Significa la expansión del sistema judicial, de manera que cada caso sea escuchado por un tribunal imparcial, cuyas normas se puedan hacer cumplir adecuadamente.

Y por último, aunque no menos importante, significa los recursos necesarios para mejorar la educación y los servicios de salud, a fin de garantizar que la siguiente generación de colombianos pueda crecer en medio de un ambiente de seguridad y paz, con posibilidades de alcanzar sus sueños.

Aun así, cuando ya se están haciendo los recortes necesarios al gasto público; cuando, con un costo de \$1.000 millones, estamos reconstruyendo el Eje Cafetero devastado por un terremoto; y cuando les hemos pedido a todos los colombianos que contribuyan con nuestro Fondo para la Paz, lo que nos permitirá obtener fondos cercanos a los \$800 millones, también es cierto que estamos en un momento de nuestra historia en el que buscamos asistencia de la comunidad internacional especialmente de las Naciones Unidas, la Comunidad Europea y los Estados Unidos. Dicha asistencia, la cual definí durante mi visita del mes pasado, asciende aproximadamente a \$1.200 millones al año durante los próximos tres años y resulta esencial si hemos de alcanzar las metas fijadas bajo el Plan Colombia. La materia más notoria será el narcotráfico y es precisamente en este campo donde más se necesitará el apoyo de todos los países y todos los continentes. No hay un solo asunto, con la posible excepción de la protección ambiental, que tan claramente nos afecte a todos y por el cual todos seamos igualmente responsables.

Tanto individual como colectivamente, Colombia ha luchado infatigablemente contra la creciente ola del narcotráfico. Miles de nuestros más prominentes y brillantes ciudadanos –jueces y periodistas, políticos y policías– han pagado el más alto precio en esta guerra, y el mundo tiene con ellos una incalculable deuda de gratitud. Logramos resistir las campañas de terror de los carteles de la droga, que hoy yacen en ruinas. Sin embargo el tráfico de narcóticos, uno de los negocios más grandes del mundo, continúa atentando contra nuestras sociedades y nuestras instituciones.

En Colombia, los carteles del pasado le han dado paso a una industria más fragmentada y menos conocida, dificultando, por tanto, la penetración y el desmantelamiento de sus operaciones. No obstante, estos cambios no han logrado debilitar nuestra determinación y firmeza. Hace apenas unas semanas incorporamos un nuevo Batallón Antinarcóticos, destinado a atacar a esta bestia de frente, con el ánimo de reducir el cultivo, además de lograr tener acceso y destruir sus redes de transporte. Este batallón es un reflejo directo de nuestro convencimiento de que el narcotráfico es el principal obstáculo para la paz.

Colombia no puede continuar adelantando esta campaña sin ayuda.

Debemos procurar conjuntamente una mayor integración con respeto al lavado de dinero, que ha logrado filtrarse dentro de las instituciones financieras de todo el mundo. Se requiere, además, una mayor decisión para luchar contra el contrabando, puesto que las compañías multinacionales, especialmente las que venden tabaco, licores, electrodomésticos y artículos electrónicos, continúan inundando el mercado –con frecuencia a precios inferiores a los de los mayoristas– dejando sus productos en manos del mercado negro, que trabaja en llave con los narcotraficantes, despojando así al Estado colombiano de los ingresos que requiere y perjudicando a la empresa lícita de nuestro país. Se necesitan normas rígidas, que se puedan hacer cumplir con respecto a la venta de sustancias químicas básicas, esenciales para procesar la cocaína, las cuales venden en cantidades alarmantes y no tienen ningún otro uso posible. Luego estos químicos son descargados sin misericordia en nuestras selvas, bosques tropicales y a todo lo largo y ancho del Delta del Amazonas, causando daños de largo plazo a uno de los principales –aunque muy frágil– ecosistemas del mundo.

Resulta igualmente cierto que, como claramente lo han demostrado las contiendas en Irlanda del Norte, América Central y el Medio Oriente, para que un proceso de paz pueda imponerse, la comunidad internacional debe hacer presencia para prestar su apoyo. De nuestra parte, los colombianos continuaremos haciendo todo lo que esté a nuestro alcance y dedicando todos los recursos disponibles hacia el logro de este objetivo. El mundo debe recordar que éste, ante todo, es un proceso. Y como tal, llevará tiempo. Sin embargo, los progresos ya alcanzados

ameritan una mayor atención. Durante los últimos quince meses se han dado pasos más importantes hacia la paz que la suma de todos los intentos de la última década. Me he reunido con los líderes de las Farc-Ep, el mayor grupo guerrillero; ya acordamos una agenda para las negociaciones, y las conversaciones deben comenzar a finales de este mes. No obstante, el proceso para tener éxito no puede mantenerse en el vacío y es por ello que me he comprometido a realizar esfuerzos diplomáticos en nombre de la paz.

Para nadie es secreto que nuestro principal aliado internacional ha sido y continuará siendo Estados Unidos. Desde la época de John Quincy Adams y de Simón Bolívar, nuestra relación ha perdurado a través del tiempo, superando pruebas difíciles y como buenos vecinos, en nuestra postura regional contra el fascismo durante la Segunda Guerra mundial y en los combates en Corea, en una alianza para el progreso y contra el flagelo de las drogas ilícitas. Comparto la opinión del señor Baker, quien en sus memorias, *La política de la diplomacia*, escribió: ...Las coaliciones en el exterior tienden a perdurar si se basan en ideas y propósitos compartidos. Las diferencias son inevitables, pero no necesitan de otras mayores y abrumadoras causas comunes.

Las causas comunes compartidas por Colombia y los Estados Unidos apuntan hacia una coalición que seguramente prosperará. De nuestra parte, mi gobierno continuará trabajando incesantemente, por encima de todos los peligros y dificultades, y a pesar de los reveses temporales continuaremos trabajando, dentro y fuera del país, por el triunfo de la paz, la derrota del comercio ilícito de drogas y por una economía mundial integrada que debe ser sostenida y defendida por un gobierno central fuerte, dedicado a preservar aquellos valores que para nosotros son sagrados: la democracia y la inviolabilidad de los derechos humanos. A lo largo de todos nuestros esfuerzos, confiamos en contar con su permanente apoyo y colaboración.

**APOSTAR POR LA PAZ DE COLOMBIA
ES INVERTIR EN HUMANIDAD,
EN PERSPECTIVAS DE DESARROLLO
Y EN BIENESTAR**

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
pronunciadas durante su intervención ante el Parlamento Europeo.*

Estrasburgo, Francia, 26 de octubre de 1999.

Señora Presidenta, señores Diputados:

Es para mí un honor venir ante ustedes los representantes de una Europa que llena de optimismo, conforma la realidad política más exitosa de integración que ha conocido el presente siglo y que demuestra que sí es posible surgir de la muerte a la vida, del irrespeto al ser humano a la veneración de sus derechos, del pesimismo a la esperanza; que demuestra además que la paz es posible allí donde el desarrollo, la justicia social, la defensa de los más débiles, la solidaridad y la convivencia se instalan; que ellos determinan la cultura, dan sentido a la libertad y abren el camino que conduce al logro de metas compartidas.

En este momento, y desde este hemiciclo de las nuevas instalaciones del Parlamento Europeo, mi país tiene el privilegio de hablarle a Europa, en cabeza de los representantes elegidos popularmente por los quince países que actualmente conforman la Unión Europea.

Colombia, la patria que gobierno por voluntad de la democracia, se debate en una afanosa búsqueda de la paz, del empleo, del desarrollo y de la justicia social. El pueblo soberano de Colombia, con la votación más alta de la historia, fue claro y me entregó un contundente mandato. Un mandato para buscar la paz de la nación.

No es mi costumbre tapar el Sol con las manos ni ponerme una venda sobre los ojos. La comunidad internacional es clarividente y nos mira con atención; nosotros desde nuestra propia clarividencia observamos igualmente lo que ocurre en el ámbito de las naciones y sabemos que es preciso actuar ahora, que no hay tiempo para perder: sabemos que es el momento de la cooperación, no de la confrontación ni tampoco de la intervención.

Muchos de nuestros vecinos en América Latina, con el paso del tiempo han encontrado solución a sus conflictos. En estos procesos la Unión Europea siempre ha estado presente de una manera importante, como mediador y puente entre diversos sectores políticos y sociales. En los procesos de negociación de Guatemala y El Salvador, el papel de la Unión Europea fue fundamental.

La tradicional preocupación de Europa por la paz y los derechos humanos, y su tradición acentuada en procesos de negociación resultan para mi país un apoyo más que necesario: son un apoyo vital. Y por ello también es vital que Europa entienda a fondo el conflicto colombiano.

No podemos permitir más que la discusión sobre Colombia se base en frases sin respaldo, o en la idealización de los conflictos propia de décadas pasadas y mucho menos en informaciones de prensa que están más preocupadas por la espectacularidad de la noticia que por la realidad detrás de ella.

Yo sé de las preguntas que ustedes tienen sobre nuestro conflicto y acerca del proceso de paz. ¿Por qué persiste la guerrilla en Colombia cuando ha desaparecido del resto del continente? ¿Existe en Colombia una guerra civil? ¿Qué significado tiene la zona de distensión? ¿Quiénes violan los derechos humanos en Colombia y qué tan comprometido está el gobierno con los derechos humanos? ¿El Plan Colombia es un plan militar?

Hoy estoy ante ustedes para contarles cuál es nuestra verdadera situación, sin pretender negar la crudeza de la violencia que nos afecta. No es posible desconocer la realidad de mi país. La violencia azota nuestra patria hace años. Son muchos los colombianos muertos por su causa y son muchos los que por cuenta del secuestro han perdido la libertad.

El conflicto colombiano, por su propia dinámica, ha sufrido serias transformaciones; y sin duda alguna, la fuerza con la que el narcotráfico irrumpe en la Colombia de los años ochenta, se constituye en el factor que ha generado el mayor incremento de la violencia. Este no sólo ha permeado a la guerrilla, cuya financiación proviene crecientemente de cargas impuestas sobre la hoja de coca, sino que amplió el círculo de la violencia a otros grupos armados y a grupos delictivos organizados.

Frente a la escalada de violencia, la población colombiana ha dicho no más. En marchas multitudinarias, que recuerdan la respuesta de los españoles al terrorismo, se ha volcado a las calles a exigir no más violencia. Hoy el pueblo de mi país, como nunca antes en su historia, se encuentra unido para exigir que cese la violación a sus derechos humanos, en particular el secuestro como instrumento inadmisible de financiación de la guerrilla y de otros grupos generadores de violencia.

En Colombia no hay una guerra civil. Menos del 4 por ciento de los colombianos apoya a la guerrilla. Durante las dos últimas décadas el conflicto ha cambiado sustancialmente. Mientras la capacidad militar de los violentos aumenta, en gran parte gracias a los dineros del narcotráfico, la población civil pide que se le aparte del conflicto, pues ha entendido que ella es ahora la gran afectada y son sus derechos fundamentales los que se violentan día tras día. El nuestro, señores Diputados, es un conflicto *sui generis* que requiere una solución también *sui generis*, en la que mi gobierno está empeñado.

El conflicto guerrillero ocupa desde hace más de 40 años la atención de nuestro pueblo. En este tiempo son varios los grupos insurgentes que han sido partícipes en este conflicto. Pero también son varios los que ya han comprendido que la mejor alternativa para el país es dejar las armas mediante un proceso de diálogo político. Seis grupos armados con cerca de 8.000 insurgentes, en los últimos 10 años, han reemplazado el uso de sus armas por la fuerza de las ideas.

Hoy avanzamos en la senda de la negociación del conflicto armado con las Farc-Ep, el más antiguo grupo guerrillero. En tan solo poco más de un año, por medio del diálogo, hemos acordado ya una agenda de negociación que comprende doce puntos. El pasado domingo, en un he-

cho histórico en nuestra nación, hemos dado inicio al proceso de negociaciones que deben conducir a nuestra patria por la senda de la construcción de una paz verdadera y duradera.

Mucho se ha especulado sobre la llamada zona de distensión. La verdad es que éste es un instrumento creado por la ley colombiana para generar condiciones de seguridad que faciliten los diálogos. Esta zona representa el 3 por ciento del territorio nacional y allí vive un cuarto del uno por ciento de la población colombiana. En ella no hemos renunciado a nuestra integridad territorial ni a la presencia del Estado representada por sus alcaldes democráticamente elegidos.

También avanzamos en la búsqueda de una solución con el Ejército de Liberación Nacional, Eln. La semana pasada se iniciaron los contactos preliminares orientados a reactivar las conversaciones, y soy optimista en que pronto veamos avances significativos que nos permitan llegar a las negociaciones también con este grupo subversivo.

Colombia entera y la comunidad internacional confían en los avances que se den mediante una solución política. Sé que avanzaremos por un camino que no es fácil y seguramente seguiremos encontrando dificultades, pero mantendremos siempre firme el paso para poder superarlas. Los procesos de paz toman tiempo y requieren paciencia. Recordemos a El Salvador o Guatemala. Revisemos los procesos del Medio Oriente o de Irlanda. Ninguno de ellos sucedió de la noche a la mañana, pero la solución política negociada mostrará sus evidentes beneficios.

Quiero repetir aquí que haré todo lo posible por lograr esa paz que es para nosotros vital. Pero como lo dije ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, no quiero una paz a cualquier precio sino una paz que fortalezca realmente la democracia, preserve el territorio y permita a cada ciudadano el ejercicio pleno de todos sus derechos y libertades.

Derechos humanos

Creo que no es posible un futuro digno y en democracia, sin una cultura de respeto a los derechos fundamentales. Sé que en el transcurso del prolongado conflicto interno colombiano, se han cometido graves violaciones a estos derechos y esto no debe seguir sucediendo.

Mi compromiso con la defensa de los derechos humanos es total. Mis convicciones, mi formación y el mandato de mi pueblo así lo ratifican. Para ello he puesto en marcha una amplia política de Estado para luchar dentro del marco de la ley contra los grupos armados al margen de ésta; para garantizar la seguridad, protección, apoyo y libertad de acción para los defensores de los derechos humanos; para atender a las personas desplazadas por la violencia; para adoptar los instrumentos legales que protegen los derechos humanos y fortalecer nuestro aparato de justicia. En síntesis, un conjunto de medidas específicas orientadas a garantizar la vigencia del Derecho Internacional Humanitario.

Los resultados de la aplicación de esta política se ven reflejados en la disminución notoria de las quejas por violación de derechos humanos producida por la fuerza pública, tal como lo reconocen los informes de organismos intergubernamentales y las ONG que actúan en este campo.

Hemos trabajado duro para actualizar nuestra legislación

Actualmente se debate en el Congreso una ley para tipificar y castigar la desaparición forzosa, el genocidio y las masacres. Así mismo, el Gobierno impulsó la aprobación de un nuevo Código Penal Militar que incluye avances sustanciales en cuanto a la competencia de los tribunales civiles para juzgar a los militares en crímenes como el genocidio, desaparición forzosa y tortura, y firmamos el Estatuto de la Corte Penal Internacional.

Además una directiva presidencial ha sido expedida para impulsar el respeto a las organizaciones no gubernamentales que desarrollan tareas en el ámbito de los derechos humanos. Espero, así mismo, que dichas ONG desarrollen su noble actividad con el más estricto apego a los propósitos puramente humanitarios, sin injerencias de orden político.

Señores Diputados del Parlamento Europeo: mi gobierno está realizando una tarea decidida de protección a los derechos humanos y en esto necesitamos el apoyo de la Comunidad Internacional. Si la guerrilla o las autodefensas violan los derechos humanos, tal hecho debe ser denunciado y sancionado. Si algún agente del Estado lo hace, se trata también de un delito que no puede quedar impune. Es decir, cualquier

violación de los derechos humanos tiene que ser rechazada y sus causantes castigados de acuerdo con las leyes. Sobre la razón de Estado o la justificación esgrimida por actores de la violencia, siempre debe imperar la razón de humanidad.

La relación paz-drogas ilícitas

Para Colombia es importante que tanto Europa como Estados Unidos entiendan las interrelaciones entre el narcotráfico y la violencia en Colombia.

No hay nación que haya ofrendado tantos mártires como Colombia en la lucha contra el tráfico de drogas. Este funesto negocio ha sido y es la causa principal de las peores desgracias de nuestra historia reciente. El poder económico de esas organizaciones condujo a la corrupción en muchos ámbitos de nuestra vida. El narcotráfico ha sido un gran generador de violencia y ha cometido magnicidios de altísimo costo humano para la nación.

Actualmente, contribuye al mantenimiento de la ola de violencia que padecemos, financiando diversos actores de la violencia. He dicho y quiero repetirlo ante ustedes: Hoy el narcotráfico es el primer enemigo de la paz y ésta no se logrará cabalmente sin el desmantelamiento de las organizaciones que se dedican al negocio maldito de la droga y sin que logremos alternativas y soluciones sostenibles económica y socialmente.

Mi país, como ningún otro, ha cargado sobre sus hombros el peso de la lucha contra el narcotráfico. Por esto, quiero aprovechar esta excepcional oportunidad para invitar a todos los países de la comunidad mundial a que le demos pleno desarrollo al principio de la responsabilidad compartida, para luchar contra el problema mundial de la droga.

Este principio implica que hemos de enfrentar juntos el grave problema mundial de las drogas, en cada uno de los eslabones de la cadena, es decir, la producción, la distribución, el consumo, el lavado de dinero, la desviación de los precursores químicos y de la venta de armas. Implica igualmente que todos contribuyamos a las soluciones duraderas en la medida de nuestras propias posibilidades.

Con la Unión Europea tenemos acuerdos importantes que reconocen la responsabilidad compartida en esta materia. Hemos avanzado hacia el impulso de mecanismos de cooperación entre Europa y los países andinos, como en el caso de las concesiones arancelarias del SPG Andino, cuya extensión es vital para mi país.

En esta misma vía, debo también registrar complacido la reciente conclusión de la Presidencia del Consejo Europeo de Tampere frente al blanqueo de capitales, en la que se señala la decisión del Consejo de garantizar que se den los pasos concretos para proceder al seguimiento, embargo preventivo, incautación y decomiso de los beneficios del delito.

Debemos quitarles a los narcotraficantes y a sus socios el dinero y las propiedades surgidas del negocio de la muerte, debemos cerrarles las posibilidades de comprar insumos químicos y armas y debemos fortalecer y perseguir el contrabando que lava los dineros que ellos obtienen.

Juntos hemos de continuar avanzando hacia soluciones integrales que abarquen todos los eslabones de la cadena. Juntos también deberemos darles prioridad a los programas de educación y prevención que lleven a la disminución de la demanda. En esta batalla, Honorables Eurodiputados, los necesitamos como socios y aliados.

No es mucho lo que pide mi país: Solamente que cada miembro de la comunidad mundial cumpla con su parte de la tarea, en desarrollo del principio de responsabilidad compartida. Y que todos podamos asumir los costos de las soluciones duraderas, en la medida de las posibilidades y los recursos disponibles.

Medio ambiente

También debe ser una preocupación de todos el grave daño ecológico que día a día causa el narcotráfico. En nuestra patria, una de las ocho naciones más ricas en biodiversidad, los cultivos ilícitos han destruido más de un millón de hectáreas de selvas, bosques de nieblas y zonas de páramo. La depredación de la naturaleza es tan irracional, que se destruyen cinco hectáreas de bosques para cultivar una hectárea de coca o amapola, y cada año 200.000 galones de herbicidas, 16.000 toneladas

de fertilizantes químicos y 100.000 galones de venenos usados en estos cultivos, contaminan las aguas y los suelos de Colombia.

Hoy quiero repetirlo: No hay duda de que las actividades asociadas con los cultivos ilícitos deterioran el patrimonio natural de la humanidad. Por eso, es tarea de todos los países detener esa destrucción para defender a toda costa el derecho humano de las futuras generaciones a tener un planeta habitable.

Compartimos con Europa las preocupaciones por el calentamiento global, la deforestación y la necesaria conservación de los bosques tropicales. Entendemos también que debemos abordar el tema de las emisiones contaminantes. Queremos proponer a Europa una Alianza Ambiental entre los países de la Unión Europea y Colombia a fin de que podamos avanzar juntos en este noble propósito.

El Plan Colombia

Frente a la real situación de Colombia es claro que para adelantar el arduo trabajo de construir la paz, es necesario ir más allá de los diálogos y las negociaciones con la insurgencia. Es necesario buscar soluciones de raíz a nuestros problemas. Necesitamos construir una nueva nación en donde el respeto de los derechos humanos, la aplicación de la justicia y la reconstrucción de nuestro tejido social sean los sólidos cimientos que nos permitan conformar una sociedad en la que los factores generadores de violencia se erradiquen de una vez por todas.

Y es por ello que estoy aquí ante quienes comparten esos ideales para proponerles que profundicen sus compromisos con nosotros y fortalezcan una alianza útil para todos. La cooperación oportuna es una de las formas más eficaces de proteger los derechos humanos; cooperación es prevenir lo que puede ser evitado; cooperar es abrirle caminos a la esperanza.

Para este fin hemos diseñado el Plan Colombia para la Paz, la Prosperidad y el Fortalecimiento del Estado. No se trata de un plan militar. Es una estrategia integral y unificada orientada a fortalecer los temas fundamentales del país como la búsqueda de la paz, la reactivación de nues-

tra economía y la generación de empleo, la protección de los derechos humanos, el fortalecimiento de la justicia y el aumento de la participación social. El resultado final será el fortalecimiento de nuestro Estado, como un requisito primordial para el logro de la paz y el progreso.

Requerimos de su participación en todos esos frentes pero principalmente necesitamos que ustedes, que sus naciones, que Europa toda, invierta en paz para la paz, que abra sus mercados para que podamos generar empleos para la paz.

Por esta razón, Colombia presenta a la Comunidad Internacional una alternativa de política para la erradicación de los cultivos ilícitos con base en un desarrollo alternativo que ofrezca a la población campesina involucrada hoy en cultivos ilícitos, una salida estable a sus problemas económicos y sociales, reemplazando los cultivos ilegales por empresas comerciales, mineras, agrícolas, agroindustriales y de servicios, dotadas de la infraestructura necesaria que les permita competir adecuadamente en un mundo de economía globalizada.

Colombia espera poder financiar conjuntamente con los países que de una u otra forma se ven conectados a la cadena del negocio de la droga, la infraestructura del proyecto y espera, así mismo, vincular capital privado, nacional y extranjero, a las empresas económicamente productivas para que incorporen tecnologías de avanzada y nuevos capitales.

Señora Presidenta y honorables Miembros del Parlamento Europeo:

Yo les deseo, en nombre del pueblo colombiano, los mejores éxitos en la ampliación y profundización de la democracia europea. Ustedes representan a quienes han optado por la vida, por la paz y por la defensa de los derechos humanos; ustedes son expresión de quienes creen en la democracia, en la libertad y en un medio ambiente sano para las próximas generaciones. A ustedes corresponde liderar buena parte del acercamiento a las naciones que están construyendo para sí mismas la esperanza y anhelan que el tercer milenio las colme de realidades propicias.

Estoy aquí ante los representantes de la democracia europea diciéndoles con claridad que yo he apostado a la paz; yo he ofrecido a la guerrilla una paz con dignidad y con seguridad. Necesitamos para vivir en paz de un gran acuerdo nacional respaldado por la comunidad internacional.

Como demócrata y ante demócratas les digo hoy: Apuesten por la paz de Colombia. Hacerlo es invertir en humanidad y en perspectivas de desarrollo y de bienestar.

SOLUCIÓN A LOS PROBLEMAS POR MEDIO DEL DIÁLOGO Y EL CONSENSO

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en el acto de celebración del LIV aniversario de las Naciones Unidas
y en la presentación del Informe de Desarrollo Humano para Colombia.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 2 de noviembre de 1999.

Sean mis primeras palabras para agradecer al sistema de Naciones Unidas en Colombia, por la amable invitación formulada para asistir a este importante acto de conmemoración.

Celebramos una vez más el Aniversario de las Naciones Unidas, en medio de grandes expectativas e incertidumbres sobre el rumbo de la humanidad. Es una oportunidad, ya en los albores del nuevo milenio, para reflexionar sobre el pasado de la ONU y pensar sobre su futuro.

Colombia fue miembro fundador de la Organización y como tal suscribió su carta original de constitución. En la negociación de la misma, nuestra participación fue particularmente activa e influyente. Llevamos la voz de los países latinoamericanos sobre algunos de los temas que se incorporaron finalmente en la Carta de San Francisco, y tuvimos la Presidencia de la Comisión Preparatoria de la Primera Asamblea General de la ONU, reunida en Londres en 1945.

En el patrimonio de la ONU reposan importantes aportes colombianos. Basta señalar el reconocimiento de las Naciones Unidas a los organismos regionales y el principio de buena fe en el cumplimiento de los tratados, incorporados ambos en la Carta de la ONU por iniciativa de Colombia. El perfil de Colombia ha tenido un especial realce, gracias a su tradición jurídica de respeto al derecho.

No cabe duda de que la última mitad del siglo XX hubiera sido diferente sin la creación de las Naciones Unidas. Este esfuerzo mancomunado, después de la tremenda hecatombe que significó la Segunda Guerra Mundial, se ha traducido en realizaciones tangibles y nos ha servido de estímulo permanente en la búsqueda del progreso, la justicia y la igualdad entre los Estados.

Hemos sembrado muchas esperanzas, aún latentes, y sueños por cumplir. La Organización ha podido desplegar una acción continua en favor de la solución pacífica de los conflictos. Principios fundamentales de la ONU como la no intervención en los asuntos domésticos, la libre determinación de los pueblos y la igualdad soberana de las naciones constituyen todavía pilares irrenunciables de las relaciones entre los Estados.

El camino recorrido por las Naciones Unidas ha sido largo, con avances y retrocesos. Uno de los cambios más notorios, durante su existencia, ha sido la creación de una nueva cultura política hacia la solución de los grandes problemas del mundo: La cultura de la participación democrática de todas las naciones, la tolerancia y el respeto al derecho internacional.

La Organización le ha enseñado a la comunidad internacional a discutir los problemas de manera amistosa, a buscar soluciones por medio del diálogo y el consenso. Este es el multilateralismo que Colombia promovió desde la creación misma de las Naciones Unidas. Hoy, gracias a la defensa constante de estos principios, los pueblos del mundo saben y aceptan que los problemas no podrán ser resueltos de manera legítima y eficaz, sino mediante la acción multilateral y concertada.

Uno de los mayores desafíos para el desarrollo humano, que la ONU deberá encarar a comienzos del siglo XXI, será el de asegurar que los beneficios de los mercados globales sean equitativamente compartidos y que el proceso de globalización e interdependencia se impulse en función de los pueblos.

Caracterizada por la disminución cada vez más notoria del espacio, de las distancias y del tiempo, así como por la desaparición de barreras que antes parecían infranqueables, la globalización ha abierto oportu-

tunidades sin precedentes. Pero aún no es clara su repercusión social, en particular sobre los grupos más vulnerables de la población. La globalización ha intensificado algunos factores adversos para la seguridad humana, entre ellos la delincuencia transnacional, la corrupción, la volatilidad financiera, la contaminación del planeta y la marginalización.

Por ello, nuestro principal reto será orientar ese proceso de modo de asegurar una mayor equidad social y corregir los factores de inestabilidad, pero al mismo tiempo, permitir que su potencial productivo y de progreso pueda aprovecharse plenamente. Si logramos que los sorprendentes y continuos hallazgos en las telecomunicaciones, la tecnología de la información y la biotecnología moderna se dirijan a atender las necesidades de la población, le habremos brindado un gran servicio a la humanidad y la globalización habrá alcanzado su máxima legitimidad y valor social.

Frente a la compleja realidad de los problemas globales, la única respuesta efectiva que puede esperarse es la búsqueda de soluciones globales, dentro de un enfoque actualizado de solidaridad y cooperación internacional. Ningún país actuando individualmente, por poderoso que sea, está en capacidad de resolver los nuevos y agobiantes problemas.

Colombia siempre apoyará la definición de estrategias realistas y concertadas para propiciar la paz y el progreso, acudiendo a la solución negociada de las confrontaciones. Nuestro país tiene la firme convicción de que el fortalecimiento del multilateralismo es la única salida política eficaz y legítima para que la comunidad internacional pueda encarar con éxito los grandes retos del futuro.

Creemos en la necesidad imperiosa de pasar a una nueva fase del multilateralismo, una en la cual el objetivo fundamental sea el ser humano y en la que se brinde amplia participación a los nuevos actores internacionales. Es decir, un multilateralismo creador y humanizado. Frente a la lógica del enfrentamiento y la confrontación debemos anteponer la lógica de la diplomacia, la corresponsabilidad y la solidaridad.

En ese sentido, la cooperación internacional en todos los campos, pero en especial en las esferas económicas y sociales, y en la promoción de

condiciones de progreso y desarrollo, resulta fundamental y debe convertirse en una meta principal dentro del proceso de reforma de la ONU.

Quiero destacar el importante papel que desempeña el sistema de Naciones Unidas en Colombia. Hace diez años, cuando me desempeñaba como Alcalde de Bogotá, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, contribuyó positivamente al mejoramiento de la calidad de vida de los bogotanos, en proyectos como la campaña contra la drogadicción, el Plan de la Troncal de la Avenida Caracas y el Sistema Integrado de Información Geográfica del Catastro, entre otros varios. Hoy, como Presidente, he podido ratificar el esencial aporte que realiza todo el Sistema en todas las áreas de la vida nacional, aporte y esfuerzo que constituyen un compromiso para el Gobierno.

Su visión de conjunto y el enfoque integrado de sus análisis sobre la realidad colombiana ofrecen una valiosa herramienta para abrir nuevos espacios de cooperación con la Organización y para que ese trabajo conjunto se materialice en posibilidades de desarrollo económico y social en nuestro país.

Las propuestas contenidas en el Informe de Desarrollo Humano para Colombia 1999 estimularán un diálogo abierto, a través del cual podremos identificar acciones sobre los problemas que enfrenta nuestra sociedad, en particular aquellas que requieran el apoyo de la comunidad internacional. Invito al sistema de Naciones Unidas en Colombia a que trabajemos de la mano en el propósito de contribuir a lograr los sueños de convivencia y bienestar de los colombianos.

Debo señalar mi coincidencia con lo expresado en el Informe, en el sentido de que el problema de la violencia es también un problema social y económico que afecta nuestras posibilidades de desarrollo. Pero más importante aun es el énfasis que debe darse a las acciones dirigidas a suprimir las causas objetivas de ese fenómeno. La búsqueda de la paz constituye, por ello, la máxima prioridad de mi gobierno. Vamos a perseverar en ese empeño, para lograr la paz, no a cualquier precio, sino como una paz auténtica que conduzca al fortalecimiento de nuestra democracia y a una mayor justicia social.

La construcción de la paz en Colombia requiere el concurso de la comunidad internacional, incluidos los organismos multilaterales, como un canal necesario para la movilización de recursos que complementen los esfuerzos del Gobierno orientados a la redención económica y social de los sectores más afectados de la población.

Quiero, en ese sentido, resaltar la receptividad que hemos encontrado en las Naciones Unidas, y en particular en el Secretario General de la Organización, para colaborar con los esfuerzos del Gobierno a través del Plan Colombia. Esperamos que el *modus operandi* para esta colaboración sea definido prontamente, con el objeto de impulsar acciones conjuntas alrededor de los distintos componentes económicos y sociales del Plan.

Estoy seguro de que esta conmemoración servirá de estímulo e inspiración para continuar fortaleciendo la cooperación de Naciones Unidas en Colombia. Y para que esta importante Organización continúe brindando su contribución a los esfuerzos dirigidos a esos millones de colombianos que anhelan un país justo, próspero y en paz.

**COSTA RICA Y COLOMBIA, DOS PUEBLOS
QUE SE IDENTIFICAN TANTO EN
LOS INTERESES COMO EN LOS PRINCIPIOS
QUE RIGEN SUS MÁS ALTOS DESIGNIOS**

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la cena ofrecida en honor del presidente de la República
de Costa Rica, Miguel Ángel Rodríguez Echeverría.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 14 de diciembre de 1999.

¡Hoy es un día de júbilo en las relaciones siempre cordiales entre Costa Rica y Colombia! Porque hoy tenemos el honor y el gusto de contar como invitados a esta tierra de flores y café al excelentísimo señor presidente de Costa Rica, el doctor Miguel Ángel Rodríguez Echeverría; a su distinguida esposa, doña Lorena Clare de Rodríguez, y a su selecta comitiva.

Señor presidente Rodríguez Echeverría: Hoy no sólo ha llegado a un país amigo y a un país hermano en las causas de la democracia y los derechos humanos, sino que ha regresado a la tierra de sus ancestros, a la que lo vinculan lazos de afecto y de sangre.

Esta es la misma patria de sus abuelos, don Hermógenes Rodríguez y doña Ana Támara Herazo, quienes salieron un día de la cálida y alegre Sinclejo para encontrar, como muchos otros compatriotas, un segundo hogar en las amables tierras de Costa Rica. Usted, señor Presidente, lleva en su sangre el latido amoroso de Macondo, el eco de los porros y las cumbias sabaneras y el tropical bullicio de las corralejas. ¡Sea, pues, bienvenido a su casa!

Hoy mismo, señor Presidente, usted y yo presenciamos como testigos de excepción un hecho trascendental en la historia de América y en la confirmación de la vigencia del Derecho Internacional, como lo fue el

acto formal de entrega del Canal Interoceánico por parte de los Estados Unidos a nuestra vecina común, la República de Panamá.

Este evento resulta altamente significativo porque es la manifestación más concreta de la efectividad y vigencia del Derecho Internacional y de la importancia del cumplimiento de la palabra empeñada en los tratados entre las naciones.

Costa Rica y Colombia son y han sido siempre abanderadas del imperio del Derecho Internacional, como el medio más efectivo para regular pacíficamente la relación entre los pueblos. Nosotros defendemos con igual convicción los postulados de la igualdad soberana, la no intervención en asuntos internos, la solución pacífica de las controversias internacionales y el cumplimiento de buena fe de los tratados.

El acto que hoy presenciamos en Panamá ratifica nuestra confianza absoluta en la primacía del Derecho sobre la fuerza. *Pacta sunt servanda* es más que un aforismo en latín: Es la garantía de la paz y la estabilidad mundial!

Hace un cuarto de siglo, mi padre, el presidente Misael Pastrana Borrero tuvo la misma feliz oportunidad que hoy yo tengo de recibir a su homólogo costarricense, que era en ese tiempo el doctor José Figueres, el mismo que tuvo el valor histórico de disolver el ejército y convertir los cuarteles en museos.

Entonces mi padre dijo: "El pueblo colombiano profesa un profundo afecto por Costa Rica, por lo que nos ha identificado en un pasado común y, además, porque sabemos que esa gran Nación fundamenta su nacionalidad y su personalidad sobre elevados valores morales y, especialmente, sobre su gran civismo democrático. Somos dos pueblos identificados en esa permanente lucha por la defensa de los derechos humanos, que constituyen las raíces mismas de nuestra organización civil y política".

Y así es: Costa Rica y Colombia son dos pueblos que se identifican no solo en sus intereses sino también, y por sobre todo, en los principios que rigen sus más altos designios.

Vemos en Costa Rica una tierra de paz y de progreso. Una nación comprometida, más que ninguna, con la democracia y con los derechos humanos.

No por nada es Costa Rica, desde los tiempos del llamado Maestro de la Democracia, José María Castro, una de las democracias más sólidas del continente, con altos índices de desarrollo humano, de salubridad y de alfabetización.

Recordemos que el mismo José María Castro fue quien nos enseñó que "la libertad sin educación es ilusoria y la idea de libertad sin poder o, lo que es lo mismo, sin ilustración o ciencia, parece un absurdo manifiesto".

No es gratuito tampoco que sea la Convención de San José, cuyos 30 años acabamos de celebrar, la Carta de Derechos Humanos de nuestro continente, y que sea Costa Rica la sede de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. ¡Su país, señor presidente Rodríguez, se ha ganado con justicia un puesto en la historia de las mejores virtudes americanas!

Llega usted, señor Presidente, a una nación que hoy está comprometida en la búsqueda de una paz interna, bajo el liderazgo que asumí en cumplimiento del mandato que me otorgaron millones de colombianos.

El apoyo de países amigos y respetuosos como Costa Rica a este proceso es muy significativo para Colombia. Por eso quiero agradecerles a usted y a los demás presidentes de los países que componen el Sistema de la Integración Centroamericana, SICA, la declaración de respaldo al proceso de paz colombiano que produjeron hace poco más de un mes en Ciudad de Guatemala.

Colombia y América Central han sido siempre aliadas en el tema de la paz. En la década del ochenta, el Grupo de Contadora, liderado con entusiasmo por nuestro presidente Belisario Betancur, cumplió una misión preponderante en la búsqueda de una solución pacífica para la América Central. Óscar Arias Trujillo, el entonces presidente de Costa Rica, habría de recoger las banderas de Contadora y de lograr finalmen-

te un consenso de pacificación entre los mismos países centroamericanos, que culminó felizmente en el Acuerdo de Esquipulas.

Son esos desafíos de la paz los que hoy estamos afrontando con decisión y vocación de patria, y con el apoyo fraternal de Costa Rica. Su logro es un objetivo nacional y también un compromiso mundial.

Para llevar a cabo este cometido, Colombia está postulando para ocupar un escaño, en calidad de miembro no permanente, en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Por ello quiero agradecer muy especialmente el apoyo que nos ha ofrecido Costa Rica a esta candidatura. ¡Tenga usted la seguridad, señor Presidente, de que mantendremos en alto los principios e intereses de la América Latina, tal como lo hizo su país cuando ocupó esta misma dignidad en el periodo 1996-1997!

Costa Rica, que hace 50 años disolvió sus Fuerzas Armadas, es hoy un adalid del desarme y de la desmilitarización, promoviendo la creación de un Fondo Para la Desmilitarización de Centroamérica y ratificando su confianza en la acción multilateral, como medio idóneo de promover la seguridad regional y global. Desde Colombia observamos con interés y optimismo estos esfuerzos, que cuentan con toda nuestra solidaridad.

En el campo multilateral, Costa Rica y Colombia tenemos muchos frentes donde trabajar en armoniosa cooperación.

Somos ambos países miembros de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos; coincidimos en las Cumbres Iberoamericanas y Hemisféricas; somos socios en el Banco Centroamericano de Integración Económica, y hoy, además, compartimos un propósito común en la Asociación de Estados del Caribe y en el Grupo de Río, al cual hace poco se vincularon individualmente los países centroamericanos, por lo cual me congratulo.

Cuenta, Señor Presidente, con el compromiso colombiano de hacer más eficaz y positiva la acción de este Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política, ahora que nos aprestamos a asumir su Secretaría Pro-Témpore en el año 2000.

Tenemos muchas materias que tratar y sobre los cuales avanzar en esta propicia visita suya, señor presidente Rodríguez:

Usted y yo hemos declarado una guerra sin cuartel contra las drogas ilícitas y la corrupción en nuestros países, en la cual es fundamental la cooperación internacional y binacional, tanto en el campo de la interdicción como en el campo del control del lavado de activos y del tráfico de insumos para la producción.

Costa Rica es un país comprometido como ninguno con el medio ambiente y en esa lucha también somos aliados. Por ello, debemos incrementar nuestros esfuerzos de cooperación tendientes a la investigación científica y a la preservación y explotación racional de los recursos naturales existentes en las áreas marítimas colindantes entre nuestros Estados.

En el campo del turismo, por otro lado, tenemos mucho que trabajar conjuntamente, para incrementar el flujo de viajeros entre nuestros países, incluyendo programas de ecoturismo. El reciente Memorando de Entendimiento en materia aeronáutica es un paso adelante en el propósito de unir cada vez más nuestros pueblos y nuestros productos.

Son varios, pues, los temas que nos unen y ninguno el que nos separa, como ocurre con los buenos amigos. Por eso convocaremos para el primer semestre del año próximo la segunda reunión de la Comisión Binacional y la primera reunión de la Comisión Mixta prevista en el Convenio de Cooperación Técnica y Científica que nos vincula.

¡Así seguiremos avanzando juntos por la senda del progreso, la democracia, la juridicidad, la cooperación y el respeto a los derechos humanos!

Señor presidente Rodríguez Echeverría:

Usted representa con altura un pueblo muy querido por los colombianos, por su hospitalidad con los extranjeros y su ejemplo de convivencia.

Costa Rica se precia, con razón, de ser un país donde hay más maestros que soldados, donde las armas se cambiaron por los libros, donde pre-

domina un acendrado civismo y una sociedad pluralista y participativa, y donde la vida florece cada día en sus parques naturales, en sus bellas playas y en sus imponentes volcanes.

Porfirio Barba Jacob, ese gran poeta colombiano de la primera mitad del siglo XX, quien fue siempre un enamorado de la América Central, donde vivió y terminó sus días, tuvo su primer encuentro con esa tierra amistosa en Costa Rica, un país que lo sorprendió gratamente por su índole pacífica.

Por ello, quiero terminar esta intervención saludando en usted, en su digna esposa y en todos los amigos costarricenses que nos acompañan, a un pueblo hermano y solidario; brindando por nuestra amistad y por la felicidad de Costa Rica, y recordando las palabras inspiradas del poeta:

"Nuestro ideal hispanoamericano es el de una comunión con el destino continental para el esfuerzo hondo y puro de la vida; el de una dilatación augusta del espíritu; el de un ritmo humano nuevo; el de un nuevo coro de la más profunda tonalidad que haya resonado en la historia".

¡Salud!

Permítanme apartarme un poco del protocolo usual en actos como éste, para proponerles un segundo brindis muy significativo. Hoy se cumple una fecha muy especial en la vida del señor presidente Rodríguez y su esposa, doña Lorena Clare. Hoy celebran un año más de feliz matrimonio, el cual, por virtud del destino, lo vienen a festejar aquí entre sus buenos amigos colombianos. ¡Levantemos, pues, de nuevo nuestras copas para brindar por la felicidad de esta querida pareja!

¡Salud!

FIRME COMPROMISO DE COLOMBIA EN LA PRESERVACIÓN Y FORTALECIMIENTO DE LAS RELACIONES MULTILATERALES

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
durante el saludo al Cuerpo Diplomático acreditado en el país.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 16 de febrero de 2000.

Estimados embajadores, señores representantes de organismos internacionales acreditados en Colombia y amigos:

Al darles la bienvenida a esta Casa de Nariño quiero agradecer a los señores embajadores y jefes de misión su presencia en esta ceremonia de saludo del Honorable Cuerpo Diplomático al Presidente de la República.

Reciban todos ustedes, los gobiernos, los pueblos y los organismos internacionales que representan, nuestros más sinceros votos por el éxito, el bienestar y el progreso en el año 2000.

El mundo entero celebró con júbilo el advenimiento del nuevo milenio. En todas las latitudes, en todos los idiomas, la noche de Año Nuevo se convirtió en la más espontánea y grandiosa celebración de la fraternidad universal. Naciones con diferentes formas de medir el tiempo y dividir la historia, con distintos calendarios y visiones del mundo, se unieron esa noche para recibir el tercer milenio con la más inmensa fiesta que se haya realizado en la historia de la humanidad: una celebración de nuestra unidad como raza humana, una impresionante y multitudinaria manifestación de esperanza en un mejor futuro.

El cielo colombiano, como el de todo el mundo, se vistió con las luces de los juegos pirotécnicos que iluminaron esa noche las ciudades y los

campos, las murallas de Cartagena, las orillas de los ríos en nuestras montañas y llanos. En el corazón de cada colombiano destelló la esperanza de recuperar la paz con justicia social, consolidar la convivencia ciudadana y la reconciliación, y construir una Nueva Colombia, fundada en una ética del respeto a la dignidad humana.

El pueblo y el gobierno colombianos tienen muchas razones para comenzar el milenio con optimismo. La recuperación de una de las más difíciles crisis que ha atravesado la economía colombiana en su historia comienza a hacerse realidad. El viejo anhelo de lograr la paz, de dejar definitivamente atrás un conflicto que ha azotado al país durante muchos años, adquiere renovado impulso al comenzar la nueva centuria. A la firme determinación con que a lo largo de mi gobierno hemos buscado el camino de la paz, a la agenda común acordada el año pasado con las Farc-Ep, y a la tregua unilateral que, como acto de buena fe y respondiendo a un llamado del Presidente, realizó esa organización guerrillera durante la época de navidad y año nuevo, se vino a sumar la continuación de las negociaciones durante el mes de enero con renovado impulso. Es por eso que hoy, más que nunca, cada colombiano está convencido de que es posible acallar los fusiles y hacer la paz.

Contamos para ello con el más firme apoyo y la total solidaridad de todos los pueblos, gobiernos y organismos internacionales del mundo, quienes han acogido con generosidad e interés las tareas emprendidas en el marco de la diplomacia para la paz para concretar mecanismos y aspectos en los que la comunidad internacional pueda contribuir a nuestros esfuerzos.

El viaje a Europa de algunos voceros del Gobierno, de la insurgencia y de sectores representativos de la sociedad colombiana a fin de conocer de primera mano el funcionamiento de las instituciones políticas, económicas y sociales de diversos países, el cual ha representado un importante activo no sólo para el acercamiento entre las partes sino también para la credibilidad del proceso, ha sido posible gracias al apoyo y colaboración de los países visitados. A ellos, y en general a todos los Estados y organismos internacionales aquí representados, que de una u otra forma han manifestado y hecho efectivo su respaldo al proceso

de paz y al Plan Colombia, quiero expresarles el sincero agradecimiento del pueblo y del gobierno colombiano.

Por otra parte, dentro del esfuerzo de alcanzar una paz justa y duradera para Colombia, venimos realizando contactos directos con el Eln, con quienes avanzamos en la búsqueda de mecanismos que permitan la realización, lo antes posible, de la Convención Nacional y del diálogo bilateral. Confío en que lograremos muy pronto convenir el lugar y las garantías para poder desarrollar estos propósitos.

El compromiso de mi gobierno en el tema de la paz, con el firme respaldo de la comunidad internacional, implica el gran reto de llevar a cabo un proceso de diálogo directo con la insurgencia y la realización de las profundas transformaciones políticas, económicas y sociales que requiere la Colombia próspera, pacífica y más igualitaria que queremos construir. Una Colombia cuya economía tenga como objetivo primordial asegurar la igualdad de oportunidades y la justicia social. Una Colombia que no tolere violación alguna de los derechos humanos y que combata con todo el rigor de la ley a quien actúe al margen de la legalidad.

Entre los esfuerzos que adelanta el Gobierno Nacional por humanizar el conflicto merecen mención especial la sanción de la ley que aprueba la Convención de Ottawa "sobre la prohibición del empleo, almacenamiento, producción y transferencia de minas antipersonales y sobre su destrucción", así como de la Ley 548 de 1999, que prohíbe la incorporación a las filas de las fuerzas militares de menores de 18 años. No vamos a permitir que las minas antipersonales sigan mutilando y asesinando inocentes ni que los menores colombianos sigan sirviendo de carne de cañón en el enfrentamiento bélico.

Por ello quiero enfatizar en lo siguiente: el Derecho Internacional Humanitario, con el cual nos encontramos identificados, no es obligación únicamente del Gobierno Nacional, sino que lo es también de todas las fuerzas que hacen parte de un conflicto armado. Invito a la insurgencia a seguir el ejemplo de las legítimas fuerzas de seguridad del Estado, destruyendo las minas antipersonales que tengan en su poder o que hayan sembrado en los campos colombianos. Los exhorto a parar de

reclutar menores de edad y a abandonar la demencial estrategia de destruir la infraestructura física y energética del país en detrimento de toda la población. Si pretenden luchar por los intereses del pueblo, la mejor muestra de ese interés sería dejar de amenazar, mutilar y asesinar a ese mismo pueblo con actos terroristas que han merecido el repudio nacional e internacional.

Señores embajadores:

Ustedes han sido testigos de excepción de la nueva proyección internacional que Colombia ha adquirido durante mi gobierno. Sobre la base de la larga tradición de posiciones compartidas en las áreas política, económica y cultural, estamos llevando a cabo una activa política exterior que se desarrolla en distintos escenarios geográficos.

Como país andino nos hemos propuesto profundizar la integración subregional, otorgándole una dimensión social y cultural, así como diseñando una política exterior común para la Comunidad Andina.

Colombia asumió el mes pasado la Secretaría pro t mpore del Grupo de Río, el mecanismo informal de concertación política más importante de América, y desde esta posición promoveremos su fortalecimiento y su consolidación como actor en el escenario mundial, incrementando la presencia del Grupo en los foros internacionales.

Temas críticos de la agenda global, como el problema mundial de las drogas ilícitas, la inaplazable defensa del medio ambiente, la protección de los derechos humanos y la búsqueda de una estabilidad financiera internacional, requieren el concierto de las naciones a través de mecanismos multilaterales que posibiliten encontrar soluciones conjuntas. De ahí el firme compromiso de Colombia con la preservación y el fortalecimiento del multilateralismo, como el medio idóneo para afrontar los grandes desafíos de la humanidad.

Las relaciones económicas entre las naciones deben basarse en parámetros de libertad y de equidad. Por eso rechazamos los nuevos proteccionismos, que no solo van en contravía de los compromisos multilaterales pactados en la Organización Mundial del Comercio, sino que afectan

indebidamente los legítimos esfuerzos de las economías en desarrollo, para alcanzar mejores condiciones de vida y más y mejores empleos para su gente.

Estimados embajadores, señores representantes de organismos internacionales acreditados en Colombia y amigos:

Colombia agradece el firme apoyo que ustedes, sus ilustrados gobiernos y los organismos internacionales le han dado a la solución negociada del conflicto interno que atraviesa el país. Su solidaridad con el proceso de paz merece el reconocimiento del pueblo y del gobierno de Colombia. Ahora, cuando nos disponemos a presentar los proyectos que incluye el Plan Colombia para la consecución de apoyo financiero de la comunidad internacional en el Grupo Consultivo, requerimos más que nunca su apoyo y colaboración. Solo así estaremos en condiciones de asegurar el éxito de la Mesa de Aportantes que realizaremos en Madrid hacia mediados del año en curso. Contamos con ustedes en la certeza de que la solución del conflicto colombiano interesa al mundo, tanto por el aporte a la seguridad internacional que representa una Colombia en paz, como por el significativo avance que la paz del país representaría para la lucha que libra la humanidad contra el flagelo de las drogas ilícitas.

A ustedes, a su discreción y respeto por el principio de la no intervención, a su permanente disposición para colaborar en el logro de la paz para Colombia, se debe en buena medida el éxito que ha tenido el proceso iniciado y la diplomacia para la paz que hemos venido adelantando.

Sus voces de apoyo y solidaridad constituyen para mi pueblo y para mi gobierno un formidable estímulo para seguir adelante en la búsqueda de la paz.

Al reiterarles mi sincero agradecimiento y exhortarlos a seguir apostándole al futuro de Colombia, quiero decirles que con amigos como ustedes, como los gobiernos y organismos internacionales que representan, Colombia ya se siente acompañada en el escenario internacional.

**IMPERATIVO DE LOS NO ALINEADOS:
IMPULSAR UN ORDEN INTERNACIONAL
INSPIRADO EN EL RESPETO
DE LOS DERECHOS HUMANOS**

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la ceremonia de apertura de la Decimotercera Conferencia Ministerial
del Movimiento de Países no Alineados*

Cartagena de Indias, Bolívar, 8 de abril de 2000.

Señoras y señores:

Cartagena de Indias, ciudad llena de historia y de leyendas y punto de encuentro de los hombre y mujeres del mundo entero, los acoge nuevamente con el cariño del pueblo colombiano –en cuyo afortunado suelo depositó el creador infinidad de cosas de la mayor admiración– y les da la bienvenida a esta conferencia ministerial.

Quiero para comenzar destacar el liderazgo ejercido por Sudáfrica en su condición de presidente del Movimiento de los no Alineados, y extender nuestro reconocimiento al presidente Thabo Mbeki y su ministra de Relaciones Exteriores.

Señores ministros y jefes de delegación:

Esta Conferencia Ministerial es la primera conferencia de los Países no Alineados en el nuevo milenio. Es una oportunidad única para repasar las ejecutorias del Movimiento y desplegar nuestra voluntad colectiva frente a los desafíos del futuro.

Al terminar la guerra fría, se inició un período en el que un nuevo espíritu de cooperación prometía una era de paz y prosperidad en el mundo. Durante el decenio pasado, se abrieron posibilidades sin prece-

dentes, pero surgieron conflictos de intereses nacionales y nuevas tensiones, problemas y amenazas. Todavía no ha sido posible establecer las condiciones necesarias para un mundo seguro, estable, regulado, y por lo tanto, predecible.

Desde cuando se produjera el colapso del mundo bipolar, intelectuales y líderes políticos han venido esforzándose por encontrar un paradigma que refleje las realidades del orden naciente. Ha resultado claro, en esta era de la postguerra fría, que el mundo se encuentra en un período de transición política y, como tal, está caracterizado por riesgos, desequilibrios e incertidumbres. Pero es también un período de oportunidades y desafíos.

Nuestro imperativo histórico es impulsar un orden internacional cuyo fundamento esencial sea una normatividad que emane de la participación democrática de todos los Estados en la toma de decisiones sobre los temas fundamentales de la agenda global. Un orden inspirado en el respeto a los derechos humanos y en la plena aplicación de los principios del Derecho Internacional Humanitario. Un orden cimentado en la consolidación de un sistema imparcial de seguridad colectiva. Uno en el que la solución pacífica de las diferencias sea la regla de oro y no la excepción. Aquel donde las organizaciones intergubernamentales de carácter universal sean actores centrales de la historia.

Es nuestro derecho y nuestro deber participar activamente y en pie de la igualdad en la definición de un orden global, que recoja las aspiraciones e intereses de nuestros países en desarrollo. Un ordenamiento que logre regular la globalización tendrá que atender los máximos desafíos que enfrenta la humanidad: la reducción de la pobreza extrema; los preocupantes riesgos ambientales que sufre el planeta, la marginalización de vastos sectores de la población mundial; la existencia mortífera de las armas nucleares, químicas y biológicas; las amenazas globales a la salud humana; los desastres naturales; las violaciones de los derechos humanos; las garantías fundamentales de los ciudadanos y el problema mundial de las drogas ilícitas, entre otros.

Cuando aún estamos en el despertar del nuevo siglo, es conveniente preguntarnos qué tipo de Movimiento somos, cuáles son nuestros de-

rroteros. Cómo lograr que el Movimiento sea una agrupación dinámica e interactiva y con una influencia visible en los asuntos mundiales.

Con el fin de la guerra fría, algunos se apresuraron a predecir la desaparición de nuestra agrupación. No deja de ser significativo que diez años después mantenga su plena vigencia y vitalidad.

Se avizora un mudo unipolar y una peligrosa tendencia hacia actuaciones que se desarrollan fuera del máximo foro mundial, e inclusive al margen del Consejo de Seguridad, como órgano supremo, encargado de velar por el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales.

No se trata de continuar el debate sobre la vigencia o validez de nuestro Movimiento. Esa es una discusión superada. La cuestión verdaderamente relevante debe referirse al papel del Movimiento en la configuración y orientación de la nueva agenda internacional. Representamos la abrumadora mayoría en las Naciones Unidas. De hecho, nuestra agenda ocupa la mayor parte de las tareas de la Organización.

Infortunadamente, no son siempre nuestros puntos de vista los que cuentan. Muchas veces nos encontramos con fórmulas prescritas de antemano. No pocas veces nos limitamos a reaccionar. Mientras tanto, se siguen estableciendo nuevas normas y orientaciones vitales para nuestro futuro y sin la visión de nuestras sociedades. Resulta apremiante para el Movimiento examinar cuidadosamente las implicaciones de estos desarrollos.

El Movimiento debe ser una agrupación pro-activa en la configuración de la agenda global política y económica. El rápido ritmo de la globalización y los desafíos del multilateralismo no nos dejan otra opción. Si queremos ser parte de los vientos de cambio –en lugar de dejarnos arrastrar por ellos–, es necesario fortalecer nuestra presencia, impulsando una agenda que busque resultados prácticos.

Señores jefes de delegación, señores delegados:

Una oportunidad valiosa en tal sentido nos la brinda la Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas que se celebrará en el mes de septiem-

bre. Debemos aprovechar la Cumbre para impulsar la definición de un nuevo modelo de cooperación internacional que sirva de base a un orden global más humano, con mayor justicia económica y social, y en el que cada nación pueda desarrollar libremente su potencial.

El Movimiento debe consolidar su posición sobre la naturaleza y alcance de la Cumbre, a fin de que ella resulte efectiva y fructífera. Debe ser una instancia para que los líderes del mundo desarrollen un diálogo relevante y constructivo, y para abordar una discusión seria y a fondo sobre el futuro de las Naciones Unidas y el futuro del mundo. Esta Conferencia nos brinda la oportunidad de avanzar en esa reflexión.

Señores ministros, señores delegados:

Una de las cuestiones centrales en las que, a decir verdad, se carece aún de una respuesta completa por parte del Movimiento es cómo encarar los desafíos de la globalización.

Esa carencia resulta más notoria ante los riesgos de marginalización que se presentan para los países en desarrollo.

En ese contexto, resulta crucial examinar el impacto de la globalización sobre el tejido social en nuestros países. Y la puesta en marcha de modelos de desarrollo centrados en el ser humano, dentro de un ámbito como el actual, de rápida liberalización comercial y financiera. El Movimiento debe impulsar la definición de estrategias de desarrollo de largo plazo en las que todos los países, independientemente de su tamaño, tengan un espacio abierto y libre que les permita convertirse en actores significativos del nuevo orden económico.

Otro de los retos por resolver corresponde a la compatibilidad entre los principios y valores de la soberanía nacional y el manejo de la globalización. ¿Cómo conciliar la defensa de la democracia y de los derechos humanos, las nuevas necesidades de la paz y la seguridad internacional, la liberalización comercial y de las inversiones, la conservación del medio ambiente y la lucha contra las amenazas emergentes, con el principio de la no intervención, la soberanía de los Estados y

otros valores del derecho internacional? El Movimiento debe otorgar una atención prioritaria al examen y respuesta a estos interrogantes.

Distinguidos participantes:

La comunidad internacional ha enfrentado en los tiempos recientes desafíos sin antecedentes en el campo humanitario. Amplios sectores de población han sufrido el devastador efecto de los desastres naturales y las situaciones de conflicto. Colombia comparte la preocupación legítima de la comunidad internacional y las organizaciones internacionales, ante la magnitud y frecuencia de esas emergencias. Ellas representan un reto a la solidaridad humana y exigen respuestas adecuadas.

El Movimiento debe promover una discusión franca y abierta en torno de estos temas por parte de las instituciones multilaterales. Cualquier orientación nueva de la asistencia humanitaria debe estar fundamentada en el respeto irrestricto a la Carta de las Naciones Unidas y a los principios del derecho internacional. Debe, además, estar inspirada en criterios básicos de neutralidad e imparcialidad.

Igualmente, en la medida en que se amplía la interpretación de la Carta sobre la intervención humanitaria, se amplían también las modalidades de la misma. Insistir en la necesidad de hacer énfasis en las medidas preventivas porque son menos costosas en vidas y en recursos que las acciones armadas debe ser un elemento básico de nuestra reflexión. En tal sentido recojo las palabras del secretario general de las Naciones Unidas, Kofi A. Annan. Es necesario reconocer también que toda intervención armada es en sí el resultado de una falla en la prevención. Cuando consideramos el futuro de la intervención, debemos redoblar nuestros esfuerzos para fortalecer nuestras capacidades preventivas, incluyendo las advertencias tempranas, la diplomacia preventiva, el desplazamiento preventivo y el desarme preventivo.

Las recientes experiencias muestran que el diálogo, la negociación y la creación de condiciones propicias para el desarrollo pueden coadyuvar efectivamente a superar las causas de los conflictos.

Esta visión debe complementarse con el respeto a los principios del Derecho Internacional Humanitario, como componente fundamental de

la asistencia humanitaria en casos de conflicto. Particular prioridad debe otorgarse a los grupos más vulnerables frente a las situaciones de confrontación.

El Derecho Internacional Humanitario es un elemento esencial para asegurar la sostenibilidad de los procesos de paz. Esa es justamente una de las premisas fundamentales que ha definido el Gobierno de Colombia en su política de paz. Es propósito principal del Gobierno seguir impulsando la humanización del conflicto interno mientras alcanzamos el objetivo final de eliminarlo completamente de nuestro territorio. Hemos exhortado a los actores de la confrontación, señalando que si el objetivo de su lucha tiene relación con los intereses del pueblo, la primera muestra de esa lucha debe ser el respeto total a la población civil. Porque la acción de consolidación de la paz supone, también, trabajar desde los inicios en la construcción de la sociedad posterior a los acuerdos de paz, en asuntos como el fortalecimiento de los Derechos Humanos, la reconstrucción y consolidación de las instituciones políticas y la atención humanitaria a las víctimas inocentes de los conflictos.

Precisamente, es en el marco del fortalecimiento de nuestras instituciones democráticas donde presenté al pueblo colombiano recientemente una propuesta de Referendo para depurar la forma de ejercer la política, apelando a la decisión soberana de los colombianos, dentro de los mandatos de la Constitución. Nuestras naciones deben transitar siempre la senda de la institucionalidad, y eso es lo que está haciendo Colombia, apegada a sus más caras tradiciones jurídicas y democráticas.

Distinguidos delegados:

En el corazón de cada colombiano se alberga ahora la esperanza de recuperar la paz y consolidar la convivencia ciudadana y la reconciliación. Hemos avanzado en año y medio lo que fue impensable durante muchos años. Ha comenzado un proceso de negociación con las Farc-Ep, el más antiguo y numeroso grupo insurgente. Hemos fijado de común acuerdo una agenda. Los negociadores han iniciado el análisis sobre los temas económicos y sociales. Hemos propiciado y estimulado la más amplia participación ciudadana, a través de un comité temático que procesará las inquietudes presentadas por los ciudadanos y

por las distintas agrupaciones sociales. Con el grupo insurgente Eln hemos sostenido diálogos que esperamos nos permitan iniciar una negociación. Desde luego que el camino por recorrer es aún enorme. Pero existe ya entre nosotros el convencimiento de que también en Colombia es posible acallar los fusiles y lograr la paz. Ello implica el inmenso reto de consolidar el proceso de diálogo con la insurgencia y emprender las profundas transformaciones políticas, económicas y sociales que requiere Colombia para ser un país próspero, pacífico y con igualdad de oportunidades.

Debo reiterar ante ustedes, como actores prominentes que son de la comunidad internacional, que ningún grupo insurgente, ningún actor del conflicto armado en ninguna latitud, puede considerarse exento de la obligación de cumplir estrictamente las normas y principios del Derecho Internacional Humanitario. Su aplicación no depende de un estatus político: es un imperativo ético universal que vincula por igual a los Estados y a los distintos actores no estatales. Nadie puede sustraerse a este código ético, en ninguna actuación ni en ninguna circunstancia.

Un factor clave dentro de esos esfuerzos ha sido el apoyo y la solidaridad de los pueblos amigos, de los gobiernos y los organismos internacionales a la Diplomacia por la Paz. Colombia agradece ese respaldo, las múltiples voces de aliento y la cooperación por parte de la comunidad internacional. Ahora, cuando nos disponemos a profundizar aún más el proceso, requerimos más que nunca de ese apoyo político y de la tarea facilitadora de los países amigos.

Contamos con el Movimiento no Alineado y con los demás países y organismos aquí representados, en la certeza de que la solución del conflicto colombiano es también un asunto de interés para el mundo. Las expresiones de solidaridad y respaldo de los países miembros del Movimiento no Alineado constituirán un invaluable estímulo adicional para proseguir en la búsqueda de la reconciliación nacional.

Estimados amigos:

Otro de los grandes retos que debe abordar hoy la comunidad internacional es el flagelo de la corrupción. Lamentablemente éste es un cáncer

que ha penetrado profundamente todas las instancias del poder, atravesándose en el camino que deben recorrer nuestras naciones hacia el progreso y la justicia social.

El Referendo mediante el cual he convocado al pueblo colombiano interpreta justamente la voluntad de crear los mecanismos institucionales y las herramientas que nos permitan combatir eficientemente a los corruptos.

El fenómeno de la corrupción se ha extendido a muy diversos sectores de la actividad pública y privada. Pero el ejemplo entra por casa: la depuración la hemos comenzado desde el mismo poder ejecutivo y no nos detendremos hasta tener una Colombia de manos limpias.

Hoy los invito para que aunemos todos nuestros esfuerzos en esa inaplazable cruzada mundial por la transparencia.

Señores ministros y jefes de delegación, señoras y señores:

Quiero, por último, expresar mi agradecimiento y satisfacción por la gran acogida que ha tenido la realización de esta conferencia ministerial. La presencia de tan ilustres visitantes y la activa participación de los países miembros en las etapas preparatorias son garantía del resultado exitoso que todos esperamos.

Nuestra agrupación tiene ante sí un inmenso desafío y una lucha formidable por librar: impulsar la construcción de un nuevo orden en las relaciones internacionales, basado en la democracia y la equidad. Los Estados miembros, sin excepción, debemos aportar todo nuestro vigor a esa noble empresa.

Si juntamos nuestros esfuerzos alrededor de ese impostergable propósito, podremos marchar de una manera segura por la senda del nuevo siglo. Estoy seguro de que la capacidad política del Movimiento de Países no Alineados nos permitirá participar con fortaleza en el diseño de un ordenamiento mundial equitativo, transparente y solidario, que regule la globalización y contribuya a distribuir sus beneficios.

Como decía el escritor argentino Ernesto Sábato: "La solidaridad adquiere un lugar decisivo en este mundo acéfalo que excluye a los diferentes. Cuando nos hagamos responsables del dolor del otro, nuestro compromiso nos dará un sentido que nos colocará por encima de la fatalidad de la historia".

A PESAR DE LOS DUROS DESAFÍOS, LOS COLOMBIANOS SEGUIMOS TRABAJANDO POR UN FUTURO MEJOR

Conferencia "Colombia, un país con futuro", del presidente de Colombia, Andrés Pastrana Arango, en Lancaster House, organizada por Canning House y el Departamento de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña

Londres, Gran Bretaña, 13 de abril de 2000.

Me siento muy honrado al haber sido invitado a pronunciar en los albores del nuevo siglo la Canning Lecture, confiada en anteriores etapas a personalidades destacadas de las artes y de la ciencia. La sola mención de dos grandes hispanoamericanos, como Salvador de Madariaga y Jorge Luis Borges, demuestra con elocuencia el alto nivel académico de quienes me precedieron en esta cátedra.

Canning House ha sido desde hace 60 años el espacio natural que ha dado albergue a las manifestaciones de amistad entre el Reino Unido y las comunidades ibérica e iberoamericana en la Gran Bretaña.

Me llena de orgullo el que mi país haya tenido una política especial de acercamiento y apoyo a Canning House, traducida en realidades materiales y tangibles. El Salón Colombia, actualmente en funcionamiento en las instalaciones de Belgravia, es un símbolo de esa especial relación. Es también bastante significativo para mí, como Presidente latinoamericano, el que esta Institución lleve al nombre de George Canning, quien tanto hiciera por el surgimiento de nuestras naciones en el concierto de las sociedades libres y democráticas en las primeras décadas del siglo XIX.

El interés de Canning por fortalecer los lazos entre las nacientes repúblicas americanas y el Reino Unido se asemejaba al del Libertador Simón Bolívar, quien señaló en carta dirigida a Antonio José de Sucre que una alianza con Inglaterra significaría políticamente más para nosotros que la Batalla de Ayacucho.

Aunque con distintos intereses, además del fomento de las relaciones mutuas, ambos, Canning y Bolívar, buscaban una política contraria al absolutismo, inspirada en las libertades civiles y abierta al comercio y a la internacionalización de la economía.

Y es en esa misma visión donde todavía Gran Bretaña y Colombia encuentran un terreno común.

Cuando se pisa suelo británico, la historia, con todo su peso de drama y evolución, se hace patente ante nuestros ojos. Desde los comienzos de la democracia representativa en el siglo XIII hasta nuestros días, Gran Bretaña es el ejemplo vivo de que la construcción de una sociedad civilizada no se hace de la noche a la mañana; que su desarrollo no es el milagro de un día, sino la suma de muchas crisis: de momentos de apogeo y depresión, y de las oscilaciones entre periodos de paz y de confrontación. ¡Cuántas lecciones de coraje y sapiencia le ha dado al mundo la historia del Reino Unido!

Colombia, como muchas otras naciones del mundo contemporáneo, tiene una larga y compleja historia, llena de éxitos, pero también de fracasos; con muchas cosas aún por hacer pero con sus propios valores, su propia cultura política y sus propias instituciones, forjadas en medio de dificultades y obstáculos como quizás ningún otro país de Latinoamérica. Como cualquier otra nación, Colombia ha vivido largos periodos de paz en los cuales ha sembrado las bases de su desarrollo; pero a esos años han sobrevenido otros de confrontación violenta que han amenazado con destruirlas. Sin embargo, y pese a lo duro de los desafíos, los colombianos seguimos trabajando por un futuro mejor, con la confianza que nos dan nuestras instituciones y el conocimiento de un pasado que ha sido testigo más de una vez de la grandeza de nuestras gentes.

En mi país, por fortuna, la práctica de la democracia, las elecciones libres, el respeto a las libertades fundamentales, la promoción de los derechos humanos, incluyendo en éstos los derechos de contenido social y económico, así como los llamados derechos de tercera generación, sigue siendo característica esencial de nuestro sistema político.

A veces se olvida que Colombia ha construido pacientemente una institucionalidad respetable, que ha resistido durante los últimos lustros el embate feroz de las organizaciones criminales más peligrosas del mundo, que no se ha alejado de la democracia, que la legitimidad del gobierno es indiscutible, y que su clase dirigente ha hecho esfuerzos para abrir la participación política a todos los sectores de la sociedad.

Colombia ha sido y sigue siendo un bastión de democracia, estabilidad política y estabilidad económica en América Latina.

En cuanto al desarrollo de nuestras instituciones políticas, Colombia es una sólida democracia constitucional, con una rica historia electoral y una gran estabilidad institucional durante sus casi doscientos años de vida republicana. Como toda democracia, ha tenido y tiene imperfecciones. Pero siempre hemos tenido la voluntad de ir superándolas, sin transitar las vías del autoritarismo. El gobierno que me honro en presidir fue elegido en unos comicios electorales, cuya transparencia nadie ha puesto en duda, con la mayor votación de la historia y recibió el poder de su antecesor, integrante del partido contrario, sin traumatismos ni contratiempos. Las ramas del poder público funcionan en forma separada y autónoma y los órganos de control cumplen sus labores en total independencia.

El manejo de la economía colombiana, por otra parte –tal como lo han reconocido los más rigurosos analistas extranjeros– ha sido señalado como prudente y ortodoxo, lo cual nos ha permitido sortear con éxito coyunturas que han sido críticas para otras economías de la región. En ese contexto, la recesión que padecemos el año anterior es una desafortunada excepción.

Por estos días Colombia vive ciertamente circunstancias que nos están poniendo a prueba como nación, pero de las cuales estamos seguros que saldremos adelante con renovados bríos, como ya lo hemos hecho en el pasado.

El legado histórico de nuestras generaciones pasadas, que constituye nuestro más valioso activo, se ha visto amenazado en las dos últimas

décadas por la aparición en nuestra vida nacional del fenómeno del narcotráfico.

Este, con los inmensos recursos económicos que genera, ha sido el principal catalizador de la violencia en el país; ha distribuido grandes sumas de dinero en diferentes sectores sociales, alimentando intensos ciclos de corrupción; ha desplazado con cultivos ilícitos la tradicional geografía agrícola de nuestro país, así como impulsado la colonización de nuevos territorios para su expansión. En esas zonas, y por la razón misma de ser una actividad ilícita, el narcotráfico se desenvuelve en medio de una dramática violencia con altos costos sociales, que lo convierten en un generador de conflictos y de pobreza.

Colombia, sin embargo, pese a que no ha contado con los suficientes recursos para enfrentar tal amenaza, jamás ha claudicado ante ella. Por el contrario, sacrificando buena parte de sus mejores hombres y mujeres, y desviando importantes sumas de dinero que bien pudieran haberse invertido en desarrollo social, el país ha asumido con entereza y valentía la parte que le corresponde frente a un delito que tiene una naturaleza claramente internacional.

Pero mientras logramos que las cargas para enfrentar este delito se distribuyan en forma equitativa, Colombia tiene que seguir su camino histórico de construcción de un Estado social de derecho que nos permita insertarnos positivamente en el mundo globalizado de este siglo XXI.

Y es sobre ese objetivo que mi gobierno ha venido trabajando incansablemente, asumiendo con valentía los retos que los actuales momentos nos han impuesto. No hay problema que no estemos enfrentando, no solo con decisión, sino ante todo con perspectiva de largo plazo, construyendo el futuro en medio de no pocas incomprendiones y sacrificios.

Desde el primer día de mi gobierno anuncié que le daríamos un profundo cambio al rumbo que traía el país y que ello lo haríamos respetando en todo momento nuestras instituciones democráticas y constitucionales. Mi decisión se fundaba en que Colombia venía acumulando unos

problemas cuya solución no podía continuar aplazándose con fórmulas simplistas, y los empezamos a enfrentar conociendo de antemano los costos políticos de impopularidad que ello acarrea. Por tratarse de problemas alimentados en medio de una compleja trama de procesos históricos, no hemos prometido milagros sino trabajo serio y responsable, audacia para buscar salidas creativas, tenacidad para enfrentar las adversidades y valor para aplicar los correctivos, por dolorosos que ellos sean.

Identificamos como los grandes problemas que nos aquejan la violencia, la corrupción, la pobreza generada por el desempleo, el desequilibrio del gasto público y el debilitamiento del Estado. Ante todos ellos hemos venido actuando sin vacilaciones y hoy los resultados se comienzan a sentir en forma positiva.

Colombia viene soportando desde hace cuatro décadas el costo social de un conflicto armado que desangra nuestro país y que en buena parte es financiado por los dineros del narcotráfico. Superar este conflicto mediante la negociación y el diálogo es un reto que mi gobierno ha asumido en cumplimiento del mandato que le otorgaron millones de colombianos.

Pero debo ser claro, porque frecuentemente hay mucha confusión en la comunidad internacional sobre la verdadera dimensión de este conflicto. En Colombia no hay una guerra civil. Una guerra civil se da cuando los hijos de una misma nación se enfrentan entre sí en bandos que agrupan grandes proporciones de sus habitantes. Pero este no es el caso de Colombia. Nosotros somos un país con cerca de 40 millones de habitantes, donde los actores armados al margen de la ley, tanto guerrilleros como paramilitares, no llegan siquiera a 35.000 miembros, o sea, menos de una milésima parte de la población, con un apoyo popular que no alcanza ni al 3 por ciento de los colombianos.

En Colombia, la inmensa mayoría queremos la paz y no la confrontación, y en ese propósito estoy comprometido. Hoy puedo decir que hemos avanzado en año y medio lo que fue impensable durante muchos años. Con las Farc-Ep, el grupo guerrillero más grande y antiguo del país, hemos iniciado un proceso de negociación, con una agenda y

unos procedimientos definidos, que avanza a paso reposado pero seguro, con el concurso y la participación de todos los estamentos de la nación. No más el pasado domingo se inició un proceso de audiencias públicas, en el que las fuerzas vivas de Colombia empezaron a exponer, ante un Comité Temático compuesto por miembros de las instituciones colombianas y de la guerrilla, sus fórmulas para avanzar en materia de empleo y reactivación económica, con miras a su próxima discusión en la Mesa de Negociaciones. Y con el grupo insurgente Eln estamos también sosteniendo diálogos con el objetivo de empezar pronto una negociación.

Recientemente los negociadores de las Farc-Ep y los del Gobierno estuvieron visitando algunos países europeos con el ánimo de conocer la experiencia de diferentes modelos económicos, y de poder discutir algunos temas propios del mundo del nuevo milenio. En particular se habló del imperativo moral de humanizar el conflicto mediante el respeto por parte de la guerrilla de las normas del Derecho Internacional Humanitario. Mi gobierno está comprometido a fondo con la aplicación de unas normas mínimas de humanidad que alivien, siquiera parcialmente, el sufrimiento causado por el conflicto interno a sus víctimas y a la población civil.

En este sentido, hemos incorporado a nuestra legislación interna la Convención de Ottawa para la Prohibición y Destrucción de las Minas Antipersonales. Asimismo, exoneramos de la prestación del servicio militar a los menores de 18 años de edad, yendo más allá de lo establecido en la Convención de los Derechos del Niño.

Hemos decidido adelantar los diálogos en medio de la confrontación, pero esperamos hechos de paz. Entretanto, seguiremos cumpliendo con el deber constitucional de salvaguardar el orden y la tranquilidad de los ciudadanos, para lo cual estamos fortaleciendo la eficiencia de las Fuerzas Armadas en un marco de respeto a los derechos humanos.

También estamos trabajando por lograr una Colombia de manos limpias. En la lucha contra la corrupción venimos desarrollando una comprensiva estrategia que combina las acciones represivas con las preventivas. Las primeras las realizamos en forma coordinada con los ór-

ganos estatales de control y con la participación de la ciudadanía. Esta coordinación, ensayada por primera vez en muchos años, no solo ha arrojado excelentes resultados sino, lo que es más importante aún, les ha devuelto la confianza a los ciudadanos en la capacidad del Estado para combatir la corrupción. También, por medio de audiencias públicas el ciudadano común y corriente tiene la oportunidad de denunciar a los corruptos ante aquellos organismos y éstos se comprometen a tener respuestas prontas. Así ha sido posible adelantar muchas investigaciones que han terminado con la detención y destitución de muchos funcionarios implicados en actos de corrupción.

Además, atendiendo el clamor del pueblo y la urgente necesidad de reformar y moralizar las costumbres políticas en Colombia, modernizar los partidos, combatir la corrupción en todas las instancias del servicio público y hacer más representativo y transparente el Congreso Nacional así como otros órganos colegiados, mi gobierno ha convocado un referendo para los próximos meses.

Mediante este mecanismo democrático, consagrado en nuestra Constitución, será el mismo pueblo colombiano quien decida qué cambios quiere hacer en las instituciones políticas del país y cuándo quiere que se implementen.

Estamos seguros de que las propuestas del referendo tendrán una amplia aprobación, lo cual nos despejará el camino para continuar nuestra tarea de modernización del Estado. Como es tradición en nuestro país, siempre fiel al gobierno de las leyes, que son las mejores garantías de la estabilidad política y económica, esta gran reforma política la estamos realizando de acuerdo con los preceptos y procedimientos que establece nuestra Constitución Nacional. En Colombia no prosperan los actos arbitrarios, sino la sensatez y la seguridad del camino institucional.

También trabajamos en recuperar nuestra economía. Para ello hemos tomado drásticas medidas de ajuste fiscal y de racionalización de la administración pública, con miras a reducir en los próximos años el déficit del Estado central. En las próximas semanas el Congreso abocará el estudio de otras medidas necesarias para sanear las finanzas públicas y

dinamizar la producción industrial. En la preparación de los presupuestos del Estado hemos sido responsables y austeros. Estamos aplicando una estricta disciplina fiscal, convencidos de que al hacerlo se propicia un escenario más apropiado para el sano desarrollo de los negocios privados. Este conjunto de medidas persigue que el crecimiento económico del país en adelante se haga sobre bases sólidas y no sobre bases ilusorias que se desvanezcan a la primera crisis.

Es satisfactorio constatar que las medidas adoptadas ya han empezado a mostrar sus bondades y que el panorama económico del país es prometedor. Las tasas de interés son hoy menos de la mitad de lo que eran hace más de un año; la inflación reporta los índices más bajos en tres décadas; el déficit de las cuentas externas se ha reducido sustancialmente; y los organismos multilaterales, al renovar su confianza al país, han despejado el panorama cambiario.

El sector productivo, por su parte, muestra cada vez más signos claros de recuperación, y todo indica que estamos iniciando nuevamente un proceso sostenido de crecimiento. Todas estas acciones de búsqueda de la paz, de transparencia y eficiencia en la administración estatal, fiscales y económicas, buscan en últimas el fortalecimiento de la presencia institucional del Estado como prerrequisito básico e inaplazable para que el país se inserte positivamente en este mundo de la globalización. Y es dentro de esa perspectiva que se inscribe el Plan Colombia que hemos presentado a la comunidad internacional de naciones. Un Plan con el cual nuestro país enfrenta el reto de recuperar las responsabilidades centrales del Estado: la promoción de la democracia, la generación de condiciones para el empleo, el respeto por los derechos humanos, la búsqueda de la paz y la lucha contra el narcotráfico.

Las estrategias que componen el Plan Colombia constituyen el más ambicioso esfuerzo que podemos adelantar los colombianos para construir la clase de Estado que necesitamos para el futuro, y nos asiste la confianza de que obtendremos el respaldo de los países amigos que le quieren hacer justicia al coraje y sacrificios que en las últimas décadas ha hecho nuestra nación. El plan no es, como se piensa en algunos círculos de opinión, una solución de fuerza contra el narcotráfico, es ante todo un plan social de construcción y fortalecimiento de las ins-

tituciones a lo largo y ancho del territorio nacional, enfocado especialmente en darles a los colombianos más pobres y necesitados más alternativas de solución a sus problemas. Dentro del mismo hemos creado un Fondo de Emergencia Social, al que se destinarán 900 millones de dólares, para promover el empleo de mano de obra no capacitada mediante la construcción de obras de infraestructura que produzcan a su vez beneficios comunitarios; para otorgar subsidios directos a las familias de menores recursos donde se garantice la salud y la educación de los niños, y para capacitar a los jóvenes más pobres del país y abrirles mejores oportunidades de trabajo.

También el Plan Colombia, dentro de sus objetivos sociales, tiene previsto asignar más de 2.000 millones de dólares a una estrategia de Desarrollo Alternativo integral, que busca, más allá de la simple sustitución de cultivos ilícitos por cultivos lícitos, promover un desarrollo regional en las zonas afectadas por la violencia o el narcotráfico, mediante obras de infraestructura física y social, así como prestando especial atención a la población víctima de la violencia en todas sus formas.

El Plan Colombia, al que hemos invitado a participar a la comunidad internacional, es un plan social para la Colombia del siglo XXI: una Colombia en paz, con oportunidades de empleo para su gente, con unas instituciones fuertes y con una economía sólida, caminando el sendero del progreso y la justicia social y contando con la participación activa de la comunidad internacional en la lucha contra el problema mundial de las drogas.

¡Esa es la Colombia que estamos construyendo, con la voluntad y el coraje de todos los colombianos, con la decisión indeclinable de mi gobierno y con el apoyo solidario de muchos países amigos, como el Reino Unido! Estimadas amigas y amigos: La historia de las naciones puede ser leída como la sucesión de períodos de auge y caída, de declives y renacimientos. Pero siempre ha sido la voluntad libre de los hombres la que ha logrado superar los derrumbamientos y construir la prosperidad, como nos los han enseñado mejor que nadie ustedes, los británicos.

Los colombianos hemos vivido el invierno de nuestras desventuras, pero, y en esto no tengo la menor duda, estamos comenzando a vivir –como en este día– la primavera de nuestras esperanzas. Tenemos la capacidad para hacerlo. No somos un pueblo de violentos, mediocres o corruptos, como algunos con mucho simplismo nos quieren rotular. Somos, por el contrario, un pueblo que lucha contra muchas adversidades y que empieza a recuperar la confianza en lo mejor de sus valores y capacidades para seguir adelante.

Alberto Lleras Camargo, uno de nuestros más grandes estadistas y arquitecto de la Colombia civilista y democrática del siglo XX, escribió alguna vez en la plácida cima de su ancianidad: Ninguna cosa peor para las gentes que acostumbrarse a oír las profecías más aterradoras y los anuncios más devastadores, señalados como los azotes por las maldades de un pueblo. No hay ciertamente pueblos malos. Hay momentos de corrupción y de dolo, de crimen y de impunidad en toda la historia, seguidos por una reacción salvadora y aun por excesos de puritanismo. Sólo con mantener abiertas las vías para que la libertad opere los cambios, sin empleo de la fuerza ni del despotismo, la humanidad puede seguir su camino de ascenso, empeñosamente, y cada época será mejor que la que le antecedió. Solo que hay que perseverar, que hay que emplearse, que no se puede dar nadie por derrotado de antemano.

¡Los invito a acompañar a Colombia en este compromiso con la esperanza en el porvenir!

UNIDOS POR UNA MISMA VOLUNTAD DE COOPERACIÓN POLÍTICA

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión del almuerzo ofrecido
a los cancilleres del Grupo de Río.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 5 de mayo de 2000.

Hoy, cuando se realiza esta significativa reunión de cancilleres, donde se congrega la mayor parte de los países de nuestra región latinoamericana y caribeña –determinados a continuar un proceso de coordinación y cooperación que tiene su más antiguo antecedente en el Congreso de Panamá de 1826–, siento que nos acompaña el espíritu vivo del sueño bolivariano y que él nos inspira para continuar en este justo propósito de amistad entre nuestros pueblos.

¡Sean bienvenidos, señores representantes de las naciones hermanas, a esta Colombia, que se siente honrada con su presencia y los acoge con un abrazo fraternal!

Colombia es un Estado tradicionalmente respetuoso y promotor de las normas de convivencia pacífica entre las naciones y por ello formó parte, junto con México, Venezuela y Panamá, en los primeros años de la década de los ochenta, de ese Grupo de Contadora que se constituyó para buscar una solución regional que pusiera fin al conflicto que desangraba a nuestros hermanos centroamericanos.

Luego nos vimos acompañados en este empeño de paz por Argentina, Brasil, Perú y Uruguay, que conformaron el llamado "Grupo de Apoyo", y presenciamos todos jubilosos cómo la paz terminó alcanzándose en América Central, gracias a la solidaridad regional y al impulso que

le dieron los propios países implicados, que se concretó en el llamado Acuerdo de Esquipulas.

Entonces comprendimos cuán importante podría llegar a ser el accionar conjunto y coordinado de nuestras naciones para preservar la paz, fortalecer la democracia e impulsar el desarrollo, tres objetivos fundamentales que aún guían nuestro trabajo, y sobre los cuales se constituyó en 1986 el Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política o Grupo de Río, cuya dinámica realidad hoy nos congrega.

De esos primeros ocho países de Contadora y el Grupo de Apoyo, hemos ido creciendo en estos más de 13 años de existencia hasta llegar a ser 19 Estados hermanados por una misma voluntad de cooperación política, incluyendo un representante rotativo de la importante Comunidad del Caribe.

Los recién incorporados al Grupo de Río fueron, en su momento, los principales motivos de nuestra convocatoria. Por eso hoy celebramos con regocijo el ingreso a título individual de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, así como el de la República Dominicana, porque con su presencia enriquecen y complementan el trabajo de coordinación del Grupo y amplían con creces la representatividad del mismo ante terceros países y ante los distintos foros internacionales.

Colombia, en su calidad de Secretaría pro t mpore del Grupo, les da la más cordial bienvenida en este año crucial que abre las puertas de un nuevo siglo. Precisamente, será este año, en la llamada Cumbre del Milenio que celebrará la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York el próximo mes de septiembre, cuando todos nuestros países, dentro de la concertación obtenida en este Grupo de Río, podremos dar a conocer al mundo una perspectiva propia que nace de la realidad y la experiencia de las naciones de América Latina y del Caribe sobre los temas fundamentales de la humanidad.

All  obraremos con el poder de opinión que nos da la representatividad de 19 Estados que ocupan más de 20 millones de kilómetros cuadrados y que integran a cerca de 500 millones de habitantes del planeta.

Juntos somos una voz poderosa para propender a un desarrollo equitativo, por la erradicación de la pobreza, por unas normas de comercio internacional y un sistema financiero más justos y estables, por el desarme, por la democracia, por el respeto de los derechos humanos y la aplicación del derecho internacional humanitario, por la corresponsabilidad en la lucha contra el problema mundial de las drogas, y por la paz y la seguridad del mundo y de nuestras naciones. Tener esa voz única que se escuche fuerte y clara en los foros internacionales es la razón de ser de nuestro Grupo.

Por eso es tan importante que se produzcan reuniones como ésta del día de hoy entre los Cancilleres y como la que se realizará el próximo mes en Cartagena de Indias, con la presencia de los presidentes de los países del Grupo, para que discutamos abiertamente y logremos acercar nuestros puntos de vista sobre estos temas, que son los asuntos primordiales en la agenda del nuevo siglo.

Mi país, en el ejercicio de la Secretaría del Grupo, se ha propuesto impulsar su fortalecimiento y su protagonismo internacional. Sea con las Naciones Unidas, la Cumbre de las Américas, la Organización Mundial del Comercio y en todo foro internacional en que participemos, el Grupo de Río será la voz más representativa de Latinoamérica en el mundo.

Y también seguirá siendo la instancia ideal para la interlocución con terceros países o grupos de países.

¡Qué reconfortante es ver el nivel de acercamiento que ha alcanzado el Grupo con la Unión Europea! Gracias a diez años de continuo trabajo en la profundización de esta relación, hemos cumplido importantes hitos como la realización de la Cumbre de Río de Janeiro del año pasado, las reuniones ministeriales –la última de las cuales se realizó en febrero en Vilamoura, Portugal– y la puesta en marcha de un proceso de acercamiento dinámico a través del Grupo Birregional de Seguimiento.

Dentro de las conclusiones de la última reunión de Vilamoura, yo quisiera resaltar, entre tantos temas fundamentales en que se expresaron acuerdos, el compromiso manifestado con el Derecho Internacional Humanitario, en el que se hizo énfasis en que todas las partes compro-

medidas en cualquier tipo de conflicto armado deben abstenerse de involucrar a la población civil y, en particular, a los niños.

En Colombia, donde tristemente subsiste un conflicto que estamos decididos a terminar por las vías del diálogo y la negociación, nos duele mucho ver a nuestros niños enfrentados a la cruda realidad de la violencia. Y en muchas ocasiones deplorables, víctimas de ella. Por eso, hemos prohibido la incorporación de menores de edad al servicio militar y hemos aprobado, igualmente, la Convención de Ottawa contra las minas antipersonales. ¡La humanización del conflicto es un compromiso que no puede aplazarse! Este consenso logrado entre los Ministros de Relaciones Exteriores de la Unión Europea y del Grupo de Río, fundado en la vigencia de las normas y principios del Derecho Internacional Humanitario, constituye una exhortación y una exigencia ética a quienes dentro del conflicto armado interno pretenden ignorar o soslayar la aplicación universal de las normas de Ginebra a todos los actores del conflicto.

En este año queremos también propiciar el mayor acercamiento del Grupo con dos de los más grandes e importantes países del planeta: la Federación Rusa y la República Popular China. Para esto, promoveremos la celebración de un encuentro de vicescandilleros con la Federación Rusa, así como una reunión de los cancilleros de la Troika del Grupo con el gobierno chino.

Igualmente, vemos con satisfacción el acercamiento del Grupo hacia un diálogo con los países de Asia y el Pacífico, ese océano que está llamado a ser el mar del progreso y la comunicación en el siglo XXI. Avanzaremos en este año en la preparación de la Primera Cumbre de Ministros de Relaciones Exteriores Asia-América Latina, que habrá de realizarse en el 2001 con el auspicio ideal de la próxima Secretaría Chilena del Grupo, ya que Chile ha sido un natural promotor de este diálogo.

Así seguimos avanzando en un proceso irreversible de hacer visible y protagonista el área de América Latina y el Caribe en el escenario internacional. Somos partidarios irrestrictos del multilateralismo, como la mejor opción para la definición de los temas mundiales y regionales; de

la solución pacífica de los conflictos, y entendemos también las bondades del regionalismo abierto dentro del nuevo contexto de globalización e interdependencia.

Aquí en el Grupo de Río confluyen estados que hacemos parte de importantes procesos de integración económica, social y política, como el Sistema de Integración Centroamericano, la Comunidad Andina, el Mercosur, la Comunidad del Caribe, la Asociación de Estados del Caribe, el Pacto Amazónico y el G-3, entre otros. Entendemos cada uno de estos procesos como los avances promisorios de naciones hermanas hacia ese sueño bolivariano que podría llegar a consolidarse en una Comunidad Latinoamericana de Naciones, tal como se planteó en el Acta de Veracruz del año pasado.

Tenemos que reunirnos, tenemos que concertar y tenemos que trabajar en los propósitos comunes. Esta es la filosofía del Grupo de Río, de la que ustedes mismos, señores cancilleres, desde sus ministerios, han podido recibir los frutos, pues cada día es más ágil, más adecuada y más eficaz la comunicación entre nuestros países.

Como ya lo esbocé, son muchos los temas que nos congregan para el debate y el consenso frente a los próximos foros multilaterales. Dentro de ellos quiero destacar la necesidad sentida de continuar trabajando sobre la reforma de la arquitectura financiera internacional, que haga menos vulnerables a nuestros países frente a las eventuales crisis financieras.

No podemos bajar la guardia en este tema por el advenimiento de un período de relativa estabilidad, pues la prevención y la coordinación deben ser las mejores armas para evitar que estos fenómenos vuelvan a presentarse.

Además, debemos buscar que la financiación internacional sea un instrumento para el desarrollo y no un generador de crisis, y enfilear todos nuestros esfuerzos hacia la construcción de una gran Agenda Social que nos una en la lucha contra la exclusión y la pobreza.

Tampoco podemos descuidar el tema de los desastres naturales, que nos han golpeado con fuerza en los últimos años, y sobre el cual

conviene seguir aunando esfuerzos coordinados de prevención y protección.

Por último, quiero resaltar la convicción del Grupo de Río respecto a que el reto de la lucha contra el problema mundial de las drogas ilícitas debe tener un enfoque integral y contar con la acción y la cooperación de todas las naciones, bajo el principio de la responsabilidad compartida. Colombia continuará liderando con convicción ética esta gran cruzada contra las drogas, pero seguirá insistiendo también en el compromiso recíproco y decidido de toda la comunidad mundial, donde se producen, se comercian o se consumen las drogas, donde se elaboran y venden los precursores químicos para su elaboración, o donde se lavan los dineros ilícitos provenientes de esta actividad delictiva transnacional.

Señores cancilleres:

Hay mucho que trabajar y que hacer en este campo fértil del diálogo y la concertación latinoamericana. Desde Colombia, en este año de Secretaría pro t mpore, cuenten con nuestro compromiso vital y dinámico con el fortalecimiento del Grupo en desarrollo de una agenda para comenzar el siglo XXI en América Latina y el Caribe.

Tendremos para ello el importante apoyo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Cepal, y de la Corporación Andina de Fomento, con cuyo concurso se reforzarán los análisis de los temas económicos y financieros y se realizarán importantes eventos, como la reunión de expertos sobre el tema de Financiamiento para el Desarrollo que celebraremos en julio en Nueva York.

La validez e importancia del Grupo de Río, frente a nuestros países y frente al resto de la Comunidad Internacional, será la que le demos sus mismos integrantes. Hoy por hoy, el Grupo es la instancia de concertación y coordinación política más importante y amplia de América Latina y el Caribe, y como tal debemos continuar fortaleciéndolo y consolidándolo como un actor protagónico en el escenario internacional.

Si Latinoamérica quiere tener un puesto destacado en el escenario de las decisiones internacionales, debe abandonar su aislamiento y su secular

individualismo, dijo mi padre, el presidente Misael Pastrana, a quien hoy evoco como un convencido promotor de la integración latinoamericana, hace ya tres décadas. Y en ese esfuerzo de unión estamos hoy comprometidos.

Permítanme terminar estas palabras recordando las frases iluminadas de un gran poeta colombiano, quien fue además un cercano amigo de América Central, Porfirio Barba Jacob:

Nuestro ideal hispanoamericano es el de una comunión con el destino continental para el esfuerzo hondo y puro de la vida; el de una dilatación augusta del espíritu; el de un ritmo humano nuevo; el de un nuevo coro de la más profunda tonalidad que haya resonado en la historia.

**PRESERVAR LA PAZ, FORTALECER
LA DEMOCRACIA E IMPULSAR
EL DESARROLLO DE NUESTROS PAÍSES,
ESENCIA DEL GRUPO DE RÍO**

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con motivo de la inauguración de la XIV Cumbre
de Jefes de Estado y de Gobierno del Grupo de Río.*

Cartagena de Indias, Bolívar, 15 de junio de 2000.

"Hay días en que me levanto con una esperanza demencial, momentos en los que siento que las posibilidades de una vida más humana están al alcance de nuestras manos. Éste es uno de esos días".

Con estas palabras de esperanza y de humanidad, que hoy hago mías en este grato encuentro con los mandatarios de los países miembros del Grupo de Río, el escritor argentino Ernesto Sábato da inicio a su más reciente libro, *La resistencia*, un libro que salió a la luz hace muy pocos días, pero que ya se conoce en todo el planeta, gracias a que es el primer texto de un gran autor latinoamericano que se publica en la internet.

Es un signo de los tiempos actuales: un símbolo claro de este año 2000 que marca el salto histórico a un nuevo siglo y a un nuevo milenio para la humanidad. Hoy en día, es posible conocer primero un libro en la pantalla de un computador, antes de que se plasme en tinta y papel. Hoy en día, una idea viaja por el espacio a la misma velocidad del pensamiento, y lo que decimos o escribimos en este momento puede ser escuchado o leído simultáneamente al otro lado de la esfera terrestre. Ésta es una manifestación más de la globalización en la cual vivimos, de la cual hablamos constantemente y de cuyos efectos –buenos o perversos– no nos es dable escapar, aunque sí podemos aprender a convivir con ellos y a utilizarlos para el provecho de nuestros pueblos.

Tal como ha dicho Carlos Fuentes, "los vicios de la globalización están a la vista. Pero sus virtudes, también. Seamos lo más justos posible. La globalización tiene, como Jano, dos caras: una es la cara de una prosperidad deseable. La otra, la cara de una exclusión indeseable".

En esto estamos todos de acuerdo. Los procesos históricos de la humanidad –como las revoluciones antimonárquicas, las guerras de independencia, la revolución industrial, el imperio de las ideologías, la era informática y, ahora, la globalización– no encierran en sí mismos atributos de bien o de mal. Todo depende de la forma en que nosotros, los seres humanos, hagamos uso de esos procesos. Como dice el mismo Fuentes: "Si la globalización es inevitable, ello no significa que sea fatal".

Por eso hoy los invito, señores Presidentes y Jefes de Gobierno, a que estudiemos juntos el momento histórico en el cual nos ha correspondido liderar el destino de nuestras naciones y forjemos, dentro de un marco de principios y valores comunes, un compromiso de América Latina y el Caribe para el nuevo milenio.

Somos los representantes de una comunidad de 500 millones de personas que ocupan más de 20 millones de kilómetros cuadrados del planeta, y hoy, cuando nos reunimos en este escenario propicio de Cartagena de Indias –la ciudad que por tantos siglos fue un centro principal de comunión entre el Nuevo y el Viejo Mundo–, tenemos la obligación de construir entre todos un futuro en el que tengan cabida la esperanza y la solidaridad.

El papa Juan Pablo II lo ha expresado con bellas palabras: "El siglo que comienza debe ser el de la solidaridad. Hoy lo sabemos mejor que ayer: no estaremos nunca felices y en paz los unos sin los otros, y aun menos, los unos contra los otros".

No, señores Presidentes y Jefes de Gobierno: la única forma de estar felices y en paz es estando los unos con los otros. Y este postulado se aplica con mayor razón a nuestros países, los pueblos de América Latina y el Caribe, que compartimos una cultura, una historia y unas tradiciones comunes, que somos cercanos en la geografía y el senti-

miento, y que podemos mostrar al mundo entero, con orgullo, una trayectoria de unidad que nació en el mismo sueño bolivariano, que se volvió un pacto de solidaridad en el Congreso de Panamá de 1826, que se consolidó en el sistema de la Organización de Estados Americanos y que actualmente encuentra muchos escenarios de acción conjunta, el más importante de los cuales, en materia de concertación política, es este Grupo de Río que hoy nos reúne.

Solidaridad... Manos unidas detrás de un objetivo común, apoyo y ayuda a quienes pasan por circunstancias difíciles, compromiso con el futuro y con las nuevas generaciones. Así concibo yo la raíz moral de nuestro Grupo, que, no por nada, nació de la acción solidaria de ocho Estados –México, Panamá, Venezuela y Colombia, dentro del Grupo de Contadora, y Argentina, Brasil, Perú y Uruguay, como Grupo de Apoyo–, para contribuir a alcanzar una solución de paz, desde nuestra misma región, al conflicto que vivían nuestros hermanos centroamericanos.

La de hoy es la más amplia Cumbre de Presidentes y Jefes de Gobierno del Grupo de Río que se haya realizado jamás, pues cuenta, por primera vez, con la presencia, en forma individual, de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, además de la de República Dominicana. De alguna forma, este día estamos presenciando cómo el Grupo de Río se reencuentra con sus orígenes y, además, consolida su representatividad regional ante los mayores foros internacionales y los terceros Estados.

Amigos mandatarios del Grupo de Río:

Son tres los postulados que forman la razón esencial de nuestra existencia como Grupo: preservar la paz, fortalecer la democracia e impulsar el desarrollo de nuestros países. Yo los invito a que reflexionemos sobre estos tópicos fundamentales.

"La paz –como decía san Agustín– es tal bien, que no se puede desear otro mejor ni poseer uno más útil". En paz construimos democracia e impulsamos progreso. Sin paz, los caminos del futuro se vuelven laberintos. He aquí la primera razón de ser de nuestro Grupo y su compromiso solidario: preservar la paz.

Señores Presidentes: Colombia vive hoy una etapa definitiva de su historia, enmarcada por su decisión de alcanzar una paz integral que allane los caminos del desarrollo. Parafraseando a nuestro gran Gabo, no estamos condenados a cien años de soledad, sino que estamos alcanzando con decisión y persistencia una nueva oportunidad sobre la Tierra para los colombianos del presente y del futuro. Desde mi gobierno he liderado un Proceso de Paz que actualmente avanza a pasos firmes y promisorios con las Farc-Ep y el Eln, las dos organizaciones subversivas más grandes del país, y hemos hecho una apuesta patriótica por alcanzar una salida política al conflicto armado.

En este tema, ha sido fundamental la solidaridad regional, cuya manifestación más reciente se presentó en el comunicado de respaldo al Proceso de Paz expedido por los cancilleres del Grupo en su última reunión de Santa Fe de Bogotá el pasado 5 de mayo. Con el apoyo de los países amigos estoy seguro de que pronto podremos sumarnos a la ancha avenida de la paz en Latinoamérica.

Y ahora hablemos de democracia. Yo creo que la democracia política fue la gran conquista de nuestros países en las últimas décadas del siglo XX, gracias a la cual hoy, en toda nuestra región, podemos afirmar que hemos alcanzado la primera meta de elegir nuestros gobernantes y representantes y manejar nuestras instituciones dentro de los principios de la democracia, que es el sistema de gobierno cuyas premisas todos compartimos, por ser el que mejor consulta los verdaderos intereses de nuestros pueblos.

Pero, más allá del logro generalizado de la democracia, nuestro compromiso hoy debe ser con su fortalecimiento y profundización, para que sus postulados se conviertan en letra viva y posibiliten una real participación ciudadana, y también un control ciudadano, en las decisiones de poder.

Por eso yo los invito hoy, señores Presidentes y Jefes de Gobierno, a reafirmar nuestro compromiso regional con la democracia, entendida desde una perspectiva latinoamericana y caribeña, y asumida como la garantía fundamental para la libertad ciudadana, la convivencia

pacífica y el logro de un desarrollo social y económico que sea justo y equilibrado.

Es una convicción íntima del Grupo de Río que la plena vigencia de las instituciones democráticas y del Estado de derecho son condiciones necesarias para asegurar el desarrollo humano de nuestros pueblos, afianzar los procesos de integración y posibilitar la cooperación.

Pero debemos ir más allá: el proceso de avance en la democratización política de la región, del que hoy damos cuenta, tenemos que convertirlo también en una democratización económica y social que extienda en forma equitativa los beneficios del desarrollo y permita la adecuada satisfacción de las necesidades básicas de nuestra gente.

La tendencia histórica a la estabilidad democrática debe estar acompañada por una respuesta eficaz a las demandas sociales del desarrollo. Y esto me lleva al tercer gran objetivo de nuestro grupo: Impulsar el desarrollo de nuestros países.

¿Y cómo hacerlo desde una óptica latinoamericana y caribeña? A través de la unión de nuestros esfuerzos; a través del logro de una mayor apertura entre nuestros mercados y del estímulo de nuestras inversiones recíprocas; a través, también, de la concertación de posiciones regionales en foros multilaterales económicos, como la Organización Mundial del Comercio o la Cumbre de las Américas.

Al principio de mi intervención hablaba de los efectos de la globalización, una realidad mundial que tenemos, entre todos, que volver más humana y solidaria.

Necesitamos la globalización, pero no para que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres, sino para que lo que resulte de ella tenga un destinatario principal: la gente más necesitada y marginada de nuestros países.

Durante la última década los patrones de desarrollo y las oportunidades abiertas a los habitantes de nuestras naciones se ven influidos por

los fenómenos económicos, sociales y culturales de carácter mundial que resultan del proceso de globalización de las economías.

Como consecuencia de esta realidad, que nos afectó a todos en los últimos años, hemos entendido la necesidad de diseñar una nueva arquitectura financiera internacional que genere unos sistemas de alarma adecuados e impida que el costo de las eventuales crisis financieras recaiga en los países más vulnerables, y, dentro de ellos, en las clases menos favorecidas. Aquí hay un campo propicio para nuestra acción conjunta, el cual ya está suficientemente diagnosticado, y sobre cuyas soluciones tenemos que trabajar sin demoras.

Como dijo el presidente Kennedy en simples y contundentes palabras: "Nadie puede ser verdaderamente rico si sus vecinos son pobres". Parte de nuestra tarea como Grupo es hacer entender a los países desarrollados y a las entidades financieras internacionales que el crecimiento económico y el desarrollo social de las naciones latinoamericanas y caribeñas solo pueden lograrse si se les garantizan condiciones de equidad dentro del comercio internacional y se les posibilita el acceso a recursos sin condicionamientos excesivos.

Nuestros esfuerzos han demostrado ser insuficientes para financiar simultáneamente las redes de protección social, necesarias para garantizar la paz en democracia, y la inversión en capital humano y en infraestructura para ganar competitividad y crecer en un mundo globalizado. Por eso debemos hacer lo que esté en nuestras manos, ante los foros y organismos financieros internacionales, para obtener un adecuado flujo de recursos para el desarrollo, pero al tiempo tenemos que generar internamente un compromiso inequívoco en nuestros gobiernos para optimizar el uso de los mismos, destinándolos a nuestra población más vulnerable, eliminando la corrupción e incrementando la eficiencia.

Señores Presidentes y Jefes de Gobierno:

En esta Cumbre de Cartagena los países miembros del Grupo de Río vamos a fijar una posición concertada sobre muchos de los temas fundamentales que serán tratados en septiembre de este año en la Cumbre y la Asamblea del Milenio de la Organización de las Naciones Unidas.

Ésta es una excelente oportunidad para hacer valer ante la más grande e importante reunión de Estados la visión latinoamericana y del Caribe sobre los temas de la agenda del nuevo siglo. Allí podremos ser la voz de una región comprometida con la democracia y la vigencia de los derechos humanos, consciente de su responsabilidad en la protección del medio ambiente y con vocación de paz y de solidaridad humana. Allí seremos la voz de 18 Estados de América Latina y del Caribe y también la voz de los 15 Estados de la Comunidad del Caribe, hoy representados con altura en nuestro grupo por la República de Guyana. En total, somos 33 Estados de América que tenemos mucho que aportar y que decir en el concierto mundial.

De esta trascendental reunión que hoy estamos inaugurando saldrán definidos y fortalecidos los consensos de nuestra región para el mundo sobre temas tan diversos y tan importantes como el papel de las Naciones Unidas en el siglo XXI, el desarme, los derechos humanos, el desarrollo y la erradicación de la pobreza, la lucha contra el problema mundial de las drogas, la corrupción y el medio ambiente.

Es una gran tarea la que nos espera, pero estamos parados sobre los hombros de nuestra propia historia, sentimos con un solo corazón latinoamericano y caribeño, y tenemos la fortaleza de la unión y la convicción de la esperanza.

Apreciados amigos:

Sean bienvenidos a esta bella Cartagena de Indias, desde donde Bolívar, ese gigante de la libertad que siempre afirmó que "la patria es América", lanzó, en 1812, el Manifiesto que incendió los corazones de los héroes de la independencia.

Y sean bienvenidos a Colombia, a esta tierra mágica donde las flores tapizan de arco iris el suelo; donde flota en el aire el aroma evocativo del café; donde la vida crece y se aferra como hiedra y se resiste a la desesperanza; donde los artistas geniales producen las mayores fantasías del universo, como esa voluminosa musa de Botero que hoy descansa sensual en la Plaza Santo Domingo de esta misma ciudad o ese Macondo alucinado que contagió los ideales de varias generaciones;

donde los jóvenes sueñan con inventar vacunas, como Patarroyo; con descifrar los secretos del cerebro, como Rodolfo Llinás; con triunfar en las canchas del mundo, como la promisoría Fabiola Zuluaga, o con pulverizar cronómetros, como Montoya en Indianápolis.

Esta Colombia de sueños y realidades, de esperanzas y de trabajo, los acoge desde ahora y para siempre, señores Presidentes, en las redes invisibles de su afecto.

EL PROGRESO Y BIENESTAR DE COLOMBIA Y ECUADOR SON INTERDEPENDIENTES

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la cena de honor ofrecida a su homólogo de Ecuador,
Gustavo Noboa Bejarano.*

Bogotá, D. C., 23 de agosto de 2000.

El Palacio de Nariño se honra hoy con la presencia amiga del señor presidente de la República del Ecuador, su excelencia el doctor Gustavo Noboa Bejarano; de su distinguida esposa, doña María Isabel Baquerizo de Noboa; de los altos dignatarios del gobierno ecuatoriano y los demás amigos de este hermano país.

Y hago énfasis en el hecho de que hoy nos encontramos en la casa donde nació Antonio Nariño, el precursor de nuestra independencia, porque la historia de este prócer bogotano me trae a la memoria dos eventos relacionados con el vecino país del Ecuador: por una parte, como ya anotaba esta mañana, el paralelismo de su vida y obra con la del gran quiteño Santa Cruz y Espejo, y por la otra, el hecho significativo de que sea el nombre de Nariño el escogido para uno de nuestros departamentos limítrofes con el Ecuador que más vínculos ha tenido con este país, sede de ciudades tan cercanas al afecto ecuatoriano como Ipiales, Pasto y el puerto de Tumaco.

Siempre que viajo a Nariño y me deleito con su música cargada de ecos andinos, de flautas y de quenás, y escucho el acento inconfundible de sus moradores y su español matizado por los más antiguos vocablos del castellano, y pruebo el delicioso cuy, no puedo menos que asombrarme al constatar qué cerca estamos Ecuador y Colombia y cómo respiramos una cultura común y milenaria.

Ecuador representa para Colombia siglos y siglos de amistad y fraternidad.

Ecuador era Quito, simplemente Quito, cuando lo habitaban los indios quitus, al tiempo que en nuestro territorio imperaba, entre otras, la cultura muisca. Y desde entonces transitamos juntos, muchas veces como una sola entidad, los siglos lentos de la Colonia y los años veloces de la Independencia y la primera república.

Cuando pienso en Ecuador pienso en la hermosa y tradicional ciudad de San Francisco de Quito, la cuna del inca Atahualpa, escoltada por volcanes, traspasada por la Línea Equinoccial y llena de arte colonial e hispanidad.

Cuando pienso en Ecuador, pienso en Guayaquil, su querida tierra, señor Presidente, y la del poeta de las gestas de independencia, José Joaquín Olmedo, hoy pujante centro de negocios y antaño famosa por albergar el encuentro entre los dos libertadores de Suramérica: Bolívar y San Martín.

Cuando pienso en Ecuador, pienso en Cuenca y Otavalo; en Ibarra y en Tulcán; en las playas de Esmeraldas y Salinas; en el Cotopaxi; en el Chimborazo, donde Bolívar habló con el Tiempo y escribió su Delirio, y en las siempre deslumbrantes Islas Galápagos en las que el mismo Darwin descubrió la esencia de la evolución de las especies.

Y pienso, por supuesto, señor Presidente, en nuestra querida Comunidad Andina, de la que somos ambos países socios fundadores y grandes impulsores, que ha recibido en Cartagena y más recientemente en Lima un nuevo aire para enfrentar con denuedo los retos del nuevo milenio.

Señor presidente Noboa:

Como vecinos y amigos, Ecuador y Colombia han construido una amplia y diversificada relación bilateral que hoy se mueve con una dinámica excepcional y que se encuentra en un punto privilegiado de su historia. Los múltiples acuerdos y avances concretos que estamos constatando y sellando en nuestra reunión de hoy y mañana son el

más claro ejemplo de que nuestros dos países caminan de la mano hacia el progreso.

Yo quiero resaltar el importante trabajo que ha venido cumpliendo la Comisión de Vecindad e Integración Colombo-Ecuatoriana, que ha sido hasta ahora un mecanismo idóneo para avanzar en múltiples asuntos de interés para los dos países, particularmente en la búsqueda del necesario desarrollo humano de las comunidades asentadas en las zonas fronterizas y el mejoramiento de la infraestructura física. Y para que tenga mejores y más eficientes herramientas, hoy estamos acordando la participación permanente en dicha Comisión de nuestros respectivos organismos de planificación.

Generar desarrollo recíproco y normas de convivencia claras en las zonas de frontera es la mejor manera de aumentar su seguridad y de potenciar nuestras posibilidades de integración.

Por ello, es particularmente satisfactorio que en esta visita estemos expidiendo, después de 11 años de expectativa, un estatuto migratorio permanente entre Ecuador y Colombia, el cual constituye, sin lugar a dudas, un ejemplo ante el mundo de cómo dos países vecinos pueden regular y canalizar las corrientes migratorias entre ellos, evitando traumatismos y facilitando la convivencia.

Además, estamos tendiendo puentes de comunicación entre nuestros pueblos.

Es una excelente noticia que hoy estemos acordando incluir el puente internacional sobre el río San Miguel como un nuevo paso fronterizo, que estará habilitado a partir del próximo 30 de septiembre para el tránsito de vehículos y personas entre las dos naciones, comunicando la zona de San Miguel, el Valle del Guamuez y Orito, en nuestro departamento del Putumayo, con la ciudad de Nueva Loja, en la provincia de Sucumbíos, en el Ecuador.

Este moderno puente está llamado a ser una importante alternativa para la comunicación terrestre entre nuestras dos capitales, y se convertirá, sin duda, en un nuevo eje de la integración binacional y andina.

En cuanto al proyecto del puente internacional sobre el río Mataje, que conectará al departamento de Nariño con la provincia de Esmeraldas, también hoy estamos avanzando mediante la firma de un nuevo convenio para su construcción y para la de los respectivos Centros Nacionales de Atención de Frontera, Cenaf, a ambos lados del río.

Adicionalmente, incluimos, con fines turísticos, las provincias de Orellana y de Manabí, por parte del Ecuador, y los departamentos de Huila y Amazonas, por parte de Colombia, dentro de la Zona de Integración Fronteriza, al tiempo que incorporamos los aeropuertos de sus respectivas capitales y el de Manta al Sistema de Transporte Aéreo Fronterizo.

Señor Presidente: ¡Qué bueno constatar que entre nuestros dos países tenemos fronteras vivas, que son fronteras que unen y no que dividen!

Pero nuestra relación no se detiene en los temas fronterizos. El pasado 16 de junio, en Cartagena, constituimos un ágil mecanismo de consultas entre nuestras Cancillerías que ya tuvo su primera reunión en Quito. Además han venido funcionando con buenos resultados, entre otras, la Comisión Mixta Cultural, la Comisión Mixta de Cooperación Técnica y Científica y las Subcomisiones de Asuntos Judiciales y Asuntos Aduaneros.

En el tema de la seguridad son destacables los resultados obtenidos por la Comisión Binacional Combifrón, que ha puesto en marcha los sistemas de intercambio de información entre las instituciones encargadas del tema de seguridad en cada país.

En este aspecto también estamos avanzando con su visita, señor Presidente, gracias a la firma de un acuerdo de cooperación institucional entre nuestras respectivas policías nacionales. Y es que sólo trabajando juntos, con total coordinación de inteligencia, policial y judicial, podremos lograr buenos resultados en nuestra lucha conjunta contra el delito, contra el tráfico de drogas y de insumos químicos para su producción, contra el lavado de activos y contra el tráfico ilegal de armas. ¡La seguridad, no nos cabe duda, es un compromiso binacional!

Estimado señor Presidente:

Tal como tuve oportunidad de enfatizar hoy en la importante reunión entre los empresarios ecuatorianos y colombianos, el comercio y las inversiones entre nuestros países están saliendo de una etapa crítica y retomando la senda del crecimiento, con cifras que empiezan a repuntar sobre los regulares resultados del año pasado, afectados por la situación económica que sufrimos ambas naciones.

Tenemos que fortalecer nuestro comercio bilateral e incrementar nuestras inversiones recíprocas, y para ello nada mejor que la puesta en práctica de los compromisos que adquirimos en el seno de la Comunidad Andina, plasmados en el Programa 2000-2001 del Acta de Lima, que señala las acciones prioritarias para llevar a cabo con miras a la constitución de un mercado común antes de finalizar el 2005.

Y en el tema bananero que nos vincula como los dos principales exportadores de banano de Suramérica, es fundamental que lleguemos en el corto plazo a un planteamiento común frente al aspecto del acceso de nuestro producto a la Unión Europea que nos beneficie mutuamente y proteja y estimule este sector fundamental de nuestras economías. Todos sabemos que en este asunto, como en todos, la unión hace la fuerza.

Señor Presidente:

En el campo multilateral, más allá de los avances en la integración andina, se presentan múltiples posibilidades de cooperación y concertación.

En el seno del Grupo de Río, cuya Secretaría pro t mpore hemos ejercido durante este año con absoluto sentido latinoamericano, adoptamos en nuestra última Cumbre Presidencial de Cartagena de Indias, con su ilustre presencia y su importante aporte, señor Presidente, un compromiso para el milenio que fija la posición de la región frente a los grandes temas de la agenda mundial y que defenderemos en la Cumbre del Milenio el próximo mes en el marco de las Naciones Unidas.

Y quiero destacar, dentro de este compromiso, la importante iniciativa ecuatoriana, que cuenta con todo nuestro respaldo, de buscar una solución justa y duradera al problema del endeudamiento externo de nuestras economías, con particular atención a los países altamente endeudados de la región.

Igualmente, puede usted tener la seguridad, señor Presidente, de que representaremos a América Latina y el Caribe con dignidad y responsabilidad en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde estaremos con el importante aval de Ecuador y de todos los países de la región.

Apreciado señor Presidente Noboa y amigos ecuatorianos:

El progreso y el bienestar de nuestros dos países son interdependientes. Si uno está mal, el otro sufre también las consecuencias. Pero si uno está bien, el otro comienza a recibir el benéfico contagio de su bonanza.

En Colombia vemos con interés y fraternidad los esfuerzos de su gobierno por mantener e incrementar la institucionalidad democrática, por estabilizar su economía, incluyendo el importante mecanismo de la dolarización, y por fortalecer el Estado.

Nuestro país, igualmente, está involucrado en un decidido proceso de ajuste fiscal y saneamiento económico, que está dando excelentes resultados, y en un Proceso de Paz que busca la terminación definitiva de un conflicto largo y costoso para la sociedad colombiana.

Además, con el apoyo de la comunidad internacional, hemos promovido el denominado Plan Colombia, como una estrategia integral para el fortalecimiento del Estado, la recuperación de la economía, el desarrollo social, el logro de la paz y la lucha contra el narcotráfico.

Hemos escuchado las voces de inquietud, algunas ponderadas, otras exageradas, que han surgido en Ecuador sobre la aplicación del Plan en el fronterizo departamento del Putumayo, pero hoy quiero decirles a los amigos ecuatorianos que no hay nada que temer porque nuestro objetivo, además de la erradicación de los cultivos ilícitos, es lograr una

adecuada sustitución de los mismos por cultivos legales, generando simultáneamente mejores condiciones sociales en la zona y fortaleciendo la presencia institucional del Estado, lo cual sólo puede ser benéfico para nuestros vecinos.

Más bien yo pregunto: ¿Cuál sería el destino de la región fronteriza si no se hace algo a tiempo y se deja esta zona abandonada al imperio del narcotráfico? ¡Ahí sí que habría motivos para temer, ante una verdadera amenaza regional! Pero traer seguridad, inversión social y presencia estatal son objetivos que consultan nuestros intereses comunes y que se cumplirán mejor aún si contamos con su comprensión y colaboración.

El futuro, señor Presidente Noboa, ese futuro entrelazado de nuestros países y de nuestros pueblos, está en nuestras manos y será mucho mejor si lo construimos juntos.

Yo recuerdo que el gran pintor de su tierra, Oswaldo Guayasamín, ese hombre que se autodenominaba como una fábrica de sueños, decía lo siguiente:

"Mientras haya un niño que muera de hambre, pintaré esta idea. Solamente si cambia el mundo, a lo mejor me pondré a pintar flores, y paisajes, y cosas alegres, pero mientras haya un niño que muera de hambre, no lo haré".

Con ese ejemplo de conciencia social, yo quiero terminar estas palabras invocando los espíritus de nuestros antecesores que vivieron y soñaron una patria común para nuestros pueblos, para que luchemos juntos por que algún día nuestros artistas puedan pintar solo flores, y paisajes, y cosas alegres.

Con estos buenos deseos, con el inmenso afecto de 40 millones de colombianos y con el cálido abrazo de esta tierra hermana, brindo por usted, señor Presidente, por su digna esposa y por la felicidad y bienestar del pueblo ecuatoriano.

CAPÍTULO III

FUERZAS ARMADAS PARA LA PAZ

EL EJERCITO NACIONAL ES HOY UNA FUERZA MODERNA, TÉCNICA, VALIENTE Y EFECTIVA

Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la ceremonia de ascenso de oficiales generales del Ejército Nacional.

Santa Fe de Bogotá, D. C., 3 de enero de 1999.

Hoy es un día solemne para Colombia. Porque hoy varios de sus mejores hijos recibirán con orgullo y sobriedad el premio merecido a sus esfuerzos y a su abnegada entrega al servicio de los más caros ideales de la Patria.

Hoy vengo a este querido campo de paradas, en mi calidad de Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas de Colombia, para compartir con los hombres y mujeres de nuestro Ejército este momento memorable de sus carreras militares.

Hoy me dirijo a ustedes, como Presidente de la nación, para manifestarles, con la representación popular de que he sido investido, que sus compatriotas, los colombianos de bien, los que trabajan, los que estudian, los que construyen, los que sueñan un país justo y en paz, todos ellos están agradecidos y orgullosos del ejército que los acompaña y defiende.

Nuestras voces y nuestros corazones repiten hoy con emoción el lema que ha hecho famoso el Ejército Nacional: ¡Nuestro compromiso es Colombia!

Y es que ese es nuestro compromiso. Un compromiso alto y soberano que no puede amilanarse frente a las dificultades y los obstáculos. Un compromiso con las tradiciones que nos legaron los mayores y con el

porvenir que queremos dejar a nuestros niños. Un compromiso con nuestro suelo, con nuestras familias, con nuestra cultura y con nuestra nacionalidad. Un compromiso hoy más que nunca con la paz y la convivencia.

El Ejército colombiano está también comprometido con la Constitución Nacional, que le manda defender la soberanía, la independencia y la integridad del territorio nacional, así como el mismo orden constitucional.

Hace una semana, en la Escuela Superior de Guerra, tuve oportunidad de referirme a las operaciones exitosas que han adelantado las Fuerzas Militares, obrando en completa armonía y coordinación, y con el apoyo de la Policía Nacional.

Actuaciones efectivas como la de Puerto Inírida o la Operación Independencia en el Meta y Caquetá, entre muchas otras, confirman el resultado palpable de un proceso de modernización, tecnificación y profesionalización del Ejército que ha surtido excelentes resultados, para tranquilidad y bienestar de todos los colombianos.

Hoy el Ejército cuenta con una inteligencia especializada, de alto rendimiento, que apoya con información precisa y oportuna a las tropas operativas. También se ha avanzado en movilidad y capacidad de reacción con la Estrategia de Despliegue Rápido de las Brigadas Móviles Antigüerrilla. Y se ha ganado en contundencia, con la Estrategia de Comando que unifica y conjuga el accionar de todas las fuerzas.

¡Con este ejército tenemos el mayor respaldo para defender a la población de la acción de los violentos, y también la mejor garantía para consolidar la paz que todos deseamos!

Para mi gobierno la paz es el más serio de los temas y sé que ustedes me acompañan en esta convicción. Hace poco más de dos años, diez millones de colombianos votamos entusiasmados por el Mandato Ciudadano por la Paz, que ordenaba la búsqueda de una solución negociada al conflicto armado. Veinticinco meses después, puedo afirmar con satisfacción que estoy dando cabal cumplimiento a ese mandato expreso del pueblo colombiano.

Hoy negociamos porque entendemos que la paz no es una opción, sino un imperativo, y que solo con medios pacíficos y civilizados se construye un futuro pacífico y civilizado.

El Estado colombiano, sin renunciar a su integridad territorial y a sus instituciones democráticas, sin renunciar al ejercicio de la autoridad ni al imperio de la ley y el orden sobre todo el territorio nacional, tiene que fortalecerse ante el desafío de la paz y demostrar que su vocación inequívoca es el progreso, la libertad y la justicia social.

En ese camino vamos avanzando. Mañana se realizará desde San Vicente del Caguán una teleconferencia que explicará los mecanismos de las audiencias públicas, con las cuales se busca que todos los colombianos, los gremios, las comunidades, las ONG, tengan oportunidad de participar abiertamente y de aportar sus luces al desarrollo de la agenda temática que se está discutiendo con las Farc-Ep.

Al tiempo, hemos venido adelantando los contactos con el Eln, con miras a preparar el camino de una Convención Nacional que nos permita también encontrarnos en un entorno de amplia participación y de diálogo.

Por la paz no hay esfuerzo pequeño, porque la meta es demasiado importante. Como dijera san Agustín: La paz es tal bien que no se puede desear otro mejor, ni poseer otro más útil.

Ojalá que las fuerzas al margen de la ley entiendan este clamor del pueblo colombiano: Ojalá que respeten por fin el Derecho Internacional Humanitario, que sólo busca proteger a la población civil y humanizar la de por sí inhumana guerra. ¡Ojalá que escuchen las voces de millones de compatriotas que queremos hacer el tránsito al año 2000 en un entorno de paz y no de violencia!

Señor general Jorge Enrique Mora Rangel:

Hoy la Fuerza que usted dirige lo condecora en homenaje a sus 35 años de servicio. Desde cuando usted inició sus estudios en esta misma Escuela hasta este momento ha transcurrido media vida, que hoy recrea

ante sus ojos, viendo a estos jóvenes nuevos oficiales que empiezan una carrera que usted ha seguido hasta la cumbre.

No puedo dejar de traer a la memoria una anécdota que nos recuerda el amor a la patria de este gran general. Hace cerca de tres años cuando en compañía del general Adrada volaban a 10.000 pies de altura, la aeronave en que viajaban se vino a pique. En ese instante el general Mora miró firmemente al general Adrada y de le dijo: ¡Ha sido un gusto trabajar con usted y servir a mi patria! Por fortuna de todos no ocurrió una catástrofe.

Si el Ejército Nacional es hoy una Fuerza moderna, técnica, valiente y efectiva, lo debe en gran parte a su impecable dirección y a su compromiso sincero con el país. Oficiales como usted enaltecen el uniforme y son firme respaldo de las instituciones democráticas.

Señores mayores generales y brigadieres generales ascendidos:

Así como el general Mora, ustedes han cumplido con éxito el camino de trabajo y abnegación que lleva hasta los más altos grados del Ejército Nacional. En ustedes recaen ahora el honor más grande y también las más exigentes responsabilidades. La patria que los formó espera confiada los frutos de su obra, reflejados en su acertado liderazgo y en su noble actuación.

Los nuevos oficiales miran hoy hacia ustedes como el ejemplo de vida y profesionalismo que quieren seguir. Por ello, tienen que ser dignos de emulación: buenos y sabios con sus hombres, valientes y humanitarios con los adversarios, justos y transparentes con el país.

¡El nuevo sol que hoy reposa sobre sus hombros debe servir también para iluminar la senda de la paz de Colombia!

Señores generales y ex presidentes de la República Gabriel París Gordillo y Deogracias Fonseca Espinosa, y señores generales Manuel Agudelo Gómez, César Augusto Cuéllar Velandia y Julio Londoño Paredes:

Hoy se cumple un acto de justicia con cinco de los oficiales más eximios y representativos de la historia del Ejército. Hasta la cima de su buen retiro llegan hoy las voces y aplausos emocionados de sus compañeros de armas que quieren hoy elevarlos a las dignidades que les corresponden por derecho.

Con gran alegría imponemos hoy el tercer sol a los generales París y Fonseca, quienes cuentan con el agradecimiento imperecedero de la nación, porque ellos supieron, como miembros de la llamada Junta Militar, devolver a Colombia con responsabilidad y sin traumatismos al cauce de la democracia, que hoy nos preciamos de representar y continuar.

Asimismo, ascendemos al grado de brigadieres generales a los hasta hoy coroneles Agudelo, Cuéllar y Londoño, quienes sirvieron a la nación con desinterés y patriotismo.

El general Manuel Agudelo y el general César Augusto Cuéllar cumplieron todos los hitos de la vida militar hasta culminar sus carreras como ministro de Comunicaciones y como gobernador del Tolima, respectivamente. En cuanto al general Julio Londoño, quien hoy cumple una diligente labor como embajador en La Habana, recordamos todos su valioso aporte al crucial tema de las fronteras nacionales y su destacado desempeño como canciller de la República.

¡El tiempo no hace mella en la memoria cuando las obras son perdurables!

Señores subtenientes de la promoción Brigadier General Rafael Morales Gómez:

Hemos hablado hoy de altos oficiales, que con sus vidas honraron el uniforme del Ejército Nacional, entregándose al servicio y la defensa de sus compatriotas. Ahí tienen el ejemplo y la brújula para su orientación.

En sus ojos vivaces y en sus rostros alegres y decididos descubro los mejores valores de la nacionalidad. Harán honor a la memoria del ge-

neral Morales Gómez, quien los recibió en esta Escuela con la firme decisión de hacer de ustedes seres humanos íntegros y profesionales de bien. Por eso desde el cielo debe estar muy orgulloso al contemplar la graduación de la última promoción que pudo conocer. La presencia hoy de su señora esposa, doña Marta Ossa de Morales, hace aún más emotivo este justo homenaje.

¡Nuestro compromiso es Colombia! Señores nuevos oficiales: Con el pabellón nacional que les he entregado, los hago partícipes de este compromiso. Sean buenos, sean justos, sean estudiosos, sean honestos y sean leales con Dios y con la Patria. ¡Mayores designios no puedo desearles!

Mi felicitación muy calurosa a todos ustedes, de quienes el país espera lo mejor. Al subteniente William Bernal Carrasco, acreedor a la medalla Francisco José de Caldas, quiero saludarlo muy especialmente y augurarle los mayores éxitos en su carrera militar, para bien de Colombia.

Yo quiero terminar estas palabras que las siento de corazón, porque así siento mi orgullo y mi admiración por el Ejército Nacional, haciendo mías las emocionadas frases que dirigió el general Francisco de Paula Santander a la Guarnición de la Plaza de Bogotá en 1832:

Os mando como Magistrado de la Nación, os encargo como vuestro general y os ruego como vuestro camarada, que continuéis siendo lo que habéis sido, soldados de la patria; obedeciendo a vuestros superiores, prestando vuestros servicios en la conservación de las instituciones (...) y del honor nacional y manteniendo la disciplina, que os ha hecho acreedores a la estimación pública.

¡Viva la libertad (...)! ¡Viva la Constitución! ¡Viva el Ejército nacional!

TESTIMONIO DE PROFESIONALISMO, MÍSTICA Y COMPROMISO CON EL RESPETO A LA DIGNIDAD HUMANA

*Saludo del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con motivo del ascenso del general Alfonso Ordóñez Quintana
en la Escuela Militar de Cadetes "General José María Córdoba".*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 15 de marzo de 2000.

Hoy vengo como comandante supremo de las Fuerzas Militares de Colombia a compartir con todos ustedes un día memorable para la carrera militar del general Alfonso Ordóñez Quintana. Estamos reunidos para hacer un merecido reconocimiento a quien con su esfuerzo y abnegación ha entregado los mejores años de su vida al servicio de la patria.

Él, como todos los miembros de las Fuerzas Armadas, ha sabido entender y ha asumido con responsabilidad la dignidad que significa pertenecer a la institución en quien la Nación ha depositado la confianza en el monopolio legítimo de la fuerza.

Es precisamente en estos momentos de la vida nacional cuando la labor que cumplen las Fuerzas Militares cobra un especial significado por su papel fundamental de defensa de las instituciones democráticas y la protección de los derechos humanos.

Y es por ello que debemos redoblar la lucha contra todas las manifestaciones de violencia y en particular contra los grupos de autodefensa, pues ésta es otra forma de demostrar que nuestras Fuerzas Armadas son unas fuerzas transparentes, honestas y al servicio de la paz.

Las muestras que ellas han dado para promover los derechos humanos y cumplir en su totalidad con las normas del Derecho Internacional

Humanitario son un claro testimonio de su profesionalismo, su mística y su compromiso con el respeto a la dignidad humana. Pero también es hora de que todos los actores del conflicto avancen significativamente en la plena aplicación del Derecho Internacional Humanitario.

Es el momento para que den muestras inequívocas de respeto a la población civil.

!Cuarenta millones de colombianos esperan esta señal de paz!

Señor general Ordóñez Quintana:

Deseo expresarle en nombre del Gobierno Nacional y en el mío propio la más sincera felicitación, con motivo de su ascenso a general de la República, el cual es el resultado de toda una vida de esfuerzos, dedicación y sacrificios, al servicio de esa grande y noble causa que tiene el nombre de Colombia, objeto siempre de sus más caros desvelos y nobles ideales, en el itinerario de su vida militar al servicio de las Fuerzas Militares de la Nación como reconocido hijo de nuestra Fuerza Aérea Colombiana.

Soy consciente, como lo son igualmente las Fuerzas Militares y nuestros compatriotas, de la vocación de servicio y consecuente entrega que usted ha demostrado siempre al frente de todas las responsabilidades y destinos a los cuales ha servido siempre con la mayor fe, entusiasmo y voluntad. Por ello la patria lo exalta y premia hoy con el generalato de la República, como a uno de sus mejores hijos.

Quiero asimismo felicitar a su señora, doña Alba Nubia, y a sus hijos, Mauricio, Gustavo y Carlos, a quienes nos unimos hoy para celebrar tan merecido reconocimiento.

Estoy seguro de que este nuevo paso que usted da en su vida militar será una importante fuente de motivación para continuar su trabajo en bien de la patria y de todo el pueblo de Colombia.

LAS FUERZAS MILITARES SON LA FUERZA, EL VALOR Y LA SEGURIDAD DE NUESTRA SOCIEDAD

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la instalación de la conferencia internacional sobre
"El papel de las fuerzas militares en una democracia en desarrollo"*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 6 de abril de 2000.

En el siglo IV antes de Cristo, el filósofo Platón se imaginó un Estado construido exactamente de la misma forma que un ser humano. El equivalente a la cabeza, el pecho y el vientre serían los gobernantes, los soldados y los productores o trabajadores, respectivamente.

Según el pensador griego, así como una persona saludable y armoniosa muestra equilibrio y moderación, un Estado justo se caracteriza porque cada uno de sus componentes sabe el lugar que le corresponde dentro del conjunto y trabaja en perfecta coordinación con los demás.

Por el contrario, si una de las partes obra en forma disociada y sin tener en cuenta a las otras, lo único cierto es el deterioro de la salud del cuerpo, o sea, del mismo Estado y de su capacidad para proveer el bien común.

Y aunque ni Platón ni su discípulo Aristóteles consideraban a la democracia por sí sola como la mejor forma de gobierno, es resaltable que ambos la estudiaron con detenimiento, pues fueron los mismos griegos quienes construyeron las bases de este sistema político que hoy reconocemos como el más adecuado para regir las relaciones entre los hombres.

Desde esa época precristiana hasta nuestros días han evolucionado los dos conceptos que hoy nos congregan:

Los soldados han pasado de ser hombres de guerra, prestos a empuñar las armas para atacar o defenderse de enemigos externos, a convertirse en verdaderos profesionales, comprometidos con el progreso y el desarrollo social y económico de su nación.

A su vez, la democracia directa pero excluyente de la Atenas de Pericles ha evolucionado hacia un sistema que, aunque imperfecto todavía, se acerca más al concepto moderno de democracia participativa, más abierta y con ciudadanos mejor informados.

Pero quiero extraer de la poderosa imagen de Platón una conclusión principal, y es que las fuerzas militares son, al igual que los gobernantes, que los productores y que los trabajadores, partes integrantes y participantes de la sociedad. Así como un cuerpo no puede sobrevivir sin vientre, sin pecho o sin cabeza, porque todas estas partes forman un conjunto unitario e interactuante, así mismo las fuerzas militares son una con la nación y la sociedad a la que pertenecen.

Por eso resulta paradójico que en momentos de conflicto, como los que vive la sociedad colombiana, parte de esta misma sociedad las perciba como una entidad ajena, cuyos triunfos y derrotas no le conciernen, y no las rodee ni les brinde el respaldo que merece su misión como defensoras de las instituciones y de la democracia.

Las Fuerzas Militares a menudo se sienten solas, en medio de los compatriotas cuyas vidas y bienes protegen. Y esta soledad es el mayor enemigo de su moral y de su capacidad para brindar mejores resultados.

Tenemos que entender que las Fuerzas Militares son parte del cuerpo del Estado y que el Estado somos todos. Ellas son lo que somos y son lo que tenemos para garantizar el imperio de la ley y el orden, sin los cuales es imposible construir una sociedad en paz y con progreso.

Las armas legítimas que portan las Fuerzas Militares son legítimas porque son las armas que el pueblo mismo ha entregado a unos profesionales para que garanticen su tranquilidad. Con su uso adecuado, bajo el consenso social, se logra el Estado justo del que hablara Platón.

Lo contrario sería aceptar el uso de las armas por grupos de justicia privada, con intereses particulares, a menudo económicos. Pero aquí ya no habría verdadera justicia, porque no hay armonía entre los diversos componentes sociales y porque no se obra con miras a un fin conjunto, como lo es el bien común.

La justicia privada es todo menos justicia. Es un tremendo generador de incertidumbre y de daño social. Es uno de los principales enemigos de las instituciones, incluidas en ellas los organismos de seguridad del Estado.

Por ello, el apoyo de la sociedad entera a sus legítimas Fuerzas Militares no es una concesión: es un deber. Al respaldarlas, nos respaldamos a nosotros mismos, porque ellas son la fuerza, el valor y la seguridad de nuestra sociedad.

No es posible que todavía se hable de las Fuerzas Militares como de uno de los actores del conflicto interno en nuestro país. ¡Como si ellas obraran en representación propia o por su propia voluntad, y no por mandato de la ley! En este conflicto sólo hay dos partes: por un lado, la sociedad que componemos todos y, por otro, los actores armados al margen de la ley.

Pero resulta indignante que se pretenda que las fuerzas militares –que obran en cumplimiento de su deber constitucional de defender la soberanía, la independencia, la integridad territorial y el orden constitucional de Colombia– son sólo otro actor aislado del conflicto, ajeno a nuestros propios intereses y a nuestra solidaridad.

¡Como si cada soldado, cada oficial y cada policía que muere en cumplimiento de su deber no lo hiciera por defendernos y protegernos a cada uno de nosotros! Ellos son la sociedad colombiana: ¡Dejarlos solos es quedarnos solos!

Por supuesto, el apoyo que hoy demando de la sociedad para con sus fuerzas militares, también hay que ganárselo. ¿Y cómo pueden los militares ganar el respaldo ciudadano? Cumpliendo su labor con profesionalismo, buscando siempre la excelencia en su trabajo, prote-

giendo los derechos humanos en todo momento y aplicando el derecho internacional humanitario en las acciones bélicas, tal como lo vienen haciendo.

Para enfrentar este reto, actualmente, en todas las fuerzas que componen la fuerza pública colombiana funcionan 181 oficinas de derechos humanos y derecho internacional humanitario. Gracias a su continua labor pedagógica, hoy contamos con 851 oficiales y suboficiales preparados como multiplicadores en estos temas y 74.000 miembros de las Fuerzas Militares y la Policía Nacional han recibido capacitación en los mismos.

Los resultados de esta campaña de pedagogía y concienciación que venimos adelantando en la fuerza pública son dicentes: Mientras hace cuatro años el 15 por ciento de las acusaciones por violación de los derechos humanos se adjudicaba a las fuerzas militares, hoy éstas no están implicadas ni en el 2 por ciento de estas acusaciones. ¡Y la meta, óigase bien, es de cero violaciones a los derechos humanos!

Por ello, reitero: Si las fuerzas militares obran siempre bajo el imperio de la ley y los derechos humanos, cumpliendo el mandato de sus conciudadanos, su apoyo estará garantizado.

Pero también es fundamental el respaldo del mismo Gobierno, sin el cual no es posible asegurar una acción eficaz de las fuerzas militares. En este punto, un gobierno democrático, como el colombiano, tiene que ser consciente de que fortalecer las fuerzas militares y mejorar sus condiciones operativas, su capacidad de inteligencia y su acción estratégica, es un aporte a la paz, más que a la guerra. Sólo en la medida en que las armas estén en manos de fuerzas legítimas y democráticas podrá garantizarse la tranquilidad de la nación.

Mi gobierno ha liderado, en conjunto con las autoridades militares, un proceso de reforma y modernización de las Fuerzas Militares que está dando excelentes frutos. Hemos creado y puesto en funcionamiento nuevos batallones antinarcóticos, la Fuerza de Despliegue Rápido, la Brigada Fluvial, la estrategia de comando o de acción conjunta, y con todos estos instrumentos se están produciendo cada vez mejores resultados en el incremento de la seguridad de los colombianos.

También hemos expedido un nuevo y más moderno Código Penal Militar y estamos impulsando en el Congreso la Ley Estatutaria de la Justicia Militar. Además, en uso de las facultades que me otorga la Ley 578 de este año, profundizaremos aún más estas reformas, avanzando hacia la completa profesionalización de las fuerzas armadas.

Pero el apoyo también tiene que ser efectivo, quiero decir, contante y sonante. Por ello, a pesar de las dificultades fiscales del país, me he comprometido a que los sectores de Defensa y Policía no vean reducido este año su presupuesto.

Para ello, he previsto, entre otras acciones, tramitar adiciones presupuestales por 100 mil millones de pesos, otorgar vigencias futuras por una cifra similar, asignar 67 mil millones de pesos para atender el plan de sustitución de soldados bachilleres por voluntarios y el incremento salarial y gestionar la adquisición de 14 helicópteros Black Hawk, los cuales se sumarán a los 5 que ingresaron a comienzos de este año. En esta Conferencia Internacional, en buena hora promovida por el Ministerio de Defensa y el Comando General de las Fuerzas Militares, y en particular por la Escuela Superior de Guerra, en conjunto con la Pontificia Universidad Javeriana, se escucharán importantes ponencias y se debatirá sobre el papel de las Fuerzas Militares en las sociedades democráticas. Al respecto, yo pienso que hay que considerar dos ideas fundamentales que definen los objetivos estratégicos del Estado colombiano en materia de seguridad:

En primer lugar, que el papel primordial de las Fuerzas Militares en una democracia es disuasivo, más que represivo. Su función es precaver las amenazas externas e internas contra la tranquilidad de los colombianos, y repelerlas y controlarlas cuando se convierten en agresiones. Por ello, solo unas Fuerzas Militares organizadas, fuertes, modernas, bien dotadas y con respaldo en la ciudadanía y en el gobierno pueden garantizar un entorno de seguridad.

Para lograr una efectiva capacidad disuasiva es indispensable aumentar la capacidad operacional de las fuerzas legítimas, lo cual es un objetivo estratégico del gobierno. En este sentido, resulta satisfactorio constatar que el Ejército Nacional mejoró en un 80 por ciento su índice de efecti-

vidad operacional en acciones contrainsurgentes en el primer trimestre de este año, comparado con el mismo periodo del año pasado.

La segunda idea que quiero resaltar se deriva de la anterior. Y es que el logro y el mantenimiento de la paz no se contraponen en absoluto con la acción de los organismos de seguridad del Estado. También la paz –y sobre todo la paz– necesita de unas fuerzas militares actuantes, respetuosas de los derechos ciudadanos y al mismo tiempo respetadas, constructoras y garantes de un nuevo país.

Ahora bien: Para que estos objetivos prosperen y trasciendan la coyuntura temporal de los diversos gobiernos, se requiere el concurso de centros de pensamiento estratégico. Por ello, general Henry Medina, el paso que usted está dando al crear el Centro de Estudios Estratégicos y Logísticos para la Seguridad y la Defensa Nacional, es un paso histórico que merece el reconocimiento de toda Colombia, el cual esperamos que cuente con el apoyo entusiasta de las universidades, tal como lo hace hoy la Universidad Javeriana.

Un país como Colombia no podía darse el lujo de carecer de una institución como ésta, que nos permita estar a la vanguardia de la discusión del pensamiento estratégico y conocer y debatir las nuevas doctrinas en este campo, donde tanto civiles como militares tienen tanto que aportar. La modernización de las Fuerzas Militares no es solo la adquisición de nuevas tecnologías, sino también la capacidad para asimilar nuevas doctrinas de estrategia.

Estamos generando un gran cambio en los organismos de seguridad del Estado, porque estamos convencidos de que el cambio y la modernización es un imperativo de nuestros tiempos y un mandato del pueblo. Y así como cambiamos las fuerzas militares, con el referendo que he propuesto a los colombianos también estamos cambiando la forma de hacer política en el país y dotando de instrumentos eficaces a la lucha contra la corrupción en las más altas esferas del Estado.

Reducir el tamaño del Congreso y de los Concejos Municipales, suprimir las Asambleas Departamentales, declarar la muerte civil a los corruptos, exigir el voto público y nominal, darle valor al voto en

blanco, acabar con las suplencias, eliminar los privilegios salariales de los congresistas, hacer más transparente la financiación de las campañas políticas. ¡Esos sí son cambios de verdad, que nos ayudarán a todos a construir un nuevo país, donde los honestos prevalezcan!

Y este gran cambio lo realizaremos siguiendo la más pura tradición institucional del país, bajo el imperio de la ley, sin traumatismos ni actos arbitrarios. Yo sé que las fuerzas armadas de la nación, con su actitud cívica y democrática que las caracterizan, también entienden y valoran la importancia de este cambio.

Apreciados amigos militares de Colombia y el mundo y demás participantes de esta Conferencia Internacional:

La soledad de las Fuerzas Militares, en Colombia y en cualquier otro país democrático, se soluciona definiendo objetivos estratégicos precisos, acordes con los intereses comunes, y proporcionando los instrumentos necesarios para su realización.

Este es el compromiso inequívoco de mi gobierno con las Fuerzas Militares de la nación colombiana, de la cual son ellas las más fieles representantes, así como las mejores defensoras de nuestra Constitución y de las instituciones democráticas.

Como afirmaba mi padre, el presidente Misael Pastrana, los soldados de Colombia lo que portan son las armas de la paz, del derecho, de la convivencia, de la concordia entre los ciudadanos, y sobre ellas han reposado seguros los cimientos de las normas jurídicas que rigen nuestra República.

Les deseo el mayor de los éxitos en sus deliberaciones en esta Conferencia. Aquí se debatirán los principios democráticos y de legalidad que deben regir el papel de las Fuerzas Militares, un papel que anticipó hace 170 años el máximo prócer de nuestro país, el general Francisco de Paula Santander, cuando dijo a sus hombres: "Las armas que lleváis y que os distinguen de los demás ciudadanos, se os han entregado cabalmente para defender sus vidas y sus derechos".

CAPÍTULO IV

IDEARIO PARA LA PAZ

LA ANDI, LÍDER EJEMPLAR; MODELO DE CREATIVIDAD, TESÓN Y COMPROMISO CON EL FUTURO DE COLOMBIA

Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la clausura de la 55 Asamblea anual de la ANDI.

Medellín, Antioquia, 20 de agosto de 1999.

Apreciados amigos:

Me honra el hecho de estar aquí con ustedes, señores miembros de la Asociación Nacional de Industriales. El gremio que ustedes representan ha ejercido, sin lugar a dudas, y durante buena parte de este siglo, un liderazgo ejemplar; modelo de creatividad, tesón y compromiso con el futuro de la Nación.

Durante el último año y medio, Colombia ha vivido quizá la más grave de las crisis económicas después de aquella de los años treinta. Lo que pasó es por todos conocido: la capacidad instalada industrial quedó inutilizada; hombres y mujeres perdieron su empleo; disminuyó la capacidad de compra; los bancos vieron empeorar su cartera; el crédito se contrajo; el comercio decreció y el desempleo llegó a niveles superiores al 19 por ciento.

Hace un año encontramos un país en bancarrota fiscal, corrupción institucional y aislamiento internacional. Enfrentábamos el cierre de los mercados externos, porque después de la crisis rusa, a Colombia ya nadie quería prestarle. Llegó a ser tan compleja la situación fiscal, que por primera vez en años no habría cómo pagar la nómina de empleados en diciembre; vale decir que estábamos abocados a una cesación de pagos. Las altísimas tasas de interés reflejaban igualmente el afán con

el que colombianos y extranjeros buscaban desprenderse de los pesos y pasar sus activos a dólares. La cartera de la banca se deterioraba de manera alarmante y se cerró totalmente el crédito nuevo. Entró en acción un proceso de destrucción de la propiedad de millones de colombianos cuyos préstamos alcanzaban un mayor valor que el de sus propiedades e inversiones.

Épocas difíciles como éstas propician el ilusionismo de la magia económica. Mi gobierno, en cambio, ha optado por una estrategia de recuperación que obliga a tomar medidas difíciles para recuperar la estabilidad, única garante de la reactivación. Cuando tomé posesión de mi cargo, le dije al país que tendríamos frente a nosotros un año muy difícil. Y lo ha sido. Entiendo más que nadie las dificultades personales que ello ha implicado para un gran número de colombianos. Pero estoy seguro de que si mantenemos el rumbo escogido, si conservamos la estrategia que nos hemos trazado para la recuperación, será más pronto que tarde cuando logremos cosechar con creces los frutos de nuestro esfuerzo. Si ante el desalentador panorama de agosto pasado les hubieran dicho a ustedes que un año después la economía mundial estaría mucho más sólida, que los flujos de capital estarían retornando a América Latina, que Colombia tendría superávit comercial y que el déficit en la cuenta corriente se habría reducido en más de la mitad, que las tasas de interés en el país habrían bajado en un 50 por ciento y que la tasa de inflación habría logrado la meta de un dígito, pocos de ustedes lo habrían creído. Sin embargo, todo ello es hoy una realidad y representa la base fundamental para la reactivación económica. Además, nos brinda la oportunidad de llevar a cabo una política monetaria más expansiva en un momento en que la economía lo necesita.

Hace unos meses les decía que lo importante no era haber bajado las tasas de interés sino asegurarse de que ellas se mantuvieran bajas. Pues bien, con el respaldo del Fondo Monetario a nuestra moneda, con el Presupuesto de la Verdad y con el paquete de reformas que estamos presentando al Congreso vamos a garantizar que así suceda para bien de las empresas y las industrias, de los deudores y de cada uno de los colombianos.

Que no nos quepa la menor duda: frente a una crisis de la magnitud que enfrentamos, nuestra política económica ha sido exitosa. De ma-

nera simplista se argumenta que los logros en inflación, balanza comercial, e inclusive en la tasa de interés, se deben a la recesión. Basta mirar algunos países que también han estado convulsionados por crisis recientes para percatarnos de que podríamos estar enfrentados a una recesión con inflación, o a una corrida cambiaria sin control que nos obligase a mantener altas tasas de interés. Creo sinceramente que no se han reconocido la importancia de la secuencia y la oportunidad de la aplicación de los ajustes fiscal y cambiario, ni tampoco la importancia de haber conseguido, en el momento más crítico, el respaldo de los Estados Unidos, de la banca multilateral, de los mercados financieros y finalmente del propio Fondo Monetario Internacional.

Las dificultades del sector financiero representan otro de los capítulos tormentosos de nuestro primer año de gobierno. La crisis se inició en el sector cooperativo y evidenció la ausencia total de supervisión estatal; se propagó por la Banca pública, adicionada con préstamos alegres que ya llevamos a ser investigados por las autoridades competentes. Finalmente, nos llegó el coletazo de la recesión que vino a afectar fuertemente a la banca privada y especialmente a las corporaciones de ahorro y vivienda, quienes, amparados en el *boom* del consumo, habían prestado de manera excesiva durante la década.

En una crisis bancaria no se puede asegurar la supervivencia de todos los bancos, ni evitar que algunas personas sufran pérdidas. Sin embargo, garantizamos que no hubiese pérdidas previsibles y también la salvación de aquellos bancos cuyos dueños estuvieran dispuestos a salvar. Estamos comprometidos no solamente con el rescate de los bancos sino con el fortalecimiento del sector financiero a través de la reorganización y supervisión adecuada del sector.

Para mí ha sido muy gratificante ver cómo a lo largo de todo este proceso de ajuste financiero, y a pesar incluso de algunos rumores malintencionados, los ahorradores han depositado en el sistema financiero el más importante y valioso de todos los activos: su confianza. Dicha confianza, que en realidad fue un acto de confianza en la política adoptada por mi gobierno, ha sido indispensable para el salvamento y normalización de la banca.

La otra cara de la moneda de esta política de activación de la oferta de crédito es activación de la demanda de crédito. Si queremos que los recursos lleguen a las empresas y a las personas que más los necesitan, no basta con la oferta. Necesitamos que quienes van a ser los destinatarios de esos créditos estén en condiciones de solicitarlos y pagarlos.

Estoy comprometido personalmente en el liderazgo de esta tarea. Ordené a mi equipo económico que estructurara una línea de crédito por más de \$1,6 billones a través del IFI y Bancoldex para dirigirla a la reestructuración de las deudas del sector real, y conseguí el compromiso del BID para fortalecer esta tarea. El objetivo de estos recursos es muy preciso: deben dirigirse a frenar el cierre de empresas viables, a facilitar el acceso al crédito de aquellas que se encuentran en dificultades, y a normalizar y recuperar sus actividades de producción.

Las acciones mencionadas están orientadas a lograr en el corto plazo que la economía se dinamice, se acelere la reactivación y se genere empleo.

La estrategia de alivio

Debo reconocer que el camino hacia la recuperación es largo, e igualmente que una cosa es hablar de recesión en términos económicos y otra muy diferente cuando ella se traslada a la cruda y difícil realidad que implica para miles de familias colombianas. Diecinueve por ciento de desempleo es más, mucho más que una estadística. A lo largo y ancho del país hay sufrimiento, ansiedad y miedo.

De manera simultánea a la estrategia de recuperación mi gobierno ha implantado una clara estrategia para ayudar a los más débiles, a quienes más lo necesitan.

Estamos desarrollando una agenda por la justicia social en Colombia que garantice a todos los colombianos que sufren, a los colombianos doblegados por los efectos de la crisis económica y la violencia, una nueva posibilidad en la que encuentren salud, educación y valores.

Dentro de las limitaciones fiscales he dado claras instrucciones de aumentar los recursos para los programas sociales, la salud y la educación. También al Instituto de Bienestar Familiar y a los programas de la

Red de Solidaridad, entidades que tienen a su cargo velar por los niños y los ancianos.

De la misma manera como diseñamos un programa de choque que ha entregado recursos para la agricultura, la vivienda y las obras públicas con alto componente de mano de obra, hemos sido cuidadosos en no llevar a la economía a un sobreajuste que hubiese tenido como resultado la profundización de la crisis. Sin sacrificar el objetivo de reducir el déficit estructural, hemos entendido la importancia de permitir, en medio de la recesión, una mayor inversión pública, tanto para la reconstrucción del Eje Cafetero como para obras públicas en la ciudad de Bogotá y en otras ciudades y regiones que sanamente puedan financiarla. De esa manera las obras públicas también ayudan en la reactivación.

El ajuste de los salarios de los empleados del sector público es también una fórmula a través de la cual quienes tenemos la fortuna de tener un empleo seguro les damos la mano a quienes hoy están desempleados. Esta fórmula permite ajustar al sector público abriéndole espacio a la reactivación del sector privado y permitiendo de tal manera la generación de nuevos puestos de trabajo. Debemos entender que la generación de empleo no sólo le compete al Gobierno sino que reclama la solidaridad de todos los colombianos, especialmente de quienes dentro de la crisis han tenido mejor fortuna.

La solidaridad y el sentido de comunidad deben propagarse en estas épocas difíciles. La participación de ustedes los industriales y de todos los empresarios colombianos en la generación de empleo es un deber y una necesidad.

Debo rendir tributo a mis compatriotas que en medio de la recesión económica han mantenido un espíritu de orden y esperanza, resistiéndose a caer en las redes del radicalismo de quienes aspiran a pescar en río revuelto. No vamos a traicionar sus esperanzas ni mucho menos a dejar de valorar su paciencia.

La estrategia de Reforma

Todas estas políticas que conforman nuestro frente por la reactivación ya han comenzado a incidir sobre el crecimiento, que no sólo ha frena-

do su tendencia negativa, sino que parece haber entrado en una fase ascendente.

El doctor Luis Carlos Villegas decía ayer que los datos de junio confirman los síntomas de una incipiente reactivación. Tenemos una caída vertical de los inventarios, una subida de los pedidos, un freno a la caída del sector industrial y una mejora en las ventas y en la cartera del sector financiero.

Las encuestas de los empresarios muestran hoy un nuevo optimismo. Se trata de un optimismo con bases reales; es decir, de un optimismo que surge de hechos económicos.

En esta ciudad de Medellín también me es grato registrar el repunte del sector textil, de vital importancia para toda Colombia y en especial para la industria y el trabajo antioqueños. Mayores pedidos locales y una mejor perspectiva exportadora soportan una mejora ostensible en la utilización de la capacidad instalada y de las expectativas para el resto del año.

En este proceso de reactivación inciden varios de los factores que ya he anotado, como la baja en las tasas de interés y la mejora de competitividad por la combinación de devaluación y baja inflación. Pero quiero hacer mención especial de cómo también la lucha contra el contrabando ha incidido en este repunte de las textileras y de otras ramas de la industria.

Estoy convencido de que el mejor aporte que cada colombiano le puede hacer a la reactivación del empleo es dejar de comprar contrabando. La lógica del comercial de la DIAN también funciona al revés y lo está demostrando la industria textil: por cada empleo que pierde el contrabando se crean cuatro puestos de trabajo en Colombia. ¡No más tolerancia con el contrabando!

También tengo muy claro que la participación del Gobierno en impulsar este repunte es vital. Vamos a garantizar a través del IFI los recursos necesarios que les permitan a la cadena textil y a otras industrias atender oportunamente sus requerimientos de capital de trabajo.

Sin embargo, es precisamente ahora, cuando los momentos más difíciles están comenzando a quedar atrás, que entraña mayor peligro que bajemos la guardia. No podemos, por ningún motivo, posponer la siguiente ola de reformas. Hemos invertido muchísimo tiempo y esfuerzo sembrando pacientemente las semillas de la recuperación para que nos arriesguemos a echar por la borda todo el trabajo sin haber recogido aún sus frutos.

El primero y más importante frente en el que tenemos que concentrar nuestros esfuerzos es en el fiscal. Si bien es cierto que el desajuste fiscal ha sido la causa principal del desequilibrio de nuestra economía, también lo es que su corrección es la llave que está abriendo las puertas de la estabilidad y la reactivación.

Quienes conocen el sector público saben que tenemos al frente metas ambiciosas. El déficit fiscal para el año 2000 no debe superar el 2,5 por ciento, para el 2001 el 2 por ciento, para el 2002 el 1,5 por ciento del PIB y así llevar al país a un equilibrio de mediano plazo. El cumplimiento de estas metas que es imperativo para nosotros supone el compromiso y un gran esfuerzo de todos para sacar adelante las reformas legislativas necesarias.

No voy a detenerme sobre los detalles de las reformas para alcanzar los objetivos fiscales que ya explicó ampliamente el ministro de Hacienda. Sin embargo sí quiero recalcar una vez más la importancia de reformas como la de sentencias, conciliaciones y retroactividad de cesantías, los proyectos de pensiones territoriales, la restricción de gastos de municipios y departamentos y la de seguridad social. No se trata de perjudicar a quienes hoy tienen trabajo sino de abrir posibilidades de trabajo a quienes están desempleados.

Quiero aprovechar también este foro para que miremos juntos hacia adelante. Para que pensemos en la Colombia que queremos, no al final de este año, ni del próximo, sino al culminar la próxima década. Y debemos hacerlo porque esa Colombia solo será posible si comenzamos a construirla hoy.

Hace unas semanas me reuní en Cartagena a compartir con los empresarios mi visión de esa Colombia. Allí, en compañía de muchos de

los que hoy están aquí, presenté el rumbo que debe tomar la política económica para hacer realidad ese país, y que se resume muy certeramente en el nombre que le pusimos al evento: Colombia Compete.

Que nuestras empresas sean competitivas es la única salida para crecer, modernizarnos, y generar la riqueza necesaria para elevar el nivel de vida y poder acabar con las iniquidades que hoy vivimos.

Es importante reconocer que la actividad empresarial se encuentra inmersa en medio de fuerzas de gran envergadura que cruzan la historia de las naciones. Me refiero a la escogencia de largo plazo que hace un país para buscar su vía de crecimiento.

Las exportaciones son un imperativo para el país. Durante los últimos veinticinco años las sucesivas bonanzas han echado por la borda la consolidación del modelo de exportación que se le planteó al país desde hace tres décadas.

Tenemos que recobrar la dinámica exportadora. Tenemos que exportar, porque esa es la clave para la modernización de nuestro aparato productivo. Tenemos que exportar, porque las empresas que se embarcan en este proceso son las que más contribuyen a la capacitación de sus trabajadores y por ende a un mejor y más estable nivel de vida. Tenemos que exportar porque es la exposición al mercado internacional la que nos mantiene alertas como empresarios innovadores y competitivos. Por estas razones mi gobierno retomó esta verdad de antaño y la colocó como prioridad del plan de desarrollo.

Tener una política exportadora ambiciosa requiere la búsqueda y ampliación de nuevos mercados. Mi gobierno está empeñado en lograr mejores condiciones para nuestros productos en los Estados Unidos y Europa. Pero debemos tener claridad que es el mercado común andino, y especialmente con Venezuela y Ecuador, el que ha permitido el crecimiento y la mejora en la competitividad de nuestras empresas. El comercio ha logrado además en pocos años integrar nuestros pueblos y fortalecer esos lazos de hermandad que trascienden la política y los

gobiernos. En las coyunturas difíciles es fácil apelar al proteccionismo, pero debemos tener la capacidad de asumir con pragmatismo el reto histórico que demanda la integración regional.

Ustedes me dirán que la situación actual presenta una gran dificultad para su capacidad de hacer empresa. Pero las dificultades esconden también oportunidades.

De hecho, un pueblo reconoce su fortaleza y su empeño cuando le toca sacar lo mejor de sí para superar los escollos que la historia le presenta. Federico Nietzsche hablaba de que la gran fortaleza solo surge de la gran amenaza; la fuerza no nace de la debilidad sino del reto. Y esto lo han demostrado las naciones una y otra vez. Señores: no hagan una lectura equivocada de la historia; lo que está por venir es la gran esperanza.

Los empresarios más exitosos de todas las naciones han demostrado esto contundentemente. Cuando le dijeron a Henry Ford que su proyecto de producir mil automóviles al mes era descabellado, ya que no había ni la gasolina ni las carreteras para esos vehículos, él respondió que sus carros iban a extraer el petróleo e iban a construir y pavimentar las carreteras. Pocos años después muchas empresas se dedicaban a explorar en busca del combustible, y muchas otras se dedicaban a colocar la cinta de asfalto por la que pudieran correr los carros del visionario descabellado.

Hoy más que nunca los empresarios colombianos están explorando nuevos rumbos por los cuales nunca se habían aventurado. Justamente es esta situación la que nos ha forzado a ser más imaginativos, más recursivos y más disciplinados.

Sé de la preocupación que para todos ustedes representa el orden público. Desde nuestro planteamiento original, hemos dicho que la política de paz del Gobierno es de amplio espectro y de profundas connotaciones. Aunque por supuesto comprende la negociación y busca la firma de acuerdos de paz con la guerrilla, trasciende ese propósito, pues las razones y los motivos de nuestra violencia no son solo los del conflicto armado, y lo que es más importante, las soluciones y la definición del rumbo del país no corresponde al reducido espacio de la negociación.

La paz que reclaman y urgen los colombianos supone el acallamiento de los fusiles, lo que compromete a los alzados en armas; pero también implica nuevas condiciones sociales, económicas y políticas, y esas definiciones corresponden, de hecho y por derecho, a toda la Nación, con el indeclinable liderazgo de sus dirigencias democráticamente elegidas. No existe en el mundo moderno un medio ni un fin más legítimo, como organización política, que la democracia.

El nuestro, con todas sus imperfecciones, pero también con sus incuestionables y grandes cualidades, es un sistema democrático.

No vamos a retrasar ni a disminuir el ritmo de nuestra acción por la paz. Con perseverancia proseguiremos la búsqueda de los entendimientos con la insurgencia, pero es nuestra obligación acelerar el paso en la búsqueda y construcción de la justicia social, del desarrollo económico, de la redención del campo, de los derechos humanos y la superación de la impunidad.

Queremos que, con el liderazgo de mi gobierno, el sector privado continúe y refuerce su compromiso y su solidaridad con las gentes más necesitadas.

Años atrás, identifiqué mi acción política con estas sencillas palabras: diciendo y haciendo. Pues bien, lo que digo lo hago, y no voy a frustrar a mis compatriotas en la lucha por la paz que tanto anhelamos todos. Los actores de la violencia deben oír las voces que gritan al unísono: que cese la violencia. Que dejemos aparte las desconfianzas y nos incorporemos a la construcción de la Nueva Colombia, que no da espera.

La paz, en su dimensión más auténtica, no sólo proviene de una negociación. La paz se funda, se cultiva y se cosecha en una decisión ética colectiva. Ello supone una labor en todas las esferas de la vida de la Nación por todos aquellos en quienes corre sangre colombiana.

Los elementos comunes que definen la idea y la acción de la paz nacional son la democracia, la unidad nacional, los derechos humanos considerados en su integridad, y el Estado de derecho. Esos valores, a la vez que constituyen el marco de todos nuestros esfuerzos, tendrán que salir consolidados y fortalecidos.

Todos tenemos la obligación de construir en la mente nacional esos valores, al igual que el hábito de resolver pacíficamente nuestros conflictos. Sólo así alcanzaremos la pedagogía de la paz y la cultura de la legalidad.

Todos tenemos una responsabilidad social; el Gobierno es consciente de que tiene una responsabilidad política; la guerrilla también debe asumir de una vez por todas que tiene un deber político, debe honrar la seriedad y la credibilidad con su compromiso de paz. En fin, todos tenemos un deber moral con la paz, que comienza por respetar los derechos de los inocentes y los indefensos.

Debo agradecer el respaldo de la ANDI a la política de paz del gobierno expresada en el documento que entregaron en la mañana de hoy al Alto Comisionado para la Paz. Queda demostrado que en la construcción de este objetivo debemos participar todos los colombianos y que quienes ejercen el liderazgo de la industria en Colombia no van a ser inferiores a la responsabilidad de la hora presente. Los invito y los convoco para que sigan trabajando en estas iniciativas que indudablemente enriquecen la posición del gobierno que no es otra que la expresión del pueblo colombiano.

Ustedes, los industriales, que crean la riqueza, que crean empleos, son también el motor que requerimos para que, de la mano del Gobierno, demos un nuevo impulso a la recuperación económica y a la superación de todas las formas de marginación.

Estamos cambiando a Colombia. Tenemos la obligación de dejarles un mejor país a nuestros hijos. Redoblemos los esfuerzos para volver realidad los sueños de prosperidad y bienestar de todos los colombianos.

Hoy tenemos unas condiciones superiores, mejores que las de un año atrás, y estoy seguro de que dentro de un año estaremos aun mejor. Señoras y señores, es hora de pensar con grandeza y de construir juntos el futuro de nuestra patria.

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS: DADNOS EL CORAJE Y LA CLARIDAD SUFICIENTES PARA CONSTRUIR LA PAZ

*Texto de la plegaria del presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, durante la inauguración de
una monumental estatua del Sagrado Corazón de Jesús,
junto al Estrecho del Magdalena, en las estribaciones
del Macizo Colombiano.*

San Agustín, Huila, 10 de septiembre de 1999.

Sagrado Corazón de Jesús:

Hoy vengo aquí, ante Ti, como hijo de Dios, como quien reconoce en Ti al creador de la vida, al autor de nuestra fe, la razón de nuestra esperanza y la verdad del amor, estoy ante tu venerable imagen con la humildad de un hombre fruto de tu obra, para pedirte una vez más, con la voz de esperanza de millones de colombianos, por la paz y felicidad de nuestra querida Colombia.

Hoy llego a Ti al encuentro, en este paisaje amoroso de la tierra de mi padre, de mi madre, y de mis ancestros, para ofrecerte el alma dolorida de la patria que levanta insistente sus ojos suplicantes hacia tu misericordia para pedirte nos des el coraje y la claridad suficientes para construir la paz.

Aquí, donde nace el Río Grande de la Magdalena y comienzan las gigantes estribaciones del Macizo Colombiano, reconocemos el gran país que nos dista para que lo habitáramos con la dignidad de personas capaces de soñar y de realizar sus sueños.

Vengo ante tus pies, con la inmensa responsabilidad de ser el gobernante de todos los colombianos, para pedirte como Francisco de Asís que me hagas un instrumento de tu paz, que hagas de cada colombiano un trabajador incondicional de la paz que comienza y delinea el rostro de una justicia social realizada con honradez.

Sabemos, Señor, que optar por la vida es optar por la dignidad, por la libertad y por la paz. Quiero decirte que los aquí presentes rechazamos toda forma de violencia. Rechazamos la violencia de la pobreza y del hambre, la violencia de las armas, la violencia de la exclusión, la violencia del daño ambiental y sobre todo la violencia de quienes nos quieren matar las esperanzas.

Concédenos, Señor, el discernimiento para saber hallar el camino de tu voluntad y la fortaleza para no desviarnos de tu sendero.

Haz que tomemos la opción de participar construyendo a Colombia, y haciendo de la solidaridad el valor insustituible de la convivencia.

Haz, Señor, que entendamos y que todos entiendan que tenemos derecho a la paz, que seamos conscientes de que la guerra no edifica sino que destruye.

Por eso te pedimos con devoción el beneficio de tu ayuda para que comprendamos que los niños tienen necesidad y derecho a la paz.

Por ello cambia, Señor, el corazón de los violentos para que se conviertan a la paz; compromete el testimonio de quienes con su apatía refuerzan a diario la violencia y danos la inteligencia suficiente, a todos, para entender que debe cesar el río de sangre que nos ahoga.

Danos sabiduría para acertar y valor para llevar a cabo las acciones necesarias para construir la paz. Libranos de todo mal y haznos entender que ha llegado el tiempo de la esperanza.

Que este río de la patria que desde aquí recorre a Colombia lleve a todos un mensaje de fe, de amor y de esperanza; que lleve el grito de quienes decimos sinceramente *no a la violencia* y recoja el anhelo de una Nación que todo lo merece.

Permite que siempre el Presidente de Colombia sea el defensor de los derechos de quienes no tienen derechos, y permite que al hacerlo logre forjar el amanecer cierto de la democracia.

Sagrado Corazón de Jesús, regálanos a todos nosotros el don de unir nuestras manos, ahora, para construir la paz.

LOS VIOLENTOS JAMÁS TRIUNFARÁN

*Mensaje del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la entrega del Premio Nacional de Paz.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 28 de octubre de 1999.

Lamento profundamente no poder asistir a esta ceremonia para la entrega del Premio Nacional de Paz, pero a último momento, motivos ajenos a mi voluntad me impiden acompañarlos como era mi deseo.

Qué bueno que medios de comunicación de la importancia de *El Colombiano*, *El Espectador*, *El Tiempo* y *Semana*, junto con la Fundación Friedrich Ebert de Colombia, hayan tenido la lúcida idea de premiar a los compatriotas que en todos los rincones del país están comprometidos con su destino, con la paz y con la solidaridad entre los colombianos.

Hoy, cuando hemos dado pasos significativos para la construcción de la paz, al haber comenzado el proceso de negociación con las Farc-Ep y al reanudar contactos con el Eln, es necesario recalcar la enorme responsabilidad que tienen los medios de comunicación frente al proceso de construir la paz de nuestra nación.

Como tuve oportunidad de afirmar ante la Sociedad Interamericana de Prensa en días pasados, no podemos caer en la alegre divulgación de fechas que no existen, la incomprensión tendenciosa de las propuestas o la filtración de temas que, por su naturaleza, se circunscriben a la negociación. Jugar con la paz de un pueblo martirizado es prolongar su martirio y entregarles a los violentos la ventaja comparativa del desconcierto.

Quiero de manera muy especial felicitar al pueblo de Mogotes, ganador del premio. Este es un ejemplo patente de cómo los colombianos podemos, cuando queremos, tomar el destino en nuestras propias manos, sin permitir que los violentos o los corruptos decidan por nosotros. ¡Cuánto tenemos que aprender de estos santandereanos corajudos que con su propia Asamblea Municipal Constituyente han construido un oasis de paz y de progreso comunitario!

Lo mismo podríamos decir de las Comunidades de Paz de Urabá y del Proyecto NASA o Plan de Vida de las Comunidades Indígenas del Norte del Cauca, que han sido también reconocidos por el jurado. Y de cada uno de los postulantes, que con su ejemplo de vida nos demuestran que la paz se construye día a día en nuestro propio entorno y dentro de las posibilidades de cada quien.

Los ejemplos de Mogotes, Urabá y Toribío nos confirman que la negociación es algo que va más allá de la mesa de diálogo entre Gobierno y guerrilla. La negociación es también ponernos de acuerdo en nuestros propios municipios, con nuestros vecinos, en el interior de nuestras familias, con los compañeros de trabajo.

Tenemos que entender, de una vez por todas, que ser diferentes no nos enfrenta, sino que nos enseña.

Pero hoy no sólo se está premiando a quienes están físicamente en este recinto, sino que también se hace un reconocimiento muy especial y muy sentido a dos amigos que cayeron bajo el fuego de la intolerancia: Jaime Garzón y Jesús Bejarano.

¡Qué fácil y qué cobarde es empuñar un arma y matar a los hombres de paz! Pero los violentos jamás triunfarán: Por cada risa, por cada inteligencia, por cada luchador de la paz que nos asesinen se levantarán miles más a tomar sus banderas, como un río interminable de esperanza. Hoy todos decimos con el corazón: ¡no más!

A la vez que hago llegar mi más sinceras felicitaciones a los ganadores del Premio Nacional de Paz y a sus concursantes, convoco a todos los colombianos, sin excepción alguna, más que como gobernante, como

otro compatriota al que le duele Colombia, a esta gran cruzada de paz, cuyo resultado depende de nuestro trabajo, de nuestra fe y de nuestra persistencia.

Estoy convencido de que con personas como ustedes, comprometidas en serio con la reconciliación nacional, más temprano que tarde lograremos que la paloma de la paz finalmente repose tranquila sobre nuestra querida patria.

EL BANCO MUNDIAL, PIEZA CLAVE EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA COLOMBIA MÁS PRÓSPERA

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con motivo del lanzamiento del libro Ensayos sobre paz y desarrollo
publicado por el Banco Mundial.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 2 de diciembre de 1999.

"Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruidos; en una palabra, hacer, conocer, y tener más para ser más: tal es la aspiración de los hombres de hoy, mientras que un gran número de ellos se ven obligados a vivir en condiciones que hacen ilusorio este legítimo deseo".

Las anteriores son las palabras con las que el papa Paulo VI dio inicio a sus reflexiones sobre el desarrollo en su trascendental encíclica *Populorum progressio*.

Y las traigo a cuento porque al conocer este libro de ensayos sobre paz y desarrollo, que en buena hora publica el Banco Mundial y que hoy presentamos, lo primero que me vino a la memoria fue la célebre frase del citado Pontífice: El desarrollo es el nuevo nombre de la paz.

Ya en 1967 la clara inteligencia de Paulo VI anticipaba una verdad que hoy resulta evidente para los gobernantes, los analistas y el pueblo en general: Sin un contexto económico y social que posibilite el desarrollo humano integral no hay paz posible.

Yo mismo he retomado esta idea fundamental varias veces y he sostenido que invertir en desarrollo es invertir en la paz y que invertir en la paz es invertir en desarrollo.

En las acertadas conclusiones del doctor Andrés Solimano, en la introducción del libro, se destaca la misma tesis: El logro y la consolidación de la paz son un requisito esencial para que Colombia retome su senda de desarrollo económico y social; a su vez, sin desarrollo económico, justicia social y democracia será difícil consolidar la paz.

Porque estoy convencido de ello es por lo que el plan de paz de mi gobierno no es un plan aislado, sino, por el contrario, un proceso que hace parte de una estrategia integral de desarrollo, plasmada en el Plan Nacional de Desarrollo: Cambio para Construir la Paz y en el Plan Colombia para la Paz, la Prosperidad y el Fortalecimiento del Estado.

Mi gobierno entiende –y vuelvo a citar al doctor Solimano– que el logro de la paz debe sustentarse en un amplio consenso interno e ir acompañado de políticas económicas y sociales que incentiven el crecimiento económico, la creación de empleos, la seguridad alimentaria, la igualdad de oportunidades, la transparencia de las instituciones, el entrenamiento laboral y la educación cívica en los valores del trabajo y la convivencia pacífica.

Pero debo enfatizar en que nada justifica el acudir a la violencia, cuando los cauces de las vías democráticas están abiertos para todos. La violencia no es una respuesta válida ante los problemas de la sociedad, sino que por el contrario genera ella misma más violencia, más dolor, más incertidumbre y más desempleo.

Con cada acto de violencia e intimidación sólo se está acrecentando el número de industrias paralizadas, de pueblos abandonados, de parcelas sin cultivar y de compatriotas desplazados y sin trabajo.

En suma: Así como la paz es la primera aliada del desarrollo, la violencia es su principal enemiga. Con ella solo se incrementan la pobreza y el desempleo, que estamos empeñados en combatir.

Por eso mi gobierno está comprometido con un proceso de paz que busca alcanzar una paz nacional real y duradera.

No se trata de un reto sencillo, pero confiamos en nuestras posibilidades y en la fuerza de nuestra voluntad y nuestro trabajo. Además, no

nos sentimos solos en este empeño. Nos sentimos respaldados por la comunidad internacional y por entidades multilaterales de crédito, como el Banco Mundial.

En efecto, el Banco Mundial ha acompañado en forma permanente y comprometida al país desde 1947, con un notable respeto por la autonomía de las decisiones nacionales.

Esa excelente relación se evidencia en el apoyo del Banco Mundial al trabajo del Gobierno en temas como el ajuste fiscal; las reformas estructurales en educación, salud y medio ambiente; la reconstrucción del Eje Cafetero y, muy especialmente, en los aspectos de desarrollo relacionados con el proceso de paz.

Es bien sabido que uno de los mayores obstáculos en la búsqueda del progreso económico en los países de América Latina es la insuficiencia de recursos internos para financiar los diferentes programas y proyectos que generan beneficios económicos y sociales.

Frente a esta situación, la labor del Banco Mundial ha sido crucial, pues ha tendido un puente para que naciones como Colombia accedan a recursos externos, los cuales permiten llevar a feliz término proyectos y programas que, sin su apoyo, serían difíciles de realizar.

La ayuda del Banco facilita la realización de las reformas estructurales de carácter económico, fiscal y financiero, generando un ambiente de estabilidad macroeconómica y social que a su vez permite que los ajustes requeridos sean hechos de una manera menos traumática para el país. El crédito que hoy estamos firmando por valor de 500 millones de dólares es la prueba más actual y concreta de la importante cooperación que ha prestado y sigue prestando el Banco a nuestro país.

Con estos fondos avanzaremos significativamente en el propósito de fortalecer el sector financiero de Colombia, en beneficio de todos los usuarios del sistema. Todos sabemos lo importante que es contar con un sistema financiero sólido, que traslade recursos eficientemente y que garantice la seguridad de los ahorros del público. Por ello, estos recursos redundarán en una mayor estabilidad y dinamismo económi-

co y, por consiguiente, en un mayor progreso y desarrollo para todos. En nombre de todos los colombianos, agradezco al Banco Mundial su respaldo y su confianza en nuestro país y en la política económica de mi gobierno. Como en muchas otras ocasiones, su apoyo será una pieza clave en la solución de los problemas que nos aquejan y será definitivo en la construcción de una Colombia más próspera.

Uno de los esfuerzos más innovadores del Banco en esa dirección se refleja en el contenido del libro que hoy se presenta, *Ensayos sobre paz y desarrollo*, en el cual se hace un profundo análisis sectorial de la violencia en Colombia, se identifican los factores de carácter económico, social y político que han impedido un desarrollo más amplio y equitativo, y se resume la experiencia internacional sobre la búsqueda de la paz y el desarrollo sostenibles.

Quiero agradecer muy sinceramente los aportes de los editores y los autores, encabezados por el doctor Andrés Solimano, e invitar a todos los colombianos a leerlo con atención. Sus análisis y recomendaciones son, sin lugar a dudas, contribuciones significativas al debate nacional en torno a estrategias y programas que permitan la construcción de una paz justa y duradera.

Al doctor Alberto Chueca-Mora, Representante Residente en Colombia, y al doctor Felipe Sáez, quien lo antecedió en este cargo y es actual Representante Residente en Venezuela, hago extensivo mi reconocimiento por su trabajo eficaz y constante para traer los beneficios del Banco Mundial a nuestro país.

Quisiera, para terminar, regresar a las inspiradoras palabras de Paulo VI, cuya sabiduría alumbró como un faro el camino de nuestros actos y de nuestros designios:

"Combatir la miseria y luchar contra la injusticia es promover, a la par que el mayor bienestar, el progreso humano y espiritual de todos, y por consiguiente el bien común de la humanidad. La paz no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres".

**LÍDERES DEL PERIODISMO AMERICANO:
VISITEN COLOMBIA. USTEDES NECESITAN
TENER ACCESO DE PRIMERA MANO
A LA INFORMACIÓN**

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, ante la Sociedad Americana
de Directores de Periódicos en Washington.*

Washington, Estados Unidos, 12 de abril de 2000.

Estimados colegas periodistas, damas y caballeros:

Es para mí un honor dirigirme a la convención anual de la Sociedad Americana de Directores de Periódico. Quisiera empezar por agradecer a su presidente, Christian Anderson, por la generosa invitación, y a todos ustedes por hacerme sentir en casa, y por aliviar la inevitable ansiedad que siente todo político cuando se encuentra frente a un auditorio repleto de periodistas.

Permítanme igualmente expresar mi admiración por el compromiso de esta sociedad de respetar la Primera Enmienda, promover y proteger el libre flujo de información y alimentar la gran responsabilidad que acompaña una prensa abierta e independiente. En un mundo globalizado cada vez más interconectado, y bajo el liderazgo de Estados Unidos, un país caracterizado por una prosperidad sin igual, todos los defensores de la libertad, donde quiera que éstos se encuentren, están profundamente agradecidos por su trabajo con el "Freedom Forum", y por su continuo autoexamen de cómo los periódicos pueden cubrir mejor el escenario internacional y presentar la noticia de manera responsable y relevante a sus lectores. Durante la guerra fría, Estados Unidos siempre mostró una profunda preocupación por la forma como era percibido por otras naciones. En la época de la postguerra fría, somos otras naciones las que nos interesamos por saber cómo somos vistos política y económicamente en los Estados Unidos.

Nosotros los colombianos invitamos a los medios masivos de comunicación a una mayor interacción, con objeto de intercambiar ideas, desafiar malas interpretaciones y profundizar nuestro entendimiento.

El último Presidente de Colombia en dirigirse a su convención fue Virgilio Barco en 1986. Y desde esta plataforma, el presidente Barco lanzó una súplica apasionada a los Estados Unidos y a América Latina para que se unieran en la lucha contra las drogas. Aquí se tomaron los primeros pasos que llevaron a la cumbre presidencial antinarcóticos de 1990 a la cual asistió el presidente Bush en Cartagena. Dicho esfuerzo marcó el inicio del final del cartel de las drogas de Medellín.

Hoy, regreso con un llamado igualmente urgente para que nuestras dos naciones y la comunidad internacional hagan más en la lucha contra una nueva ola de narcoviolencia. También he venido a hablarles abiertamente sobre un peligroso problema de desinformación sobre Colombia. Ustedes saben mejor que nadie, que en esta era de la información instantánea, es difícil distinguir la impresión de la verdad, y los titulares de un ciclo noticioso de aquellos de un ciclo histórico. Hoy les pido, en este momento decisivo para mi país, que reflexionen conmigo sobre la verdadera Colombia... sobre nuestras fortalezas, problemas, decisión y prospectos.

En los últimos meses, Colombia se ha convertido en lo que bien pudiera llamarse un "tema candente" aquí en Estados Unidos. Mike Wallace, Dan Rather y Charles Gibson viajaron a Bogotá, esperando encontrar lo peor, llegaron con una idea preconcebida de lo que es nuestro país en una: frase violencia y cocaína. Sin embargo, cada uno se fue con un profundo sentido del carácter y valor del pueblo colombiano, de nuestro compromiso con la paz y la democracia, y de nuestro decidido empeño de reformar y reestructurar nuestra sociedad para el siglo XXI.

Lo que a veces se pierde en el resplandor de los medios es la verdad histórica de que Colombia es la democracia más antigua y sólida de Suramérica, y que nosotros los colombianos compartimos su larga tradición de una prensa libre y un acceso abierto a la información. Nuestros periódicos son una influencia poderosa e independiente, cosa que los políticos aprendemos una y otra vez cada día. *El Tiempo*, el

periódico nacional de mayor circulación y uno de los periódicos más respetados de América Latina, ha estado siempre en el corazón mismo de la vida colombiana desde hace décadas, conjuntamente con su competidor *El Espectador*. Las demás ciudades capitales, y Colombia tiene cinco ciudades con más de un millón de habitantes, tienen cada una sus propios periódicos locales e influyentes, al igual que muchas otras ciudades más pequeñas.

En realidad, esta diversidad regional es la que nos define como nación. Yo también podría decir que Colombia es como un microcosmo para América Latina. Piensen, por un instante, en nuestra geografía. América Central termina en nuestra frontera con Panamá. De ahí se extienden mil millas de costa caribeña hacia el oriente, en el centro de la cual se encuentra la ciudad amurallada de Cartagena, otrora la tercera ciudad más poderosa del imperio español, y que es hoy un imán para los turistas de todo el mundo. Hacia el sur se extienden seiscientas millas de Océano Pacífico que se encuentran aún sin desarrollar, y que tienen un extraordinario potencial de desarrollo, especialmente cuando Asia mira cada vez más hacia América Latina. Nosotros compartimos fronteras con Ecuador, Perú, Venezuela y Brasil y en el centro del cuerpo y alma de Suramérica se encuentra la extensa selva tropical de la Amazonia. A lo largo y ancho de nuestro país, que tiene el tamaño de Texas y California combinados, tenemos treinta y tres parques nacionales que albergan más especies de animales y plantas por milla cuadrada que cualquier otro lugar del planeta.

Y es la cordillera de los Andes, más que cualquier otra cosa, la que da forma a la Colombia actual. La mayor parte de la cordillera de los Andes, al igual que las Montañas Rocosas o los Alpes, son un macizo que recorre todo el continente. Pero en Colombia, y solo en Colombia, los Andes se dividen en tres cordilleras cuyos picos alcanzan alturas de quince mil pies. Recorrer Colombia en carro no es fácil, y puede tomar muchos días. La distancia recorrida en un vuelo de treinta y cinco minutos puede representar un viaje de ocho a diez horas en carro. Con razón Colombia fue el primer país de las Américas en contar con una aerolínea nacional.

Con razón existe el adagio del viejo oeste que dice "Queremos hombres que esten a la altura de nuestras montañas". Colombia es un país que

ha sido bendecido con un pueblo energético, lleno de fe, y emprendedor. Llevamos sesenta y siete años ininterrumpidos de crecimiento económico, y una elite de colombianos han marcado una diferencia en el resto del mundo. Me vienen a la mente hombres como Manuel Patarroyo, el científico que ha hecho más que ningún otro por erradicar la malaria, o Rodolfo Llinás, un neurólogo reconocido mundialmente. También tenemos nuestro Premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, cuya novela *Cien años de soledad* vendió más de treinta millones de copias en más de cuarenta idiomas; Fernando Botero, cuyas esculturas han adornado calles como Park Avenue en Nueva York y los Campos Eliseos de París; Juan Pablo Montoya, nuestro campeón mundial de la Fórmula Cart, y Shakira, nuestra sorprendente superestrella de rock en español.

También me enorgullezco de recordarle a la gente que seis de cada diez flores frescas importadas a los Estados Unidos provienen de Colombia, que somos la séptima fuente más importante de petróleo y que muy pronto nos convertiremos en el tercer exportador de carbón en el mundo. Esta es la Colombia de nuestra historia y nuestras esperanzas, una Colombia que enfrenta hoy una difícil situación.

Con demasiada frecuencia nuestras opciones y crisis son, en mi opinión, mal reportadas y mal entendidas. Con frecuencia me sorprende, y en más de una ocasión he quedado verdaderamente asombrado por lo que leo en la prensa internacional. Cuando uno ve el nombre de su país escrito con errores de ortografía repetidamente, inclusive en los periódicos más distinguidos, es natural que uno se preocupe por el resto del reportaje. E incluso cuando una agencia noticiosa no está reportando que Estados Unidos está siendo arrastrado por una guerra insurgente, entonces alguna junta editorial de este país pronostica el colapso inminente de mi gobierno. Con demasiada facilidad confunden una gota con una ola; la atención prestada a un hecho puede opacar la complicada interrelación de hechos subyacentes.

El problema no es de intenciones. Sé y conozco la necesidad de capturar y transmitir el drama en un titular o en una historia noticiosa. Sin embargo, les pido que se imaginen lo que sucedería si *El Tiempo* o nuestros noticieros vespertinos reportaran un enfrentamiento entre una unidad

guerrillera y un pelotón del Ejército a algunas millas de Bogotá, y el titular en Estados Unidos apareciera: "Capital colombiana, sitiada". Para nosotros, cada muerte produce una conmoción nacional, pero no es señal de un colapso nacional.

Para entender a la Colombia moderna, debemos mirar más allá de los incidentes y ver las cosas por lo que son o, en este caso, por lo que no son. Para empezar, Colombia no se encuentra en medio de una guerra civil, a pesar de lo que se dice continuamente en los medios internacionales. Los colombianos jamás nos hemos referido al conflicto como una guerra civil, por la simple razón de que no es una guerra civil.

Una guerra civil ocurre en una nación dividida, descuartizada en bandos armados de tamaño más o menos similar. Irlanda, la antigua Yugoslavia y el Congo son ejemplos actuales de guerras civiles. El caso de Colombia es radicalmente diferente. Existen unos treinta y cinco mil insurgentes bien armados y bien financiados, tanto guerrilleros como paramilitares, que operan en el campo, y que causan gran sufrimiento, muerte de civiles inocentes, desplazando a muchos de sus hogares y sus tierras, entorpeciendo con su accionar cualquier posibilidad de desarrollo y progreso. Pero los insurgentes apenas conforman una décima parte del uno por ciento de la población total. Militarmente, sus tácticas son tácticas guerrilleras clásicas de ataque y retirada. Cada vez que estas se enfrentan con las fuerzas armadas colombianas a campo abierto, son derrotadas. La diferencia con otros movimientos guerrilleros en otras partes del mundo es que no han logrado convencer a los colombianos de que son una alternativa legítima a nuestra sólida democracia. Las raíces de la guerrilla se remontan a los años cuarenta y cincuenta, que corresponden a la década en la cual la guerra fría estaba en todo su esplendor. Sin embargo, en décadas siguientes su apoyo se ha visto disminuido continuamente hasta hoy, cuando las guerrillas cuentan con el apoyo de tan sólo el tres o cuatro por ciento de la población. Tanto intelectuales como estudiantes universitarios, otrora semillero de la simpatía guerrillera, se han volteado en su contra, pues los grupos guerrilleros se han dedicado a librar una batalla contra la población civil.

La pérdida del apoyo de la guerrilla refleja mucho más que el fin de la confrontación de la guerra fría. La Colombia de hoy es una sociedad mucho más moderna, urbana y justa de lo que era hace medio siglo.

Damas y caballeros, esto no es una guerra civil; y aun cuando la violencia se ve alimentada por los miles de millones de dólares generados por el narcotráfico, la guerrilla no podrá derrocar nuestra democracia, y esto lo saben ellos mejor que nadie.

Sin embargo, el comentario común aquí en Estados Unidos es que el Gobierno de Colombia está sitiado, a las puertas del colapso. Esto ha dado pie a otro falso supuesto, principalmente que Colombia es de alguna manera otro Vietnam. Es comprensible que veinticinco años después de la caída de Saigón, la sombra de Vietnam siga moldeando la opinión pública e influyendo en los forjadores de la política nacional. Pero Colombia no es Vietnam, y no lo es por muchos motivos. Mientras que Vietnam era un país dividido, un campo de batalla ideológico, con sus fronteras impuestas por el Acuerdo de Ginebra de 1954, Colombia es una nación unificada, con una fuerte identidad nacional, donde el noventa y cinco por ciento o más de nuestros ciudadanos creen en la democracia, la libertad de prensa y la libre empresa. Mientras que Vietnam fue una colonia bajo dominación extranjera por más de un siglo, Colombia ha sido una nación libre e independiente desde que derrotó al imperio español en 1819. El Vietcong contaba con un apoyo importante, mientras que los insurgentes colombianos carecen de todo apoyo o simpatía política.

De igual forma, es importante anotar que mientras Vietnam era un país asiático lejano, Colombia forma parte integral del mismo hemisferio. Colombia es su vecino, y Bogotá está a la misma distancia de Nueva York que Los Ángeles.

Lo que debe entenderse es la forma como el narcotráfico y sus desproporcionadas utilidades han cambiado la naturaleza de nuestro conflicto. Mi opinión personal, compartida por la mayoría de los colombianos, es que nosotros seríamos un país en paz si no fuera por la violencia y corrupción que se desprende del tráfico ilegal de las drogas. Ninguna nación ha sufrido tanto como Colombia por el auge y la de-

manda de drogas ilícitas durante esta última generación. Y en vez de caer víctimas de esta amenaza, nosotros la hemos enfrentado de manera sistemática; nosotros enfrentamos y destruimos los carteles sanguinarios de Medellín y Cali.

El costo ha sido muy alto, imagínense ustedes a los jueces de la Corte Suprema de Estados Unidos asesinados en sus despachos, y a los jueces federales y de apelación de Miami, Los Ángeles o Chicago asesinados por docenas. Imagínense por un momento que una quinta parte de su FBI o sus fuerzas de policía locales fuesen heridas o asesinadas y sus esposas e hijos, blancos del crimen. Imagínense a valientes funcionarios públicos, ministros, acaldes, senadores, gobernadores y candidatos presidenciales asesinados por hacer eco de una sociedad que se niega a retroceder. Imagínense tener tan sólo una opción: soborno o bala.

Y ahora les pido a todos ustedes que se imaginen a los directores de periódicos, editores y reporteros asesinados a sangre fría; imagínense ver sus oficinas destrozadas y en ruinas por la explosión de bombas o exiliados por no sucumbir a la intimidación y por defender convicciones por las cuales vale la pena vivir, y trágicamente con demasiada frecuencia, morir.

Imaginen todo esto, amigos míos, y ustedes se harán a una idea clara de lo que Colombia ha tenido que padecer en esta última generación. Hombres y mujeres heroicos han pagado el precio más alto, ganándose la admiración de todos los colombianos, y nosotros jamás olvidaremos su sacrificio.

Y seguimos luchando; seguimos reprimiendo las fuerzas de la violencia y luego leemos que Colombia está a las puertas del colapso, de convertirse en un estado narcoterrorista, sabemos. Nada está más alejado de la realidad. De hecho, la naturaleza del narcotráfico ha cambiado dramáticamente después del desmantelamiento de los carteles. A diferencia de la época de Pablo Escobar, la guerra contra las drogas se ha ido de las ciudades a la Amazonia, especialmente al Putumayo. Hoy encontramos una nueva generación de delincuentes que operan a través de organizaciones más pequeñas, soterradas, con vínculos más estrechos con los traficantes de otros países. De hecho, las mafias de la droga también se han globalizado.

Existe una creciente conciencia en Colombia, Estados Unidos y todo el mundo de que la amenaza del narcotráfico ya no es un problema nacional o regional. Por ejemplo, los precursores químicos requeridos para procesar cocaína son contrabandeados a Colombia desde el extranjero, mientras que la mayoría de las oscuras utilidades que alimentan el narcotráfico terminan invertidas en los mercados financieros internacionales. Mientras exista demanda, existirán proveedores en alguna parte para satisfacer dicha demanda, y esa es la razón por la cual necesitamos con urgencia mejorar la educación, la prevención y el número de centros de tratamiento para drogadictos.

La decisión de Colombia de combatir la producción y distribución no se ha visto disminuida, sino por el contrario intensificada. En octubre pasado, después de meses de preparación y con ayuda de sus agencias antidrogas, realizamos la operación antinarcóticos más importante del mundo de los últimos cinco años. En la Operación Milenio, arrestamos treinta de los más poderosos narcotraficantes en Colombia y en otras partes del mundo, algunos de los cuales ya han sido extraditados a los Estados Unidos. Y con ello enviamos un claro mensaje a aquellos que siguen delinquiriendo: el narcotráfico jamás será tolerado en Colombia, y estamos decididos a destruirlos a ellos y sus imperios.

Pero Colombia no puede y no debe seguir soportando la carga de esta crisis global. Yo he transmitido el mensaje de compartir la carga de la lucha contra las drogas a la comunidad internacional. El presidente Clinton ha comprometido a los Estados Unidos a hacer más en esta cruzada. Lo discutimos en nuestra primera reunión en agosto de 1998, y desde entonces hemos trabajado estrechamente en la implementación de una estrategia bilateral. Los líderes de Capitol Hill, tanto republicanos como demócratas, han cumplido una misión primordial en este esfuerzo.

Yo sé que en algunos círculos existe una gran resistencia al apoyo norteamericano en favor de Colombia. El argumento más común es que ustedes se verían envueltos en un lodazal tipo Vietnam. Yo quisiera hacer un comentario al respecto, uno que no me canso de repetir. Implícita en la analogía del Vietnam está la creencia que Estados Unidos terminaría comprometiendo sus tropas en Colombia. Pero eso es per-

fectamente imposible. Ni su opinión pública ni la nuestra apoyaría ni permitiría dicha movida y ni su gobierno ni el nuestro ha considerado esto siquiera en las circunstancias más extremas. Simplemente no está sobre el tapete y no será un tema de discusión mientras yo sea Presidente, y ustedes me pueden citar diciendo esto.

Lo que Colombia ha propuesto, y su gobierno ha endosado, es darnos los recursos, el hardware y la capacitación requerida para combatir la naturaleza cambiante del narcotráfico. Esto significa exponer y penetrar áreas selváticas lejanas que alguna vez estuvieron más allá del alcance de nuestra Fuerza Pública. Anteriormente hablé de nuestra singular geografía y la forma como ella ha influido en el desarrollo de nuestra nación. Pues bien, esta singular geografía también realiza una labor crítica en la guerra contra el narcotráfico, porque con demasiada frecuencia regiones inasequibles se han convertido en los centros de producción de cocaína, áreas que no podíamos controlar plenamente en el pasado, pero donde nuestra presencia se hace cada vez mayor.

Nuestra estrategia tiene un doble propósito: su fin, negociar un acuerdo de paz con la guerrilla; pero para ello debemos empezar por desterrar a los narcotraficantes y la violencia que éstos le han impuesto a nuestra sociedad y economía. El objeto de la ayuda de Estados Unidos es apoyar las operaciones contra el narcotráfico, al igual que el programa de sustitución de cultivos, la reactivación económica y la reforma gubernamental.

Nuestra estrategia se llama Plan Colombia, un programa detallado y completo para nuestro futuro. Y aun cuando nuestra meta es la paz, debemos empezar por fortalecer nuestras instituciones políticas, judiciales y militares. Ningún proceso de paz podrá tener éxito sin una institucionalidad fuerte que lo respalde. Ante todo, nuestras instituciones democráticas deben servir al pueblo, y esto significa garantizar sus derechos humanos fundamentales. El costo del Plan Colombia se ha estimado en 7.500 millones de dólares durante un lapso de tres años. Mi gobierno se ha comprometido a contribuir con 4 mil millones, mientras busca activamente un mayor apoyo de la comunidad internacional. Además del paquete de ayuda de la Administración Clinton, nosotros nos reuniremos con los líderes europeos durante la conferencia de "donantes" que se celebrará el próximo julio en España.

Yo he denominado nuestro esfuerzo "La Diplomacia por la Paz", porque si hemos aprendido algo del progreso reciente de Irlanda del Norte, América Central, y el Medio Oriente, es que la comunidad internacional debe comprometerse activamente en el proceso para lograr una paz duradera.

Una Colombia en paz es de interés para todos. No solamente pondrá fin a la violencia y violación de los derechos humanos, sino que permitirá que los desplazados de sus hogares puedan regresar a sus tierras sin temor. Una Colombia en paz también depende de una acción más efectiva contra el narcotráfico, en términos tanto de interdicción, como de sustitución de cultivos para nuestros campesinos. Y eso significa no sólo menos violencia en nuestras calles sino menos narcotráfico en las suyas. Todo embarque de drogas decomisado en Colombia es un embarque que no llega a los vecindarios, colegios y patios de recreo estadounidenses.

En Colombia, hemos tomado pasos importantes en nombre de la paz durante el último año y medio. Nunca antes en nuestra historia se había visto a la sociedad entera comprometerse a poner un fin duradero y honorable a la violencia de la insurgencia. A los pocos días de mi elección como Presidente, viajé al monte para reunirme con los líderes de las Farc-Ep, el grupo insurgente más antiguo y grande. Fui el primer presidente en hacerlo. Desde entonces, hemos acordado una agenda de doce puntos para la negociación. Y tan sólo el mes pasado, una delegación compuesta por funcionarios de mi gobierno y de la guerrilla viajó a Europa, para mostrarle a la guerrilla que ha vivido aislada desde hace años, cómo ha cambiado el mundo y de esta manera darles la oportunidad de ver los diferentes modelos sociales democráticos del mundo. Más recientemente, el fin de semana pasado, comenzamos el procedimiento de las audiencias públicas, las cuales les darán a los ciudadanos la oportunidad para hacer sus contribuciones al proceso de paz.

Simultáneamente, Richard Grasso, presidente de la Bolsa de Nueva York; el Congresista William Delahunt de Massachusetts; Robert Kimsey, fundador de America Online, y Joe Robert son algunos de los personajes que se han reunido con los líderes guerrilleros, para llevarles un

mensaje de progreso y desarrollo, y de la prosperidad compartida que se puede obtener con la paz. Dichos intercambios han sido muy importantes para desdibujar estereotipos y sospechas ya obsoletos, para mostrarle a la guerrilla la intención de la comunidad internacional y las oportunidades que ofrece una Colombia unida y en paz, y el hecho que la lucha guerrillera no tiene lugar dentro de una nación moderna.

Quizá lo más importante son los pasos dados a escala nacional. Hace más de un año, cerca de diez millones de colombianos, casi una tercera parte del país, marcharon por la paz recorriendo nuestras calles y clamando por un fin negociado a la insurgencia. Y así como el Plan Colombia reconoce la necesidad de tener instituciones fuertes y responsables para apoyar cualquier acuerdo de paz, estamos convencidos de que la sociedad civil entera –sindicatos, empresarios, profesores, trabajadores de la salud, campesinos y camioneros– deben apoyar el proceso, pues son ellos los llamados a exponer las necesidades legítimas del pueblo.

La economía es igualmente importante. La generación de empleo, bajos índices inflacionarios y tasas de interés igualmente bajas y un crecimiento sostenido del PIB son decisivos en el fortalecimiento de nuestra sociedad. Así mismo, la expansión del comercio y una mayor inversión extranjera es otra forma como la comunidad internacional nos puede ayudar. El tamaño mismo de nuestra economía, de casi 86 mil millones de dólares, convierte a Colombia en uno de los mercados más grandes y atractivos para el comercio e inversión de los Estados Unidos en toda la América. El comercio bilateral con los Estados Unidos sobrepasa los 8.000 millones de dólares anuales, y hay más de 120 compañías estadounidenses operando exitosamente en Colombia. La mayoría de ellas nos han acompañado desde hace décadas. La fortaleza política y la salud económica están íntimamente relacionadas. Porque a fin de cuentas, Colombia no podrá ser un país en paz si no es una nación próspera.

El Plan Colombia comprende también la más ambiciosa y coordinada estrategia de acción social que jamás se haya realizado en el país, y cuyo propósito es crear nuevas y mejores oportunidades de progreso para los colombianos más pobres.

Este componente del Plan Colombia incluye, por una parte, la puesta en marcha del Fondo de Emergencia Social conformado por tres programas básicos: Manos a la Obra, Subsidios a las Familias Pobres y Capacitación de Jóvenes Desempleados; todos ellos dirigidos a lograr una mejor calidad de vida de las personas más necesitadas a través de inversiones en la salud, la educación y la generación de empleo.

Por otra parte, destinaremos más de 2.000 millones de dólares a los programas de Desarrollo Alternativo y de Derechos Humanos y Atención Humanitaria. El primero de ellos busca ir más allá de la sustitución de cultivos ilícitos promoviendo una estrategia de desarrollo regional integral que genere alternativas lícitas de trabajo para los campesinos colombianos. En materia de derechos humanos y atención humanitaria, pretendemos mejorar los mecanismos de protección y respeto de estos derechos y la atención de las víctimas del conflicto armado con especial énfasis en las personas desplazadas.

Uno de los principales enemigos que debemos encarar para hacer de Colombia una nación próspera y en paz es la corrupción. Este cáncer terrible, por una parte, socava la legitimidad del Gobierno y, por la otra, trastoca la ética social convirtiéndose en un círculo vicioso de desconfianza y desesperación.

Recientemente, se destapó un enorme escándalo de corrupción en el Congreso de la República, gracias a las denuncias de mi gobierno. Como resultado, se está llevando a cabo una seria investigación para encontrar a los responsables.

Sin embargo, la magnitud del caso exige una respuesta más profunda, una que asegure que esto no volverá a suceder jamás. Es necesario someter el sistema político a una reforma radical, especialmente al legislativo. Por este motivo, la semana pasada, basándome en nuestro ordenamiento constitucional y legal, propuse un referendo al pueblo colombiano, en el cual votarán por un cambio a favor de la honestidad y la transparencia en la forma de hacer política. Más del 90 por ciento de los colombianos han expresado su apoyo a esta iniciativa, y estoy seguro de que ésta servirá de piedra angular para la transformación de nuestro sistema democrático.

Para finalizar, deseo invitarlos a todos ustedes, los líderes del periodismo americano, para que visiten Colombia. De poco o nada sirve que yo les hable a ustedes de las malas interpretaciones; ustedes necesitan tener acceso de primera mano a la información. Nuestros problemas son graves; sin embargo, la decisión nacional de solucionarlos es la que está marcando una diferencia. Ante todo, deseo demostrarles que nuestra decisión y progreso son mucho más que palabras pronunciadas desde este podium. Detrás de mi invitación se encuentra una tierra enorme, valiente y hermosa. Es una tierra llena de personas que los acogerán en sus hogares, vecindarios, ciudades, colegios, sus campos de fútbol, oficinas y templos de oración.

Ustedes escucharán historias de grandes éxitos y grandes luchas, y ustedes también podrán ver el dolor entremezclado con la alegría. Y entonces ustedes entenderán a la verdadera Colombia. Al ayudarnos, creo firmemente que ustedes también ayudarán a su propio país. Lo que necesitamos es que ustedes nos den las herramientas y nosotros nos ocuparemos de hacer el trabajo. Les agradezco la oportunidad de dirigirme a ustedes hoy y espero que éste sea el comienzo de una nueva forma de ver y cubrir a Colombia.

LA PAZ NO ES TAN SOLO UN PROGRAMA DE GOBIERNO, SINO EL PROPÓSITO DE TODOS LOS COLOMBIANOS

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la celebración del día del Sagrado Corazón de Jesús.*

Santa Fe de Bogotá, D. C., 30 de junio de 2000.

Señor Jesucristo:

En este año jubilar y en esta fecha en la que se celebra la fiesta de tu Sagrado Corazón, quiero colocar en él todos mis esfuerzos y los de los colombianos de bien en favor de la vida, la paz, la justicia social y el bien común.

Como persona a la que tu providencia ha colocado en el camino de la historia y de esta patria para humanizarla, vengo ante tu corazón para decirte con la confianza de hijo y de cristiano que no he ahorrado ningún trabajo por encontrar la salida que nos permita escapar para siempre del dominio de la muerte fratricida.

Tu corazón es un corazón de paz y es desde esa paz como crece nuestra aspiración por la felicidad y por la alegría.

Cada día, Señor, pienso en la paz y entiendo que ella es el deseo profundo de cada colombiano.

Sé que la paz no consiste tan solo en dejar de matar sino en hacer posible la vida.

Busco desde tu corazón y desde mis esfuerzos una paz verdadera, justa y equilibrada. La paz no es una palabra vacía sino un recipiente que debe llenarse de hechos y testimonios.

Para hablar de paz, Señor, se necesita sinceridad, sentido de justicia y verdadera convicción del mandamiento de amor al prójimo.

Sé muy bien que la paz es un derecho, pero insisto permanentemente en que la paz es un deber.

Juan Pablo II nos repite permanentemente que es preciso construir el derecho fundamental de la persona humana a la paz.

Es por ello, Corazón de Jesús, que insisto en que nuestra economía debe ser protagonista de la paz; que cada empleo es un empleo para la paz; que la educación es educación para la paz, y que nuestro pensamiento, nuestro arte, nuestro deporte, nuestra cultura son para la paz.

Sin paz nada es seguro, Señor, y como Presidente sé que sólo en el clima de la paz se consolidan la democracia, el derecho, la libertad; progresa la justicia; respira el bien común y renace el mejor rostro de la esperanza.

Hoy –en esta fiesta conmemorativa– pido que nos enseñes a amar, a querer y a construir paz. Haznos entender que la paz no es tan solo un programa de gobierno, sino el propósito de todos.

Que la armonía familiar es paz; que el buen trato a los hijos es paz; que el maestro produce paz cuando enseña con amor lo que debe, y el alumno construye paz cuando aprende a abrir caminos de convivencia hacia el futuro.

Que el empresario que crea riqueza y produce empleo es creador de la paz; que lo es el trabajador que labora con calidad y el comerciante que negocia con honradez.

Que es un hombre de paz el empleado que cumple con su deber; que lo es el juez que juzga con justicia y el juzgado que ofrece a la sociedad los frutos de su arrepentimiento.

Que son hombres de paz quienes rezan por la paz y son capaces de esperar aun contra toda esperanza.

Que son hombres de paz los soldados y policías de Colombia que construyen la seguridad ciudadana, y lo son también quienes colocan en la mesa de negociaciones, de diálogo, la voluntad de construirla.

Te imploro, Señor, que hagas entender a quienes mantienen secuestrados a nuestros niños y niñas, a nuestros hombres y mujeres, a nuestros soldados y policías, que su contribución a la paz es la liberación inmediata de nuestros hombres.

Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío; siempre he recurrido a Ti en los grandes momentos y nunca, nunca, he sido defraudado.

Enséñanos a perdonar y a perdonarnos; porque si pretendemos solamente "ajustar cuentas", vamos a desajustar la energía espiritual que es necesaria para construir el mañana.

Enséñanos a que la paz necesita de nuestra honradez, de nuestra lucha contra toda forma de corrupción; porque la paz detesta la mentira y solo crece allí donde está presente la verdad.

Ayúdame a ser justo; ayúdanos a ser justos; permítenos llegar como hoy lo hacemos ante tu presencia al altar de la mirada de nuestros hijos y descansar en ellos la paz conseguida cada día.

Sagrado Corazón de Jesús, soy una persona de bien que ha aceptado liderar a los colombianos en el camino hacia la paz.

Desde un comienzo emprendí la tarea con tu ayuda y te consagré mis esfuerzos; y lo hice también consagrande cada instante y cada verdad de esta Colombia amada a María tu madre.

No olvido la palabra de Su Santidad Juan Pablo II cuando habla de la urgencia de que Colombia crezca a la paz, a la solidaridad, a la convivencia.

Sagrado Corazón de Jesús, yo sé que has venido y estás en nuestra historia para que tengamos vida en abundancia. Si queremos la paz, debemos defender la vida; Si queremos la vida, debemos defender la paz.

Acompáñanos aun, Señor, en este camino e indícanos cómo llegar a tiempo a esa reconciliación que nos haga merecer el futuro.

Sagrado Corazón de Jesús, haz de todos nosotros un instrumento de tu paz. Hoy pongo a Ti, frente a tu misericordia, la verdad de todo lo que amo en el nombre de esta Colombia que te ama.

LA PAZ, DON DE DIOS, ES TAMBIÉN TAREA DEL HOMBRE

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la visita a la ciudad de Angostura, Antioquia,
como homenaje al padre Mariano Eusse, quien fue beatificado
el 9 de abril por el papa Juan Pablo II.*

Angostura, Antioquia, 8 de julio de 2000.

He venido aquí a la diócesis de Santa Rosa a cumplir una cita postergada con el padre Marianito, en esta ciudad de Angostura. Había tomado la decisión de ir a Roma a la beatificación y participar con gente representativa de todas las aspiraciones de esta Colombia que cada vez más demanda testimonios de nosotros.

No me fue posible ese 9 de abril darle gusto al corazón, porque la Providencia dispuso que el timonel permaneciera junto al timón hasta que amainara la borrasca.

Nohra, Laura, mi madre, algunos de ustedes, el señor nuncio, diversos familiares de Marianito y cerca de 1.200 colombianos se encontraron allí, sin haberse puesto de acuerdo de antemano, convocados por la atracción de un colombiano sencillo e inteligente, honesto y recursivo, caritativo y generoso, cumplidor de su deber... un colombiano de esta geografía de Antioquia que cuando uno la recorre le recuerda esa libertad que perfuma las montañas de mi tierra.

La cita tenía todas las características de una fiesta. Fue mi voluntad y el querer de mi gobierno condecorar con la Cruz de Boyacá el decenio de servicios del cardenal Sodano a la humanidad, a la Iglesia y a Colombia y en el agradecer a la Santa Sede este amor de predilección por esta patria colombiana que se hace evidente cada día a través del trabajo del señor nuncio.

Luego teníamos bellamente organizado que las ceremonias estuvieran engalanadas por flores de Colombia; que la gente tuviera el café; que los obsequios que se llevaron ante el Santo Padre le hablaran de nuestros niños, de nuestras familias...

Todos estaban allí orando por la paz. Entonces habló el Santo Padre y lo dijo con claridad meridiana: "Os entrego un don de paz"...

Permítanme ustedes en medio de la emoción de este momento repetirles y proponerlas como meditación una a una las palabras de su santidad Juan Pablo II.

"Quisiera que la figura radiante del beato Mariano Eusse apareciera en los ojos de toda la sociedad colombiana como un don de paz en el marco de este Año Jubilar. Colombia alcanzará la paz si respeta siempre y en todas partes el sagrado e inviolable derecho a la vida. La paz, don de Dios, es también tarea del hombre. Por eso todos los colombianos, sin excepción alguna, han de colaborar en construirla, rechazando toda forma de violencia; luchando contra la pobreza, el hambre, el desempleo, los conflictos armados, los secuestros de personas, el narcotráfico y la degradación de la naturaleza.

Que el ejemplo del padre Marianito os ayude a ser cada vez más conscientes de que la paz y el desarrollo integral y solidario deben marchar permanentemente unidos".

Hoy quiero rezar a nombre de todos los colombianos sin excepción ante este santo cura de Ars de Antioquia, de Colombia, de América Latina. Este santo nuestro del que solo hablaron los medios de comunicación en los últimos días previos a su elevación a los altares; pero nos hablaba a todos ininterrumpidamente de sí con la voz de su buen ejemplo.

Quiero pedirle que nos ayude a construir una paz que nos dignifique... Que seamos capaces de frenar esta máquina desatada de la muerte; que seamos conscientes de que somos hijos de Dios convocados a la convivencia; que aceptemos de una vez por todas que la violencia no es el camino de la justicia; que tengamos el coraje de perdonar; que seamos

constructores de una nueva sociedad donde reinen la justicia, la solidaridad y la paz; que cuidemos la integridad de los principios porque solo ellos nos garantizan que al final reine la vida; que cada día podamos decir que hicimos algo por la paz; que seamos conscientes de que si no construimos unidos una alternativa, no tendremos otra oportunidad en la historia; que no permita que quienes debemos llevar la luz extingamos la llama de los testimonios...

Y sobre todo que entendamos y hagamos vida; que el cristiano es un hombre que, aun en medio de todas las dificultades, cuando todo parece más oscuro, reanima y aviva las razones de su esperanza.

Doy gracias al Santo Padre por este regalo extraordinario en el Año Jubilar y que, como él lo dijo, "el testimonio de caridad, comprensión, servicio, solidaridad y perdón que fueron propios de Marianito en su vivir sean de ejemplo en Colombia".

Que hoy una vez más convoquemos a todos los colombianos a construir juntos la Nueva Colombia, fundada en la paz, la justicia social, el respeto a los derechos humanos y el amor fraterno entre los hijos de una misma patria.

Gracias te damos, Señor, por Marianito, por los múltiples Marianitos desconocidos que construyen desde su cotidianidad el porvenir de todos; gracias al Santo Padre y a la Iglesia por darnos esta luz que nos guía y también porque esa gran imagen de Marianito colocada en el centro de la Basílica de San Pedro y aplaudida por 70 mil personas venidas de todo el mundo hizo justicia a los colombianos de bien y gritó por nosotros al mundo entero que aquí la santidad, la paz, la justicia, la vida y la alegría son posibles y es tarea nuestra, de todos, realizarla.

